



**Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Azcapotzalco  
División de Ciencias Sociales y Humanidades  
Maestría en Historiografía de México**

**HORIZONTES QUE SE CRUZAN: *EL CERRO DE LAS CAMPANAS Y LA HISTORIA DE LA  
GUERRA DE MÉJICO***

Tesis para obtener el grado de  
Maestro en Historiografía de México que presenta:

**ALFREDO MORENO FLORES**

**Asesora: DRA. LETICIA ALGABA MARTÍNEZ**

**México, D.F. Septiembre de 2008**

## AGRADECIMIENTOS

Difícil es la tarea de agradecer, en tan poco espacio, cuando fueron tantas las personas que de una u otra manera coadyuvaron para la culminación de este trabajo. No obstante, debe quedar asentado los nombres de profesores y colaboradores de la Maestría en Historiografía de México que con su apoyo y consejos me dieron la oportunidad de ampliar mis horizontes y poder acceder a otras dimensiones del conocimiento. En primer lugar, a mi asesora la doctora Leticia Algaba, mi mejor lectora; después los inteligentes consejos y comentarios de mis sinodales los doctores José Ronzón y Alejandro González Acosta. Sin duda, durante los años como estudiante de posgrado recibí valiosos comentarios de diferentes profesores como la doctora Silvia Pape.

Además, recibí siempre un gran apoyo de parte de los integrantes de la maestría como son Nancy Ortega, la señora Cristina y los apoyos de Carlos Martínez Ruiz y del infatigable Julio. Por último, resta señalar que para el desarrollo de esta investigación conté con una beca económica que me otorgó el CONACyT, sin la cual difícilmente hubiera podido terminar esta tesis. A todos los que he nombrado y a todos los que, por espacio, no he podido les doy mis más sincero agradecimiento.

**DEDICATORIA****A todos....***Et bien sûr à Elle*

**ÍNDICE**

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>5</b>
 <b>CAPÍTULO UNO</b>	
<i>El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero: la novela histórica y la causa liberal.....</i>	<b>24</b>
 <b>CAPÍTULO DOS</b>	
<i>Historia de la Guerra de México, desde 1861 hasta 1867: la necesidad de la historia contemporánea.....</i>	<b>86</b>
 <b>CAPÍTULO TRES</b>	
<b>Los grandes personajes de la novela y de la historia: Juárez y Maximiliano.....</b>	<b>149</b>
 <b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>198</b>
 <b>BIBLIOGRAFÍA GENERAL.....</b>	<b>206</b>

## INTRODUCCIÓN

La Intervención francesa y el Segundo Imperio han sido objeto de estudio de varias disciplinas, especialmente desde una perspectiva histórica e historiográfica y en la creación literaria, durante el último tercio del siglo XIX, en el XX y, particularmente, en las cuatro últimas décadas. En la historia oficial mexicana, el periodo de 1862 a 1867 se ha presentado como una “aventura”, en la que ha destacado la visión de los liberales, los vencedores, los patriotas, y se ha eludido la de los conservadores, los derrotados, los traidores. En la historia áurea el objetivo ha sido relegar al sótano de la memoria nacional algunos hechos y personajes que participaron en la Intervención francesa y el Segundo Imperio. La guerra contra la Intervención y el Segundo Imperio, sobre el cual se logró la victoria de una forma de gobierno, es el suceso final de un proceso histórico que para esa generación de mexicanos, fue la revelación manifiesta de un devenir que apuntaba hacia el progreso; para los liberales el modelo idóneo de gobierno era la república y para los conservadores, la monarquía. Ese periodo de crisis fue objeto de reflexión histórica, como ha señalado el historiador Ernesto de la Torre Villar.<sup>1</sup>

Tal maniqueísmo se ha dejado atrás; hoy sabemos que los “traidores” tenían como meta una perspectiva que había tomado forma a lo largo de medio siglo de intentonas militares, de luchas de facción, de privilegios corporativos, de guerra civil en dos palabras, y que para los dos grupos antagónicos, liberales y conservadores, la nación, como hecho tangible, aún estaba lejana del triunfo de las fuerzas republicanas. No obstante, si la nación no existía, se podía, incluso, inventarla, de ahí que, particularmente a partir de 1867, los intelectuales comenzaron a abordar en diferentes géneros literarios el devenir histórico, desde el pasado más remoto hasta los últimos

---

<sup>1</sup> En “Prólogo” a *La conciencia Nacional y su formación*, 1988, p.7.

sucesos, con el fin de construir y, sobre todo, imaginar a México como una nación. Recordemos que para el caso de la literatura, se ha intentado regular su campo por medio de las poéticas, a través de las categorías genéricas que postula, con criterios dispares o heterogéneos y que a lo largo de la historia ha tenido cambios: la postura clásica sostenía un valor preceptivo, además de clasificatorio. Sin embargo, el carácter intemporal de los géneros se modifica con alguno de los postulados del Romanticismo, el cual considera que el género literario “se concibe como un fenómeno histórico y cultural y por tanto relativo y cambiante”.<sup>2</sup> Además, y retomando las posibilidades que hoy ofrece la historiografía crítica, nos proponemos abordar formas novedosas de problematizar el pasado, por medio del análisis de una novela histórica, subrayando su valor testimonial de una época, así como la potencialidad que tiene para mostrar el horizonte enunciativo del autor. Es decir, ver su “potencial significativo y la historicidad de los procesos de construcción del conocimiento histórico”, como señala Silvia Pappe.<sup>3</sup>

Es necesario, y antes de enunciar el marco teórico de esta tesis, señalar que el discurso histórico en 1867 estaba muy cerca aún del discurso literario. Sólo hay que recordar las palabras de Luis de la Rosa en 1844 que la consideraba parte de la literatura. La historia no tenía un estatuto disciplinario definido, por lo que se le consideraba parte de las “artes liberales”. Esta “herencia” literaria, por llamarla de algún modo, acercaba el estilo del discurso histórico con el literario. Al mismo tiempo que el estilo romántico se hacía presente en la literatura, de igual manera se apreciaba en la escritura de la historia, como señaló Luis de la Rosa, se debería de narrar apegándose a los

---

<sup>2</sup> Celia Fernández Prieto, *Historia y Novela: Poética de la Novela histórica*, 1988, pp. 15-16.

<sup>3</sup> Silvia Pappe, *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, 2001, p. 13.

hechos, pero no por ello se dejaría de lado “ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático”<sup>4</sup> que era necesario para resaltar el interés del lector.

Después de la anterior explicación, conviene señalar el objetivo principal de la tesis: comprobar si se puede acceder al horizonte enunciativo desde las visiones de dos autores contemporáneos, que escriben sobre un mismo suceso histórico. Uno español: Pedro Pruneda, que escribió un texto histórico: *La Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867...*, publicada en Madrid, en 1867, y un mexicano, Juan Antonio Mateos que escribió una novela histórica: *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, Novela Histórica*, publicada por entregas el año de 1868, en México. El eje central de la investigación es el análisis de la especificidad de los textos en el momento de la producción, el horizonte enunciativo, en España y en México, considerando que Pruneda y Mateos se acercaban ideológicamente, pero se diferenciaban por su nacionalidad; no obstante, la esencia del liberalismo es el elemento que los aproxima. Aunque habría que aclarar que para el caso español y mexicano hubo liberales que preferían el modelo monárquico. Por ejemplo, algunos miembros del primer gabinete que formó Maximiliano, como Manuel Larrainzar, y para el caso español el general Juan Prim que apoyó a Amadeo I, a la caída del trono español de Isabel II.

Para profundizar en ese elemento de cercanía entre los dos autores, hemos tomado el concepto derivado de propuestas analíticas presentes en la filosofía, concretamente la de Hans Georg Gadamer, que propone una lectura y concepción de *horizonte* al cual se accede por medio del círculo hermenéutico. Antes de explicar lo concerniente al horizonte, conviene abordar algunos puntos relativos al círculo hermenéutico. Gadamer señala que para acceder a la hermenéutica *-interpretación-*

---

<sup>4</sup> Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura” en *La Misión del escritor*, 1996, p. 98.

*comprensión*- de los sucesos históricos y sus productos, es necesario dejar de lado la concepción heredada de las ideas ilustradas, que ponderaba la objetividad como premisa válida en la metodología de las ciencias del espíritu, entre ellas la histórica. Tal concepción fue “el prejuicio contra todo prejuicio” que proponía como autoridad a la razón sobre la tradición, y que el Romanticismo invirtió esgrimiendo la libertad poética a través de la recuperación de lo “originario”.<sup>5</sup> Además, Gadamer señala que hoy se ha podido dejar de lado, metodológicamente, la separación sujeto-objeto y se considera a la “cosa” por analizar como parte de un todo.

El texto no se puede entender sin el autor ni sus ideas, no debe de ser analizado con ideas preconcebidas -prejuicios- que lo limiten. Antes de ser leído es necesario considerar al texto como un interlocutor válido, en palabras de Gadamer: “el que quiere comprender un texto tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él”.<sup>6</sup> De ahí que sea posible alcanzar una relativa comprensión válida del pasado, orientada a “ver el pasado en su propio ser”, y no imponer nuestros patrones y prejuicios contemporáneos; se trata de verlo “desde su propio horizonte histórico”.<sup>7</sup>

Lo anterior sólo es posible si se hace a un lado la idea que critica la tradición a la cual pertenece el autor y, por ende, a sus prejuicios; por el contrario, señala Gadamer, esos elementos pueden coadyuvar a la comprensión hermenéutica, cuando esos prejuicios se unen a los prejuicios del propio investigador en el presente, y posibilitan el círculo hermenéutico, un círculo no estático, sino en continuo movimiento, en el cual se funden los distintos horizontes: el del texto, el del autor. Y permite, también, apreciar los prejuicios y la tradición del autor, la cual no es ajena a la tradición, en este caso, del que investiga. Es decir, el círculo, o mejor dicho, los círculos

---

<sup>5</sup> Hans Georg Gadamer, “El círculo hermenéutico y el problema de los prejuicios” en *Verdad y Método*, 1987, volumen II, p. 342.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 335.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 331-360,



concéntricos que propone Gadamer, no se cierran o terminan nunca, son como una espiral en constante cambio. Pero, hay que señalarlo, esta perspectiva no entiende al círculo hermenéutico como patrón metodológico, sino como herramienta que ontológicamente aspira a la comprensión.

A partir de lo anterior, es necesario aclarar lo que es la tradición en la perspectiva de Gadamer. La tradición está presente en el texto, en su autor, y se cruza con la del lector/investigador, la cual no se puede hacer a un lado, porque todos vivimos en un mundo histórico dado y bajo circunstancias que no podemos controlar, de ahí derivan los prejuicios, los cuales, más que los juicios de un individuo, constituyen “la realidad histórica de su ser”.<sup>8</sup> Asimismo, la tradición mantiene validez hermenéutica si se considera que deviene en autoridad, no una autoridad otorgada por la imposición, sino una adquirida por medio del conocimiento emanado de ella y le es otorgada por el grupo cultural al que pertenece. Esta idea está presente en el pensamiento romántico, el cual la reivindicaba frente a las ideas ilustradas y la proponía como la base en que descansaba todo conocimiento.

Sin embargo, actualmente esta oposición no se sostiene; por el contrario, no se debe considerar a la razón y a la tradición conceptos antitéticos, sino, según Gadamer, una relación conceptual de la cual se vale la interpretación hermenéutica. Lo que en realidad posibilita esta comprensión-interpretación es que el propio investigador distinga los prejuicios del autor del texto y los suyos propios, sin dejarlos de lado o controlarlos, sino, más bien, contenerlos a través de la continua autorreflexión, para intentar alcanzar “el punto medio entre la objetividad histórica y la pertenencia a una tradición”,<sup>9</sup> mediante la distinción de los prejuicios “verdaderos” que permiten la comprensión hermenéutica. La distinción de esos prejuicios se logra por medio de la

---

<sup>8</sup>*Ibid.*, p. 344.

<sup>9</sup>*Ibid.*, p. 365.

distancia histórica del que busca comprender, reconociendo su propia imposibilidad de “hacer caso omiso de sí mismo” y así poder identificar “lo diferente de lo propio”.<sup>10</sup> Entonces el que investiga puede acceder al horizonte que plantea Gadamer, un horizonte que considera siempre su propia conciencia histórica, su tradición y sus prejuicios, que le posibilitan comprender la alteridad del otro; se trata de un ejercicio de desplazamiento que posibilita “una fusión de horizontes” y permite una perspectiva más amplia que aspira a la comprensión hermenéutica<sup>11</sup>.

Entonces y a través del estudio de esta tesis, *El Cerro de las Campanas* y *La Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867...*, se pueden conocer los prejuicios y la tradición tanto en los textos como en sus autores; también, conocer y exponer el sentido y las intenciones que tanto Pruneda como Mateos utilizaron para dar a sus respectivos lectores dos narraciones, que si bien, expresadas en géneros discursivos diferentes, mantienen una visión cercana en la selección de fuentes para la elaboración de sus respectivas obras narrativas, en su propia ideología y que permite mostrar ese “horizonte” enunciativo, en el que, pese a la distancia geográfica, persiste la intención de narrar un suceso recién ocurrido, de otorgarle la calidad de histórico, y presentar su desenlace como el único posible, derivado de las propias concepciones sobre el devenir de los autores.

A la perspectiva hermenéutica de Gadamer que nos permite identificar los elementos inherentes al horizonte enunciativo del autor, agregamos un estudio comparativo entre una novela histórica y un texto histórico. Para ello, y con base en la perspectiva que hoy nos permite la teoría historiográfica, explicamos por qué una novela histórica y un texto histórico que narran los mismos sucesos, se acercan en las visiones de sus autores y no sólo en la temática o la postura ideológica de sus autores,

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 369-370.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 377.

así como por la herencia que ambos géneros discursivos comparten, ya que ambos se mantenían dentro de un mismo cuerpo disciplinar, además en los dos estilos discursivos hay trazos románticos que se notan claramente de la lectura de la novela de Mateos y de la historia de Pruneda.

*El Cerro de las Campanas* se puede considerar, una novela que, como todas, pretende crear la ilusión de autenticidad y veracidad sobre los acontecimientos que narra y que esconde “el hiato” entre historia y literatura.<sup>12</sup> En la perspectiva de Celia Fernández Prieto, el género novela histórica, específicamente la de tipo romántica, surgió de forma paralela al pensamiento romántico y es heredera junto a otros géneros que más que considerarlos como rupturas o antecedentes, se les debe entender como “una actualización más en esa larga tradición de intercambios” entre la narración histórica y la literaria.<sup>13</sup> En la novela histórica europea, agrega Fernández Prieto, se perciben diferentes modelos, como el del romance antiguo, sobre todo de las novelas de caballerías, para la composición de la trama y el suspenso; o la novela gótica, de la que toma los escenarios lóbregos y ocultos. Asimismo, la novela histórica como género se desarrolló al margen de las poéticas y las retóricas; su modelo “formal” y “pragmático” proviene del relato histórico, ya que su evolución a lo largo de la historia ha sido “inseparable de la concepción y de los caracteres del discurso historiográfico”.<sup>14</sup>

Sin embargo, tan importante es señalar lo que acerca a la novela histórica, como discurso literario, con el discurso histórico, como examinar lo que la diferencia. En la novela histórica, señala Fernández Prieto, se establece un pacto con el lector, el cual favorece el afán de verosimilitud, algo que no suele proponer el historiador, más bien

---

<sup>12</sup> Kurt Spang, “Apuntes para una definición de la novela histórica” en *La novela histórica. Teoría y comentarios*, 1998, pp. 51-88.

<sup>13</sup> Celia Fernández Prieto, *Historia y Novela: Poética de la Novela Histórica*, 1998, 99. 74-75.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 35-36.

sometido “a la verificación, al contraste, a la refutación” que conlleva un texto histórico. El relato literario, añade la autora, no busca “lo real sino lo posible”.<sup>15</sup> Además, por parte del historiador existe el compromiso ante sus lectores y ante sus pares, compromiso y verificación respecto de los sucesos históricos que no afectan al discurso literario y, por ende, a la novela histórica.<sup>16</sup> El historiador del siglo XIX, específicamente el de 1867 que es el año de publicación del texto que nos ocupa, no podía incorporar nada que no sean fuentes consideradas historiográficas por el canon decimonónico; debía mostrar su talento organizativo y selección de fuentes para construir una narración. El novelista también elegía diversas fuentes para crear el mundo narrado, pero podía omitir o resaltar elementos no comprobables, desde el punto de vista histórico.

Entonces, la novela histórica no siempre respeta a pie juntillas los hechos históricos que narra; y aunque necesita una base histórica documental, mantiene diferentes grados de compromiso o de apego al suceso, sin que ello sea algún defecto o problema. Es decir, y según el punto de vista de Alejandro González Acosta, en Latinoamérica los escritores de novela, en el siglo XIX, se decantaron por dos modelos; el primero más apegado al modelo de Walter Scott y que privilegiaba lo literario sobre lo histórico y el segundo derivado del que Alfred de Vigny sostuvo en *Cinq Mars*, el cual daba preeminencia a lo histórico y que tenía una finalidad primordialmente testimonial<sup>17</sup>. Una interrogante a resolver sería conocer a cual de las dos categorías pertenece *El Cerro de las Campanas*.

La definición de novela histórica que elegimos es la que da Fernández Prieto y es la siguiente:

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 148-149.

<sup>17</sup> Alejandro González Acosta, “La novela Histórica” en *El Enigma de Jicotencatl*, 1997, pp. 15-41.

La novela histórica [...] se presenta como un romance de los tiempos modernos, que conserva la estructura de la aventura como estrategia para interesar al lector, pero la combina con un designio mimético-realista en la descripción de los escenarios históricos (referenciales) y el tratamiento de los personajes históricos. [Además] La novela histórica conecta con la “realidad” en tanto que no puede producirse al margen de la concepción de la historia y de las formas de escribirla.<sup>18</sup>

En la novela histórica existe un espacio y un tiempo definidos, el universo diegético que sostiene el pacto de lectura; ahí conviven personajes históricos, y personajes ficticios. Aunque en general, no hay sólo modelo, en general los personajes históricos están en segundo plano.

Singularmente, *El Cerro de las Campanas* de Juan Antonio Mateos es una novela histórica que se ocupa de un suceso inmediatamente acontecido, el final del Segundo Imperio mexicano y el consecuente triunfo de la república; tal cercanía está al servicio de la labor de difusión propagandística que el escritor pretende. Es decir, aunque en la novela histórica “clásica” (Walter Scott) rechaza la mínima distancia histórica con el momento de la producción, en *El Cerro de las Campanas*, se convierte en un elemento a favor del mensaje doctrinario, como señala Fernández Prieto: “los acontecimientos del pasado cercano ejercen un mayor impacto emocional sobre autores y lectores o son objeto de polémicas o de enfrentamientos ideológicos muy crispados”.<sup>19</sup> Igualmente, el autor tiene la oportunidad de tomar fuentes diferentes a las historiográficas, y puede, incluso, recurrir a las vivencias presenciadas por él mismo, o por testigos cercanos a él.

Conviene ahora apuntar algunos rasgos generales sobre el modelo historiográfico en que se inscribe *La Historia de la Guerra de Méjico desde 1861 a 1867...* de Pedro Pruneda, que permiten explicar por qué una novela histórica y un texto histórico pueden ser objeto de comparación, ya que ambas obras narrativas posibilitan reconocer

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 36-37.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 190.

el horizonte enunciativo de los autores. En las sociedades occidentales del siglo XIX, la concepción de la historia y de los modos en que ésta debía ser estudiada y analizada se debatía entre diferentes posturas. Pero la que aquí nos atañe, es la que se puede considerar “historiografía liberal” por su estrecha relación con la escritura romántico-realista y que en términos generales dejó a un lado la explicación providencialista como explicación del devenir histórico. En este tipo de historiografía se daba mayor peso al documento y se privilegiaba la construcción de cuadillos y gobernantes que tendían a lo heroico y que se pretendía que sirviera de ejemplo a las nuevas generaciones. Sin embargo, el Providencialismo y la creencia en el dogma cristiano católico, están presentes en las dos visiones que nos permiten ver los textos de Pruneda y Mateos, siendo un rasgo que puede ser contradictorio ya que si los autores eran liberales y luchaban por el modelo republicano no deberían considerar en el proceso histórico a un elemento metafísico como la Providencia porque ésta mantenía, como primera premisa, la legitimación de la monarquía. Parte de los motivos de esta aparente contradicción y sus posibles causas se expone con más detalle en el cuerpo del texto de la tesis.

En 1813 las tropas napoleónicas salían de España y se iban con ellas algunos miles de españoles “afrancesados”, entre los que figuraban: escritores, hombres de ciencia y en general partidarios del denominado liberalismo.<sup>20</sup> La constitución de Cádiz de 1812 fue el ejemplo al que aspiraron en Europa los liberales. Sin embargo, con la restauración del absolutismo español de Fernando VII, la España que antes había acogido los emigrados europeos durante la guerra de ocupación napoleónica, los veía partir. En el periodo de 1823 a 1834, hubo una gran cantidad de españoles que emigraron a diferentes países de Europa, y muchos de ellos se quedaron en Inglaterra. A pesar de las medidas adoptadas por la Corona Española, el germen liberal había

---

<sup>20</sup> Ver: Vicente Llorens, *Liberales y Románticos*, 1968, p. 10.

echado raíces en la península ibérica. Así entonces, para 1834 ya estaba en boga en España el paradigma historiográfico que en gran medida está presente en el texto del español Pedro Pruneda: el romanticismo.

Entre 1834 y 1868, en España las ideas y la concepción romántica y nacionalista de la historia, estaban presentes junto a otras perspectivas, como la historia erudita, la medieval, por ejemplo. Se buscaba un cuerpo homogéneo de ideas que incluyera a todos los sectores de la sociedad española, inmersa en una debacle política, precisamente por el modelo de Estado monárquico durante el reinado de Isabel II, periodo análogo a la vida de Pruneda. La historia “erudita” que privilegiaba la dimensión política y, por ende, la participación de los reyes y los gobernantes, poco a poco daba paso a un nuevo protagonista del devenir histórico: “el pueblo”. Sin embargo, el papel preponderante de las grandes figuras de la historia se mantenía en pie, según afirman Paloma Cirujano, Juan Sisinio y Teresa Elorriaga, así como también la concepción romántica de la historia que promulgaba la intuición, el sentimiento, la viveza del discurso, la fuerza del pensamiento ideológico y la crítica al orden político, se hacían presentes;<sup>21</sup> el hombre “necesario” era un elemento *sine qua non*. Por ello no era extraño que el propio Pruneda reconociera en su *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867...* a personajes como Hernán Cortés, a través de los cuales se cumplían los planes del devenir histórico, para el caso de la Conquista de México, o como Miguel Hidalgo, para el caso de la Independencia de la Nueva España.

Hyden White señala que los historiadores y los filósofos de la historia del siglo XIX no sólo narran sucesos considerados históricos, sino que, además, de manera consciente o no, construyen una narración que contiene en su estructura una trama similar a la de las obras literarias, y que él denomina: poética de la historia o teoría de

---

<sup>21</sup> Paloma Cirujano, Juan Sisinio y Teresa Elorriaga, (en adelante et al), “Las premisas metodológicas del trabajo histórico” en *Historiografía y Nacionalismo español (1834-1868)*, 1985, pp. 27-44.

los *tropos*, en la cual a una forma de tramar -romance, comedia, tragedia y sátira-, corresponde un modo de explicar: *formista*, que prioriza la unicidad de los objetos; *organicista*, que da relevancia a los individuos, la cual está presente en los historiadores nacionalistas, por ejemplo; *mecanicista*, que también da relevancia a los entes individuales, pero como manifestaciones de leyes que gobiernan el devenir histórico, y *contextualista* que propone, como base, el estudio de las relaciones entre los acontecimientos.<sup>22</sup> Sobre la forma de tramar y explicar, White, siguiendo a Karl Mannheim, deriva un modelo de implicación ideológica que propone cuatro categorías: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo, y en cada modelo puede haber un tipo de figuración particular: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Es muy importante apuntar que la tesis no aplica el modelo tropológico de White a los dos textos objeto de estudio, pero se vale de algunas consideraciones del mismo, por lo que consideramos importante enunciar sus puntos relevantes.

De lo anterior se puede sostener que la propuesta de White posibilita la comparación de las dos obras objeto de estudio porque permite observar el sustrato narrativo que existe en un texto histórico y que sobresale al compararlo con un texto literario que narra el mismo hecho ya que tanto el narrador como el historiador utilizan técnicas de selección y organización semejantes. Como señala Hayden White: “la narrativa histórica no reproduce los acontecimientos que describe; nos dice en qué dirección pensar acerca de los acontecimientos”; además, “la narrativa histórica no refleja las cosas que señala; recuerda imágenes de las cosas que indica, como hace la metáfora”.<sup>23</sup> Es decir, que al leer un texto histórico, aquí nos referimos específicamente al de Pruneda, lo percibimos como un relato literario porque se sirve de figuras retóricas. Si consideramos la anterior propuesta como válida, entonces no resulta

---

<sup>22</sup> Hayden White, “Introducción” a *Metahistoria*, 2005, pp. 22-31.

<sup>23</sup> Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, 2003, p. 125



infundado comparar una obra de ficción, una novela histórica que se escribe, entre otros fines, para dar a conocer la postura, la tradición y los prejuicios, según la perspectiva de Gadamer, de un grupo de liberales que se consideraban herederos de otra generación de mexicanos que habían luchado por la Independencia del país desde 1810, con una obra histórica que se escribe y publica casi al mismo tiempo en España, por un autor que estaba a favor de la causa republicana en México y que, además, maneja una gran cantidad de fuentes de primera mano, hecho que ha llevado a algunos historiadores mexicanos contemporáneos a suponer que alguien le había apoyado en la tarea de reunir una amplia documentación; como señala Ernesto de la Torre Villar, ¿Cómo podría emprender una obra para la que requería conocimientos adecuados, información precisa, abundante, oportuna?”.<sup>24</sup>

El apoyo y la simpatía que despertaba fuera de México la causa liberal, se constata en la cantidad de muestras de apoyo que tuvo el gobierno de Benito Juárez en el continente americano y también en Europa. Específicamente, en aquel año de 1867, hoy sabemos de redes de apoyo en España, como lo ha señalado Antonia Pi Suñer,<sup>25</sup> una de las cuales, quizá, pudo hacer llegar o postular a Pedro Pruneda como un escritor con los méritos necesarios para escribir un texto que presentara una versión liberal de lo que había sucedido en México, especialmente después de que el gobierno republicano condenara a muerte al archiduque Maximiliano de Habsburgo, hecho que esperablemente desató una gran cantidad de reacciones en una Europa dominada por regímenes monárquicos. Además de su militancia liberal, Pedro Pruneda echó mano de las redes sociales idóneas para esta labor, porque, junto a su padre, Víctor Pruneda,

---

<sup>24</sup> Ernesto de la Torre Villar, “Prólogo” moderno a la *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867...*, p. xxi.

<sup>25</sup> Ver: Antonia Pi Suñer, “La cuestión mexicana en el ámbito político español de mediados del siglo XIX: la obra de Pedro Pruneda”. En *Secuencia* Núm. 12, septiembre-diciembre, 1988, pp. 16-28.

militó desde años antes en diversos movimientos a favor de los grupos liberales y republicanos que les causaron diferentes problemas y persecuciones.

Así, y probablemente por lo anterior, Pedro Pruneda mantiene en la narración de su *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867...* una gran adhesión a la causa republicana, además de señalar la defensa del derecho que tenía la nación mexicana para decidir, el gobierno que mejor le conviniese. Asimismo, en el texto de Pruneda hay un afán no sólo de narrar los hechos, también está presente el propósito de convencer al lector de que la causa republicana era la más viable en las “repúblicas americanas”, ya que no existían las condiciones, según él, para instaurar un modelo monárquico pese a los tres siglos de dominio español.

Tanto la novela histórica de Mateos como el texto histórico de Pruneda se ponderan las figuras históricas como guías privilegiados que sabían de la importancia de su papel en el devenir histórico. Es necesario resaltar que el estilo narrativo, emotivo y vívido que Pruneda utilizó en su texto histórico, es propio de la narración romántica y se acerca al de Mateos en su novela histórica; en algunos pasajes, el estilo narrativo tiene semejanzas notables.

El análisis y la interpretación de los dos textos objeto de estudio, se dividió en tres capítulos. El primero se dedica al análisis de *El Cerro de la Campanas*, de Mateos, en tanto novela histórica por lo cual este capítulo está sustentado teóricamente, en su mayor parte, por la teoría literaria y cómo no se pretende comparar directamente una obra de ficción con una que mantiene pretensiones de verdad histórica sólo se hace un breve balance de los antecedentes generales de la práctica de la historia en México durante los años posteriores a la independencia, porque es en ese periodo cuando las elites ilustradas buscaban afanosamente la esencia y el ser nacional. Cabe recordar que en esos años, aún la historia era parte de la literatura y por ende el capítulo primero tiene

mayor peso en lo relativo a la práctica de la literatura y en la versión de los liberales, ya que fue el periodo en que ellos consideraban de triunfo máximo, además de que no se contaba con una visión de los conservadores, por lo menos en lo que a novela histórica se refiere y considerando que los intelectuales mexicanos se desempeñaban sin problema en los diferentes géneros discursivos. El capítulo segundo lo dedicamos a la *Historia de la guerra de Méjico...* de Pruneda, con el afán de examinar el discurso ideológico y la pretensión de verdad del español de cara a los modelos historiográficos vigentes en España y sobre todo para su posterior comparación con la novela de Mateos, específicamente cómo ambos re-construyen pasajes específicos de la guerra y sobre todo cómo presentan al lector a los dos grandes personajes históricos que sobresalen: Benito Juárez y Maximiliano de Habsburgo. En el capítulo tercero se aborda la novela de Mateos y la historia de Pruneda, con el propósito de hacer un análisis comparativo de episodios y personajes históricos relevantes, que permita reconocer las coincidencias ideológicas, las concepciones sobre el devenir histórico y el papel que ambos autores les otorgan a los principales personajes históricos, Maximiliano y Juárez. El análisis comparativo permitió conocer el cruce de horizontes enunciado en el título de la tesis. Es necesario señalar, por último, que en los tres capítulos hay referencias a textos históricos y literarios de autores mexicanos y extranjeros que se dieron a la tarea de narrar los sucesos de inmediato y posteriormente. El propósito es mostrar que las ideas plasmadas por Mateos y Pruneda fueron pertinentes en su momento y todavía después. A continuación describimos con más detenimiento los problemas abordados en cada capítulo.

El capítulo primero se dedica al análisis de *El Cerro de las Campanas*, la primera novela histórica que Mateos escribió, en la cual revela su interés por abordar sucesos apenas acontecidos; la distancia de éstos es apenas de seis meses, por lo tanto,

es una novela, como antes señalamos, que parecería salirse del paradigma de la novela histórica europea del siglo XIX, que preferentemente tomaba sucesos de un pasado lejano. Pero, como se sabe, dentro del género novela histórica existe una modalidad, en la que el autor puede valerse, o ser, testigo presencial de los acontecimientos para construir su narración. Esta modalidad entraría en la denominada novela realista. También, y de manera breve, se señalan algunos datos de la vida y circunstancias de Mateos, así como del ambiente que había en el ámbito literario y cultural de la ciudad de México, el lugar donde escribe Mateos, después del triunfo liberal de julio de 1867. Brevemente revisamos el camino que siguió la escritura de la historia en México después de la consumación de la Independencia y reseñamos de manera general a los principales autores y textos que habían en el periodo anterior a la guerra de Intervención, sobre todo porque aunque Mateos escribió una novela histórica seguramente conoció las principales obras históricas que había en México y quizá las que llegaban de Europa. Además de ese breve recuento se puede señalar que la idea de la historia que el español Pruneda tenía: “maestra de la vida” no era extraña a la que proponían, en los mismos años del Segundo Imperio, mexicanos como Manuel Larraínzar, punto coincidente y nada extraño si consideramos que la matriz intelectual de la que ambos partían era una similar: el neoclasicismo y el romanticismo. Después, destacamos las obras de teatro que Mateos escribió con Riva Palacio, al inicio de la Intervención francesa, y que fueron antecedentes para *El Cerro de las Campanas*.

Un último punto que debe señalarse es que debido al momento de la producción de la novela, enero de 1868, y al ambiente triunfalista del grupo liberal, aún no había novelas que rescataran la perspectiva del lado conservador y por ello en el capítulo sobresale esta perspectiva, pero no por ello se debe pensar que los conservadores dejaron de escribir o a luchar por diferentes medios por recuperar paulatinamente su

lugar en las letras mexicanas, de hecho el capítulo incluye un breve, pero claro ejemplo, de que después de la guerra de Intervención y el Segundo hubo un ambiente de reconciliación como fue el caso de la invitación de Altamirano a las Veladas Literarias a conservadores como José María Roa Bárcena. Después, se analizan los personajes y sus acciones, considerando el ingreso de personajes históricos en la trama narrativa; entre éstos destacan el guerrillero Nicolás Romero, del que el autor-narrador toma rasgos para el guerrillero ficticio Pablo Martínez. En la trama novelesca los actores principales del suceso histórico, Benito Juárez y Maximiliano, son construidos de manera singular. El presidente mexicano es un personaje que no aparece tangiblemente, el narrador no le da la voz, sino, más bien, es el líder ideológico que dirige una corriente subterránea en la narración, y representa e influye en el devenir histórico de México; por eso en la novela es ya un héroe áureo. El emperador Maximiliano, en cambio, actúa en la intriga de manera diferente, incluso se inmiscuye en la vida íntima de los personajes ficticios. La representación de los dos personajes es materia de comparación, como antes hemos señalado, con el texto de Pruneda.

El capítulo segundo inicia con breves apuntes biográficos sobre la vida de Pedro Pruneda, destacando los relativos a su filiación política y su obra histórica anterior, para después reseñar, brevemente, el contexto en el que vivió y las posibles motivaciones que tuvo para escribir su texto histórico, así como los modelos historiográficos en boga en España, cercanos, como hemos señalado, a los que seguían algunos mexicanos, sobre todo los que todavía consideraban a la historia “maestra de la vida”, como Cicerón proponía. Además, y apoyándonos en algunos artículos periodísticos españoles del periodo, mostramos el valor que, a los ojos europeos, tenían la guerra de Intervención y la instauración de una monarquía en México. También se destaca lo que para Pruneda era el principal motor de su argumentación: la flagrante

violación de la soberanía política que las llamadas potencias mantenían contra la nación mexicana. Posteriormente, analizamos el texto en el orden de cada una de sus partes: prólogo, introducción y cuerpo del texto, privilegiando el tratamiento de los principales personajes históricos. Especialmente nos detenemos en la construcción de figuras históricas relevantes, en cada una de las épocas en que divide Pruneda la historia de México.

En el capítulo tercero analizamos la construcción de los dos personajes históricos más relevantes: Maximiliano y Benito Juárez, en la novela de Mateos y en la historia de Pruneda; también, un apunte más breve sobre el papel que tuvo Napoleón III en la guerra de intervención. Antes, analizamos de manera sucinta algunos aspectos de la construcción del héroe en el pensamiento occidental, para después detenernos, someramente, en la de México, especialmente en los próceres de la Independencia. Hacemos también una comparación de episodios específicos de la guerra de intervención, como el impacto del Decreto del 3 de octubre de 1865, que Maximiliano firmó, por el que se condenaba sumariamente a las fuerzas republicanas. Particularmente, nos detenemos en el fusilamiento del Emperador. Los elementos del análisis ilustraron la cercanía entre la historia de Pruneda y la novela de Mateos, pese a ser géneros discursivos diferentes, comprobaron que tanto en la forma como en el fondo, la escritura literaria y la histórica provienen de una misma matriz intelectual, de una misma tradición: las ideas de los pensadores clásicos, junto al pensamiento liberal y al romanticismo. En este capítulo fue mayor el empleo de fuentes históricas mexicanas y extranjeras, debido a que se narran los sucesos definitivos y el desenlace de la novela y el final del texto histórico, lo cual permitió mostrar que los horizontes de enunciación se acercan, pese a las diferencias discursivas.

En suma, la tesis lleva la intención de aportar a la discusión historiográfica contemporánea mexicana propuestas que incidan en un mayor conocimiento del horizonte ideológico de los hombres que lucharon y soñaron con una idea de nación que, en 1867, al triunfo de la república, estaba más en los discursos que en la realidad. Esto se aprecia en la forma de narrar en la historia de Pruneda y de historiar en la novela de Mateos. De ahí que los autores sean doctrinarios a favor de los principios liberales, y desplieguen recursos para persuadir al lector de que la mejor de las causas era la que había triunfado en México, en 1867. El objetivo central de la tesis es argumentar que una novela histórica y un texto histórico que narran acontecimientos recién acontecidos, pueden servir para mostrar, hoy en día, cómo ese horizonte enunciativo, permeaba la circunstancia de vida de Mateos y de Pruneda.

## CAPÍTULO UNO

### ***El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero:* La novela histórica y la causa liberal**

En este capítulo se hará un análisis de *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero. Novela Histórica*, que Juan Antonio Mateos Lozano publicó en 1868. Los sucesos y algunos de los personajes históricos y ficticios de la trama narrativa serán la materia fundamental a la luz de algunos conceptos de la teoría literaria. Antes del análisis de la novela consideramos pertinente comenzar por una reseña sobre la pugna entre dos modelos de gobierno, el monárquico y el republicano, para situar la restauración de la República en 1867 y el año siguiente 1868, año en que Juan Antonio Mateos escribió la novela. Inmediatamente después nos referiremos a los dramas históricos que Mateos escribió junto con Vicente Riva Palacio en 1861 y 1862, seis años antes de comenzar la escritura de novelas históricas, por ser un ejercicio que influyó en éstas. Después, haremos referencia al ambiente político y cultural, posterior al triunfo de la República, para situar la escritura de *El Cerro de las Campanas* y comenzar el análisis de la novela.

#### **El triunfo de la República**

El 19 de junio de 1867, a las afueras de la ciudad de Querétaro, moría fusilado el emperador Maximiliano de Habsburgo junto a los militares mexicanos y monárquicos Miguel Miramón y Tomás Mejía. El acto era un final simbólico: la muerte de un modelo de gobierno en México. Algunos meses después de la victoria de las tropas liberales sobre las tropas conservadoras en Querétaro, había en el país un afán por



cimentar y empujar por diferentes medios el modelo de gobierno republicano que se había reinstaurado. Como ejemplo, podemos citar un fragmento del discurso de Ignacio Ramírez, pronunciado el 15 de septiembre de 1867:

[...] La República, sobre las cicatrices mal cerradas que le dejaron los Callejas, se estremece con las heridas por donde corrió el arma envenenada, esgrimida por Forey, Dupin, Bazaine y las cortes marciales; gime y no encuentra consuelo sino en la exclamación que le enseñaron los Hidalgos y los Allendes, y que acaban de recordarle los Romeros, Ghilardis, Arteagas, Zaragozas...<sup>26</sup>

La identificación de los héroes de la guerra de Independencia con los vencedores de la Intervención francesa, no sólo era parte de un bien armado discurso para esa festiva ocasión, sino que para Ignacio Ramírez el regreso de Benito Juárez y de su gobierno, que acababa de ocurrir, era simbólicamente, el triunfo de las ideas liberales.

En enero de 1868, algunas voces celebraban el triunfo liberal, pero otras no. En la prensa nacional se publicaban artículos relativos al término de la Intervención francesa y la caída del Segundo Imperio. En ese entonces, la guerra por medio de las armas había terminado. Sin embargo, la beligerancia con la pluma seguía. Los ataques hacia algunos representantes del gobierno mexicano, especialmente al presidente Benito Juárez,<sup>27</sup> muestran que en Europa el acto de fusilar a un miembro de los Habsburgo –para finalizar la intervención francesa– no era un acontecimiento fácil de asimilar. Como era de esperar, del lado liberal los juicios y las celebraciones republicanas iban acompañados de artículos periodísticos, en los cuales se exhibían documentos que mostraban datos biográficos de reconocidos miembros del Partido Conservador, se

<sup>26</sup> Ignacio Ramírez (1818-1879), *Ensayos*, 1993, p. 69 y ss.

<sup>27</sup> El 5 de febrero de 1868, el diario *El Siglo XIX* recogía una nota de *La Gaceta* de Francia, perteneciente al 16 de diciembre de 1867 en su sección “Crónica Extranjera” con base en una carta que el periódico decía haber recibido de México: “Juárez se embriaga únicamente en su triunfo. Figuraos a este indio de aspecto vil y siniestro, profanando los recuerdos dejados por la desgraciada familia imperial. Juárez come en la vajilla cubierta de Maximiliano, con sus cubiertos marcados con las armas y las iniciales del difunto emperador. Este héroe, al cual una tortilla servía a la vez de cuchara de tenedor y de plato, está asombrado de estos esplendores, y se encuentra a veces embarazado con los despojos del vencido”. *El Siglo XIX*, 5 de febrero de 1868, p.2.

expresaban juicios sumarios, y se sacaban a la luz los “trapos sucios”, de los representantes del lado monárquico.<sup>28</sup>

Había señalamientos en esos días, ataques y una multitud de notas periodísticas llegadas de Europa que a seis meses del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, mostraban que esos acontecimientos seguían causando reacciones en contra, especialmente en Francia.<sup>29</sup> En México, como contraparte, se publicaba el *Libro secreto de Maximiliano*, hecho que para el liberal mexicano Francisco Zarco venía: “[...] a demostrar que la intervención y el imperio tenían un conocimiento íntimo y profundo de quiénes eran sus partidarios [y sabían] muy bien que tenían de su lado a las gentes perdidas, a las nulidades políticas [...]”.<sup>30</sup>

Como se podrá notar, en nuestro país los conservadores y liberales seguían, por su parte, peleando. Los liberales –incluyendo a los moderados– preferían un modelo de gobierno republicano y federal que pusiera restricciones al clero. Además, proponían la educación laica, la igualdad política y la jurídica, apoyado lo anterior en un modelo de producción capitalista. Como señala José Ortiz Monasterio, en relación a los liberales, puros y moderados, estos diferían más en los medios que en los fines, ya que los primeros buscaban una reforma jurídica y política rápida y enérgica; mientras que los segundos una reforma hecha con cautela.<sup>31</sup> Por su parte, los conservadores preferían un sistema de gobierno centralista (algunos, monárquico) apoyado de manera

---

<sup>28</sup> Ver *El Siglo XIX*, 4 de enero de 1868, pp. 1-2, número en el que se publicó la biografía de Monseñor Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos (1816-1891); ahí leemos que “favoreció a la intervención [...] fue nombrado miembro de la regencia.”

<sup>29</sup> Emblemáticas de este periodo son las notas de la sección “Crónica Extranjera” del periódico de corte liberal *El Siglo XIX*. Por ejemplo, el 3 de enero de 1868 apareció un artículo denominado “Los traidores pintados por ellos mismos” con el subtítulo: *Libro secreto de Maximiliano en que aparece la idea que tenía de sus servidores*. Ver *El Siglo XIX*, 3 de enero de 1868, pp.1-3.

<sup>30</sup> Francisco Zarco (1829-1869), Artículo editorial del periódico *El Siglo XIX* correspondiente al 5 de enero de 1868, reproducido en *Obras completas*, tomo, XV, 1993, pp. 212-215.

<sup>31</sup> En José Ortiz Monasterio, “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía... biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, pp. 37-38.

preponderante por la Iglesia católica y, por supuesto, amparando los privilegios del clero.

Con el triunfo de 1867 se intensificó la construcción del discurso liberal. Era natural que los vencedores de Querétaro se sintieran herederos y continuadores de un proceso de emancipación que comenzó con la célebre proclama de Miguel Hidalgo. Triunfo con el que se pretendía dejar de lado casi medio siglo de pugnas y ensayos de modelos de gobierno. Lo que importaba en 1867 era afianzar el modelo republicano y, al mismo tiempo, divulgar de todas las formas posibles el triunfo de lo que ellos consideraban como punto final de una lucha entre grupos antagónicos, iniciada desde la perspectiva de los liberales, en el triunfo mismo de la independencia nacional. Es decir, se construían líneas discursivas congruentes con la ideología liberal, algo que también hacían los conservadores.

El proceso se había interrumpido por las luchas internas y por los diversos ensayos de gobierno que se pusieron en práctica. El primero comenzó con el Plan de Iguala en 1821, el cual proponía una monarquía moderada con un miembro de la familia real española a la cabeza y con la exclusividad de la religión católica. Este modelo sería llevado a la práctica, a excepción de lo relacionado a un príncipe europeo, por Agustín de Iturbide en el efímero Primer Imperio que terminó en 1823.<sup>32</sup> Después del fallido gobierno monárquico, la mayoría de las provincias mexicanas se decidieron en 1824<sup>33</sup>

---

<sup>32</sup> Iturbide fue fusilado en 1824 cuando desembarcaba en las playas de Tamaulipas, fue acusado de traidor por una orden de condena en su contra decretada por el Congreso mexicano.

<sup>33</sup> Después, en 1828 fue impuesto como presidente de la República Vicente Guerrero, violando las elecciones. El periodo gubernamental culminó pronto, en diciembre de 1829 con la salida del presidente (Guerrero fue fusilado en 1831) y la instauración de un gobierno de “hombres de bien”, con Lucas Alamán como líder. Tampoco este gobierno funcionó; en 1832 se rebeló el general Antonio López de Santa Anna y alcanzó la presidencia junto a Valentín Gómez Farías como vicepresidente. De ahí en adelante se dieron diferentes modelos que pueden resumirse así: primer gobierno centralista (1834-1841); primera dictadura de Santa Anna (1841-1843); segundo gobierno centralista (1844-1846); segundo gobierno federalista (1846-1856); segunda dictadura de Santa Anna (1853-1855) que culmina con la revolución de Ayutla, la llegada de los liberales al poder y el inicio de la guerra de Reforma.

por un modelo republicano y federal,<sup>34</sup> por acuerdo del Segundo Congreso Constituyente.<sup>35</sup> Sin embargo, para comprender cómo se llegó a ese estado de situaciones es necesario revisar algunos hechos, nombres y obras que sobresalen en nuestra tradición intelectual decimonónica para vislumbrar el horizonte y circunstancias que habían moldeado a aquellos que luchaban por constituir una nación.

### **Una breve revisión a la *otra* labor literaria: la histórica**

Como se ha señalado en la Introducción de esta tesis, para muchos de los intelectuales del periodo posindependentista, un claro ejemplo fue Tadeo Ortiz, la historia estaba entre las disciplinas que conformaban la literatura. Por lo anterior, es necesario hacer una breve revisión de las obras, autores y modelos que en lo tocante a la narración histórica se practicaba en México antes de la instauración del Segundo Imperio.

Después de consumada la independencia, se comenzaron a escribir textos históricos bajo el formato de cuadros estadísticos, por ejemplo, en 1822 Tadeo Ortiz escribió *La estadística del Imperio Mexicano*, en el mismo año que Carlos María de Bustamante escribiera su *Cuadro Histórico*. De los cuadros históricos sobresalen de Lorenzo de Zavala *Ensayo histórico de las Revoluciones de 1831 y Méjico y sus revoluciones* de José María Luis Mora de 1836, en éste el autor señalaba que su obra

---

<sup>34</sup> Josefina Zoraida Vázquez señala que aunque los legisladores nacionales seguían el modelo norteamericano, el republicanismo que se quería para la nación mexicana era uno “más radical”, que “no iba a gobernar a los ciudadanos sino a los estados”, porque simplemente no los había. En “De la difícil constitución de un Estado”, *La fundación del Estado mexicano*, 1994, p. 15.

<sup>35</sup> En opinión de Jaime Rodríguez, la República de 1824 enfrentó diferentes problemáticas y rebeliones de las propias provincias que propiciaron que la elite nacional asentada en la capital, que había estado luchando por el poder desde 1808, por fin lo obtuvo en 1821, pero lo perdió dos años más tarde; agrega que “La nueva República mexicana, a diferencia de la los Estados Unidos de Norteamérica, inició su existencia entre las manos de una élite regional cuyas acciones se basaban en una política de masas. La clase alta mexicana, es decir los *hombres de bien*, como los calificara Lucas Alamán, se vio marginada durante la primera década de la vida nacional”. En “De súbditos de la corona a ciudadanos republicanos: el papel de los autonomistas en la independencia de México”, *Interpretaciones de la independencia de México*, 1997, pp. 68-69.

era “en el fondo histórica, estadística y filosófica”.<sup>36</sup> Tanto el texto de Zavala como el de Mora son considerados fundamentales para el conocimiento del proceso independentista. Zavala al momento de escribir su *Ensayo* ya tenía una sólida carrera como literato, o polígrafo, para llamarlo de otro modo. Desde 1813 publicaba en periódicos que había fundado y editado en la península yucateca, (*El Aristarco Universal* y *El Redactor meridiano*) y posteriormente colaboró en algunos de la capital (*El Águila Mexicana* y *El Correo de la Federación*), además de su labor periodística, Zavala realizó diversas traducciones<sup>37</sup>. Por cierto, Zavala protagonizó una moderna polémica en torno a una lecciones de historia que publicó en *El Águila Mexicana* en 1824 y que “omitió” señalar que eran una traducción de *Leçons d’ Historie* del conde francés Volney, que hoy es considerada, por Juan A. Ortega y Medina, como una fuente que lo influyó en la escritura de su más famoso *Ensayo*.<sup>38</sup>

El caso de Mora sería diferente, fue liberal como Zavala, polígrafo y uno de los principales ideólogos del liberalismo mexicano. En 1833, junto a Valentín Gómez Farías, promovió leyes que pretendían ampliar derechos individuales en lo político, lo económico y lo educativo, también proponían la supresión de los fueros eclesiástico y militar. Además de su labor ideológica-política, destaca su labor periodística en el *Semanario Político y Literario de México*, sin dejar de mencionar que también practicaba la abogacía y labores legislativas. Con el afán de seguir luchando por la libertad de prensa fundó, en 1827, *El Observador de la Republica Mexicana* que se publicó en dos épocas, la primera en 1828 y la segunda de marzo a octubre de 1830. Posteriormente fue Ministro plenipotenciario de México desde 1847 en la Gran

<sup>36</sup> José María Luis Mora, “Advertencia Preliminar” en *Méjico y sus Revoluciones*, t. 1, 1986, p. viii.

<sup>37</sup> Ver: Evelia Trejo: “Lorenzo de Zavala. Personaje de la Historia...” en *La República de las letras asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, 2005, pp. 53-66.

<sup>38</sup> Por cierto que hasta hace pocos años la obra fue considerada de Zavala y fue abalada por la propia academia de historia, por algunos críticos e historiadores especializados. La hoy considerada “traducción” se incluyó en e texto de Juan Ortega y Medina: *Polémicas y Ensayos Mexicanos en torno a la Historia*, 2001, pp. 22-77.

Bretaña, pero antes en 1836 comenzaría a publicar su conocida obra histórica: *México y sus Revoluciones*, obra considerada como fundamental en la historiografía mexicana pero, como todas, no exenta de contradicciones. Por ejemplo, Mora por un lado defendía a capa y espada las libertades individuales y por otro señalaba que el carácter de lo mexicano se debería de buscar en la “población blanca”,<sup>39</sup> comentario que no sólo mostraba la idea de Mora con respecto a los indígenas, sino la de toda esa generación de intelectuales que no supieron que hacer con lo relativo al sector indígena, por cierto, segmento que alcanzaba dos tercios de la población.<sup>40</sup>

Este breve recuento estaría incompleto sin no incluyera a uno de los historiadores más relevantes del periodo posterior a la independencia, y aunque no es liberal como los anteriores, sin duda su obra es de la misma importancia. Nos referimos a Lucas Alamán, al que le tocó vivir los últimos años del virreinato y por ello, quizá fue lógico el apego y el anhelo por un orden perdido que le representaba el antiguo régimen. Alamán comenzó a publicar su *Historia de Méjico* en 1849 al mismo tiempo que organizaba al partido conservador y al periódico que sería su órgano de difusión: *El Universal*.<sup>41</sup>

Aunque no tratamos de comparar escritos históricos con literarios, lo que si es valioso recordar es que los escritores mexicanos que comenzaron a cultivar el discurso histórico no estaban alejados de los que privilegiaron el discurso literario, ambos grupos eran polígrafos y pasaron de un género a otro sin problema, lo mismo practicaban el periodismo, la historia, la novela o la poesía. Durante el siglo XIX los intelectuales mexicanos buscaron conformar una identidad nacional y para ello se

---

<sup>39</sup> José María Luis Mora, *México y sus Revoluciones*, edición facsimilar, 1986, p. 75.

<sup>40</sup> Al respecto del conocido “blanqueamiento” de la población mexicana y la relación de las reformas liberales y los indígenas. Ver, por ejemplo, de Charles Hale: “El liberalismo y el Indio” en *El liberalismo Mexicano en la Época de Mora*, 1999, pp. 221-254.

<sup>41</sup> Alamán había escrito antes entre 1844 y 1849 las *Disertaciones sobre la Historia de Méjico*. Ver: Enrique Plasencia de la Parra, “La obra de Lucas Alamán, Entre el romance y la tragedia”, en *La República de las letras asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, 2005, pp. 67-76.

valieron colectivos, como las logias masónicas, las tertulias y las diversas asociaciones literarias. En esas agrupaciones se reflexionaba y se difundían las diferentes ideas, doctrinas y corrientes literarias. Las logias sobresalieron en el periodo independentista, porque dieron una base organizativa a los insurgentes que contaba, incluso, con apoyo internacional. Por su parte las asociaciones literarias desde 1830 perseguían por un lado el intercambio de ideas y la instrucción del gran público, es decir se pasaba de la escritura de la historia a la difusión de la misma. Para los intelectuales mexicanos era tan importante el escribir nuestra historia como difundirla a todos los mexicanos que fuera posible.

Una de las primeras asociaciones que sobresalió fue la *Academia de Letran* de 1836, fundada por jóvenes como Guillermo Prieto y José María Lacunza. El primero gran poeta y el segundo ministro de Relaciones exteriores en el gobierno de José Joaquín Herrera y además parte del gabinete de Maximiliano. Lacunza también es conocido por sostener una polémica epistolar sobre la manera de enseñar la historia, a los pasantes de cualquier carrera, que sostuvo en 1844, a través de periódico *El Siglo XIX*, con el conde José Gómez de la Cortina.<sup>42</sup> Los miembros de la Academia de Letran también contribuyeron con el impulso de la prensa en la creación de diarios como *El Museo Mexicano* de Guillermo Prieto y Manuel Payno o en el impulso de diarios de mucha importancia para la causa liberal como fue *El Siglo XIX*, que se publicó por primera vez en 1841 y duró hasta 1896.

De la etapa que reseñamos, resalta que los historiadores liberales mexicanos buscaron, en lo general, una nueva forma de escribir la historia y que al final se mantuvo durante el siglo XIX. El peso que le comenzaron a dar los documentos, incluso sobre la memoria, es de destacar; así como el que hayan dejado de lado a la

---

<sup>42</sup> Ver: “Polémica epistolar entre José Gómez de la Cortina y José María Lacunza” en *Polémicas y Ensayos Mexicanos en torno a la historia*, 2001, pp. 79-149.

Providencia como el motor de la historia, a excepción de Bustamante, y por el contrario consideraron a las grandes personalidades como los guías privilegiados punto fundamental y coincidente con lo que el romanticismo proponía para la literatura. Era el antecedente de lo que se conocería como “historiografía liberal”. Es necesario señalar que en esos años se había comenzado a dejar atrás los tragos amargos que habían representado las guerras contra España (1829), Texas (1836), Francia (1838), pero la que marcaría definitivamente el rumbo nacional fue la más traumática, la librada contra Estados Unidos (1846) en la que no sólo se había significado una derrota militar además, había causado la pérdida de la mitad del territorio nacional de hecho amenazaba la existencia misma de la nación.

Los hechos de guerra que sufrió México no deben de perderse de vista ya que la nación pudo con más o menos decoro salir avante de las invasiones Española y Francesa, pero no así de la guerra con Texas y sobre todo con la librada contra Estados Unidos y esa sería una marca infausta que llevarían esa generación de mexicanos, específicamente los pertenecientes a las elites intelectuales y políticas. No era poca cosa lo perdido, el peligro subsistía, otras potencias europeas o el propio expansionismo norteamericano seguían representando un verdadero desafío, sobre todo por la manera “cómoda” con que las tropas americanas habían derrotado a las mexicanas. Después de la derrota militar, los problemas no se acabaron en el país, de hecho se incrementaron: estalló la rebelión indígena conocida como Guerra de Castas (1847-1848); la última revuelta del general Mariano Paredes (1848); y un clamor generalizado por la paz crearon un clima de enfrentamiento entre los liberales (puros y moderados) y los conservadores que seguiría hasta 1853 y daría un nuevo giro con el regreso al poder del general Santa Anna y su posterior salida en 1855. Será en este periodo cuando los conservadores se posicionen nuevamente en el gobierno liderados por Alamán, y se



reavive la idea de instaurar el modelo monárquico en México por vía de personajes como Gutiérrez Estrada. Por cierto, también figura central en el periodo del Segundo Imperio.<sup>43</sup> Sin embargo, de ese periodo de crisis destacarían las figuras de liberales como: Ignacio Ramírez, Mariano Otero, Francisco Zarco y Guillermo Prieto.

En 1848 se publicó un texto de gran valor *Apuntes para la Guerra de los Estados Unidos*, escrito por Mariano Otero, José María Iglesias y Guillermo Prieto con la finalidad de intentar comprender lo que le había pasado a la nación y para destacar el heroísmo del pueblo durante la lucha. Además, en el periodo de 1850 a 1860 se redujo la cantidad de obras literarias, desde luego incluyendo las históricas, pero aún con lo anterior hubo el marco propicio para un resurgimiento de las letras, a través de asociaciones como el Liceo Hidalgo, inaugurado en 1850 y sus miembros al igual que escribían poesía, elaboraban dramas patrióticos, historia popular o se dedicaban a la práctica de la oratoria. Uno de sus miembros destacados fue Francisco Zarco que igual escribía en *El Demócrata* o *El Siglo XIX* leía su discurso de entrada al Liceo: *Discurso sobre el objeto de la literatura* y ahí señalaba el papel del literato (intelectual) que debería de estar al servicio del Estado, sin cobrar por ello, y tener el papel de líder moral, de juez social que en su crítica entraña una propuesta de continua mejoría. Además, en su discurso Zarco, destacaba lo poético en “todas las ciencias” que formaban la literatura<sup>44</sup> y más adelante señalaba: “el filósofo, el naturalista, el publicista, el economista, son literatos”.<sup>45</sup> La literatura era, entonces, una luz omnipotente que cobijaba y “enseñaba verdades luminosas y corregía los vicios

---

<sup>43</sup> Un buen análisis del periodo es elaborado por Charles Hale en: “Guerra, Crisis Nacional y El Conflicto Ideológico”, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 1999, pp. 14-41.

<sup>44</sup> Zarco se preguntaba, y al mismo tiempo nos deja ver sus modelos e influencias “¿No hay poesía en esas obras de Condillac y de Destutt de Tracy...? ¿No hay poesía y de la más noble, de la más sublime, en los escritos de Montesquieu, de Batel, de Becaria, de Filangieri, de Benjamín, de Constant, de Jovellanos...? Gibbon en su obra inmortal sobre la decadencia de los romanos, dando lecciones a todas las generaciones del mundo; Buffon estudiando la naturaleza y sorprendiendo sus más recónditos misterios...”. Francisco Zarco, *Discurso sobre el objeto de la literatura*, en *La Misión del Escritor*, 1996, pp. 169-170.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 170.

nocivos” de la humanidad<sup>46</sup>. Lo importante de traer a cuento lo de Zarco es que él ya reconoce el papel del literato (intelectual) como crítico y como parte del proceso de cambio político, que a su juicio necesitaba la sociedad mexicana después de las guerras contra fuerzas extranjeras y quizá por ello deja de lado su faceta literaria para dar prioridad a la periodística y legislativa; tribuna en la cual se enfrentaría a sus contrincantes políticos del país y del extranjero. Otras obras de relevancia fueron de Manuel Orozco y Berra: *Geografía de las lenguas indígenas de México* (1862).

Una última obra que conviene citar por separado es el ensayo: *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días*, que José María Larrainzar leyó ante la Sociedad Mexicana de Geografía en Octubre de 1865, en su calidad de miembro de la sociedad y de la comisión creada durante el Segundo Imperio que tenía por objeto la redacción de una Historia Patria, Larrainzar, uno de los liberales moderados que se integraron al gobierno monárquico, señalaba, además de su plan o programa de historia, la importancia de la misma, su utilidad, metodología y también hacia un balance de los diferentes modelos de hacer historia para criticarlos, reconociendo los aciertos y errores que a su juicio tenían. Además, proponía un modelo para escribir lo que llamaba “historia moderna”. Sin embargo, lo destacable para esta tesis es la combinación de autores del pensamiento clásico (Tácito, Cicerón, Plutarco), del francés (Millot, Volney, Rousseau) y del romántico (Lamartine, Chateaubriand) en los que se basó Larrainzar en su ensayo, logrando fusionar los diferentes modelos y con ello mostró que en 1865 los mexicanos tomaban lo que les parecía adecuado de los diferentes pensadores sin mayor conflicto, al igual que lo hacían los mexicanos que cultivaban los distintos géneros literarios. Lo que le importaba a Larrainzar era dejar

---

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 173.

claro que había la necesidad de escribir y de enseñar una “Historia Moderna de México”. Además, y aunque el liberal mexicano reconocía que el historiador era diferente del poeta y por tanto tenía que respetar “los hechos” para acercarse a la verdad, no por ello la escritura de la historia debería de ser “seca y marchita”, sino una verdad “animada que pinta los sucesos” y a las personas con “sus pasiones, sus costumbres y sus tendencias”. Así entonces, se ve que los intelectuales en el Segundo Imperio, en materia de historia estaban bastante familiarizados con los textos y los modelos históricos del pasado, pero también de su presente y conocían igual los textos de Tucídides que los del francés Thierry.

Lo relevante con el anterior resumen, es destacar que desde el periodo de la Independencia los intelectuales mexicanos, se ocuparon en la búsqueda de lo nacional y lo hicieron desde diferentes tribunas sin importar el grupo o partido al que pertenecieron, y lo llevaron a cabo por medio de todos los géneros discursivos a su alcance. Además y para los fines de esta tesis, reseñamos algunos textos que hoy se consideran básicos para el estudio disciplinar de la literatura y la historia, pero con la idea de mostrar que en aquel periodo no había tal separación. Citamos autores que se destacan por su obra histórica, política o literaria, pero también señalamos que escribieron en diferentes géneros, con la finalidad de aclarar que ellos mismos no se veían como escritores multidisciplinarios sino literatos en un sentido decimonónico: amplio y abarcador; así es como debe de analizarse su obra como una sola y si algunos de ellos se inclinaron por un camino u otro fue por sus preocupaciones y ocupaciones personales, para Zarco sobresalió lo político y lo periodístico; para Mora lo ideológico y lo histórico.

Ese camino que para muchos comenzó en el periodismo, pasando a los diversos géneros literarios: novela como Payno, memorias como Prieto, historia como Mora y

Alamán, fue un camino que seguiría estando presente en el periodo del Segundo Imperio (1864-1867) en autores como Juan Antonio Mateos. En ambos grupos, liberales y conservadores se notaba el afán y el anhelo por la construcción de un imaginario y una conciencia propias, una conciencia que alcanzara para todos los mexicanos. Para los conservadores el camino que la historia del siglo XIX les marcaba era el que había funcionado mejor en Europa: el monarquismo y pese al ejemplo exitoso que representaba Estados Unidos, basta con recordar los argumentos que señalaba Charles Hale de la carta enviada por Gutiérrez Estrada a para comprender su posición: “Si Francia, líder del mundo civilizado no está lista para una república, ¿cómo podremos estarlo nosotros?”.<sup>47</sup> En cambio para los liberales, y a pesar de la derrota militar de 1848, el modelo al que aspiraban, era el que exitosamente se llevaba a cabo en el vecino del norte: “los Estados Unidos fueron no sólo el símbolo contemporáneo del progreso para los liberales mexicanos, sino que sus instituciones, sus políticas sociales y económicas y aun sus valores culturales fueron abiertamente adoptados por el pensamiento reformista mexicano”.<sup>48</sup> Uno de esos liberales que sería un verdadero convencido de las causas liberales y admirador del republicanismo norteamericano fue Juan Antonio Mateos.

Sirva todo el anterior resumen, como base para comenzar a comprender que Mateos, como otros liberales, fue polígrafo y combatió sus ideas con la espada y con la pluma. También, consideramos que el recorrido anterior, por nombres y obras, haya dejado claro que encasillar a cualquier intelectual decimonónico mexicano en una sola disciplina es un error, el relato literario no estaba lejano del histórico, eso no puede perderse de vista, como tampoco el hecho de que la escritura de la historia aun no tenía una base científica ni un estatuto propio, eso sería hasta que en México se instaurara el

---

<sup>47</sup> Charles Hale: “Guerra, crisis nacional y el conflicto ideológico” en: *El liberalismo en la época de Mora*, 1999, p. 30.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 193.

positivismo; mientras seguía siendo una más de las “artes liberales” y bajo el manto de la literatura. Antes de pasar directamente al autor y su visión, falta señalar que para no confundir la interpretación de la tesis, lo que resta del capítulo pervive el análisis literario sobre el historiográfico, el cual se retoma a partir del capítulo 2.

### **La formación del novelista Juan Antonio Mateos**

Juan Antonio Mateos inició sus estudios básicos en la escuela que dirigía José María Rico. Después hizo los preparatorios en el Colegio de San Gregorio, donde quizá conoció a Vicente Riva Palacio,<sup>49</sup> quien era un año menor que él. Dichos estudios fueron interrumpidos, entre otras causas, por represalias contra su padre, que era liberal, y por la invasión norteamericana. Así, se trasladó a Toluca para proseguir con su educación junto a su hermano Manuel en el Instituto Literario de Toluca.<sup>50</sup> Ahí, además de conocer a Ignacio Manuel Altamirano, recibió clases de literatura por parte de Ignacio Ramírez, quien después fue cuñado de Mateos. El Instituto era un establecimiento que estaba en su tercera época, cuando se aceptaban alumnos que habían cursado la enseñanza básica. Dentro de las asignaturas impartidas sobresalían la retórica, la poética y la literatura, determinantes para el desarrollo del discurso oral y escrito; y, además de las materias técnicas, una gran variedad de idiomas.<sup>51</sup> Esa formación sería fundamental en muchos liberales que tendrían, en el futuro, un destacado papel en la lucha ideológica. Mateos se trasladó a la ciudad de México en

---

<sup>49</sup> José Ortiz Monasterio señala que Vicente Riva Palacio (1832-1890) ingresó en el Colegio de San Gregorio en 1845, y como concluyó los cinco años correspondientes al currículo, pudo haber conocido a Mateos en 1847, año en que por inferencia se puede suponer que Mateos abandonó sus estudios. Ver José Ortiz Monasterio, *op.cit.*, p. 24.

<sup>50</sup> Ver José Barragán, *Juan A. Mateos. Periodista Liberal*, 1983, p. 9.

<sup>51</sup> José Yurrieta señala que las asignaturas impartidas eran: “idiomas latino y mexicano, griego, francés e inglés; lógica, ideología, metafísica y moral; aritmética, álgebra elemental, geometría especulativa, trigonometría... dibujo lineal y principios de arquitectura; física y química; derecho canónico y derecho patrio; derecho natural, derecho de gentes y derecho constitucional; economía, política; geografía, historia general e historia particular; retórica, poética y literatura”. Ver José Yurrieta Valdés, “Prólogo”, en *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, 1993, p. 23.

1853 para continuar sus estudios de derecho en el Colegio de San Juan de Letrán, pero una vez más su educación se vio interrumpida, en esta ocasión para unirse a las fuerzas liberales, en el ejército de Ignacio Comonfort. Restablecida la paz, recibió en 1857 el título de abogado, año del Congreso Constituyente.<sup>52</sup>

Un año antes, en 1856, Mateos ya estaba luchando a favor de la causa liberal, como combatiente de la Revolución de Ayutla, sin dejar de lado el ejercicio del periodismo en *El Monitor Republicano*, primera tribuna en la que sus ideas se dejarían escuchar. Mateos también luchó por otra causa, una causa estética, en la cual, junto a otros letrados, se encaminarían a seguir consolidando la expresión nacional. En 1869, un año después de la publicación de *El Cerro de las Campanas*, Ignacio Manuel Altamirano señalaba:

Las novelas de Mateos, cualesquiera que sean sus defectos que les eche en cara la crítica, tienen el mérito de *popularizar los acontecimientos de nuestra historia nacional, que de otro modo permanecerían desconocidos a los ojos de la multitud*, supuesto que los anales puramente históricos no son fáciles de adquirir por los pobres, ni agrada su lectura por carecer del encanto que la narración novelesca sabe darles.<sup>53</sup>

Esta opinión se acerca a la del prólogo a la primera edición de *El Cerro de las Campanas*, (Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868), en el que José Rivera y Río, el prologuista,<sup>54</sup> señalaba su utilidad para dar a conocer sucesos históricos, a la manera de

---

<sup>52</sup> Por esos años Francisco Zarco, en un discurso frente al Congreso Constituyente de 1857, señalaba los fines del ideario político liberal que ese grupo quería para México: “MEXICANOS: Queda hoy cumplida la gran promesa de la *regeneradora revolución* de Ayutla, de volver al país al orden constitucional [...] El voto del país entero clamaba por una Constitución que *asegurara las garantías del hombre, los derechos del ciudadano*, el orden regular de la sociedad [...] Persuadido el Congreso de que la sociedad para ser justa, sin lo que no puede ser duradera, *debe respetar los derechos concedidos al hombre por su Criador* [sic], convencido de que las más brillantes y deslumbradoras teorías, son torpe engaño, amarga irrisión, cuando no se goza de *libertad civil...*”. En Francisco Zarco, “Manifiesto del Congreso Constituyente, en *op.cit.*, pp. 3-5. [Cursivas añadidas].

<sup>53</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Crónica de la semana”, *El Renacimiento, periódico literario*, edición facsimilar, 1993, t. II, p. 162.

<sup>54</sup> José Rivera y Río fue un poeta de la misma generación de Mateos; en 1868 publicó *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, traducciones*, con un prólogo de Guillermo Prieto y una presentación de Ignacio Manuel Altamirano, en la que dice: “joven ilustrado D. José Rivera y Río, ya conocido ventajosamente en nuestra literatura, como publicista y como poeta [...] Rivera y Río es la expresión genuina de nuestra época de fe de lucha, de dolor y de esperanza [...] sabe que el poeta debe antes que todo, y más hoy, proponerse un fin humanitario y social. En *Flores del*

la máxima de Horacio: “enseñar y divertir”. Avocado entonces en Estados Unidos, Rivera y Río resaltaba la función de la novela de Mateos y su utilidad para dar a conocer sucesos históricos:

Nosotros [los mexicanos], que carecemos de esa veneración épica [de los norteamericanos] necesitamos más que ningún otro pueblo del auxilio de la historia y de los monumentos literarios que la reflejan. El descuido de los archivos, nuestras indiferencias por las reliquias de nuestros héroes, nuestra falta de museos, nos priva de mil objetos dignos de adoración que se pierden y se olvidan [...] La novela es el libro del pueblo, es el libro que habla directamente al corazón, que conquista a la más bella porción del linaje humano, que enseña recreando como lo exige el primero de los poetas didácticos....<sup>55</sup>

Sin duda, el estar viviendo en Estados Unidos, le daría al prologuista una perspectiva de primera mano sobre el valor que tenía para los norteamericanos su memoria histórica a través de sus monumentos, pues incluso la Roca de Plymouth servía para recordar el origen y la peregrinación de los puritanos y primitivos fundadores de la nación “más floreciente del globo”.<sup>56</sup> Rivera y Río, como muchos otros liberales mexicanos, además de mostrar cierta admiración por las instituciones de Estados Unidos, sabía de la importancia de la edición de *El Cerro de las Campanas* de Mateos, (1868), es, como señala Gérard Génette, un Prefacio de naturaleza “alógrafa”, poco común, ya que cuando éste se escribió el autor estaba vivo y aún no había culminado su obra. Sin embargo, tiene el propósito de favorecer y guiar la lectura.<sup>57</sup>

### **Las obras de Teatro de Juan Antonio Mateos**

Antes de la escritura de su primera novela histórica, Juan Antonio Mateos escribió algunos dramas históricos –por lo menos siete– junto con Vicente Riva Palacio, entre 1861 y 1862. Los títulos son: *Odio hereditario*, *La politicomanía*, *La hija del cantero*,

---

*destierro...*, 1868, p. XIII Y XIV. Además del libro de poemas es autor de una novela titulada *Los Dramas de Nueva York*, 1869.

<sup>55</sup> J. Rivera y Río, “Prólogo”, en Juan Antonio Mateos, *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, Novela histórica*, 1868, pp. III y IV.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. III.

<sup>57</sup> En Gérard Genette, *Umbrales*, 2001, p. 224.

*Temporal y Eterno, Borrascas de un sobretodo, Martín el demente y La catarata del Niágara*. Esa experiencia debe haber sido valiosa para la creación de los personajes de sus novelas históricas, pues el contacto inmediato con el público propio de la representación teatral fue importante para atraer lectores a sus novelas<sup>58</sup>. Esas obras de teatro que elaboraron *al alimón* Mateos y Riva Palacio fueron representadas de inmediato.<sup>59</sup> En ellas los personajes eran descritos de un solo trazo y reflejaban un mundo maniqueo.

Por ejemplo, en *Temporal y Eterno*<sup>60</sup> se presentaba de manera cómica la querrela liberal-conservadora, a través del personaje de Dominguito, joven conservador que pese a estar estudiando en el seminario y presentarse como alguien pudoroso y piadoso, era en realidad galante y enamorado pues pretendía a las tres hijas de Don Roque, un liberal viudo. El joven y su madre, Doña Bárbara, viven en la casa de Don Roque, pues ella educa a sus tres hijas. Dominguito era presa de los enredos del trío de hermanas, quienes descubren sus intenciones casi de inmediato, por lo que planifican un engaño, en el cual él se ve en una situación embarazosa al quedarse en una habitación esperando a Ruperta, criada de la casa, pero en lugar de ella se encuentra con su propio tutor, Cándido, quien al mismo tiempo que Dominguito trata de enamorar a la Ruperta, desarrollándose así una enredada situación:

Escena 23. Domingo persiguiendo a Ruperta que entra huyendo

Ruperta: ¡Jesús! ¡Jesús!, que me atrapa. Ya le dije a usted que no.

Dominguito: (Ella sola se entregó y esta vez no se escapa.) Ruperta eres muy tirana.

Ruperta: Usted pretende un destroz.

Dominguito: Voy a comprarte un rebozo.

Ruperta: Y lo echo por la ventana.

Dominguito: Basta ya de andar con riñas, condesciende con mi amor.

---

<sup>58</sup> La representación de obras de teatro con temas nacionalistas, en la ciudad de México, no era algo nuevo. Un ejemplo es la comedia en dos actos *A ninguna de las tres* de Fernando Calderón, representante del primer romanticismo mexicano.

<sup>59</sup> Ver Eduardo Contreras, "Introducción" a *Las Liras Hermanas. Obras dramáticas*, 1997, p. 14.

<sup>60</sup> *Temporal y Eterno*, "juguete cómico en un solo acto y en verso", estrenada en octubre de 1861 en el Teatro Iturbide, tiene coincidencias con *A ninguna de las tres* de Fernando Calderón; por ejemplo: un padre con tres hijas; un personaje, Dominguito, que representa las ideas que el autor quiere criticar, en este caso la hipocresía conservadora y, sobre todo, una enseñanza moral.



Ruperta: ¿A que le grito al señor y lo acuso con las niñas?

Dominguito: Por Dios que no hagas tal cosa, correspóndeme.

Ruperta: ¡Qué bueno!

Dominguito: ¡Mátame!

Ruperta: No soy sereno [policía].

Dominguito: Ni yo soy tu perro, hermosa. Tengamos en paz la fiesta, ya de bromas estoy hartos...

Ruperta: Pues óigame, en ese cuarto le voy a dar la respuesta...<sup>61</sup>

De lo que se trataba era de –a la manera del Tartufo de Molière– sacar a la luz la hipocresía del bisoño clérigo, acto que parodiaba el comportamiento doble de los conservadores, por lo que la misma criada Ruperta en la siguiente escena reflexiona sobre el molesto personaje:

¿Cómo librarme de este hombre cuando lo tienen por santo?

Ni pared de calicanto le libra de tentación.

Me sigue por donde quiera en la noche y en el día, siempre oliendo a sacristía,

¡Oh!, ¡qué amor de santurrón! Me ofrece esta vida y la otra, pues el beato en su anhelo dispone de tierra y cielo a entera satisfacción...<sup>62</sup>

Al final el enredo se resuelve con la salida de Dominguito de la casa y la orden por parte de Don Roque, para que haya más libertades para sus tres hijas, pese a la oposición de Doña Bárbara, en el último diálogo de la obra:

Escena final

Roque: basta, basta señoritas, quede usted en casa señora;

más reforma desde ahora ya pueden venir visitas.

Con doscientos de acaballo que se modere esa gente,

y tu te largas a Oriente para buscar un serrallo.

No quiero, ¡voto al infierno!,

tener aquí un santurrón;

yo quiero un calaverón

y no temporal y eterno.

Dominguito: Salí mal con estas cuatro,

de corazón me arrepiento;

pero quedaré contento

con todas las del teatro...<sup>63</sup>

El tema político del momento (1861-1862) aparece en otra obra, *El tirano doméstico*<sup>64</sup>, que se representó en plena campaña francesa, y tuvo gran acogida por

<sup>61</sup> Vicente Riva Palacio y Juan Antonio Mateos, *Las liras hermanas*, 1997, pp. 249- 250.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 250.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 257.

parte del público en más de una docena de representaciones, hecho destacable para la época, según señala Clementina Díaz y de Ovando. El tema social, por otra parte, figura en *La hija del cantero*, en la cual Mateos y Riva Palacio acentúan la nobleza del pueblo mexicano a través de personajes como Ángela que pudo servir de modelo para los personajes de sus novelas históricas. Esta última obra de *Las liras hermanas*, según algunas opiniones, representa uno de los primeros esfuerzos por escribir obras de un teatro nacional, representativo del denominado romanticismo social. La novedad del teatro romántico social, señala María Teresa Solórzano, “fue llevar a la escena a la gente del pueblo, a los obreros, a los desposeídos y convertirlos en personajes de primer orden”.<sup>65</sup> Asimismo, por el manejo del humor en las obras de teatro, algunos críticos, como Reyes de la Maza, han considerado a Mateos precursor, junto con Riva Palacio, del teatro que después se llamará de “sketch” político.<sup>66</sup>

Durante los años del Segundo Imperio (1864 a 1867) Mateos se encontraba en la capital de la República y aceptó un empleo, en enero de 1865, en el gobierno monárquico como secretario general del Ayuntamiento. Cargo que ocupó muy poco tiempo, menos de cinco meses. En diciembre de 1867 sería rehabilitado<sup>67</sup> por el gobierno del presidente Benito Juárez por esa decisión. Sin embargo, Ireneo Paz, en su ensayo de 1888, *Los hombres prominentes de México*, no menciona que Mateos haya aceptado el empleo para el gobierno monárquico:

Durante la invasión francesa, Mateos estableció en la Capital algunos periódicos desafiando audazmente la terrible penalidad del Código militar aplicado a las leyes de

---

<sup>64</sup> Esta obra se burlaba de algunos franceses como el embajador Saligny y de personajes intervencionistas como Juan N. Almonte, en quien recae la burla: “Estás para saber/ que este era un conservador, /tan indio como el mejor/ y que noble vino a ser. / El siempre orgullo lleno, / se olvidó allá en Inglaterra/ que era el topil en su tierra/ llamado *Juan Pomuceno...*”. Ver Luis Reyes de la Maza, “El lugar de Juan Antonio Mateos en el teatro mexicano”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. I, núm. 26, 1957, p. 72.

<sup>65</sup> María Teresa Solórzano Ponce, “Juan Antonio Mateos (1831-1913)”, en *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, 2005, p. 336.

<sup>66</sup> En Luis Reyes de la Maza, “Juan Antonio Mateos en el Teatro Mexicano, 1977, p. 69.

<sup>67</sup> Clementina Díaz y de Ovando refiere la rehabilitación completa en el “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas*, 1985. pp. XXVII y XXVIII.

imprensa. Un brillante artículo en defensa de *Nicolás Romero* le atrajo la cólera del mariscal Bazaine y juzgado sumariamente en las cortes marciales, se le sepultó en un calabozo de la Ex Acordada. Indultado Mateos y puesto en libertad, volvió a empuñar la pluma, recibiendo varias *advertencias*, y al fin una noche fue asaltado por un enjambre de esbirros y metido en la Diligencia, llevado a los calabozos de San Juan de Ulúa y de allí a las mortíferas playas de Yucatán, sin más consuelo que la honrosa compañía de una docena de patriotas, entre los cuales se hallaba el ilustre Ramírez.<sup>68</sup>

A finales de 1867, las actividades culturales estaban en crecimiento en la ciudad de México y en otros lugares del país. En el terreno literario se dio una nueva etapa de la tan anhelada expresión nacional; un ejemplo es la formación de un Teatro Nacional, a la que convocó José Tomás de Cuellar.<sup>69</sup> Una de las agrupaciones que más se distinguió por su tolerancia e impacto fueron las “Veladas Literarias” – tertulias– que organizó el poeta Luis G. Ortiz, en principio como acto de lectura de una obra compuesta por el español Enrique Olavarría y Ferrari en noviembre de 1867. Las Veladas pronto se convertirían en punto de encuentro de escritores y poetas, entre ellos Mateos, Altamirano y Riva Palacio; y otros personajes como: Guillermo Prieto, Enrique Olavarría y Ferrari, José T. Cuellar, Ignacio Ramírez, Alfredo Chavero, Justo Sierra, José Rosas Moreno, Rafael Martínez de la Torre, entre otros. En las reuniones sólo existía el lema: “Orden y cordialidad”, palabras sabias después de una guerra fratricida.

Hubo en las tertulias representantes del grupo Conservador que combinaban sin problema la escritura de textos literarios e históricos como José María Roa Bárcena: poeta, novelista e historiador, que en 1857 publicó la novela corta *La Quinta Modelo*, en cuya trama se exhibía la debilidad de la república como modelo de gobierno para México. En su producción historiografía destacan dos obras escritas en 1861: *Catecismo elemental de la historia de México* y *Ensayo de una historia anecdótica de la historia de México en los tiempos anteriores a la conquista*, que era utilizado en escuelas de

---

<sup>68</sup> Ireneo Paz, *Los hombres prominentes de México*, 1888, p. 409 y ss.

<sup>69</sup> José T. Cuellar, convocó a la creación de un primer Liceo Mexicano, que buscaba las bases del teatro nacional, pero su existencia fue breve. Ver Alicia Perales, *Asociaciones Literarias Mexicanas*, 1957, pp. 70-71.

nivel básico.<sup>70</sup> Roa Bárcena fue miembro de la Comisión de Notables que en 1863 dio sustento a la condición que había señalado Maximiliano para aceptar el trono de México; Julio Jiménez Rueda, señala que en 1863, el escritor se alejó del gobierno imperial por algunas ideas liberales de Maximiliano<sup>71</sup>; éstas son referidas por Jorge Adame Goddard: nacionalización de los bienes del clero, libertad de cultos, reconocimiento al registro civil, secularización de los cementerios, y fueron enviadas al Vaticano. Por su parte, Rafael Olea Franco señala que al restaurarse la república, Roa Bárcena estuvo en la cárcel unos meses<sup>72</sup> junto a otros connotados conservadores, que, como señala Jorge Adame Goddard, perdieron sus derechos políticos.<sup>73</sup>

A las Veladas Literarias también asistían personas no intelectuales como el general Porfirio Díaz; así como nuevos valores, entre ellos Justo Sierra Méndez. Las reuniones se distinguieron por la unidad de los fines; en palabras de Ortiz Monasterio fueron un acontecimiento de la mayor importancia en la historia cultural mexicana:

Si los escritores diferían en sus ideas políticas, en cambio estaban de acuerdo en el afán de crear una literatura verdaderamente nacional, donde el paisaje, los tipos (personajes), el lenguaje y las costumbres que se representaran correspondieran al auténtico modo de vida y la historia del país, es decir que reflejaran el carácter nacional.<sup>74</sup>

En esas sesiones de lectura se daban a conocer tanto poemas como fragmentos de novelas; éste fue el caso, por ejemplo, de los primeros capítulos de *Calvario y Tabor*. *Novela histórica* de Riva Palacio, que posteriormente se publicó en volumen junto con la recopilación de algunos de los poemas leídos por Altamirano. Las Veladas, sin embargo, se terminaron en abril de 1868, por aprobación unánime de los participantes,

---

<sup>70</sup> En Leticia Algaba, “Prólogo” a *Novelas y Cuentos de José María Roa Bárcena*, 2000, p. XIX. En esta edición está *La Quinta Modelo*, (1857).

<sup>71</sup> En “Prólogo” a *Relatos*, de J.M. Bárcena, 1993, p. IX.

<sup>72</sup> En “José María Roa Bárcena: Literatura e Ideología”, en *La República de las Letras. Asomos a la Cultura Escrita del México Decimonónico*, vol. III, 2005, p. 273.

<sup>73</sup> En *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, 1981, p. 15.

<sup>74</sup> José Ortiz Monasterio, “Las novelas históricas de Vicente Riva Palacio”, en *Secuencia*, núm. 21, septiembre-diciembre, 1991, pp. 29-30.

según algunos, por petición del mismo Altamirano,<sup>75</sup> pero antes de desaparecer cumplieron con el cometido de promover la creación de una literatura que destacara lo particular mexicano dentro de la literatura universal; así como de promover la de otros ya famosos escritores de obras consideradas “costumbristas”, como *El periquillo sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi o *Astucia* de Luis G. Inclán, en las cuales se intenta el retrato de lo nacional.<sup>76</sup>

A principios de 1868 se acentuó el propósito de seguir impulsando la expresión nacional, ya que la literatura -entendida siempre en su sentido abarcador como suma de conocimientos multidisciplinares- era ponderada como vehículo adecuado para el proceso civilizatorio y nacionalista. Recordemos que para algunos mexicanos, la historia era parte de la literatura. Tal intención era heredera de otras, como es el caso de Tadeo Ortiz Ayala,<sup>77</sup> quien en 1832 señalaba la “necesidad que tiene la nación de reunir” un “cuerpo de sabios y literatos” para constituir “una academia de ciencias”,<sup>78</sup> ya que en la medida en que “los pueblos abandonan o se aplican a las ciencias y las artes, se embrutecen o civilizan”.<sup>79</sup> Otra propuesta de semejante tenor fue la de Luis de la Rosa en 1844<sup>80</sup> en una conferencia del Ateneo Mexicano, en la cual señalaba que no se llegaría a conocer en México la importancia de la literatura, así como su influencia “en la civilización y en el engrandecimiento de la patria, hasta que se llegue a formar

---

<sup>75</sup> Ver Alicia Perales, *Asociaciones Literarias Mexicanas*, 1957, p. 76.

<sup>76</sup> En José Ortiz Monasterio, “*Patria*” *tu ronca voz me repetía...biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, p. 163.

<sup>77</sup> Tadeo Ortiz de Ayala (1788-1833), político, Cónsul en Burdeos por parte del gobierno mexicano en 1829; escribió sobre diferentes tópicos, por ejemplo, en 1822, *Bases sobre las cuales se ha formado un plan de colonización en el Istmo de Coatzacoalcos*; en 1832, *México considerado como nación independiente y libre, o sea algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*. Según Ernesto de la Torre Villar, participó bajo las órdenes de los insurgentes José María Morelos e Ignacio Rayón, en misiones en América del sur para conseguir apoyos morales y de pertrechos militares para la causa independentista. Ver Ernesto de la Torre, “La política americanista de Fray Servando y Tadeo Ortiz”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, v. 8, 1980, pp. 67-84.

<sup>78</sup> Tadeo Ortiz Ayala, “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 42.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>80</sup> Luis de la Rosa (1805-1856), político de ideas liberales, varias veces fue Ministro de Relaciones, Ministro de Hacienda y de Justicia; también poeta, historiador y ensayista.

una literatura verdaderamente nacional”,<sup>81</sup> para lo cual hubo que esperar entre otros hechos posteriores al proceso de independencia. Es decir, para la creación de una poesía nacional, por ejemplo, fueron necesarias la emancipación y la seguridad a la libertad creativa, como señaló el joven de 26 años Guillermo Prieto: “en el año de 1821, disipado el humo de las batallas” se presentó un horizonte “inmenso de gloria a las musas mexicanas”.<sup>82</sup>

Sin embargo, es necesario resaltar que pese a las opiniones anteriores, la tarea de poner una base o plataforma desde la cual comenzar, llevó a los escritores mexicanos del primer tercio del XIX a dudar sobre qué tramos del pasado incluir o qué dejar fuera. Para unos, como Francisco González Bocanegra, debía ser incorporada la literatura medieval española; otros, como Tadeo Ortiz, se inclinaban por obras de personajes anteriores a la conquista española como Netzahualcóyotl; e incluso algunos proponían que el comienzo de la literatura nacional estaba en la formación de la Academia de Letrán en 1836, como señala Jorge Ruedas de la Serna,<sup>83</sup> lo que dejaba afuera autores novohispanos tan importantes como Sor Juana Inés de la Cruz; se aspiraba, doctrinariamente, a excluir los tres siglos coloniales y el pasado indígena.

Con el triunfo de la República se acentuó el asunto de la expresión nacional. Ignacio Manuel Altamirano convocó a todos los escritores, sin distingos ideológicos, a colaborar en *El Renacimiento, periódico literario*, cuyo primer número apareció en enero de 1869; en la “Introducción” se leen los propósitos:

[...] el progreso de las letras en México no puede ser más favorable, y damos por ello gracias al cielo, que nos permite una ocasión de vindicar a nuestra querida patria de la acusación de barbarie con que nos han pretendido infamarla los escritores franceses. [Nace con el] objeto, pues de que haya en la capital de la república un órgano de estos

---

<sup>81</sup> Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 99.

<sup>82</sup> Guillermo Prieto (1818-1897), “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 118.

<sup>83</sup> En “Presentación” a *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p.10.

trabajos, un foco de entusiasmo y de animación para la juventud [...] Mezclando “lo útil con lo dulce”, según reza la recomendación del poeta [...] llamamos a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas las comunidades políticas...<sup>84</sup>

### **Juan Antonio Mateos escribe *El Cerro de las Campanas***

En 1868 Juan Antonio Mateos Lozano, con 37 años, era ya un reconocido dramaturgo y periodista, campo en el que ya destacaban sus ideas en defensa de México y su reconocimiento a las luchas populares; así lo expresaba, por ejemplo, en 1856: “[...] el pueblo ha comprendido su misión [...] es uno siempre, nunca muere, jamás puede desaparecer. La reacción proclama oropeles y empleos para unos cuantos favoritos, el pueblo defiende su libertad. ¡La voz del pueblo es la voz de Dios!”;<sup>85</sup> esta idea de pueblo como un cuerpo homogéneo y central será la que Mateos utilice en sus novelas y se acerca a la planteada por los historiadores, sobre todo para los que cultivaron la historia de tipo romántico, ya que cómo señalaba Luis de la Rosa:

Es cierto que la historia no debe ser sino la relación fiel de los hechos y sus más verídica exposición; pero la imaginación es necesaria para dar a los hechos que se refieren y a las escenas que se describen ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático que es necesario para dar interés a los hechos.<sup>86</sup>

Mateos, había sido testigo y participante de algunos de los sucesos históricos que culminarían en 1867. En su novela *Memorias de un guerrillero* de 1897, Mateos refiere la participación de algunos de sus hermanos en la guerra de Tres Años, obra en la que hace un homenaje a los caídos en 1859 y con la restauración de la república se les nombrarían “mártires de Tacubaya”.<sup>87</sup> Después de la escritura de novelas, Mateos incursionó en la narración histórica y escribió la *Historia parlamentaria de los Congresos Constituyentes*, anunciada por el autor en la sesión del Congreso de la

<sup>84</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción”, *El Renacimiento*, en *Obras Completas*, núm. XIII, t. 2, 1988, pp. 14-15. La Revista es una fuente para conocer a autores mexicanos y las lecturas que ellos hacían de autores europeos.

<sup>85</sup> En *El Monitor Republicano*, 8 de febrero de 1856.

<sup>86</sup> Luis de la Rosa, “De la utilidad de la literatura”, en *La Misión del escritor*, 1996, p. 99.

<sup>87</sup> Ver Ignacio M. Altamirano, en *Memorias de un guerrillero*, 1900, pp. 325-326.

Unión, el 19 de mayo de 1876, con el fin de registrar las disposiciones de mayor importancia desde el “primer día de la Independencia hasta la Constitución de 1857”.<sup>88</sup>

En el terreno literario, la experiencia de Mateos en la escritura de los *Dramas históricos* fue de provecho en la escritura de novelas históricas, que comenzó en 1868 con *El cerro de las campanas. Memorias de un guerrillero*. No fue el único liberal en escribir novelas sobre el Segundo Imperio de manera casi inmediata. Las plumas de sus correligionarios Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano se dieron a la tarea de narrar el acontecimiento en *Calvario y Tabor* (1868) y *Clemencia* (1868), respectivamente.<sup>89</sup> De hecho, el episodio fue tan memorable que durante el último tercio del siglo XIX y a principios del XX, varios autores se encargaron de seguir novelando el periodo. Ireneo Paz, en 1899, dedicó textos a Maximiliano y a Juárez; Salado Álvarez, entre 1902 y 1906, se ocupa también de ellos; Heriberto Frías en textos condensados e ilustrados en la Biblioteca del Niño Mexicano incluye el Segundo Imperio.

Mateos escribió siete novelas históricas, de 1868 a 1913. En ellas narró algunos de los acontecimientos más importantes de nuestra historia del siglo XIX; en 1882, Riva Palacio le dedica un artículo en *Los Ceros. Galería de Contemporáneos*, en el que pondera su obra, muy conocida en todo el país; como novelista, agrega, tiene el “gran

---

<sup>88</sup> Declaración verosímil pues en dieciocho ocasiones fue diputado representando a varios estados de la república, entre 1861 y 1902. Ver Felipe Remolina, “Juan Antonio Mateos, parlamentario del siglo XIX”, en *Historia parlamentaria de los congresos mexicanos, 1812 a 1822*, 1997, p. 154, con datos del Diario de los Debates, Séptimo Congreso Constitucional de la Unión, correspondiente al primer periodo de sesiones. Cabe señalar que el mencionado texto contiene un Proemio de Ignacio Ramírez.

<sup>89</sup> La velocidad con la que escribían los mexicanos es comparable a las ediciones mexicanas de textos de extranjeros de diferentes géneros del discurso sobre el periodo, traducidos al español. Por ejemplo, en el último número de agosto de 1869 de *El Renacimiento*, se registraban: *Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, de Alberto Hans, edición de Díaz y White (con unas rectificaciones de Lorenzo Elízaga); o las de Félix de Salm Salm, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano* (traducido del inglés, editado por Tomas Neve). Del mismo modo ocurría con los apuntes autobiográficos, como: *Querétaro. Apuntes del Diario de la Princesa Inés de Salm Salm*, (edición de Tomas Neve); y Crónicas, por ejemplo, las *Últimas horas del Imperio* del general Manuel Rodríguez. Además, en el mismo número se daban a conocer la publicación de novelas europeas como *El hombre que ríe* de Víctor Hugo; y novelas históricas por entregas de mexicanos, como la de Mateos, *Sacerdote y caudillo. Memorias de la insurrección* (con referencia al cura Hidalgo). Ver Ignacio Manuel Altamirano, “Boletín bibliográfico”, edición facsimilar, t. I, 1993, pp. 509-511.



mérito de haber intentado crear la escena nacional”. Más importante aún, destaca que *El Cerro de las campanas*, *El Sol de Mayo*, *Sacerdote y Caudillo* y *Los Insurgentes* “pertenecen a la novela histórica y no pocas veces, datos que en publicaciones serias relativas a la historia del país no pueden encontrarse, se hallan en las novelas de Mateos”<sup>90</sup>.

En orden cronológico, las novelas narran: la guerra de Independencia en dos de 1869: *Sacerdote y Caudillo* y *Los insurgentes*; un breve episodio sobre los “Niños héroes”, en *Sangre de niños* de 1901;<sup>91</sup> la guerra de Reforma en *Memorias de un guerrillero*, de 1897; de 1868, la Intervención francesa y la caída de el Segundo Imperio en *El Cerro de las Campanas*; el mismo año *El Sol de mayo*, sobre sucesos anteriores, como la batalla del 5 de mayo de 1862; y el fin del régimen de Porfirio Díaz en *La majestad caída*, publicada en 1914. Conviene destacar que en 1875 Mateos escribió *Romances y Leyendas*, con un prefacio de Guillermo Prieto (edición de Ignacio Cumplido), géneros que tocan sucesos históricos, pero no incluye personajes ni episodios relacionados con el Segundo Imperio.

*El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero. Novela Histórica* fue así anunciada el 3 de enero de 1868: “El Cerro de las Campanas (Memorias de un guerrillero). Novela histórica, por Juan Antonio Mateos. Suscripción. Se publica una entrega semanal de 32 páginas: precio de cada entrega UN REAL, pagadero en el acto de recibirla”.<sup>92</sup> Sobre la conclusión de las entregas *El Renacimiento*, en la Sección

<sup>90</sup> Vicente Riva Palacio, *Los Ceros. Galería de contemporáneos*, 1996, pp. 219-222.

<sup>91</sup> La extensión de esta obra es inusual, de sólo 138 páginas; el título completo es *Sangre de niños (una página de Chapultepec). Novela Histórica*. La edición pertenece a una colección de los periódicos *El imparcial* y *El Mundo* de 1901. Destaca la dedicatoria de Mateos “al Colegio Militar”.

<sup>92</sup> *El Siglo XIX*, 4 de Enero de 1868.

“Boletín Bibliográfico” anunció la formación en “volumen en 4to. y de muy buena impresión”, a cargo de la Imprenta de Ignacio Cumplido.<sup>93</sup>

Mateos se sirve de la mayor parte de los recursos literarios presentes de las novelas históricas europeas, entre las que sobresalen las del escocés Walter Scott, que llegaron a nuestro país desde el primer tercio del siglo XIX,<sup>94</sup> junto con las de escritores franceses como Balzac, Sue, Hugo y Dumas. Tanta fue su admiración hacia Hugo que Mateos realizó dos adaptaciones en verso para obras de teatro de *Los miserables* -pieza estrenada en México en el Teatro Principal en 1863, un año después de la publicación en Europa, como señala Clementina Díaz y de Ovando,<sup>95</sup> y de *El hombre que ríe*, aunque dicha admiración parece ser más clara en la narrativa, ya que al inicio de su segunda novela histórica sobre la Intervención, *El sol de mayo*, hace la descripción de una casa y señala, aparentemente sin mucha relevancia, las “novelas más distinguidas de Walter Scott, Víctor Hugo, Dumas y Fernández y González”,<sup>96</sup> que estaban en un estante que contenía los libros de historia.

*El Cerro de las Campanas* fue bien acogida por los lectores. Como ya antes mencionamos, fue publicada primero por entregas semanales que posteriormente se convirtieron en volúmenes, y logró un pronto éxito pues casi de inmediato, se elaboró una nueva edición de la primera entrega.<sup>97</sup> Cabe referir que de acuerdo con algunos estudios actuales, se calcula que el número de lectores haya sido alrededor de cien mil,

---

<sup>93</sup> En Ignacio Manuel Altamirano, “Boletín Bibliográfico”, *El Renacimiento. Periódico Literario*, ed. facs., 1993, p. 43. El valioso trabajo del editor Ignacio Cumplido ha sido estudiada por Arturo Aguilar, en “El mundo del impresor Ignacio Cumplido”, en *Historia de la vida cotidiana en México. Bienes y vivencias en el siglo XIX*, t. IV, 2005, pp. 499-526.

<sup>94</sup> Apoyándose en Iris Zavala, Leticia Algaba señala que tanto *Ivanhoe* como *El talismán* fueron novelas muy leídas en México y que, en el caso de la segunda, su difusión fue simultánea en Londres y México; en “Por los umbrales de la novela histórica”, *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. I, 2005, p. 287.

<sup>95</sup> En Clementina Díaz “Prólogo” a *El Cerro de las campanas*, 1985, p. XV y XXXI.

<sup>96</sup> *El Sol de mayo*, 1993, p. 16.

<sup>97</sup> Clementina Díaz y de Ovando, en el “Prólogo” a *El Cerro de las Campana*, refiere que en el periódico *El Siglo XIX*, del 11 de enero, se daba cuenta del éxito de la novela, ya que se había agotado la primera entrega en menos de una semana, por lo que el diario había comenzado una reedición. Cotejamos esta información en el archivo del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional.

con un mercado de aproximadamente 80 mil personas.<sup>98</sup> Número que se incrementaba considerablemente con el efecto multiplicador de la lectura en voz alta en las distintas poblaciones y comunidades, factores que convirtieron a Mateos en uno de los escritores –junto a otros, como Riva Palacio– que lograron prestigio y éxito editorial inmediato. De las entregas se pasaba al volumen, un procedimiento mercantil semejante a las novelas de folletín, género popular en Europa y también en México.<sup>99</sup>

Aunque más adelante se analizan de manera particular los dos subtítulos de *El Cerro de las Campanas*, así como los títulos de los capítulos, en este apartado conviene hacer referencia al título de la novela, así como a los de cada una de las partes que la conforman. El título que escogió Mateos remite de manera inequívoca al lugar que, como ya se dijo, metafóricamente representaba el fin del Segundo Imperio. El cerro de las Campanas (llamado así por el sonido particular que hacen algunas de las piedras de este sitio) fue el lugar en el cual se cumplió la orden de ejecución del gobierno de Benito Juárez sobre Maximiliano de Habsburgo, y sobre los militares monárquicos Miguel Miramón y Tomas Mejía. Sin embargo, como señala Konrad Ratz, el sitio se convirtió en lugar de conmemoración para partidarios del Imperio y de la República. De hecho, el primer monumento de varios de los que ahí se construyeron fue obra de algunos conservadores que en el porfiriato habían recuperado importancia política.<sup>100</sup>

En relación a los títulos de las cuatro partes y el epílogo de la novela, cumplen con la función, como señala Genette, de guiar la lectura al mismo tiempo que aportan mayor referencia al tema del que se trata.<sup>101</sup> Así, la primera parte se titula “La

---

<sup>98</sup> Cálculo de Ortiz Monasterio citando como fuente a Nicole Girón, en “*Patria*” tu ronca voz me repetía... *biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, p. 108.

<sup>99</sup> El folletín se diferencia de la novela por entregas en que el primero estaba inserto dentro del cuerpo del texto del periódico, mientras que las entregas constituían un legajo de páginas que al finalizar las entregas formaban un libro. Al respecto, Iris Zavala explica el funcionamiento de este modo de producción literaria, en “Realismo y folletín: literatura mercantil”, en *El texto en la historia*, 1980. p. 19.

<sup>100</sup> Ver Konrad Ratz, *Querétaro fin del Segundo Imperio mexicano*, 2005, pp. 371-379.

<sup>101</sup> Ver Genette, “Los intertítulos”, en *Umbrables*, 2001, pp. 250-271.

Intervención” y consta de once capítulos, de los que sobresale el primero: “La noche triste”, que remite a la otra “noche triste” en la cual, tres siglos antes Hernán Cortés, el conquistador, había llorado al sufrir un revés militar por las fuerzas mexicas en la calzada de Tacuba; del mismo modo, como una alusión al hecho aciago, para los liberales, de que las tropas republicanas abandonaran la ciudad de México para comenzar el denominado “gobierno itinerante” de Juárez. La segunda parte, “El imperio”, está formada por catorce capítulos, de los que destaca el primero, “Algo de historia”, en el cual Mateos da cuenta con detalle algunos acontecimientos históricos de relevancia como la escena en la que una comisión de mexicanos fue a Miramar, el castillo de Maximiliano en Italia, a ofrecer la corona de México al Archiduque. La tercera parte se titula “Un trono sobre un monte de oro” y en ésta se destaca un episodio, “El guerrillero”, en el que el autor incursiona en la vida íntima de Maximiliano y recrea una supuesta escena entre el emperador, el guerrillero Pablo Martínez, un personaje ficticio, y la hermana de éste. La cuarta parte, “Un hombre por una nacionalidad”, es la más extensa pues tiene más de treinta y cinco capítulos, y sobresale por ser la más doctrinaria. En ésta el autor da cuenta de los hechos que derivaron en el triunfo de las armas republicanas, así como una justificación de la ejecución de Maximiliano, al mismo tiempo que narra los sucesos con los que concluye la trama. De esta parte destaca el capítulo trigésimotercero “El presidente Juárez”. Por último, un epílogo titulado “La sombra de Dios”, en el cual Mateos señala al que considera el culpable de la muerte de Maximiliano.

La trama de la novela es la siguiente: en medio de la guerra de Ocupación (1862-1867) que tiene lugar en la ciudad de México, se desarrollaba una historia de amor, en la cual una pareja de enamorados, el coronel Eduardo Fernández y la jovencita Luz Fajardo, tenían diversas dificultades que impedían la realización de su amor. Al mismo

tiempo que se desarrollaba la campaña militar, el guerrillero Pablo Martínez –cuyas “Memorias” parecen corresponder al primer subtítulo de la novela– actuaba en la defensa mexicana, junto con Eduardo Fernández, principalmente en la parte central del país. En la trama intervienen los personajes históricos más destacados en la lucha contra el Segundo Imperio, entre ellos el guerrillero Nicolás Romero; y ficticios, como corresponde a una novela histórica. Además, aparece una relación amorosa entre Maximiliano y Guadalupe, la hermana del guerrillero Martínez. En la novela se encuentran diferentes episodios en los que intervienen junto a Pablo Martínez, diversos personajes históricos, destacando el mencionado guerrillero Nicolás Romero.

La narración de *El Cerro de las Campanas* comienza en la ciudad de México, a donde han llegado las tropas francesas que, victoriosas, han tomado Puebla días antes, a casi un año de la victoria militar republicana del 5 de mayo, y se dirigen a la capital del país. Mateos situó al lector en el tiempo y el espacio, en la primera página:<sup>102</sup>

La tarde del 31 de mayo de 1863, el ejército de la república, resueltamente abandonaba la capital [...] A las cuatro de la tarde de ese memorable día, el presidente Juárez y sus ministros salieron para el interior del país después de haber ordenado la retirada de las tropas [...] El ejército se retiraba sin precipitación alguna, los soldados marchaban en orden de parada, era un movimiento militar no una huida (p.1).<sup>103</sup>

En *El Cerro de las Campanas* los personajes fueron presentados de un solo trazo, raramente cambiaban su comportamiento, un rasgo presente en las novelas de folletín.

Eran, como señala E.M. Forster, personajes planos:

En su forma más pura se les construye [...] en torno de una sola idea o cualidad: cuando hay más de un factor en él, comienza a aparecer la curva que lleva al personaje esférico. El personaje realmente plano puede expresarse en una oración...<sup>104</sup>

<sup>102</sup> El binomio tiempo-espacio es clave en la conformación del mundo narrado, del universo “diegético”, como señala Luz Aurora Pimentel, para cuya construcción se eligen y/o inventan ciertos lugares, actores y acontecimientos con los que se irá dibujando una “historia”. La selección, sin embargo, va más allá de una colección arbitraria de incidentes aislados. Porque si el relato ha de tener una “significación narrativa” [...] si ha de cumplir con su parte del “contrato de inteligibilidad” [...] que ha pactado con el lector; esto sólo será posible a partir de una acción y de una temporalidad primordialmente humanas”. En Luz Aurora Pimentel, *El relato en perspectiva*, 2005, p. 18.

<sup>103</sup> Puesto que *El Cerro de las Campanas* es la novela objeto de estudio las citas textuales irán en el texto y la página entre paréntesis; corresponden a la edición de Porrúa, 1985 (Sepan Cuantos 193).

<sup>104</sup> E. M. Foster, *Aspectos de la Novela*, 1961. p. 92.

Al ser personajes invariantes en su comportamiento el lector desde el inicio sabía de qué manera son y de qué lado están. En el mundo narrado existían dos zonas: la de los personajes ‘buenos’, en este caso los liberales; y la de los ‘malos’, conformada por los conservadores y promonárquicos, especialmente Napoleón III, emperador de los franceses, quien preso de la ambición envió fuerzas castrenses contra la debilitada República mexicana para sostener una monarquía.

### **El guerrillero Pablo Martínez, gozne de la intriga**

Uno de los personajes principales de *El Cerro de las Campanas*, al que el autor-narrador cede la voz al principio de la novela, es el guerrillero Pablo Martínez, personaje ficticio que actúa en varios niveles de la intriga y que se desenvuelve en los diferentes estratos sociales y en las altas esferas del poder político. El movimiento del personaje permite al lector conocer el mundo de los conservadores y liberales en pugna. El personaje se convierte en el gozne que permite que el lector conozca los diferentes lugares y personas que representan los estratos de la sociedad.

Al principio de la novela, el lector conoce el ambiente casi de fiesta que había en las filas de los guerrilleros que formaban la columna vertebral del ejército republicano. Asimismo, se narran las aventuras y lances de Pablo Martínez y de su querido compañero de lucha, Quiñones, así como sus amistades con los diferentes mandos y jefes del ejército. Por ejemplo, cuando el general Pueblita pasaba por el pueblo de Ario en Michoacán, en donde habitaba Pablo Martínez, se dirige a él y, con la familiaridad que sólo nace del previo conocimiento, ya que Pablo se había enrolado desde que tenía veinte años en las tropas republicanas,<sup>105</sup> le dice: “¿Pablo quieres venir conmigo?

---

<sup>105</sup> Este dato no del todo preciso, parece situar la edad de Pablo Martínez, en el presente de la novela, alrededor de los treinta y cinco o treinta y siete años, ya que Mateos no da el año de enrolamiento del

Vamos a defender al país contra sus tiranos, contra esos infames que han sentenciado a tu padre” (p. 12).

Otros personajes que destacan son los padres de Luz pues representan al grupo de mexicanos deslumbrados por el rito y las supuestas oportunidades de mejora de estatus que la monarquía traería. Eran de alguna manera advenedizos en el mundo conservador. Será esta pareja de mexicanos presa de muchas situaciones graciosas, en las que el narrador los pone en aprietos, aunque no culminan en tragedia, sino en un simple regaño moral por parte del autor-narrador, pues al final de la novela los reconcilia con el grupo liberal, hecho que bien puede representar el espíritu de reconciliación necesario, después de una guerra cuyo inicio bien se puede extender años atrás hasta la guerra de los Tres Años, en 1858. El retrato de los Fajardo es digno de citarse:

El señor de Fajardo era un hombre alto, erguido como un ganso disecado, de nariz arremangada y frente mezquina. Usaba patillas y un pelucón color de cerda de jabalí, que se elevaba a tres centímetros de su frente [...] Traía atado a una gruesa cadena de oro, uno de aquellos relojes, que nunca han ido a la tienda del relojero, ni discrepado un minuto. Cierto era que se necesitaba una persona como el señor de Fajardo para cargar esa máquina construida para un campanario y no para un ser viviente [...] La señora de Fajardo era una vieja enjuta como una caña de invierno, no había en toda ella más protuberancia que su larga nariz amoratada color de rábano, sus labios formaban una línea imperceptible [...] Las piedras rodando se encuentran. Una mirada eléctrica cruzó entre aquellos seres criados el uno para el otro (pp. 4-5).

El peor error de los padres de Luz, como la de otros mexicanos, fue –según Mateos– haber abrazado la causa monárquica y el querer asimilar en exceso pautas de comportamiento de la cultura francesa. Este comportamiento es llevado hasta el ridículo de manera divertida por el escritor mexicano:

¡Monarquía!, exclamó la señora de Fajardo, ¡monarquía!, renacerán los tiempos de Luis XIV, las intrigas, ¡la Pompadour!...sí, es abominable llamarse Fajardo, es necesario inventar un apellido más retumbante y que trascienda a francés, por ejemplo Coquelet. –No, eso no, respondió [su marido] el diplomático, así se llama el pastelero de enfrente. – Es verdad, no lo recordaba; pues entonces, *Paté foagrá*. –Señora, dijo don Serafín [el amigo], eso quiere decir, hígado de pato. – ¿Y qué importa?, ¿no hay quien se llame Cabeza de Vaca?.... (p. 56)

---

guerrillero, sólo alude a su participación en la Revolución de Ayutla, por lo que pudo haber sido en el periodo de 1855 a 1857.

La ridiculización de los esposos Fajardo contrasta con el retrato del chinaco Pablo

Martínez:

[...] era el tipo determinado del guerrillero, de traje muy sencillo, un sombrero alemán con galones y toquillas de plata, chaqueta de paño con alamares, calzonera negra con botonadura de plata de concha, botas de cuero de venado, su revolver puesto a la cintura donde se ceñía su canana. Montaba un caballo negro como la noche [...] Los arneses eran de un gusto exquisito. Pendiente de una correa y puesta entre las arciones de la silla, estaba la espada de un temple magnífico. Una reata en los *tientos*, y debajo y por ambos lados del *vaquerillo* dos pistolas dragonas (p. 18).

En muchas de las aventuras y diálogos de Pablo hay un toque popular, pero además, un homenaje a muchos mexicanos muertos en la lucha que, posteriormente, se convertirían en parte del panteón de los héroes más reconocidos, como Ignacio Zaragoza o Santos Degollado, y de otros que no lo serían tanto como fue el caso de Nicolás Romero. Pablo Martínez es el personaje en el que Mateos esbozó el prototipo del mexicano patriota y desinteresado, que representa a esa parte del pueblo mexicano que siempre se opuso a la imposición de un gobierno espurio.<sup>106</sup> Él será el personaje más congruente en su actuar:

El capitán Martínez era uno de aquellos hombres que se encuentran en todas las revueltas políticas, que se aprovechan en los lances más críticos, y que después se les olvida, sin que ellos se den por sentidos, pues al primer toque de alarma, ya están presentes y decididos a arriesgar su vida... (p. 2).

### **Nicolás Romero, el guerrillero histórico**

En la intriga de *El Cerro de las Campanas* Pablo Martínez se desenvuelve junto a algunos personajes históricos; llega a formar parte del cuerpo militar del general Vicente Riva Palacio; conoce y actúa junto a Nicolás Romero, cuya muerte ocurrió en marzo de 1865, en la plazuela de Mixcalco donde fue fusilado por un pelotón del ejército imperial de la ciudad de México. Este hecho causó una profunda impresión entre los militares liberales, especialmente en Riva Palacio, ya que Nicolás Romero

---

<sup>106</sup> Este personaje es tan representativo que Mateos lo vuelve a incluir en la trama de su segunda novela histórica sobre la Intervención: *El sol de mayo. Memorias de la Intervención* de 1868.



combatió bajo su mando, por lo que no es extraño que Mateos y Riva Palacio lo hayan llevado a sus novelas históricas. En *Calvario y Tabor* (1868) así lo describía Riva Palacio:

El león de la montaña como le decían los franceses, era un hombre como de treinta y seis años, de una estatura regular, con una fisonomía completamente vulgar, sin ninguna barba, el pelo cortado casi hasta la raíz, vestido de negro, sin llevar espuelas, ni espada, ni pistolas... el hombre que llenaba medio mundo con rasgos fabulosos de audacia, de valor, de sagacidad. Y sin embargo, Nicolás Romero era para sus enemigos y para sus soldados, un semidiós, una especie de mito.<sup>107</sup>

Nicolás Romero siguió siendo una figura importante en obras literarias sobre la intervención francesa y el Segundo Imperio en años posteriores. Destaca la de Victoriano Salado Álvarez, en sus *Episodios Nacionales* de 1906:

—Ándale, gabachito; arrímate al buen tostado —me dijo un chinaco de gran sombrero y de barbas aborascadas. —Arrímate, que en el campamento de Nicolás Romero no hay hambre— y me señaló un cordero al pastor que exhalaba un vaho capaz de provocar el apetito del más desganado. —Ándale hombre, haz tu taco; no te acuites, agarra gorda —exclamó otro que había empalmado media docena de *nejas* y les había puesto por vía de un sainete un trozo de un succulento corderillo. —La fortuna de éste es haber caído en manos de Nicolás. —Nicolás le ha de tratar bien. —Y le ha de dejar libre. —Si no hay como el jefe, digan lo que quieran. — ¡Tan parejo! — ¡Tan hombre! — ¡Tan noblote! — Valiente como él sólo... —Las zurras que les tiene dadas a los franceses. —Lo de Anganguero... —Lo de Venta del aire... —Lo de Tulilo... — ¿Y quién es Romero? — pregunté tímidamente en mi español afrancesado. — ¿Qué dice?... — ¿Pero quién es este franchute? — ¡Qué atrasados andan en Francia!... —No soy francés, soy belga —repuse tímidamente. —Es lo mismo. —Es igual. Francia y Bélgica son como Morelia y Guadalajara...<sup>108</sup>

En su prólogo a *El Cerro de las Campanas* (1985) Clementina Díaz y de Ovando señala que tres años antes de la escritura de la novela, Juan Antonio Mateos escribió un artículo en *La Orquesta*, en el que criticó el fusilamiento de Nicolás Romero y, por eso, lo consideraba un “héroe de la libertad”. Calificativo que se corresponderá con el parentesco entre el personaje histórico y Pablo Martínez, el personaje ficticio de la novela.

<sup>107</sup> Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, 1997, p. 83.

<sup>108</sup> Salado Álvarez, le dedica un capítulo emblemático en el cual el guerrillero mexicano es hecho presa de manera casual por parte de tropas francesas, tomando como base una anécdota que narra Eduardo Ruiz. Ver Victoriano Salado Álvarez, *Episodios nacionales: Santa Anna, la reforma, la intervención, el imperio, la corte de Maximiliano*, 1985, pp. 169-181.

### Las “memorias” del guerrillero

Antes de proseguir con el análisis de los personajes, es necesario dedicar un apartado para examinar el primer subtítulo de *El Cerro de las Campanas*, “Memorias de un guerrillero”.<sup>109</sup> En las primeras páginas de la novela, (p. 12), inicia un entrecomillado que no se cierra, omisión que, verificamos, se repite en todas las ediciones de la novela. La función del breve fragmento entre comillas es subrayar la voz de Pablo Martínez, en primera persona del singular: “Nací en el Estado de Michoacán, paisano del cura Morelos [...]. Michoacán es el país de la libertad, allí nada está encadenado...” (p.12).

Este recurso del autor-narrador corresponde a la autobiografía del personaje, le da fuerza al relato y se puede leer también como el texto de las *Memorias* de un testigo y participante de los hechos que se cuentan, pero como antes señalamos, el autor-narrador lo abandona de inmediato. Se trata de un recurso frecuentemente utilizado por los novelistas históricos europeos, como señala Kurt Spang, para dar ilusión de autenticidad y de veracidad:

todos o casi todos los recursos y en primer lugar en la estructuración de la narración, de tal forma que surge la impresión de una reproducción auténtica del acontecer histórico. Se crea la ficción de que coinciden historia y ficción, se ignora por tanto, o por lo menos se esconde, el hiato entre los dos ámbitos de la historia y la literatura.<sup>110</sup>

---

<sup>109</sup> En posteriores ediciones de *El Cerro de las Campanas* desaparece el subtítulo “Memorias de un guerrillero”. Por ejemplo, en la versión de 1900 de Maucci Hermanos, en la cual se incluyen imágenes de los principales personajes históricos comenzando con Porfirio Díaz, Maximiliano, Carlota, Mejía, Miramón, Márquez, López, Juárez e incluso dos imágenes no muy reveladoras de Pablo Martínez. En la versión de la Editorial Nacional de 1962 (496 p.) se mantiene el subtítulo, “novela histórica”. En la versión “condensada” (268 p.) de la edición SEP-PROMEXA de 1981 (profusamente ilustrada, que incluye un apéndice iconográfico de 9 pinturas elaboradas entre 1862 y 1865 por Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte, las cuales recrean los mayores éxitos militares de las fuerzas liberales) sólo aparece el título principal *El Cerro de las Campanas* y no se incluye el episodio en el que Pablo Martínez cuenta su vida. El lector de esta versión condensada no sabe del pasado de Pablo ni de la tragedia familiar que lo aqueja, pero sí se incluye la relación entre la hermana de Pablo y Maximiliano. En dos ediciones posteriores se conserva el subtítulo de “Memorias de un guerrillero”, en la de 1983 editada en tres tomos con más de seiscientas páginas por la Secretaría de la Defensa Nacional, y la más amena para el lector por su formato semejante al original de 1868. Esta edición se produjo para formar parte de la colección “Biblioteca del oficial mexicano”. La última de 1985, de la Editorial Porrúa, colección Sepan Cuantos es la más accesible y continúa en venta actualmente.

<sup>110</sup> Kurt Spang, “Apuntes para una definición de la novela histórica”, en *La novela histórica, teoría y comentarios*, 1998, p.66.

Mateos, el autor-narrador, en posesión de las Memorias de Pablo Martínez, siguió elaborando la trama narrativa ya no solamente con base en ese texto, sino completándolo con su propia omnisciencia, como un demiurgo que daba forma a ese mundo de la novela. Este papel omnisciente, añade Spang, es muy frecuente en las novelas históricas:

La novela histórica clásica e ilusionista da preferencia al llamado narrador omnisciente que desde el principio conoce los orígenes y el final de la historia y también la intimidad de sus figuras. Lo que llamamos visión “desde arriba”, la visión del que domina las circunstancias.<sup>111</sup>

Con la estrategia antes señalada, y con base en lo que sostiene Celia Fernández Prieto, verificamos que el autor-narrador: “[...] pretende un efecto de autenticidad histórica, tiende a basar lo narrado en una fuente de origen competente y fidedigna que merezca el crédito y la confianza del lector empírico”.<sup>112</sup>

Por ser documentos, las *Memorias* dan veracidad histórica y dotan de verosimilitud literaria. Mateos se valió de este recurso, pero sólo aparece, como ya señalamos en escasas dos páginas del capítulo inicial de la primera parte de la novela (pp. 12-14). No obstante, el lector podía advertir la autobiografía del guerrillero, escuchar directamente su voz. En las memorias, el lector del momento de la producción de la novela (1868) seguramente escuchaba la vivencia del soldado de a pie, y se adheriría al patriota, al representante de la voz colectiva, la del pueblo. El personaje del guerrillero se une a los demás personajes como el del coronel Eduardo Fernández, su jefe inmediato, y a los de los sectores medios arribistas, por ejemplo, la familia Fajardo. Es así como en la novela aparecen varias de las capas sociales de los años del Segundo Imperio.

---

<sup>111</sup> *Ibid.*, 1998, p. 75.

<sup>112</sup> Celia Fernández, *Historia y ficción: poética de la novela histórica*, 1998, p. 203.

La autobiografía y las memorias son géneros cercanos que se cultivaron durante el siglo XIX. Debido a esta cercanía, Georges May refiere las dificultades para encontrar diferencias entre ellos, sus fronteras, señala son “subjetivas y móviles”,<sup>113</sup> ya que en los dos géneros la narración de lo vivido es llevada por alguien que cuenta su vida o experiencia. Sin embargo, la distinción radica en que mientras la autobiografía narra lo que se ha dicho acerca de lo que se ha hecho, las memorias dan cuenta de lo que se ha visto, hecho y conocido.<sup>114</sup>

Como habíamos señalado, el fragmento entrecomillado en *El Cerro de las Campanas* es muy breve y se encuentra sólo en las primeras páginas de la novela, lo cual da pie para conjeturas del por qué lo abandonó el autor-narrador. La primera interrogante que surge es: ¿fue una manera de atraer el interés del lector de la primera entrega?, ¿*Memorias de un guerrillero* es un subtítulo que refuerza el segundo subtítulo de la novela *Novela histórica*? Lo que se puede percibir es que Mateos, el autor-narrador obtuvo de manera desconocida para el lector las memorias de Pablo Martínez, pero es el autor-narrador el que no sólo las organiza, sino que tiene un conocimiento mayor al que posee el propio guerrillero, hecho que se hace evidente a través de diferentes elementos como los juicios morales que recurrentemente hace ingresar al texto, ya sea a través de la reflexión directa o de algunos de sus personajes. Su mirada otea y juzga el mundo narrado, utilizando todo recurso que considera necesario, uno de los cuales son las memorias de Pablo para contar su historia de la guerra de Intervención.

Pablo Martínez es un personaje “espejo” del pueblo, personifica al hombre patriota. Este afán de Mateos es una muestra más del nivel de conocimiento que de la sociedad mexicana y, particularmente de las figuras populares, y que ya había ensayado en los *Dramas históricos* que escribió con Riva Palacio, cuyo propósito era divertir al público

---

<sup>113</sup> En George May, *La autobiografía*, 1982, p. 150.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 144.

y, al mismo tiempo, hacer propaganda de la causa republicana poniendo énfasis en el patriotismo.

En ese tiempo, y haciendo una breve analogía con el personaje Pablo Martínez, de *El Cerro de las Campanas*, había diversiones populares que usaban el modelo de la sátira política antes, durante y después del Segundo Imperio. Por ejemplo, estuvo la caricatura periodística, pero también estaban las representaciones teatrales con títeres, de las cuales hubo una que específicamente tuvo un gran impacto la llamada *Guerra de los Pasteles*, en la cual *El Negrito* es un personaje que encarna no sólo al héroe nacional que enfrenta al invasor sino al propio patriotismo. El enemigo era caracterizado por “monos” que representaban a los franceses y conservadores mexicanos que apoyaban el proyecto monárquico. Como señala William Beezley, esta obra se presentó en la ciudad de México aprovechando la contraproducente táctica imperial de incrementar los días festivos para mejorar la imagen de Maximiliano entre la población;<sup>115</sup> así es descrito el espectáculo:

El melodrama comenzaba con un recordatorio de los demonios que amenazaban la nación y su forma de vida. Cuando el telón se alzaba y aparecían monos, el público inmediatamente reconocía la representación como una sátira política que identificaba así a los malhechores que buscaban dominar la sociedad [...] La gente, al menos los liberales, tenían sus héroes. Contra los franceses se alzaba El Negrito...<sup>116</sup>

Según Beezley, a este tipo de espectáculo acudían la crema y nata de la intelectualidad liberal y entre los asistentes estaban Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y hasta Benito Juárez,<sup>117</sup> así como multitudes de niños y adultos, de ricos y pobres. Estas representaciones satíricas se valían de la coyuntura política que la guerra de Intervención representaba para promover imágenes en el colectivo social que fueron fuentes populares de la identidad nacional. A los liberales

---

<sup>115</sup> William Beezley, “Cómo fue que el Negrito salvó a México de los franceses: las fuentes populares de la identidad nacional”, en *Historia Mexicana*, núm. 26, octubre-diciembre, 2007, p. 406.

<sup>116</sup> *Ibid.*, pp. 414-415.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 410.

mexicanos, este tipo de representaciones y prácticas populares les venían bien en plena guerra, ya que permitía transmitir de manera sesgada la crítica al gobierno imperial y comenzar a construir no sólo héroes populares ficticios, sino también imágenes de los héroes de carne y hueso, como algunos que fueron plasmados en las novelas históricas sobre el fin del Segundo Imperio. Tal es el caso de Pablo Martínez, el guerrillero de *El Cerro de las Campanas*, que bien representaba y tanto gustaba al público, que seguramente se emocionaría al leer –o escuchar, en todo caso– los lances valerosos del chinaco mexicano y de las fuerzas liberales, ya que como señalaba Ignacio Ramírez, no faltaba nada para resistir la invasión, había “orgullo” y “patriotismo”.<sup>118</sup>

### **Pablo Martínez, el guerrillero ficticio y Nicolás Romero, el guerrillero histórico**

Juan Antonio Mateos creó un personaje del pueblo y para el pueblo, con los rasgos de un patriota surgido de las filas populares. Pablo Martínez era un hombre de campo, hijo de un padre caído en la desgracia, presa de una injusticia, y de una madre trágicamente apartada de su lado. Era, además, el que inicia la trama narrativa, como ya habíamos señalado. Aflora como un ser revestido de una valentía y fidelidad por la causa republicana a toda prueba; en él se puede apreciar al soldado anónimo que no se enreda en estériles discusiones ideológicas; es patriota y republicano porque es su sentir, no porque espere recompensas u homenajes. Lucha en el bando Liberal porque es el de hombres de la talla de Zaragoza o Degollado, el bando del pueblo, como señala: “para los pobres no hay justicia, es necesario hacérsela por nuestra mano” (p.12). Quiere justicia para él y su familia, pero también para la nación. En el mismo tono, y sobre Nicolás Romero, el personaje histórico, leemos en *El Cerro de las Campanas*:

[...] hombre nacido en la cuna del pueblo, lleno de sentimientos nobles y generosos, se había lanzado de años atrás a la revolución llevando de un noble desinterés, elevando a

---

<sup>118</sup> Ignacio Ramírez, *Ensayos*, 1994, p. 67.

cuantos le rodeaban sin aspiraciones, sin envidia, sin ostentación; era un verdadero hijo de la república. (p.147)

Pablo Martínez, por su parte, es valiente hasta la temeridad; fiel reflejo de su franqueza de sentimientos es la imagen creada por Mateos:

[...] es un mozo fornido, alto, doblado como un hombre de campo, frente despejada, ojos garzos poblados de pestañas y dos cejas que se confunden en una sola línea. Su nariz es regular, sus labios se pierden bajo sus bigotes castaños, y su blanquísima dentadura se deja ver cada vez que lanza una de esas estrepitosas carcajadas tan conocidas en el regimiento. (p. 18)

La semblanza anterior es distinta a la de Nicolás Romero; por ejemplo, Eduardo Ruiz, testigo e historiador de la guerra de Intervención en Michoacán, y miembro del destacamento de Riva Palacio, así lo retrató:

Era de treinta y cuatro años. Mestizo en que predominaba la sangre indígena, su color era oscuro y terso, lampiño de ojos pardos que de cuando en cuando relampagueaban llenos de fuego, pero que de ordinario miraban humildemente. Era bajo de cuerpo, delgado [...] <sup>119</sup>

No obstante, existen coincidencias de personalidad entre el personaje creado por Mateos y el histórico guerrillero descrito por Eduardo Ruiz; sobre su valía señala este último:

[...] el coronel Riva Palacio se hizo de un poderoso auxiliar con la llegada del guerrillero más famoso entre todos, por su valor, por su astucia, por la firmeza de sus principios, por la lealtad de su carácter [...] por el respeto y amor que inspiraba a sus soldados, por la popularidad, en fin, que había alcanzado en donde quiera que se conocía su nombre, Nicolás Romero [...] es y será siempre un tipo legendario de los *chinacos*, de esos guerreros audaces, pero modestos; terribles en el combate, pero generosos con los vencidos; sin disciplina militar, pero incansables en la lucha; con un entusiasmo tan grande, con una fe tan ciega en la libertad [...] <sup>120</sup>

Un hecho singular es que en *El Cerro de las Campanas*, Pablo Martínez, el personaje ficticio, y Nicolás Romero, el personaje histórico, actúan juntos en el capítulo octavo de la segunda parte de la novela, denominado “El Imperio”, en el cual se narra una de las tantas batallas en la ciudad de Zitácuaro, Michoacán, zona en la cual tenía un bastión el ejército republicano. En pocas páginas, el autor-narrador aborda con detalle

<sup>119</sup> Eduardo Ruiz, *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, 1940, p. 130.

<sup>120</sup> *Ibid.*, p. 129.

el accionar de los chinacos liderados por los personajes ficticios Eduardo Fernández, Pablo Martínez y el personaje histórico Nicolás Romero. El autor-narrador muestra al lector cómo era la vida de las tropas guerrilleras mexicanas, así como sus sufrimientos y su valor a pesar de no contar, a veces, con los mínimos abastecimientos para subsistir.<sup>121</sup>

Se destaca, sobre todo, su valor y algunas veces su respeto por el enemigo cuando éste había caído bajo su poder al terminar una batalla:

[Pablo] Martínez le había robado a un colegial de la catedral de Morelia un manteo colorado del cual se habían hecho blusas él y su compañero de campaña [Quiñones]; pero ya las blusas tocaban su último día, o por mejor decir, ya había tocado a su término. (p. 146)

Ésta y otras anécdotas referentes a la precariedad de medios con los que contaba el ejército republicano, pueden parecernos en la actualidad como un recurso novelesco para provocar la compasión en el lector, pero son hechos que figuran en la historiografía. Por ejemplo, José Ortiz Monasterio refiere el hecho de que Riva Palacio con sus propios recursos armó una guerrilla que se unió al ejército del general Zaragoza después de la batalla del 5 de mayo en 1862<sup>122</sup>

Otro ejemplo del honor de las tropas republicana está al final del mencionado capítulo de la novela; es la narración de un suceso en el cual se presentaba una disyuntiva para la guerrilla liberal, ya que habían vencido en una escaramuza y se habían hecho de prisioneros franceses, a los que el grueso de los soldados esperaba ver ajusticiados como respuesta al trato cruel que los combatientes liberales habían recibido de ellos:

---

<sup>121</sup> Vicente Riva Palacio refiere que entre las tropas republicanas había dos grupos, los “entradores” y “los repasadores”, sobre los primeros refiere: “Los entradores apenas miran al enemigo, se disponen para el combate; y sin contar el número, y sin pensar en el peligro, se arrojan como unos leones sobre sus contrarios, y se revuelven, como ellos dicen, y dan tajos y mandobles, y reveses, y matan, y hieren, y destrozan sin piedad cuanto encuentran a su paso”. En Vicente Riva Palacio, “Amnistía. El proyecto Zarco”, en *La Orquesta*, noviembre 28, 1868, reproducido en *Periodismo, primera parte, Varios periódicos*, 2002, p. 56.

<sup>122</sup> El artículo de Francisco Sosa, “Vicente Riva Palacio”, en *El Imparcial* del 17 de Noviembre de 1872, se inserta en su libro “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía...biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, p. 71.



El coronel [Eduardo Fernández] llamó aparte a Romero –¿Qué hacemos de esa gente?, le dijo. – ¡Qué sé yo!, respondió Nicolás, nos basta haberlos vencido; ¡lo demás no es cuenta mía! –¿Qué le decimos a la tropa que pide su muerte delante de los cadáveres de sus compañeros? –Es cierto, que yo no sé qué decirles; pero yo no he matado a nadie fuera del momento. –Oye esos gritos ¡Vive Dios!, que tienen razón nuestros soldados [...] –¿Y cómo aquietar la grito? –Es negocio mío, dijo Nicolás, y salió a la calle donde estaba la tropa y el pueblo pidiendo a voces la muerte de los prisioneros. Luego que apareció Nicolás Romero, lo vitorearon con entusiasmo. El guerrillero se descubrió la frente y dio tres vivas a la República. – ¡Mueran los franceses!, gritó una voz, y cien la repitieron con rabia y desesperación. –Sí, mueran, gritó Nicolás; pero mis soldados no son verdugos, el que quiera matar a los prisioneros tiene franca la entrada. Todos permanecieron en silencio. –Mis valientes saben pelear en el campo de batalla y respetar a los vencidos... (148-149).

El fragmento citado muestra que la intención de Mateos ante el lector era exponer la superioridad moral que, por momentos, tuvieron los soldados mexicanos, especialmente la de Nicolás Romero, y la victoria del ejército mexicano formado, en su mayor parte, por guerrillas y por las capas más populares de la sociedad, las cuales sabían comportarse a la altura de un ejército invasor precedido de fama mundial. También, que pese a las victorias de los franceses y conservadores hasta ese momento, la táctica de guerrillas fue la que mejor funcionó en la lucha republicana, por eso se formó un grupo de contra guerrilla,<sup>123</sup> al mando del tristemente célebre mariscal Dupin, quien es considerado por Mateos como parte de “esa inmigración de bandoleros y asesinos” (p. 215) que llegaron de Europa con las fuerzas de ocupación y cometieron un número muy grande de atrocidades.

En suma, Mateos elaboró un buen retrato de Nicolás Romero y se apegó en cuanto le pareció necesario al personaje histórico. Un ejemplo al respecto está en el capítulo octavo de la novela (p. 149); ahí se describe la habilidad de Romero con el caballo en una de las suertes charras que el personaje dominaba; este pasaje se asemeja al de Eduardo Ruiz <sup>124</sup> que para el lector de su novela, constituyó un personaje en el cual se

<sup>123</sup> Véase al respecto, Emile de Keratry, *La contra guerrilla francesa en México*, de 1981, (traducción e introducción de Daniel Molina).

<sup>124</sup> Capítulo octavo, p. 149. la legendaria habilidad de Nicolás Romero con el caballo y recrea para el lector una de las tantas suertes charras que el guerrillero mexicano dominaba. Compárese con la opinión

reúne lo mejor de las características de los combatientes del pueblo. La construcción de Pablo Martínez el personaje ficticio, permite un breve apunte para entender la importancia que tienen los personajes en toda la trama en el proceso de identificación con el lector y la verosimilitud en la novela y específicamente en la histórica. En ésta los personajes ficticios conviven e interactúan en el mundo narrado junto a los personajes históricos. Pero, estos últimos, tienen que ser algo más que simples copias o imitaciones del personaje histórico, por lo general ya muerto para el momento de la escritura de la novela histórica. Al respecto, Celia Fernández Prieto señala que los novelistas deben representar de tal manera al personaje que sobrepase la imitación y lleguen a encarnarlos, deben parecer “vivos” al lector.<sup>125</sup> Esta cita es conveniente para reafirmar que la “vivacidad” de Martínez está íntimamente unida a la de Romero.

De Pablo Martínez, el personaje ficticio, conocemos algunos pasajes de su vida íntima, por ejemplo, sus desgracias familiares, su pasado como hombre de campo, mientras que Nicolás Romero aparece, como consta en la historiografía, como un soldado patriota, valeroso (Martínez tiene las mismas prendas), pero sólo sabemos que su niñez no fue afortunada. En suma, en la novela Romero es ya como un héroe que se sumaba al imaginario colectivo, y Pablo Martínez era un héroe ficticio, pero en la intriga se nos muestra como una persona de carne y hueso, cercana al lector de 1868, que llega a la heroicidad por su lucha frente a las tropas europeas y sobrevive a sus compañeros de armas, especialmente a Nicolás Romero, del cual parece tomar la estafeta.

---

de Eduardo Ruiz: “Jamás he visto jinete como Nicolás Romero. Se sentaba en el caballo con tanta naturalidad, como si así hubiese pasado toda su vida...A veces, cogido de la cabeza de la silla, y corriendo caballo y jinete, Nicolás hacia una *machincuepa* [pirueta] desde el suelo, volteando el cuerpo sobre la cabeza del corcel cayendo sentado en la silla”. Ver Eduardo Ruiz, *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, 1940, p. 130.

<sup>125</sup> Celia Fernández, *Poética de la novela histórica*, 1998, p. 185.

Nicolás Romero, junto a otros mexicanos, pasó a formar parte de esos “mil mártires oscuros de la libertad mexicana”, como los bautizó Ignacio Manuel Altamirano, tres meses después del triunfo de la República.<sup>126</sup> Vale la pena un último apunte sobre la figura del personaje histórico Nicolás Romero en *El Cerro de las Campanas*, relativo a los últimos momentos de su vida; así se destaca su valentía y dignidad ante la muerte:

[...] Después de haber sostenido [Nicolás Romero] ante el consejo de guerra, que no era un bandido aunque así lo considerase la ley del Imperio, y que sus armas sólo se empleaban en servicio de la *independencia*, oyó el fallo del tribunal impasible y sereno. Al día siguiente lo sacaron a la Plazuela de Mixcalco. Puesto en el lugar de la ejecución, arengó al pueblo y dando tres vivas a la libertad cayó atravesado por las balas. El sargento francés le puso el mosquete en la cabeza y disparó el tiro de gracia (p. 168).

Mateos no solamente estaba haciendo un homenaje al valeroso *chinaco*, sino también mostraba al lector que los mexicanos de a pie, a la hora de enfrentar la muerte estaban a la altura de los personajes recocidos como, incluso, Maximiliano. Este afán de subrayar no sólo la valentía de los soldados pertenecientes al pueblo, sino la lealtad de algunas figuras históricas que lucharon por la causa republicana, era algo que, como sabemos hoy, fue inusual en todos los conflictos armados debido en parte, al proceso de “leva” imperante y al comportamiento de figuras como Santa Anna y muchos otros militares de alto rango. Salvo en los casos de guerra interna o intervención extranjera, la tropa se comportaba de manera veleidosa ante sus dirigentes.<sup>127</sup> Por ello en la rebelión de Ayutla, los altos mandos del ejército republicano fueron ocupados por civiles como el célebre Santos Degollado o Santiago Vidaurri.

---

<sup>126</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Glorificación a los héroes”, discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1867, en *Obras completas*, t. I, 1949, p. 102.

<sup>127</sup> Al respecto de esas traiciones, venalidades y demás prácticas poco leales puede consultarse Fernando Escalante, “Ejército y Estado”, en *Ciudadanos imaginarios*, 2002, pp. 161-187.

### **Luz y Eduardo: la historia de amor en *El Cerro de las Campanas***

Como ya se había señalado, en la novela se desarrollan varias historias de amor, entre otras el galanteo de Maximiliano hacia la hermana de Pablo, Guadalupe; la principal es la del joven militar liberal Eduardo Fernández y su novia Luz Fajardo. Relación amorosa llevada entre algunos hechos adversos, como la propia guerra, ya que el novio es combatiente. Los rasgos del amor romántico no se asemejan a los de algunas novelas mexicanas del XIX, influidas por autores europeos; no es el amor imposible que traza el destino trágico de Blanca Mejía, la protagonista de *Monja y casada, virgen y mártir*, de Vicente Riva Palacio, novela que publicó por entregas en 1868, el mismo año de la escritura de *El Cerro de las Campanas*. En la relación amorosa entre Luz y Eduardo no hay un rival de amores ni la diferencia de clase social, ya que los dos pertenecen al nivel medio de la capital mexicana; lo que amenaza a la pareja son las ideas políticas de los padres de Luz, que admiraban a Maximiliano y su gobierno, sin embargo, no se oponen a la boda de su hija con el coronel Fernández. En la unión de los jóvenes al finalizar la guerra, Mateos daba al lector de 1868, un mensaje de reconciliación cifrada en la libertad de elección de Luz, quien estaba convencida de lo injusto de la intervención francesa y a favor de la causa republicana. autor-narrador para manifestar al lector lo injusto de la guerra contra el gobierno de Juárez.

Luz Fajardo posee algunas de las características de la heroína romántica, toda virtud y belleza física, como apunta Carlos Mata Induráin: hermosas, delicadas, bondadosas, pero no está rodeada de “un aura de tristeza y melancolía”:<sup>128</sup>

Luz era bellísima, unos ojos color de cielo con unas largas pestañas, una nariz griega, el óvalo de la cara, perfecto, la boca pequeña y encarnada como un botón de rosa, el cabello rubio, el seno mórbido y la cintura de abeja. Tras aquella mirada intensa vivía un alma doble, abierta a los sentimientos más puros (p. 6).

---

<sup>128</sup> En Carlos Mata Induráin, *La novela histórica, teoría y comentarios*, 1998, p. 131.

Físicamente Luz Fajardo era más cercana al modelo de belleza europeo, contrastaba con *Clemencia*, la heroína de la novela de Altamirano (1869), más cercana al estereotipo de las mujeres criollas. La lucha de Luz es principalmente contra sus propios padres que se negaban a aceptar que la cortejara un republicano, “un disidente”, “un demagogo” (p.6); por lo que entre otras situaciones, aceptaron recibir a un par de soldados franceses en su casa con la esperanza de que alguno de ellos lograra desposarla. Luz sólo tiene dieciséis años, y a pesar de ello, logra con entereza e inteligencia resistir los embates del soldado francés que la corteja, sin dejar de ser una virtuosa novia y una buena hija, ya que acepta con pesadumbre ser una de las damas de honor de la emperatriz Carlota.

En *El Cerro de las Campanas*, Eduardo representaba a una nueva generación de militares mexicano que, con base en un sólido patriotismo, luchaba por la causa del gobierno republicano. La descripción que de él nos dejó el autor-narrador corresponde a lo anterior: “El coronel Eduardo Fernández, aquel hombre nutrido en las vicisitudes de las campañas y los peligros más inminentes, aquel corazón que los soldados juzgaban de hierro...” (p. 3). El joven militar estaba lleno de nobles sentimientos, uno de ellos se muestra por ejemplo, cuando se arrodilló ante las lágrimas que vertía su anciana madre ante su partida de la capital. Pero a diferencia de Luz, Eduardo era, antes de conocerla, un “ave de paso” (p. 6) que galanteaba a todas las muchachas. No obstante, Eduardo se enamora perdida y profundamente de Luz cuando la conoce en el teatro, y al salir de la ciudad de México con su regimiento “sintió por primera vez el poderoso atractivo de una mujer, amaba con delirio a Luz” (p. 6). Es importante señalar que en el amor entre Luz y Eduardo, Mateos introduce un elemento providencial: “Hay almas que van a su destino” (p. 6).

El celo profesional de Eduardo y su patriotismo eran igual de intensos; en la guerra se distinguía por su valor, destacado en artículos periodísticos, medio por el cual Luz podía enterarse, en medio de las vicisitudes de la guerra, que Eduardo seguía vivo. Así, y al mismo tiempo que se cuenta la relación de la pareja, Mateos iba narrando los acontecimientos políticos y militares relativos al último periodo de la guerra de intervención entre las tropas republicanas liberales, y la amalgama de fuerzas invasoras de europeos –principalmente franceses– y sus aliados mexicanos del grupo conservador. Es decir, que tanto en lo individual como en lo social, había hechos dramáticos en desarrollo.

Aunque al principio de la novela los dos sucesos que van cimentando la trama son las memorias de Pablo Martínez y la relación accidentada entre Luz y Eduardo, poco a poco el peso de la narración se concentra en los hechos políticos y militares, dejando de lado de manera gradual, la relación entre los dos enamorados. Sin embargo, el autor-narrador les reserva un final feliz, verosímil: si triunfa el ejército liberal, ellos serán una pareja paradigmática de los nuevos tiempos los representantes de una nueva sociedad, el *nuevo México*.

### **Los personajes históricos en *El Cerro de las Campanas***

Mateos describió a un gran número de personajes históricos de la guerra de intervención, evidentemente Maximiliano y Juárez son los personajes mayores, a quienes estará dedicado el Capítulo 3. Sin embargo, para terminar el presente apartado nos referiremos a algunos personajes históricos de cierto relieve.

El narrador dotó de virtudes físicas y morales a los personajes liberales, y de los monárquicos señalaba sus errores, especialmente de los franceses y los mexicanos que desde Europa habían comenzado las gestiones para lograr la intervención; ellos llegaron a la caricatura en sus rasgos físicos, son repugnantes o, al menos, ridículos,

incluso reciben castigos según el grado de participación en la empresa intervencionista.

Un ejemplo es el retrato de Juan Nepomuceno Almonte, mexicano e instigador del monarquismo:

[...] es de un personal simpático, sus maneras son exquisitas y finas [...] Tiene un especial cuidado de sus manos, y sus uñas son largas y pulimentadas como las de un águila. Almonte es un hombre de instrucción pero de poca capacidad. Ese día llevaba uniforme de general. El hombre perdía noventa y nueve por ciento de su representación. Aquellos galones lo ponían en el patíbulo de lo ridículo, en la picota de la evidencia... (p. 53).

Otro ejemplo es el del general Forey, jefe del ejército expedicionario:

[...] es un hombre que pasa de setenta años. La inclinación de su cabeza ya cubierta con el hielo de la vejez, anuncia que pronto entrará en la decrepitud. Forey es cargado de hombros y conserva la robustez de su constitución; su fisonomía es muy poco francesa, más bien parece irlandés. Los ojos azules, la mandíbula inferior muy pronunciada [...] A su edad, ya los arreos del soldado comienzan a caricaturizarse (p. 52).

Como podrá notarse la fisonomía de los personajes es acorde a la calidad moral que Mateos les otorgaba y, de acuerdo con su participación en contra de la República. Así, la descripción del general Forey es menos desfavorable que la de Saligny, del que señala que es un “gracioso personaje”, de fisonomía rara y que “ha encalvecido por secciones, y su cabeza presenta... el aspecto de un tablero de damas” (p. 53), porque el primero tuvo un papel menos destacado como soldado a las órdenes de su emperador, pero el segundo tuvo una mayor presencia en algunos hechos que Mateos consideró básicos. En lo anterior destaca una intención doctrinaria pues se presenta al gobierno sostenido por los franceses como una farsa. Un ejemplo es la Junta de Notables que debía escoger la forma de gobierno de nuestro país, previo desconocimiento del gobierno de Juárez por parte del gobierno francés. El autor-narrador subrayaba los excesos de los personajes que conspiraban contra la nación, por eso es comprensible que generalice. Por ejemplo, ironizó la manía de los franceses con el dinero; un ejemplo es la cómica escena sobre un episodio del Alférez Poleón (capítulo octavo, pp. 55-63);

el sentido del humor sobre el tema remite a las obras de teatro que Mateos escribió, al alimón con Riva Palacio, años antes que las novelas.

Todos y cada uno de los personajes históricos que obtuvieron ventajas de la situación imperante en nuestro país, son mencionados, fueran éstas puramente económicas, de negocios con dudoso origen, como los bonos Jeker, claramente fraudulentos, pues los Ministros Plenipotenciarios de Napoleón “hacían negocitos particulares que Maximiliano sabía y toleraba” (192); concretamente; también sobre algunos franceses desposaron a mexicanas acaudaladas. Uno de ellos fue el mariscal Bazaine o “Mr. Dano”, quien sacó del convento “a una de las señoritas más recomendadas de nuestra sociedad, y [con] un dote que asciende a un millón de pesos sacado de las entrañas del Real del Monte” (pp. 192-193). El arribismo de algunos franceses aparecía en una de las historias secundarias de la intriga: Clara Rodríguez, amiga de Luz Fajardo, se enamora del militar francés Demuriez, quien a pesar de haberse casado en Francia, veía en la fortuna de la joven una oportunidad para enriquecerse; para lograrlo, falsifica los sellos franceses en el documento de identidad para aparecer como soltero.

En el periodo final del Segundo Imperio, los franceses se empeñaban en sacar ganancias de la situación lamentable del país:

Todos los aventureros referían grandezas, todos eran príncipes, condes y marqueses con rentas fabulosas, y que sólo venían a México para consolidar la paz y el bienestar de los antiguos aztecas [...] Esos parias del universo, esos perdularios cosmopolitas, acompañaron a Maximiliano hasta el último día del presupuesto (p. 193).

La mayor ambición sobre México corresponde a Napoleón III, el emperador de los franceses; de él leemos el siguiente retrato:

Es un hombre de baja estatura, ancho de espaldas, el pecho prominente; sobre un cuello algo corto se levanta una cabeza bien organizada; la frente es ancha y despejada [...] Los ojos que son el espejo del alma, están vidriados, parece que un espíritu de la noche, está asomado a aquellos opacos cristales. Cuando se le ve pasearse en los jardines de las Tullerías o de Vincennes, se le encuentra vulgar y arrogante en unas piernas raquílicas que tiene por base unos pies anchos y deformes (p. 262).



En la intriga novelesca, Napoleón III era el gran orquestador no sólo por la maniobra que llevó a la invasión tripartita –Convenio de Londres–, sino también y bajo su beneplácito, porque fue aceptada la candidatura de Maximiliano por la comisión mexicana que viajó a Europa para ofrecer el trono de México al archiduque, que en la novela aparece citada textualmente y en la voz de Maximiliano (p. 96). Mateos señalaba que Napoleón III se sentía lleno de poder, por lo que la invasión a México “era el hecho más glorioso de su reinado” (p. 137). El emperador de los franceses aparecía como un gran titiritero que movía voluntades a su antojo, siempre con la idea de figurar como un gran líder en el mundo occidental, tanto de Europa como de América. El juicio crítico de Mateos era fuerte pero no llega a la tesis de la que emitió Víctor Hugo, en 1848: “jamás será otra cosa que el estrangulador nocturno de la libertad”<sup>129</sup>. Sin embargo, para agosto de 1866, el sueño napoleónico casi había terminado. Francia veía declinar su poder en Europa, bajo diferentes poderes y personalidades emergentes como el conde Bismarck; y América, bajo el poder de la Unión Americana, en la que la zona nortea se había alzado con la victoria en la Guerra de Secesión y comenzaba a lanzar amenazas a Francia, como efecto de la Doctrina Monroe. El panorama es destacado con gran regocijo por parte de Mateos, que a lo largo de la novela muestra admiración por el gobierno americano.

### **Carlota de Bélgica y Emperatriz de México**

De Carlota Amalia Mateos dio el siguiente retrato:

tiene una fisonomía interesante, una simpatía profunda, alta, esbelta, majestuosa, unos ojos garzos de donde se desprenden miradas dominantes, a veces sombrías y doloridas, unos labios rojos y una dentadura de marfil, su cabeza perfectamente moldeada [...] La hija del rey Leopoldo, es toda inteligencia e instrucción: educada con esmero, sus dotes naturales realzan como el brillante con el jaquel (p. 97).

---

<sup>129</sup> En Víctor Hugo, “Napoleón el pequeño”, en *Obras Completas*, t. III, 2004, p. 1033.

A las cualidades, sin embargo, se añadían defectos: “hay algo que no concuerda con el arte, y es, que la joven flamenca [...] tiene las manos y los pies un tanto desproporcionados” (p. 97). La emperatriz era considerada como una mujer inteligente, decidida, pero infaustamente ciega a todos los obstáculos que surgían en el camino de la instauración del régimen monárquico en nuestro país. Las dudas del Archiduque siempre eran revertidas por la entereza de la futura emperatriz mexicana. Un ejemplo al respecto está una escena en la que la emperatriz se enfrenta a la madre de Agustín de Iturbide y Green, (norteamericana), ella exige la devolución de su hijo; Carlota responde: “Nada puedo hacer por vos; partid a vuestra patria” y, agrega: “la suerte del príncipe está hecha en el porvenir, si el cielo me niega la sucesión, él ocupará más tarde el trono de su abuelo emperador”. El diálogo anterior se refiere al convenio secreto entre Maximiliano y la familia descendiente de Agustín de Iturbide y Maximiliano, quien otorgó el rango de príncipes, asunto que es tratado por Conte Corti en su libro *Maximiliano y Carlota* y también en *Querétaro. Fin del Segundo Imperio Mexicano*, de Konrad Ratz.

En la intriga de *El Cerro de las Campanas*, el destino de la pareja imperial se une al de México, mediante la creencia en un destino histórico, siempre presente y detrás del accionar humano. Lógico si se piensa que la providencia legitimaba al modelo monárquico. En la suerte de los emperadores se cumple el destino individual, junto al gran destino histórico y social de la patria. Otro rasgo que se le ha adjudicado a Carlota es su ambición desmedida que la llevó, en parte, a ella y a Maximiliano a su fatídico destino. Así lo resaltaba Mateos: “Arrastrada por la ambición, única sombra proyectada fatídicamente sobre su alma, se casó con el archiduque de Austria, llevando la esperanza de ser emperatriz, [en] caso de que José II, no tuviese sucesión” (p. 234).

El sentido trágico que parece perseguir hasta el final de sus vidas a la pareja imperial, lo comprendió bien Mateos. Por ejemplo, para 1868, el año en que escribió *El Cerro de las Campanas*, el escritor ya conocía la locura de Carlota y quizá por eso suponía que será irreversible. En la segunda parte de la novela, al mismo tiempo que describía escenas como el ofrecimiento del trono a Maximiliano, comenzaba a mostrar el desequilibrio emocional de Carlota:

El semblante de Carlota se alteraba visiblemente, su mirada, se fijó repentinamente en un punto invisible del aposento, sus labios comenzaron a balbucir algunas palabras y su seno se dilataba como agitado por la opresión [...] Nublóse el semblante de la princesa, mordió su labio, hincando sus dientes de marfil en aquella hoja de rosa, hasta hacer brotar la sangre (pp. 100-101).

Inmediatamente después, seguía un ataque de nervios, en el que ella maldecía a Napoleón III y lo llamaba “usurpador”, y ante un cuadro de Francisco José II, hermano de Maximiliano, lo ‘encaraba’ y le gritaba “Caín” (p. 101). La crisis finalmente cesó, pero en su transcurso Maximiliano lloraba por la locura manifiesta de Carlota. Un poco más adelante, ante la disyuntiva de enfrentar una bancarrota, Maximiliano duda de aceptar el trono en México, pero Carlota lo animaba:

Yo empeñaré mis alhajas como Isabel la Católica para esta empresa, tu nombre quedará ileso, lucharemos con el destino cuyas sombras comienzan a ceñir nuestro horizonte [...] –Maximiliano, escúchame: el mundo está pendiente de tus labios, la suerte viene a buscarte al recinto de tu palacio, la familia Habsburgo no ha dado nunca un cobarde (p. 105).

A pesar de los brotes esporádicos de locura de la emperatriz Carlota, ella era representada en posesión de una clara inteligencia para los asuntos de gobierno; un ejemplo al respecto es su apoyo a la aprobación a la Ley de 1865, relativa a la regulación y protección del trabajo de los peones, en la Audiencia del Consejo de Estado (noviembre de 1865), que ella presidió, en ausencia de Maximiliano; ley que rechazaban los terratenientes mexicanos.<sup>130</sup> En la novela, la emperatriz es “el consejero

---

<sup>130</sup> El respecto véase Luis Chávez, “Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866”, *Archivo histórico diplomático mexicano*, núm. 15, 1961, pp. 15 y ss.

más hábil de Maximiliano”, valiente y resuelta, pero envuelta “en las sombras del dogma luterano” (p. 234). Carlota era la imagen de la confianza ciega, decidida a reclamar lo que ella creía digno de merecer. Aún en la debacle, seguía creyendo que habría un apoyo providencial para el gobierno; así lo declara: “—¡Antes de sucumbir en el gran desastre que nos amenaza y tornar en la nave de la vergüenza a esconder nuestras frentes en las estancias de Miramar, partiré a Francia y libraré en el último duelo con Napoleón [III] el porvenir del imperio!” (p. 238).

Cegada por una vaga esperanza, Carlota nunca dudará de su papel, partía a Europa con la convicción de que conseguiría lo imposible: el apoyo de Francia o del Vaticano, todo antes que la abdicación. Había que perder todo, hasta la vida, antes que cejar en una labor para la que ella y el Archiduque estaban ‘predestinados’. De ahí su exclamación: “¡La muerte es preferible a esa evidencia ridícula de un rey destronado! Mil veces mejor el cadalso que proyectar en una corte extranjera la raquítica figura de ese desgraciado rey de Nápoles quien Garibaldi le puso el gorro frigio” (238) Ella parecía entender ese destino desfavorable y con suspicacia percibe situaciones que acercan a la pareja imperial a un final aciago, aunque ella siempre encontraba la manera de dar fuerza y ánimo al inseguro Maximiliano para que bajo cualquier circunstancia, siguiera adelante con el régimen, jugando a todo o nada. Un ejemplo al respecto figura después de una escena en la cual se entera el Archiduque, por vía del mariscal Bazaine y del barón Saillard, de la salida irremediable de las tropas francesas. La plática es escuchada por Carlota, escondida detrás de unas cortinas, y se dirige a Maximiliano para alentarle:

Nosotros, dijo Carlota, asistiremos al último momento del imperio; la Unión [Americana] ha dicho, que no traerá sus armas al territorio mientras luchan solos los mexicanos; podremos aún vencer o prolongar cuando menos la situación hasta resolver una crisis en que jugaremos nuestro destino... Sí Fernando [Maximiliano], la tormenta es espantosa, para afrontarla es necesaria una condición de hierro, huir de toda vacilación y no doblegar la frente ante el peligro (p. 197).

Aludiendo al sentido inalterable y providencial del destino humano, Mateos destacó un gran número de ‘señales’ que la Providencia dejaba entrever en el transcurso de los hechos. Carlota, en actitud testaruda, quería que el Imperio mexicano sobreviviera, a pesar de no contar con los medios para ello.

### **El llamado providencialista en *El Cerro de las Campanas***

En la novela de Mateos se hallan un número importante de hechos que el narrador, desde su omnisciencia, señalaba como pruebas inequívocas del error por parte de los emperadores mexicanos, de los de Francia y de los mexicanos conservadores, en cuanto a instaurar un régimen político irrealizable en nuestro país. Este recurso de apelar en la intriga novelesca a fuerzas metahistóricas como parte del devenir humano fue, desde nuestro punto de vista, un elemento necesario y lógico para el desarrollo de la novela, por un lado el público que leyó su novela era católico en su mayoría y Mateos supo aprovechar eso su favor, conociendo el desenlace del suceso que narraba, bien pudo “acomodar” a la voluntad divina a favor de la causa liberal, pese a que ello estaba en oposición al ideal liberal-republicano. Además, Maximiliano pese a los principios liberales que mantenía era finalmente un monarca. Juan Antonio Mateos al igual que muchos otros liberales compartía con los conservadores la creencia en el dogma cristiano-católico y aunque no es posible dilucidar de manera tajante el peso que le daban a la Providencia, lo cierto era que ellos consideraban a las grandes figuras de la historia como el motor de la misma.

El providencialismo es fruto del sistema cristiano de creencias, y concilia la aparente contradicción entre un destino humano individual y libre, y un desarrollo histórico guiado en una dirección fuera de su alcance, que se resuelve con la idea del libre albedrío propio del cristianismo. El providencialismo da una gran relevancia a las

grandes figuras de la historia cómo parte de un plan preconcebido por la divinidad y es a través de esos grandes hombres, como por ejemplo sostenía Carlyle, que el devenir sigue adelante. En cambio, los liberales creían que el proceso histórico era resultado de la unión de las grandes figuras y de la voluntad popular, el sujeto de la historia había cambiado. Sin aparente contradicción, liberales republicanos como Juan Antonio Mateos mantenían su fe católica y aspiraban a la igualdad jurídica aunque ello representara una aparente ruptura con sus creencias. Ejemplos de escritores que en sus novelas hacían crítica social pero en la vida cotidiana mantenían su fe, lo encontramos en Honoré de Balzac, que sobre el cristianismo, vertió en el “Proemio”, de 1842, a

*La comedia humana:*

El hombre no es bueno ni malo, nace con instintos y aptitudes; la sociedad lejos de pervertirle, cual pretendía Rousseau, lo que hace es perfeccionarle, mejorarle; pero también el interés desarrolla sus malas inclinaciones. El cristianismo y, sobre todo, el catolicismo siendo [...] un sistema completo de represión de las tendencias depravadas del hombre, es el más grande elemento del orden social.<sup>131</sup>

Es muy probable que Mateos haya leído el citado proemio; sin embargo, el propósito de citar a Balzac es recordar que en la literatura europea del siglo XIX abundan ejemplos de autores que, sin menoscabo de temas o ideas políticas en sus obras, consideraban el sistema cristiano como superior a todos los anteriores. Otro autor francés que también fue leído en México es René Chateaubriand, precursor del romanticismo, según propone Roger Picard (en *El romanticismo social*); fue uno de los autores más leídos en Hispanoamérica. *El genio del cristianismo* (1804) por ejemplo, tuvo lectores y admiradores en México, según anota Arturo Souto en su “Introducción” a la obra; uno de ellos, por ejemplo, fue José María Heredia, autor de *Jicoténcatl*, una de las primeras novelas históricas del siglo XIX (antes considerada de autor anónimo, hasta que recientemente el investigador Alejandro González Acosta argumentó la

---

<sup>131</sup> Honoré de Balzac, “Proemio”, *La comedia humana*, en *Obras Completas*, t. I. 2003, p, 168.

autoría del autor cubano). En *El genio del cristianismo*, Chateaubriand reivindicaba las ideas morales y filosóficas del cristianismo, sobre todo contra las ideas heredadas del racionalismo. En esa obra señalaba la necesidad de defender la causa cristiana ante la ideas de los ilustrados:

Debía, por consiguiente, probarse todo lo contrario; es decir, que de todas las religiones que han existido, la cristiana es la más poética, la más humanitaria, la más favorable a la libertad, a las artes y a las letras; que el mundo moderno le es deudor de todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas; desde los hospicios fundados para los desvalidos, hasta los templos edificadas por Miguel Ángel y decorados por Rafael. Debíase demostrar que nada es más divino que su moral, que nada es más amable y pomposo que sus dogmas, su doctrina y su culto.<sup>132</sup>

Con lo anterior hemos pretendido mostrar que la idea de la superioridad del cristianismo era un hecho por demás probado para muchos de los considerados precursores del Romanticismo, hecho relevante, ya que ese sistema de creencias morales y filosóficas era compartido por muchos escritores mexicanos. Éste era el caso, por ejemplo, de Justo Sierra Méndez, que en junio de 1869 declaraba:

Nosotros, que creemos en el progreso porque somos cristianos, tenemos la convicción profunda de que estamos en un periodo de transición. Mañana quizá deba inaugurarse esa gran civilización que dará una sola alma a la humanidad. La abolición de la geografía política [...]; la fusión progresiva de todas las leyes primordiales de la naturaleza en una sola; el completo aniquilamiento de las monarquías y la augusta universalización de racionalismo cristiano, he aquí para nosotros los elementos que compondrán la clave de ese arco triunfal por bajo el cual pasará algún día el género humano en su perpetua peregrinación hacia el ideal, hacia Dios.<sup>133</sup>

Juan Antonio Mateos no fue ajeno a esas ideas y así reflexionaba en *El Cerro de las Campanas*, después de describir lo agreste del paisaje norteño de México y sobre los grupos tribales que habitaban en aquella zona del país:

Hay seres que fuera del dintel de la civilización se han apoderado de aquellos majestuosos lugares [...] ¡Esos seres a quienes *no ha alumbrado la fe del cristianismo*, se han tornado enemigos del hombre, formando una bacanal del asesinato! [...] ¡Los bárbaros! Raza nómada y errante, duela del desierto, ha ganado a las fieras en crueldad [...] El salvaje tiene una sola idea: la extinción de la raza del hombre civilizado.

<sup>132</sup> Rene Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, 1990, p. 3.

<sup>133</sup> Justo Sierra, *El Renacimiento*, edición facsimilar, t. I, 1993, p. 334.

Nosotros no creemos en las razas, la civilización es la que hace al hombre... (Cursivas añadidas, pp. 169-170).

Para Mateos y la mayor parte de los liberales, lo que estaba en pugna en 1867 no eran las ideas y la moral cristiana, ideas que compartían con los conservadores; los liberales seguían luchando contra los privilegios que las corporaciones eclesiásticas y militares detentaban en nuestro país. Por ejemplo, años antes, en 1851, Melchor Ocampo mantuvo una polémica con un “Cura de Michoacán”, que según Ángel Pola, prologuista de la primera edición de las *Obras Completas* de Ocampo, era Agustín Dueñas, cura de Maravatío. El hecho fue el siguiente: Ocampo ayuda a una mujer dándole los 8 pesos que el Cura le exigía para sepultar a su esposo; este cobro llevó a Ocampo, en 1852, a proponer al Congreso la regulación de el arancel de obvenciones parroquiales, entre ellas, el bautizo y el entierro.<sup>134</sup> La defensa de Ocampo ilustra el sistema de creencias en el que vivió Juan Antonio Mateos, de ahí la ideología plasmada en *El Cerro de las Campanas*. Mateos no debe ser considerado como apologista de un jacobinismo extremo, irresponsable o fruto de los impulsos revanchistas, ya que al analizar su discurso, en diferentes ámbitos, se pueden entender las razones que tuvo para ser por momentos un exaltado orador en el Congreso de la Unión en las ocasiones en que fue diputado; un fiero crítico de grupos y personajes del alto clero católico, como monseñor Labastida, de quien elabora un retrato en su novela de 1897, *Memorias de un guerrillero*: “impetuoso y terrible, capaz de acometer cualquier empresa arriesgada” (p. 44). Juan Antonio Mateos consideraba a algunos personajes o grupos como parte de una elite privilegiada que contaba con medios y facultades, que rebasaban su papel de hombres religiosos y que muchas veces habían sido causantes y participantes en la lucha contra los liberales, especialmente en la Intervención francesa. El ataque a los ministros del culto católico, como se sabe, fue parte de las ideas de los

---

<sup>134</sup> Ver Eli de Gortari, segunda edición de *Obras completas de Melchor Ocampo*, t. I, 1978.



liberales mexicanos; Ignacio Manuel Altamirano, por ejemplo, fustigaba a los eclesiásticos que apoyaron la intervención francesa; de algunos obispos decía: “han hecho del Divino Sacrificado un ídolo sangriento, un vampiro”.<sup>135</sup>

Como se ha señalado, el ser partidario del liberalismo y del modelo republicano no impidió que Mateos respetara la fe cristiana sin contradecir sus convicciones políticas, al igual que otros escritores liberales del siglo XIX, particularmente los que se apegaron al romanticismo, movimiento que reivindicaba la libertad no sólo estética, sino la libertad emanada de los derechos civiles, que promulgaba el liberalismo. Dentro de esas libertades estaba el derecho de los pueblos a elegir libremente su modelo de gobierno. Igualmente, y con lo anterior es posible entender que tanto la idea de Fatalidad como de Providencia, son parte del discurso de Juan Antonio Mateos.

### **El devenir histórico**

Entonces y de lo anterior, es comprensible porqué en *El Cerro de las Campanas* el autor-narrador hace continuas referencias a la voluntad divina, sin problema ya que el que creía en la Providencia, o por lo menos debería de haberlo hecho, era Maximiliano. Mateos refería algunos de los errores que cometió Maximiliano al venir a México. Subrayó, uno a uno, los hechos y signos que dejó pasar el Archiduque, indicativos del infausto porvenir para la pareja imperial. Este afán por revelar al lector las ‘señales’ que fueron omitidas, subraya el sentido trágico que el propio autor le otorga al personaje de Maximiliano, y con esto lograba un impacto mayor en el lector al estimular tanto la imaginación como el mensaje doctrinario. Por ejemplo, después de recibir a la comisión mexicana que le ofreció el trono de México, el Archiduque comenzó a escuchar una voz que cantaba y daba malos augurios sobre el viaje a

---

<sup>135</sup> En “Cinco de Mayo”, Discurso leído en Acapulco, mayo 1865, en *Obras Completas*, 1949, t. I, pp. 74-76.

México, en pos de un solio apoyado por las armas francesas. Voz que el emperador escucharía en los momentos más complicados de su gobierno y hasta el final de su vida:

Massimiliano  
 non ti fidare  
 Torna al castello  
 Di Miramare.  
 Quel trono fracido  
 Di Moctezuma  
 E nappo gallico  
 Colmo di spuma.  
 Il Timeo Danaos  
 ¿Chi non ricorda?  
 Sotto la clamide  
 Trovo la corda (p. 100).

Esa voz le indicaba que regresara a su castillo en Miramar, no obstante el apoyo de Francia, como se lee en las últimas dos líneas: “bajo la espada estaba la soga”. La voz, junto con otros signos más terrenales, le señalaba un camino equivocado. Uno de los signos fueron las explicaciones sobre la imposibilidad del establecimiento de la monarquía, expuestas en la novela –un día después de que el Archiduque recibiera a la delegación mexicana en Miramar– por el representante del gobierno de Juárez, José de Jesús Terán, quien de manera respetuosa pero digna, le exponía uno por uno los motivos por los cuales era imposible –desde la opinión liberal– la creación de un nuevo imperio mexicano. En la novela leemos dichos motivos, por ejemplo, lo injusto de la Convención de Londres y el débil sustento de un *causus belli*; la falta de legitimidad que ante la mayoría de la población mexicana tenía los “Notables” y la incapacidad del imperio mexicano para sostenerse con las armas francesas y el nulo consentimiento de los Estados Unidos para reconocer el nuevo gobierno. Sin embargo, debido a la precariedad de medios económicos el Archiduque Maximiliano aceptó el trono de México, pese a los aciagos augurios tanto del cielo como de la tierra.

Las señales que el Archiduque no pudo –o no quiso– escuchar, son expuestas reiteradamente en la intriga novelesca, en una forma en la que el autor-narrador las hacía actuar en un papel similar al del corifeo del teatro griego, una voz constante que se convertiría en un recordatorio del destino trágico de los emperadores mexicanos. Además, los signos de la fatalidad en los personajes obedecían no sólo a causas presentes, sino también a un destino que, según Mateos, arrastraban irremediabilmente las familias imperiales europeas.

La acción de la providencia conforma el espíritu romántico en *El Cerro de las Campanas*, como lo señala Jorge Ruedas de la Serna:

El novelista romántico sustituye la idea de la fatalidad clásica por la de los designios providenciales. Para los clásicos, la fatalidad era una fuerza incontrolable e inesperada que se manifestaba en el momento oportuno para garantizar la solución trágica. La fatalidad no pertenecía a la esfera humana, sino que se entrometía en ella como mala jugada de los dioses, entretenidos en el espectáculo inferior de los mortales. Para los románticos, la providencia es también un poder divino, que se encarga de premiar y castigar, sólo que ellos mismos se consideraban sus instrumentos clarividentes.<sup>136</sup>

Entonces, la fatalidad estaba presente en la solución literaria, al ser origen y explicación –sobre todo en relación al destino individual– de hechos infaustos que sufren algunos personajes de *El Cerro de las Campanas*. Pero estaba presente –como se ha señalado en la anterior cita– la concepción de la Providencia, que también es un poder divino y no sólo castigaba, sino también premiaba. Hechos como la muerte de Iturbide están envueltos en un destino infausto, ya que unos meses antes era un héroe popular, no obstante “quiso en mal hora imitar al cónsul Bonaparte” (p. 136), acción que lo llevó a la muerte. Es decir que para Mateos el máximo error de Iturbide fue haber intentado instaurar un régimen monárquico y dar con este hecho: “un golpe a la soberanía nacional”, (p. 136) cuando el único modelo posible era el republicano.

---

<sup>136</sup> Jorge Ruedas de la Serna, “La novela corta de la Academia de Letrán”, en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 1998, p. 53.

Del mismo modo, el “alma” del guerrillero histórico Nicolás Romero estaba destinada “al martirio”, no obstante su valor “sobrenatural” y su “temple heroico” (p. 174), asunto que abordaremos en el Capítulo 3. Ahora señalamos que el destino del personaje histórico se asemeja del general José María Arteaga y a su subordinado, Carlos Salazar, ambos liberales, víctimas de un juicio sumario correspondiente al infausto decreto del 3 de octubre, cuya proclama fue introducida por Mateos en la novela citando el Diario del Imperio que justificaba el decreto que justificaba el fusilamiento, sin juicio previo, a todo aquel republicano que portara armas. Mateos criticó esta Ley que aún no era del conocimiento de los inculpados. Frente a tal arbitrariedad, destacó el perdón que meses antes el General Riva Palacio había hecho a un destacamento belga en Tacámbaro, en contra de la voluntad de la tropa, que “pedía a voces venganza” (p. 186). Pero el destino fatal no era sólo revelado a través de los avatares que sufrían los individuos, sino también fuerzas militares completas, por ejemplo en el episodio del envenenamiento de las fuerzas republicanas en Michoacán (154-155) e, incluso, la nación mexicana no escapaba a esta fuerza. Por eso, la voz del narrador señala: “La república estaba en la hora de las vicisitudes: lo que no podían las armas [monárquicas], el destino se encargaba de completar” (p.153).

En *El Cerro de las Campanas* los sucesos venturosos eran resultado del valor y la audacia de las fuerzas liberales, que a veces contaban con el apoyo intangible de la Providencia. Hecho un tanto paradójico, ya que al mismo tiempo en la intriga novelesca los monárquicos consideraban igualmente que esta fuerza metahistórica los guiaba; es el caso del grupo que viajaron al Castillo de Miramar para ofrecer el trono de México a Maximiliano. Al final de la novela y cuando se presentan las derrotas militares de las fuerzas imperiales, Mateos narra esas victorias obtenidas por la pericia militar y el valor de los soldados republicanos, pero también son, en alguna medida, revanchas

justas por acción de la Providencia, ya que ésta los favorecía: “¡La hora del Señor había sonado en el reloj de la justicia eterna!” (p. 303). Esto se corrobora en el episodio en el que el general liberal Mariano Escobedo, recuperó definitivamente la plaza de Zacatecas en febrero de 1867. Ahí fueron hechos prisioneros noventa y ocho soldados franceses y el pueblo solicitó un castigo ejemplar debido a sus abusos; fueron ejecutados sin ningún miramiento, ya que al no haberse acogido al retiro de las tropas francesas y al ponerse bajo el lábaro imperial de Maximiliano, habían perdido su calidad de ciudadanos franceses; fueron juzgados como simples filibusteros y ejecutados *in situ*<sup>137</sup>:

Las leyes de la República los condenaban como piratas y filibusteros. Esos miserables estaban sentenciados de antemano [...] La ejecución fue lo más violento posible, porque aquellos instantes eran horribles. Los últimos sentenciados habían perdido la razón y caminaron desfallecidos al cadalso. Los soldados [republicanos] recordaban, para atenuar ese sentimiento que se despierta a la vista de ese espectáculo de muerte, la memoria de los fusilamientos de Uruapan, y los nombres de los generales Arteaga y Salazar corrían por todos los labios (pp.302-303).

Mateos muestra algunos excesos del lado liberal, pero en su mayoría estos eran la respuesta a actos injustificados y abusivos de parte de los monárquicos, por lo que se convertían ante el lector como actos necesarios y, además, parte de una justicia providencial. Los reveses militares y las tribulaciones de la patria antes comprensibles por obra de la fatalidad, a la postre se tornaban en victorias; en ese momento, todo le salía bien a las fuerzas republicanas. Algunos ejemplos: la milagrosa escapatoria de la muerte del general Porfirio Díaz de los escombros de una casa despedazada por un obús (p. 333); la toma de Puebla por los republicanos; el hecho de ganar en el sitio de Querétaro; Maximiliano preso y en manos de Escobedo; en fin, desde la lógica del plasmada en la novela por el escritor mexicano: “Dios estaba con la República” (p. 333).

---

<sup>137</sup> La orden de Mariano Escobedo el 3 de febrero de 1867, se reproduce en el Capítulo “La Reforma”, en *México a través de los siglos*.

## CAPÍTULO DOS

### ***Historia de la Guerra de México, desde 1861 hasta 1867: la necesidad de la historia contemporánea***

En el presente capítulo se hará un análisis de la *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 hasta 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una Introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*,<sup>138</sup> del español Pedro Pruneda Martín, que se publicó en 1867.<sup>139</sup> En un breve recuento señalamos algunos datos biográficos del autor para después revisar sus afinidades ideológicas, sus obras anteriores, así como un sumario de los hechos más significativos de la época. Del mismo modo, haremos mención de los modelos historiográficos españoles que preponderaban en el momento de la producción de dicho libro. Dicho análisis se llevará a cabo siguiendo las partes que lo conforman: “Prologo del autor”, “Introducción” y cuerpo del texto. En cada caso se hará una comparación entre el discurso del historiador español y otros autores mexicanos y extranjeros, particularmente los más cercanos a 1868. Asimismo, haremos referencia a algunos textos sobre la Intervención francesa y el Segundo Imperio publicados posteriormente –algunos ya en el siglo XX– con el propósito de mostrar cómo fueron

---

<sup>138</sup> Por ser una edición facsimilar de la primera edición de 1867 tomamos como fuente la de 1996, con Prólogo de Ernesto de la Torre Villar, editada por la Fundación UNAM, Fondo de Cultura Económica, Instituto Cultural Helénico y la Fundación Miguel Alemán. Respetaremos la ortografía original y abreviaremos en extenso título. Cabe agregar que para su consulta existe un ejemplar de la primera edición de 1867 en la Biblioteca del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.

<sup>139</sup> El ejemplar facsimilar, antes citado, señala 1867 como el año de publicación, en un artículo de la revista española *Xiloca*, se propone que fue 1868, quizá porque Pruneda firmó el Prólogo en agosto de 1867; de ahí que supongamos que la publicación pudo haber sido de finales de ese año o a principios del siguiente. Ver José de Jaime Loren y José de Jaime Gómez, “Pedro Pruneda (El Poyo del Cid, 1830-1869): Escritor y político republicano, autor de la primera historia de Teruel” en *Xiloca*, núm. 34, noviembre de 2006, p. 54.

narrados los sucesos y, sobre todo, cómo se recrearon las acciones y los personajes históricos tanto de la Intervención como del Segundo Imperio. El objetivo central de este capítulo es descubrir en la *Historia de Méjico...* de Pedro Pruneda coincidencias ideológicas con la novela histórica *El Cerro de las Campanas* de Juan Antonio Mateos.

### **El contexto de la *Historia de la Guerra de Méjico...***

La narración de *Historia de la Guerra de Méjico...* es muy cercana al modelo romántico. Característica que comparte con otros textos de históricos del periodo, tales como formato, extensión, distancia histórica y horizonte de enunciación. Ésta fue la única obra histórica que Pruneda escribió sobre nuestro país, aunque no llegó a corregir la primera edición del texto porque murió en octubre de 1869, año en que publicó “Crónica de la provincia de Cuenca”. Pocos años antes preparó la *Crónica de la provincia de Teruel*, que se publicó en Madrid, entre 1862 y 1866, en fascículos, y que formaba parte de una serie mayor titulada *Crónica General de España, o sea historia ilustrada y descriptiva de sus provincias, sus poblaciones más importantes de la península y de ultramar...*<sup>140</sup> Conviene mencionar que el episodio de la intervención armada en México se seguía de cerca en Europa; el semanario español *El Museo Universal*, por ejemplo, en un artículo de primera plana del 1 de Junio de 1862, señalaba:

Indudablemente la cuestión Méjico es hoy la que tiene el privilegio de atraer la atención de Europa. Cuantas noticias se reciben de América son leídas con interés [...] Los periódicos de España, Inglaterra y Francia apenas se ocupan de otra cosa sino de la cuestión mejicana, de la actitud respectiva en que han colocado las tres potencias signatarias del tratado de Londres...<sup>141</sup>

<sup>140</sup> Ver José Jaime Lorén y José Jaime Gómez”, “Pedro Pruneda Martín (El Poyo del Cid, 1830-1869)”, en *Xiloca*, núm., 34, 2006, p. 43-58.

<sup>141</sup>Nemesio Fernández Cuesta, “Revista de la semana”, *El Museo Universal. Periódico de ciencias, industria, artes y conocimientos útiles. Ilustrado con multitud de láminas y grabados por los mejores artistas españoles*, 1 de junio de 1862, p. 1.

Todos los sucesos importantes que ocurrían en México se conocían en Europa y particularmente en España. Por ejemplo, ocupaban –casi siempre la primera página de *El Museo Universal* y ahí se daba cuenta con detalle de los hechos más relevantes: los preliminares de la guerra, en 1861,<sup>142</sup> el manejo de los reclamos por el representante plenipotenciario español, el General Prim, y la “aprobación” de su proceder por parte de su gobierno, 1862<sup>143</sup> la aceptación condicionada de Maximiliano al trono de México, en 1862;<sup>144</sup> la derrota de las fuerzas francesas en Puebla;<sup>145</sup> los “préstamos” económicos que reconocía Maximiliano,<sup>146</sup> así como los grandes sueldos que pagaba a los miembros de su gabinete,<sup>147</sup> e incluso, la imposibilidad del emperador para mantenerse en el poder por sus ideales liberales.<sup>148</sup> Es de notar que las noticias llegaban a Madrid sin dificultad.

En la *Historia de Méjico...* de Pruneda es posible observar cierta adhesión a la causa republicana a pesar de que no se sabe a ciencia cierta los motivos que tuvo para escribirla ni quién le hizo llegar la documentación desde nuestro país, situación propicia para la especulación, por ejemplo, existe una hipótesis planteada por Antonia Pi Suñer que propone la posibilidad de que el autor del texto pudo ser un mexicano.<sup>149</sup> Caso contrario a otros historiadores que auspiciados por el gobierno liberal elaboraron textos sobre el periodo, como el francés Eugene Lèfevre que publicó en 1869, en Bélgica,

---

<sup>142</sup> *Ibid.*, 29 de septiembre de 1861, p. 1.

<sup>143</sup> *Ibid.*, 25 de mayo de 1862, p. 1.

<sup>144</sup> *Ibid.*, 28 de junio de 1862, p. 1.

<sup>145</sup> *Ibid.*, 29 de junio de 1862, p. 1.

<sup>146</sup> *Ibid.*, 17 de abril de 1864, p. 1.

<sup>147</sup> *Ibid.*, 6 de agosto de 1865, p. 1.

<sup>148</sup> *Ibid.*, 31 de diciembre de 1865, p. 1.

<sup>149</sup> La hipótesis se basa en una afirmación de 1880 del historiador Niceto de Zamacois: “[Pruneda] es un hombre supuesto por el verdadero autor”. Ver: en Antonia Pi Suñer, “La cuestión mexicana en el ambiente político español de mediados del siglo XIX: la obra de Pedro Pruneda”. En: *Secuencia* Núm. 12, septiembre-diciembre, 1988, pp. 16-28.



*Documentos oficiales recogidos en la secretaria privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en Méjico.*<sup>150</sup>

Al respecto, Ernesto de la Torre especula sobre los motivos que pudo tener el historiador español:

Pedro Pruneda no fue un voluntario que pensara ejecutar una obra magna en defensa de un país extraño por su propia voluntad. ¿Qué ligas sentimentales o materiales tenía con México que le motivaron a salir en su defensa? ¿Cómo podía emprender una obra para la que requería conocimientos adecuados, información precisa, abundante y oportuna? Sabemos de su actividad intelectual, literaria y política y sabemos es de calidad. Conocemos sus ligas con el grupo liberal español, su acción mancomunada con su padre Víctor Pruneda para difundir los ideales republicanos [...] su padre intervino en los sucesos liberales de 1865 y años siguientes a favor de don Juan Prim, que le acarrearón nuevos destierros, debió estar de su parte y sufrir el alejamiento de su ser querido, y además intensificar en él sus sentimientos republicanos y liberales, y tratar de salir en su defensa [...] <sup>151</sup>

Sin embargo y para entender la forma en que narra el historiador español, es necesario reseñar brevemente el contexto de los años que vivió, así como los rasgos generales del relato histórico y los modelos historiográficos presentes en la monarquía española

### **El reinado de Isabel II y la vida de Pedro Pruneda**

El periodo que nos ocupa inicia en 1834 y culmina en 1868, coincidiendo con el tiempo de vida de Pruneda, que nace en 1830 y muere en 1869. En dicho lapso confluyen diferentes procesos sociales que permitieron la posibilidad de un cambio en el modelo de gobierno, asociado a un incipiente desarrollo económico de tipo capitalista, que señala Ignacio Fernández de Castro y, agrega, que hubo un desarrollo de la clase burguesa que comenzaba a tener peso político, del mismo modo que los estamentos

---

<sup>150</sup> Así lo daba a conocer Pedro Santacilia: “Pronto se publicara en Bruselas una *Historia de la intervención y del imperio* escrita por el Sr. Lèfevre, que como saben nuestros lectores, ha recibido del Congreso la cantidad de cuatro mil pesos para los gastos de la impresión. Tanto como el que más conoce sin duda el Sr. Lèfevre la historia moderna de este país, porque estuvo escribiendo aquí incesantemente durante la revolución reformista, y no cesó de hacerlo en Londres, donde prestó muy buenos servicios, durante la intervención”. Ver Pedro Santacilia, *Del movimiento literario en México*, 1868, p. 21.

<sup>151</sup> Ernesto de la Torre Villar, “Prólogo” a la *Historia de la Guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, p. xxi.

militar, clerical y el sector aristocrático. Durante los años de reinado de Isabel II, en España, tuvo lugar un frágil pacto de gobernabilidad entre los distintos sectores, y evidencia de ello fueron los 18 pronunciamientos con 39 gobiernos.<sup>152</sup>

Como es sabido, Isabel II fue la primera mujer que, rompiendo la ley Sálica, se convertiría en cabeza del gobierno español a los catorce años. Además, es de resaltar que no gozó de la educación esperable para una soberana, pues poseía un carácter testarudo y una “vena excesivamente impulsiva y emocional”,<sup>153</sup> lo cual dio como resultado una época desastrosa para la institución monárquica. De hecho, la reina fue llamada por Benito Pérez Galdós “La de los tristes destinos”, título de uno de sus *Episodios Nacionales*.

El régimen absoluto se desgajó para dar lugar a nuevos actores políticos que luchaban por incorporar derechos particulares –libertad, igualdad, propiedad, seguridad– en el nuevo modelo de gobierno, así como también por la derogación de privilegios tributarios a eclesiásticos y nobles, señala Miguel Artola.<sup>154</sup> Como podrá notarse, la institución monárquica no impidió las propuestas de los liberales en España. A Pruneda le tocó ser testigo de los últimos actos de este gobierno.<sup>155</sup> El sistema monárquico moderado que gobernaba en ese entonces estaba deslegitimado y junto a la Corona, iba en declive. Debido a esto hubo diversos sucesos que reflejaron ese ambiente de crispación social. Ejemplo de ello fue la destitución de Emilio Castelar (uno de los diversos presidentes del Poder Ejecutivo en la I República española entre 1873 y 1874) como catedrático en historia de la Universidad Central de Madrid, así como la represión contra los estudiantes en la llamada “Noche de San Daniel” en 1865.

---

<sup>152</sup> Fernández de Castro “La revolución burguesa: 1808-1898”, en *De las Cortes de Cádiz al plan de desarrollo*, 1988, p. 74.

<sup>153</sup> Mónica Soto, *La España Isabelina*, “La monarquía infantil”, 1979, p. 7.

<sup>154</sup> Ver “Partidos y programas políticos, 1808-1836”, 1991, pp. 218-219.

<sup>155</sup> Para entender las distintas problemáticas del periodo, puede consultarse Ignacio Fernández, “Segundo periodo de la lucha revolucionaria” y “El final de la revolución burguesa: 1868-1874”. en *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo*, 1968, pp. 69-80.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, la monarquía se mantuvo en pie, algunas veces apoyando la represión y otras, sometiendo las revueltas, como la de los “Sargentos” en junio de 1866, en la que estuvo involucrado el propio Pruneda, como antes mencionamos. En sus *Episodios Nacionales* (1907), Pérez Galdós narra:

El buen pueblo de Madrid quería ver, poniendo en ello todo su gusto y compasión, a los sargentos de San Gil sentenciados a muerte por el Consejo de Guerra [...] la heroica medicina contra las enfermedades del Principio de Autoridad, que por aquellos días de la historia patria padecía crónicos achaques y terribles accesos agudos.<sup>156</sup>

Los partidos de corte progresista hacían sentir su fuerza por medio de levantamientos. En este contexto se dieron los pronunciamientos de los generales Francisco Serrano y Juan Prim, al mismo tiempo que se proclamaban algunos derechos individuales como la libertad de cultos, el sufragio universal, la libertad de imprenta, etcétera. La imagen y, sobre todo, el comportamiento de la reina coadyuvaron al agudo deterioro de la institución monárquica; los chismes sobre la vida íntima de Isabel II alcanzaron en ocasiones, los episodios de la novela romántica, amenizados con la dudosa virilidad del rey consorte Francisco de Asís, Duque de Cádiz, y realzados con la atribución de una frase de la reina: “¿Qué le diré de un hombre que la noche de nuestras bodas llevaba más encajes que yo?”.<sup>157</sup>

Este escenario de decadencia y de escaso control político, con una creciente oposición y una represiva respuesta del gobierno, además de la controversial personalidad de la reina, pudieron ser los factores que llevaron a Pruneda a ver un declive del sistema monárquico, que como hoy se sabe, sobrevivió a ese primer intento de República con el regreso de los Borbones al trono en 1874, en la persona de Alfonso XIII. Pese a lo anterior, fue en este periodo que la historia y sus distintas formas de ser concebida, tuvieron un gran desarrollo que es necesario reseñar.

---

<sup>156</sup> Benito Pérez Galdós, *Episodios nacionales*, 1907, pp. 5-6, versión electrónica de la Biblioteca Cervantes Virtual, [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/57938341434571052976613/p0000001.htm#I\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/57938341434571052976613/p0000001.htm#I_1_)

<sup>157</sup> Mónica Soto, “Los amores de la reina”, en *La España Isabelina*, 1979, p.18.

### **El nacionalismo español y los modelos historiográficos**

Durante el reinado de Isabel II los historiadores españoles fueron transformando su visión del retrato de figuras políticas a la inclusión de nuevos actores sociales. Desde los años cercanos a 1808 hubo nuevas ideas e inquietudes procedentes de otros países europeos que permearon en el control que el gobierno anterior de Fernando VII impuso hasta su muerte en 1833. En particular, una minoría que, desde el exilio, se encargó de divulgar las ideas en boga en Europa. En cuanto a la historiografía, se traducían obras de autores españoles a otros idiomas y reflejaban las lecturas de Mignet, Humboldt, Mignon y otros<sup>158</sup> Así, el sujeto de la historia comenzaba a cambiar, sobre todo para los historiadores de tendencia liberal, como lo demuestra el siguiente juicio de José Zaragoza, de la Academia de Historia, a mediados del siglo XIX:

Si antes se detenía el historiador en encarecer el heroísmo de un rey o de un caudillo, hoy es preciso que ponga más aún de relieve las acciones heroicas y hechos notables de los ciudadanos; si celebraba la prudencia y moderación de los que mandan, aún más conviene que ensalce la moderación y prudencia de los que obedecen...<sup>159</sup>

Se buscaba que los que “obedecían” también fueran parte de esta nueva forma de enfocar el devenir histórico, el cual aspiraba a un perpetuo progreso. Entonces, fue necesario que surgiera una historia con aspiraciones nacionales y sirviera como vehículo del nacionalismo, en la que se vieran incluidos los sectores trabajadores y productivos, y que además, se diera a conocer por todo el país, como lo proponía Zaragoza: “De esta forma se constituye la historia en disciplina obligatoria para todos los ciudadanos. Y en buena lógica liberal, el primer ciudadano es el rey. Se divulgaban en textos en revistas, obras voluminosas...”<sup>160</sup>

---

<sup>158</sup> Ver Paloma Cirujano, Teresa Elorriaga y Juan Sisinio, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, p. 6. Cabe señalar que en la página XI de la “Introducción”, los autores apuntan que el citado libro nació de un trabajo en equipo. Sin embargo, con el fin de abreviar sólo se hará mención del nombre de la primera autora en las citas posteriores.

<sup>159</sup> José Zaragoza, Discurso leído en la Real Academia de Historia el 12 de abril de 1852 en Madrid. Citado en *Ibid.*, p.7.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p.10.

Asimismo, era necesario dejar de lado el modelo cercano a la crónica, escrito por eruditos y de difícil lectura, para pasar a uno de mayor difusión, cuya finalidad fuese ser leído por amplios sectores de la población. La historia, así, debía cumplir una función didáctica. Y en este sentido, afirmaba Zaragoza, la perspectiva romántica fue de gran ayuda:

Si en el curso de las revoluciones burguesas el término nación protagonizaba el discurso político para identificarse con la edificación del Estado liberal, por su parte el romanticismo aportaba las referencias subjetivas y las adhesiones irracionales a ese nuevo sujeto del proceso histórico.<sup>161</sup>

Sin embargo, conviene señalar que había diferentes visiones históricas que coexistían en esos años, las cuales no sólo representaban un amplio abanico de posibilidades ideológicas, sino que seguían diferentes formas de entender el devenir histórico. Hubo, pues, aquellos que no se apegaron a la noción romántica, sino que se ciñeron a una concepción más apegada al documento, siguiendo la escuela del alemán Leopoldo Ranke; mientras que otros se mantuvieron en una visión conservadora y de orientación católica.

Es importante destacar que en ese periodo abundan las obras que narran hechos contemporáneos, así como los temas americanos, la Edad Media, las biografías, y la historia eclesiástica, que contribuyeron a las historias generales de España, en las cuales había, aparte del análisis histórico, mucho de “polemismo” y “didactismo”.<sup>162</sup> De este modo, algunos luchaban por instaurar un cuerpo de ideas que sirviera a todos los españoles para formar un pensamiento homogéneo que conformara el concepto de nacionalidad, para lo cual era necesario recurrir a ciertos elementos invocados por los historiadores considerados románticos:

---

<sup>161</sup> *Ibid.*, p.19.

<sup>162</sup> *Ibid.*, p.56.

La personalidad de los pueblos, á la que los escritores modernos apellidan nacionalidad, la constituyen la raza, la lengua y la historia, y donde quiera que estos tres vínculos unan a los hombres, el separarlos es una obra violenta y antiprovidencial.<sup>163</sup>

Como se ha señalado, el pensamiento español no estuvo ajeno a las influencias extranjeras; las ideas liberales se acercaban a las de América y, por ende, a las de los liberales mexicanos. Algunos autores como Lafuente, Alcalá Galino, Fernández de los Ríos, Olózaga, Marliani, Pirala y Chao tenían “militancia activa” en la ideología liberal y, pese a sus diferencias con “frecuencia” ocupaban puestos en el gobierno.<sup>164</sup> A decir de Zaragoza, las ideas y aspiraciones liberales en el siglo XIX español convivían con las ilustradas:

Razón, naturaleza, historia, moral, libertad, progreso, felicidad, se concatenan como premisas para la interpretación del pasado, tanto entre los ilustrados como entre los liberales. Hubo [sin embargo] actitudes opuestas [...] en el campo del tradicionalismo católico.<sup>165</sup>

Con el fin de lograr una visión nacional se dejaron fuera tanto las historias locales como las regionales. Así, entre 1850 y 1866 dio inicio el proyecto de dotar a España de un discurso histórico nacional, aunque ya antes el liberal Modesto Lafuente, en 1850, había intentado escribir una historia general que “buscaba raíces [...] en su propio pasado nacional”; la obra fue muy popular, se encontraba en la biblioteca de quienes se preciaban de ser “cultos”. El espíritu nacionalista siguió; en 1857, por ejemplo, Fernando Patxot publicó una *Historia de España*, en 1857; y Dionisio Aldama y Manuel García publicaron *Historia General de España*, en 1860 y 1866.<sup>166</sup> Sin embargo, la diversidad de posturas dio como resultado una gran cantidad de perspectivas que llegaron a parecer antitéticas. Entre los historiadores de ese periodo había hombres de diferente formación: abogados, políticos, militares, eclesiásticos, geógrafos, arabistas, literatos, numismáticos y críticos de arte. Además de una gran

---

<sup>163</sup> Andrés Borrego, *La revolución de julio de 1854, 1855*, p. 133. Citado en *Ibid.*, p.20.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p.6.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p.11.

<sup>166</sup> Ver *Ibid.*, p.83.

gama de adscripciones ideológicas: fusionistas, masones, socialistas, liberales, liberales moderados, liberales progresistas, liberales progresistas católicos, liberales conservadores, conservadores, tradicionalistas, tradicionalistas-católicos, carlistas, krausistas, republicanos, antirregionalistas y demócratas-republicanos.<sup>167</sup> En lo que respecta al estilo adoptado por los historiadores románticos españoles, Zaragoza describía las características del discurso:

[...] por frecuencia en el colorismo y el ornato literario. El relato adquiriría viveza porque se buscaba la vibración del lector [...] Se trasplantaban las sensaciones de una época al estilo y á las anécdotas para conmover al lector [del] presente. Una actitud cuya posición extrema consistía en el cultivo de la novela histórica, manifestación específica del romanticismo, y cuyos autores no sólo fueron clasificados como literatos, sino también como historiadores.<sup>168</sup>

Del fragmento citado se puede suponer que la forma de narrar de Pruneda no era anacrónica, no obstante que en 1867 hubo voces que se lanzaban en contra del paradigma romántico y desataban polémica, como la que se dio entre Antonio Cánovas del Castillo y Juan Valera cuando el primero señaló, en su discurso de ingreso a la Real Academia de Historia, que el concepto romántico había que dejarlo de lado por su “precipitación en concluir y ejecutar”, a lo que Valera le respondería que esa época tan pródiga “produjo el levantamiento nacional contra Napoleón [I]”,<sup>169</sup> episodio transcendental en la historia de España.

### **La historia contemporánea**

Luego de la anterior reseña sobre los modelos historiográficos cercanos a 1868, es pertinente referirnos a un texto que refleja la función del discurso histórico, que lo

---

<sup>167</sup> En el Capítulo 3 “El intelectual y la producción historiográfica, datos para una aproximación sociológica” del libro *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, aparece un cuadro con los nombres de los autores, las fechas de nacimiento y de muerte, y en su caso, la de ingreso a la Real Academia de Historia, así como la profesión y el tipo de obra. Ver Paloma Cirujano, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, pp. 68-69.

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 25

<sup>169</sup> Citado en *Ibid.*, p. 25

mismo servía para criticar que para apoyar los diferentes modelos de gobierno. Antes, conviene recordar que en 1868 España estaba convulsionada con la abdicación de Isabel II y con ello se abría la posibilidad de que los partidos de ideología republicana tuvieran una mayor participación en el gobierno. De ahí que la pugna estaba presente en todos los espacios posibles y a lo largo de la geografía española. Ejemplo de esto fue que a finales de 1868 salían a la luz, luego de años de proscripción, periódicos que luchaban por diferentes causas, como los ideales liberales o católico-conservadores. Así, el 1 de noviembre se publicaba el primer número de *El Verdadero Amigo del pueblo. Periódico católico*, el cual señalaba que su propósito era el de “desengañar al pueblo, en enunciar y publicar en cuanto nos sea dado la verdad” para defender la “verdad católica” de aquellos que propalan errores contra la “conciencia y la moralidad”. Por contraste, el mismo día se publicaba la segunda época de *El Centinela de Aragón. Periódico republicano*, en el que Víctor Pruneda (padre de Pedro Pruneda) señalaba que si años antes, en 1843, se publicó por primera vez *El Centinela...* que luchaba “por los sublimes principios democráticos” y que si en ese entonces se le calificó de utópicos, ahora ya no eran una *Utopía* para la mayoría de la nación.<sup>170</sup>

Dado el panorama anterior no era extraño que en España hubiera autores que al igual que Pruneda, criticaban el modelo de gobierno monárquico que se tambaleaba. Un ejemplo de esto fue Fernando Garrido,<sup>171</sup> quien escribió y publicó *Historia del reinado*

---

<sup>170</sup> Ver “Artículo prospecto” en *El Amigo Verdadero del Pueblo. Periódico católico*, 1 de noviembre de 1868; “Artículo editorial”, en *El Centinela de Aragón. Periódico republicano*, 1 de noviembre de 1868, núm. 1, sin firma, pero con la responsabilidad expresa de Víctor Pruneda.

<sup>171</sup> Garrido (1821-1883). En Madrid funda, junto con otros republicanos, la revista *La Atracción*. Se acerca a las ideas socialistas que había en 1848 y funda el periódico *La Organización del Trabajo*; estuvo preso por escribir su “Defensa del socialismo”, por lo que salió desterrado hacia Inglaterra. Regresa a España en 1854 y vuelve a ser apresado por la defensa que hace de Espartero, pero poco tiempo después es puesto en libertad. En Barcelona se le atribuye una proclama contra Isabel II, por lo que tiene que regresar a Londres. En ese tiempo publica un texto que le valdrá la excomunió: “Historia de los crímenes del despotismo y la humanidad y sus progresos”. Fue diputado en 1869 por Cádiz y en 1872 por Sevilla. Además, Intendente general de Filipinas en 1873 durante el gobierno republicano.



*del último Borbón...*<sup>172</sup> en 1868, el mismo año de publicación de la *Historia de la guerra de Méjico...* de Pruneda. Garrido narró con una visión crítica y, desde su presente, el reinado de Isabel II. En una amplia introducción, de casi cincuenta páginas, arengaba a los posibles lectores a que se dieran cuenta de la trascendencia y de lo significativo de ese momento en el cual el gobierno de España estaba acéfalo; con una beligerancia, emotividad y convicción semejantes al texto de Pedro Pruneda, como veremos más adelante, hacía una defensa del republicanismo como forma de gobierno idónea para España:

La democracia española sería ingrata con Isabel de Borbón, si no reconociera que a ella debe gran parte de sus principios, que sin su auxilio no tendría hoy la gran satisfacción de ver proclamados y practicados, la libertad de cultos, ni el sufragio universal, ni las otras libertades, que forman el dogma de la democracia universal [...] ha sido [ella] quien ha lanzado en las filas de la Democracia a los antiguos partidos conservadores [...] Empeñándose en no ser nada liberal, Isabel ha obligado a los menos liberales a proclamar todas las libertades absolutas...<sup>173</sup>

El tono se agudizaba en las páginas de la “Introducción”, en la cual hace una crítica a la institución monárquica:

Muchos tronos se han hundido en nuestro siglo; muchos reyes, ¿qué decimos reyes? familias enteras, razas enteras de príncipes, de las que se suponían derecho divino, andad proscritas y yacen arrinconadas por esos mundos. [...] ningún tirano ha caído más impensada y rápidamente, y con aplauso más general, que Isabel II de España [...] Grande y glorioso es para el pueblo español haberse librado del tirano político, pero lo es más todavía, porque el trono ha arrastrado en su caída al tirano teocrático, que pesaba sobre su conciencia y su inteligencia como la losa de un sepulcro...<sup>174</sup>

---

<sup>172</sup> El título completo de la obra, en tres tomos y más de tres mil páginas, es: *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón*, impreso en 1868 (el primer tomo) y en 1869 (los otros dos), en Barcelona y publicado en Madrid por la editorial de Salvador Manero en “Edición de Lujo con láminas sueltas”, según reza en la portada. El texto íntegro se puede consultar a través de edición del sitio de internet Cervantes Virtual, Ver bibliografía general.

<sup>173</sup> Fernando Garrido, “Dedicatoria” en *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón.*, t. I, p.2. De aquí en adelante sólo pondremos la primera oración del título.

<sup>174</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 7-8.

Para cerrar este apartado es pertinente citar un fragmento del ensayo de Fernando Garrido sobre el episodio de la Intervención francesa en México:

Juarez que tenia una actividad asombrosa, que se habia dedicado en cuerpo y alma a la causa liberal de su patria, que luchaba hacia mucho tiempo sin descanso, habia logrado vencer todos los obstáculos, todas las fuerzas de la reacción, penetrando en Méjico [y] procurando desarmar a sus contrarios, anular la influencia del clero é introducir grandes y profundas reformas [...] El clero, que se veía atacado de frente, buscó todas las tretas, movió toda clase de registros, ejercitó su influencia en Europa para evitar que se vendieran sus bienes y que se llevaran adelante los planes de descentralización de Juarez <sup>175</sup>

### **Una defensa republicana: el Prólogo a *La Historia de la Guerra de Méjico...***

Como señala Gérard Genette, el espacio “prefacial” tiene una larga tradición que remite al pensamiento clásico y justamente a las obras de historia. Al inicio de su *Historia*, Heródoto advierte al lector que escribía para evitar que “los hechos humanos queden en el olvido” así también sus obras “notables y singulares”.<sup>176</sup> Aunque este espacio prefacial continúa hasta la Edad Media, será hasta la impresión por caracteres móviles que se volverá una opción, como espacio de vindicación o guía para el lector. En el siglo XIX, en textos de todos los géneros del discurso es muy frecuente el prólogo de Autor.

En lo que respecta a la tradición de la narrativa histórica española, se tiene como ejemplo el prólogo “A los que leyeren”, de la *Historia de la Conquista de México*, de Antonio de Solís, publicado a finales del siglo XVII, donde afirmaba:

Puse al principio de la Historia [de la conquista de México] su Introducción ô Proemio, como lo estilaron los Antiguos: donde tuvieron los Motivos, que me obligaron a escribirla, para defenderla de algunas Equivocaciones, que padeció en sus primeras noticias esta Empresa; tratada en la verdad con poca reflexión de nuestros Historiadores, y perseguida siempre de los estrangeros, que no pueden sufrir la Gloria de nuestra Nacion.<sup>177</sup>

<sup>175</sup> Fernando Garrido, *Historia del reinado del último Borbón de España...*, 1868, t. III, capítulo LXXV, pp. 547-549.

<sup>176</sup> Heródoto, *Historia*, 2005, p.85.

<sup>177</sup> Antonio de Solís, “A los que leyeren”, en *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*. Edición facsimilar de la editada en 1704 en Bruselas. México, Miguel Ángel Porrúa, 1988, p. 1(un). Ortografía original.

Solís explicaba, justificaba o respondía a sus posibles lectores y detractores. El fragmento citado sirve para hacer una analogía con las intenciones y motivaciones de Solís subsisten en el “Prólogo” de Pruneda y que a continuación analizaremos. Antes conviene señalar que en el México de mediados del XIX, algunos historiadores escribieron prólogos en los que refieren los motivos y argumentos para narrar bajo diferentes puntos de vista, por ejemplo, la historia de la Independencia en las obras de Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones en México*, de 1838; Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, de 1849, y José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, de 1836.

De manera general se puede señalar que el Prólogo a la *Historia de la Guerra de Méjico...* cumple varias de las funciones señaladas por Gérard Genette.<sup>178</sup> En este texto Pruneda dejaba ver uno de los elementos más importantes de análisis: la elección del público, correspondiente a la ubicación del lector y, también, a los que el autor desea; en primer lugar iba dirigido a “escritores y hombres políticos” que desde Europa veían con desdén e ignorancia los hechos ocurridos en las “Repúblicas americanas” (p. I).<sup>179</sup> Esos escritores, añadía, enceguecidos por sus valores monárquicos, criticaban los preceptos democráticos que consideraban como alejados de la tradición y del orden, así como del mejoramiento social. Como respuesta, el autor esgrimía el ejemplo de Estados Unidos, una república democrática que se gobernaba con éxito. Otro punto que destaca es la importancia, o utilidad del texto: el asunto no es cosa menor, ya que “el estudio de la guerra de Méjico ofrece gran interés por las cuestiones importantes cuya solución dependía de su desenlace” (p. IX). Además, lo hacía con pretensiones de veracidad, ya que lo narrado sería probado “más adelante” (p. VII), sin dejar de lado el sentido

<sup>178</sup> Ver Génette, *Umbrales*, 2007, pp. 167-201

<sup>179</sup> De aquí en adelante se harán las referencias a la *Historia de la Guerra de Méjico...* en el texto y entre paréntesis señalando sólo el número de página.

persuasivo, como señala María Luna Argudín gozó de una gran tradición en el siglo XIX mexicano, tanto para el discurso histórico como para el literario.<sup>180</sup>

El autor español se esforzó por dotar a su argumentación prefacial de una lógica que le permitiera *persuadir* al lector de entender las *verdaderas* causas y los motivos que habían llevado a tres potencias europeas (en principio España, Inglaterra y Francia) a una intervención en suelo mexicano y para que no insistieran en un proyecto que a ojos de Pruneda era irrealizable. Además de defender el modelo republicano, señalaba que no debería de haber injerencia en los asuntos americanos por parte de los gobiernos europeos, que con base en la guerra de Secesión americana justificaban la intromisión en los asuntos de México:

Juzgados así aquellos pueblos, que se afanan trabajosamente por constituirse y fortalecer unas instituciones para las cuales no estaban preparados [...] Antes de la guerra de Méjico hubo en Europa una pléyade de escritores distinguidos, Miguel Chevalier, entre ellos, que sostuvieron con talento la tesis de que Europa debía intervenir en los asuntos de América (p. V).

Ante el conflicto de la guerra intestina de Estados Unidos y la debilidad interna mexicana, en Europa se buscaba un pretexto para la intervención, que sería, según Pruneda, la suspensión de pagos durante dos años de la deuda externa por el Congreso mexicano en 1861. Deuda formada por “créditos enormes y un tanto exagerados” por parte de “unos especuladores sin entrañas” (p. V). En el Convenio de Londres de 1861, Francia, España e Inglaterra exigieron al gobierno mexicano el pago de los intereses atrasados. Pero en realidad, lo que se discutió en Londres fue una cuestión financiera, “no una cuestión política” (p. VI). Este asunto será retomado en el Libro Primero, Capítulo I y en un Apéndice transcribe los artículos contra la soberanía mexicana y otros documentos probatorios. Esta opinión se acerca a la mesurada de José María Vigil

---

<sup>180</sup> Ver María Luna Argudín, “La escritura de la historia y la tradición retórica”, en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, 2004, pp. 31-98.

de 1889, en “La Reforma”, en *México a través de los siglos*;<sup>181</sup> y todavía más próxima tanto en el juicio, como en la indignación por el hecho, a la del historiador mexicano y participante en el ejército republicano de 1862, Miguel Galindo y Galindo, quien aclaraba en 1905:

El motivo aparente de la Convención de Londres era el aseguramiento del pago de réditos procedentes de nuestra deuda exterior; pero el verdadero, aunque oculto todavía, era el de intervenir en la política del país, cambiando sus instituciones liberales y republicanas por las monárquicas<sup>182</sup>

Pruneda exponía al lector europeo de 1867, algunos puntos de las negociaciones que derivaron en la retirada de las tropas de España e Inglaterra y la decisión de Francia de mantener una fuerza de ocupación en México. Del mismo modo, indicaba que de antemano existía el propósito de lograr por cualquier medio que se iniciasen las hostilidades contra el ejército mexicano. Además, explicaba las intenciones de Francia por levantar “sobre las ruinas de la República una monarquía hereditaria rejida por un príncipe católico” (p. V). El historiador español también aprovechó para dar al lector europeo una gran cantidad de datos que sirven para contextualizar el suceso que narra y para señalar los errores y los personajes históricos que merecen mención especial. No es casual, por ejemplo, que en medio del “Prólogo” aparezca la primera imagen (entre la página VI y VII) de Benito Juárez, con el propósito de elevarlo al rango de los grandes hombres en el devenir histórico de México.

En el Prólogo se daba al lector tanto al de la época, como al actual, una guía del texto con un tono a veces crítico y a veces apologista, señalando la viabilidad y bondades del modelo republicano, que era atacado por el eslabón más débil. Esto último quizá por el

---

<sup>181</sup> “Y ya que la suspensión de pagos de la deuda extranjera vino a ser el pretexto final para acordar la alianza tripartita entre los gobiernos de Inglaterra, España y Francia, a fin de intervenir en los negocios de México, bueno es recordar que el monto de esa deuda, que obligaba a aquellas potencias a tomar una actitud tan grave, era 82.316,290 pesos, 86 centavos”. Ver José María Vigil, “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t.V, versión electrónica, 2007, p.10. Edición electrónica, en CD-ROM tomada de la primera edición de la obra pero con actualización de la ortografía.

<sup>182</sup> Miguel Galindo y Galindo, *La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano. 1857-1867*, t. 2, 1987, p. 82.

largo conflicto armado entre grupos antagónicos que había dejado al borde del desastre a la nación mexicana. Sin embargo, México respondía “fieramente” arrojando a los pies de Europa “el ensangrentado cadáver de Maximiliano” (p. XI). Esta calificación contrasta con la de Ignacio Manuel Altamirano en un discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1867: “[...] toda esa turba de tiara y cetro en las manos, hoy se agrupa en torno de un féretro[...] como las plañideras antiguas, sin tener siquiera el valor de vengar a un monarca como ellos, ajusticiado por un pueblo libre”<sup>183</sup> El énfasis que puso el historiador español en señalar el error de intervenir en los asuntos de América, debe entenderse a la luz de las campañas militares que España llevó a cabo, como muestra de un malentendido nacionalismo, contra Marruecos (1859-1860), Perú y Chile (1864-1884), así como contra la República Dominicana en 1865.

Como lo señalan algunos estudios historiográficos españoles recientes, Pedro Pruneda fue de las pocas voces que en 1868 “cuestionaron” la intervención europea y vieron lo erróneo de esas acciones “colonialistas”, a pesar de que subyace en su obra un sustrato del sentimiento nacionalista en boga.<sup>184</sup>

Para un lector actual el Prólogo de la *Historia de la Guerra de Méjico*, puede servir como base para vislumbrar algunos rasgos, desde el punto de vista historiográfico, del horizonte de enunciación; en palabras de Hans-Georg Gadamer: “ver el pasado en su propio ser, no desde nuestros patrones y prejuicios contemporáneos, desde su propio horizonte histórico”, incluyendo los prejuicios del autor,<sup>185</sup> así como las circunstancias que rodeaban la expedición contra la República mexicana.

---

<sup>183</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Glorificación a los héroes”, en *Obras Completas*, t. I, 1949, p. 103.

<sup>184</sup> Ver Paloma Cirujano, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, p.204.

<sup>185</sup> Esto no como algo negativo, por el contrario, desde la perspectiva hermenéutica que da Hans-Georg Gadamer, “los prejuicios de un individuo son, mucho más que sus juicios, son la realidad de su ser”, para captar su ser social, analizar el contexto en el cual vivió, las motivaciones y pretensiones inmediatas y teleológicas de sus textos. Ver Hans Georg Gadamer, “El círculo hermenéutico y el problema de los prejuicios” en *Verdad y método*, 1987, volumen II, pp. 331-360.

Antes de pasar a la primera parte del cuerpo del texto, la “Introducción”, es conveniente referir el punto de vista del francés François Prévost-Paradol a *Elevación y caída del Emperador Maximiliano* de Emile de Kératry, ya que coincide con algunas opiniones de Pruneda sobre la guerra de Intervención. El libro fue editado en México en 1870, pero firmado con fecha anterior, noviembre de 1867.<sup>186</sup> Desde Francia, Prévost juzgó la expedición francesa a México dando razones semejantes a las de Pruneda. Así comienza el Prefacio:

La empresa de México,[...] no es peor de los resultados que ha producido para la Francia el gobierno personal [...] ofrece este carácter particular de interés, que el gobierno personal se revela allí de una manera más patente que las otras [...] que su objeto esta[ba] claramente definido desde el principio, que su teatro está demarcado con anterioridad, que la catástrofe es decisiva y sorprendente y que todo marcha allí, como un drama antiguo, hacía un fin sangriento y a un desenlace bastante memorable para servir de terna lección a la posteridad.<sup>187</sup>

En cuanto a los motivos de Napoleón III, el autor francés desestimaba el de los célebres bonos originalmente suizos: “Suponiendo cierto todo lo que se ha dicho de más sensible acerca del negocio Jeker, es preciso buscar en otra parte”.<sup>188</sup> Y esa otra, se encontrará en el mismo Prefacio, más adelante:

El error capital que ha originado la empresa mexicana es un juicio falso formado por el gobierno francés sobre el éxito de la guerra civil de los Estados- Unidos. Si no hubiese estallado la guerra civil ó si el gobierno francés hubiese previsto la victoria definitiva del [ejército del] Norte y la reconstrucción del poder americano, nunca hubiese nacido en su espíritu la idea de fundar un trono en México con los ejércitos de Europa.<sup>189</sup>

Prévost señaló un tercer argumento, también mencionado por Pruneda: la ambición económica con el pretexto del argumentado dique contra los Estados Unidos, por vía de la “regeneración de la raza latina en el Nuevo-Mundo”, para la “creación de un

---

<sup>186</sup>En la página de presentación, François Prévost-Paradol aparece como miembro de la Academia Francesa; fue editado en México por la “Imprenta del Comercio” en 1870 traducido por Hilarión Frías y Soto, quien añade un “Epílogo” titulado “México, Francia y Maximiliano”, con el propósito de rectificar los errores del mismo. Ver Emile de Keratry, *Elevación y caída del Emperador Maximiliano. Intervención francesa en México, 1861-1867*, 1870, p. 1.

<sup>187</sup>Antoine François Prévost-Paradol, “Prefacio” a *Elevación y caída del Emperador Maximiliano*, 1870, p. V. Las citas conservan la ortografía original.

<sup>188</sup>*Ibid.* p. VII.

<sup>189</sup>*Ibid.* p. IX-X.

equilibrio” y así, “oponer una barrera á la inundación de la raza anglo-sajona”, sin menoscabo del país que contaba con “minas inagotables de metales preciosos” y la posibilidad de la “perforación de un istmo”.<sup>190</sup> Por último, y sobre el comportamiento de la expedición francesa desde su llegada a territorio nacional, ésta ya de origen estaba viciada, como se mostró con la ruptura de los convenios de la Soledad, que “no fue mas que la confesión de esa resolución irrevocable, y desde entonces nuestro ejército quedó empeñado en aquel espinoso camino sembrado de victorias frecuentes e inútiles”.<sup>191</sup> Sin embargo, y pese a la claridad de conceptos antes señalados, para Francia el aceptar el verdadero peso del fracaso en México, fue un acto que tuvo que esperar, como lo señalara posteriormente Émile Ollivier, antiguo miembro del gabinete de Napoleón III, en la “Introducción” a *L'Empire Libéral*, (1895) quien sobre el valor de la Intervención en México, decía:

On a beaucoup déclame sur l'expédition du Mexique: elle serait la véritable cause de notre effondrement. Nous aurions été vaincus en 1870 parce que l'Empire «avait jeté tout notre sang, tout notre or, notre force tout entière dans les plaines du Mexique». <sup>192</sup>

### **La “Introducción”: un recuento y un análisis**

La extensa Introducción de la *Historia de la Guerra de Méjico...*, da un panorama del desarrollo histórico del país, incluso antes de la conquista española. Es un recuento de hechos y personajes, así como un análisis del proceso histórico que derivó en la creación de la Nueva España y, posteriormente, de México. Pruneda consideró que su lector europeo necesitaba saber algunos datos mínimos y por ello, además de narrar va incluyendo su propio punto de vista sobre los acontecimientos con base en diversas fuentes históricas que en su mayoría menciona.

---

<sup>190</sup> *Ibid*, p. XI. Cabe notar que subsistía el mito de la riqueza ilimitada de México.

<sup>191</sup> *Ibid*, p. XII.

<sup>192</sup> Émile Ollivier, *L'Empire Libéral*, t.I, 1895, p. 2.



Antes de comenzar el análisis de la “Introducción”, que ya forma parte del texto, es pertinente comentar algo sobre el formato de la primera edición, 1867, de la *Historia de la Guerra de Méjico...*: es de 35 por 22 centímetros, semejante al de *México a través de los siglos*, (la primera edición por entregas terminó en 1889) de 33 por 22.5 centímetros. Las dimensiones de los libros, como sabemos, tienen relación con las pretensiones del texto, como señala Gérard Genette, el aspecto global de la realización de un libro, es decir, la materialización del texto para uso público “es sin duda la elección del formato.”<sup>193</sup> Las páginas del libro de Pruneda están divididas en dos columnas, y se intercalan láminas en las que se incluyen vistas de lugares, por ejemplo la Plaza de Armas de la ciudad de México, Guanajuato, Guadalajara, Veracruz, Puebla, San Luis Potosí, Jalapa, Matamoros, Acapulco, Tampico y Querétaro, un mapa del territorio mexicano y, en la mayoría de los casos, reproducciones de los rostros de los personajes del conflicto armado que tuvieron un papel importante en el desarrollo de los hechos históricos narrados: Benito Juárez, Maximiliano, Santa Anna, Napoleón III, Juan Prim, Lorencez, Labastida, Escobedo, Mejía, Miramón y Márquez

La “Introducción”, dividida en tres partes, consta de setenta páginas y lleva por título “Historia de Méjico”. La primera muy breve, titulada simplemente “Introducción” de sólo seis páginas, en la que Pruneda ubicó al lector en la geografía de México. La segunda parte, denominada “Primera parte”, que va “desde la conquista por Hernán Cortés 1521 hasta la guerra de independencia 1810”. Esta parte, a su vez, se divide en tres capítulos que seccionan el periodo histórico en tres: primero el tiempo anterior a la llegada de europeos a América, con la descripción del territorio y cómo se formó el señorío azteca; segundo, la Conquista que va del descubrimiento a la caída de Tenochtitlan y, tercero, el periodo de la Colonia hasta antes del inicio de la guerra de

---

<sup>193</sup> Gérard Genette, *Umbrales*, 2001, p. 20.

Independencia. La última parte de la Introducción, titulada “Segunda parte”, narra los hechos “desde la guerra de independencia 1810 hasta el advenimiento de Juárez a la presidencia”. Este último apartado tiene cuatro capítulos, tres de los cuales simplemente aluden a los periodos en que Pruneda consideraba que se dividió el proceso de guerra de Independencia; cada capítulo lleva como subtítulo el nombre de los personajes que considera clave en el proceso de emancipación: “Hidalgo”, “Morelos” e “Iturbide”. Como podrá notarse subyace la concepción heroica del proceso histórico.

En términos generales, la “Introducción” a la *Historia de la Guerra de Méjico...* cumple con la función de reseñar los hechos relevantes, anteriores al conflicto liberal-conservador. Por lo tanto, la obra está dividida en las partes, antes señaladas, que el autor consideró como más representativas del proceso histórico anterior a la guerra de Intervención francesa. El diseño del texto fue pensado para que lectores europeos comprendieran que la pugna entre los dos grupos mexicanos antagónicos, liberales y conservadores, era anterior a los años de la caída del Segundo Imperio. Pero, más importante aún, para que entendieran la formación particular de la nación mexicana que, desde su opinión, no podía albergar el sistema monárquico en 1861, por no contar con el elemento fundamental de la tradición monárquica. Esta idea ya aparece en el “Prólogo”, pues ahí señalaba Pruneda que desde que las antiguas colonias americanas se independizaron, sus tradiciones “son todas republicanas”, así como “sus elementos políticos” y “sus fuerzas sociales”, por lo que eran “incompatibles con la monarquía ó incapaces de sostenerla” (p. X). También señaló que mientras fueron colonias, vivieron como “pueblo conquistado, sin condición ninguna de nacionalidad” (p. X). Sobre este punto volveremos más adelante, en el apartado sobre el periodo de la independencia.

La forma en que están narrados los hechos y sobre todo como están contruidos algunos de los personajes históricos en la “Introducción” de la *Historia de la Guerra de*

*Méjico...*, tienen similitudes con el libro I, de la *Historia de la Conquista de México* del norteamericano William H Prescott, de 1843,<sup>194</sup> quien incluye una visión general de lo que él denominó la “civilización azteca”. En los textos de Pruneda y de Prescott, se nota la intención de ofrecer al lector la información necesaria para comprender el suceso histórico al que se referirán. Más adelante, en la parte concerniente a la narración de la conquista que hace Pruneda, retomaré algunos elementos del texto de Prescott para señalar las coincidencias vertidas en la *Historia de la Guerra de Méjico...*

Con la revisión que hicimos al inicio de este capítulo sobre los modelos historiográficos españoles del tiempo en que vivió Pruneda, se podrá entender la forma narrativa romántica, en la que se considera al pueblo como el nuevo sujeto de la historia, así como también la incorporación de elementos que permean en la narración. Al respecto Juan Ortega y Medina destaca algunos de los elementos de la forma romántica de narrar los hechos históricos, los cuales están presentes en el libro de Pruneda. Sobre la narración romántica de Prescott, Ortega y Medina señala que lo importante era:

[...] destacar el valor acordado al llamado *color local* y la *descripción* (descubrimiento o recreación) *pictórica del paisaje* del escenario natural. Junto a estos típicos elementos hay que poner las escenas espectaculares (batallas específicamente dramáticas, teatrales, entre dos ejércitos, grupos, naciones o caracteres heroicos contrarios) y la confinación del tiempo y la confinación en el tiempo y en el espacio de un *gran tema*.<sup>195</sup>

Todos los elementos señalados figuran en la *Historia de la Guerra de Méjico...*, y serán objeto de análisis en seguida.

### **Antes de la Conquista**

Para la descripción topográfica del territorio mexicano, Pruneda cita como principal fuente a Humboldt. Esta descripción, como se observa, resulta idílica:

---

<sup>194</sup> Ver William H. Prescott, “Anexo tercero”, en *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, 2004, pp. CXXV-CXXVI.

<sup>195</sup> Juan A. Ortega y Medina, “Prólogo”, en *Ibid.*, pp. XIII-XIV.

El viajero saliendo de Veracruz apresura el paso [...] llega á Jalapa, la región de la encina, árbol protector á cuyo pié debe haber un poder invisible, amigo de los hombres, que detiene el azote [del vómito negro] como por encanto. Respirando entonces bajo un cielo hermosísimo... (p. 3).

A pesar de que, como bien ha señalado Ernesto de la Torre en su Prólogo a la *Historia de la Guerra de Méjico...*, no existen indicios de que el autor haya estado en este país, se sabe que leyó sobre la Conquista, de donde pudo haber tomado esa visión idílica del paisaje y de la naturaleza. Después de la descripción del territorio comienza una segunda parte de la Introducción, en la cual, como antes señalamos, Pruneda narraba los acontecimientos desde la Conquista hasta la guerra de Independencia de 1810. En pocas páginas –ocho– del capítulo primero, son narrados los hechos anteriores a la llegada de los españoles, con el fin de explicar al lector los orígenes de los “aztecas o mejicanos” (p. 11), como él los llama desde el principio, y hasta su consolidación como “Imperio”. Sobresale además, la comparación que el autor español hace con el inicio de la formación del Imperio romano:

[...] Méjico, que á manera de la antigua Roma, nada quería que existiese independiente, sino que todo estuviese sometido á su poder, consiguió infundir por todas partes el terror y el miedo, y no había pueblo que no temblase al dirigirse sobre él las legiones de aquellos emperadores [aztecas] (p.14).

Así, el Imperio azteca se formó a lo largo de sucesivas guerras de conquista hacia sus vecinos, lo cual a los ojos del autor español, le daba el carácter belicoso, necesario para su posterior desarrollo. Esas conquistas y la asimilación de diferentes pautas culturales de los diversos grupos como los toltecas, a quienes atribuye una herencia cultural capaz de desarrollar “las grandiosas construcciones, comparables sólo con las de la India y las de Egipto” (p. 7). Otro dato que se distingue por su importancia en este primer capítulo, es el relativo a las diferencias de las tácticas bélicas que utilizaban los aztecas en esa época:

Las armas de los aztecas, como las de otros pueblos de la América de aquellos tiempos, sólo eran buenas para combatir con otros enemigos que no las tuvieran

mejores. [...] La historia de la conquista prueba que los mejicanos no tuvieron la menor idea de lo que se llama ahora órden de marcha, órden de batalla, evolución táctica y disciplina [...] (p. 14).<sup>196</sup>

Para este periodo, Pruneda afirmó seguir a Lorenzo Boturini, en su *Historia general de la América Septentrional*. El historiador consideró a la cultura mexicana como resultado del contraste entre la cultura tolteca y la azteca, en la cual se mezclan: “las costumbres suaves con prácticas de barbarie; lo bello y lo gracioso unido á lo terrible y repugnante” (p. 7), por lo cual la cultura mexicana es considerada como una mezcla en claroscuro que tiene su punto más sombrío en “los sacrificios humanos y los festines de caníbales” (p. 7). Juicio similar al que algunos cronistas e historiadores ya antes habían señalado. Así, el Imperio azteca es resultado de la suma de las conquistas que obtuvieron sobre sus vecinos, lo que le permitió que en pocas generaciones lograra acrecentar su poder incorporando territorios cada vez más distantes del valle de México y, que para el año 1500, su poder alcanzara la máxima plenitud.

### **Las circunstancias de la Conquista**

Después del preámbulo histórico, Pruneda narró los hechos más significativos de la Conquista en un capítulo –diez páginas–, en el que atribuyó cualidades excepcionales a Cortés. Este personaje se presenta como un caudillo que guía “a un puñado de españoles” que lo siguieron en aras del “proselitismo religioso” (p. 8). De ahí que la conquista de México sea considerada como una hazaña sólo comparable con las de Alejandro Magno, ya que en sólo treinta meses un pequeño ejército venció y sojuzgó al

---

<sup>196</sup> Posteriormente, Vicente Riva Palacio en la “Introducción” al tomo II titulada “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, señala algo parecido: “La pólvora, los caballos, las armas y las armaduras de acero y de hierro y la táctica militar, comparativamente muy avanzada, daban la victoria a los invasores y sembraban el terror de los vencidos”, Ver Vicente Riva Palacio, “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, p. VII, Edición electrónica.

gran Imperio azteca. En este punto el historiador mencionó sus fuentes para este periodo:

Quien haya leído las cartas que Hernán Cortés escribió á Carlos V, las relaciones de Bernal Díaz del Castillo, ó la obra de Solís, no podrá menos que admirarse al considerar las grandiosas proporciones con que se presentan los hombres y los acontecimientos; y cuando se reflexiona sobre los altos hechos de los españoles en aquella época gloriosa, se conciben las ficciones de los libros de caballería (p. 8).

Y sin embargo, señalaba más adelante:

Pero no debe ocultarse la verdad, aunque la verdad oscurezca y empañe las glorias de la patria. La grandeza de Cortés y el esplendor de la conquista hubieran sido mucho mayores sin la intolerancia religiosa, la sórdida avaricia y la crueldad refinada que los españoles desplegaron después de la victoria. Convertido el imperio azteca en colonia española, fué explotada por sus ávidos dueños, y durante tres siglos estuvo encorvada bajo el triple yugo del despotismo militar, del fanatismo religioso y del monopolio financiero (p. 8).

Este juicio encierra la manera en que Pruneda juzga no sólo a la Conquista sino al periodo colonial novohispano y, además, señala algunos elementos presentes en puntos de vista de algunos liberales mexicanos, que destacaremos más adelante cuando se analice el periodo de la Independencia.

### **Hernán Cortés y la empresa de la Conquista**

Pruneda señala que Hernán Cortés tenía un carácter fogoso, adecuado al “espíritu belicoso y caballeresco” (p. 16), de aquella época, en la cual: “remediados en parte los graves problemas que afligían á España [...] se reanimo el espíritu de conquista de los españoles en el nuevo mundo” (p. 15). Este espíritu de la época remitía a la conquista del norte de África y de los territorios americanos por parte de España durante el reinado de Carlos I. Eran entonces esas circunstancias históricas las que permitieron que en la persona de Cortés se desarrollaran las capacidades excepcionales necesarias para la gran tarea que tenía reservada. De las fuentes que el autor dice haber consultado, considero que la de Antonio de Solís, Cronista Mayor de Indias, pudo haber sido la más

importante, ya que como se sabe su *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional conocida con el nombre de Nueva España* de 1684 es una de las que más alaba las capacidades del conquistador. El autor recibió el encargo de la Corona Española para continuar una Historia General de Antonio de Herreros, pero no lo cumplió, afirma O’Gorman, sino que “opuso el relato de una historia nacional de dimensión heroica, que como ejemplo de virtud y fortaleza cristianas, sirvieran a la emulación y patentizara la verdad del destino providencial de España”<sup>197</sup>

Pruneda no sólo le atribuía semejantes capacidades a Cortés, sino que, incluso en su manera de narrar algunos episodios clave de la Conquista, se advierte más dramatismo y sentimentalismo que en la obra de Solís. Lo que hizo Pruneda era escribir para probar pero sin dejar de emocionar al lector, forma usual de narrar de algunos historiadores, como se puede observar en la obra del mexicano Manuel Larrainzar, de 1865, en la que sostenía que el mérito del relato histórico es subir

de punto si hace patente su amor a la verdad, buscando la exactitud hasta en los detalles con celo diligente, y con una paciencia llevada hasta el escrúpulo; pero no con esa verdad seca y marchita, enterrada en los archivos, sino la verdad animada, que pinta los sucesos con todas sus circunstancias esenciales, y a los personajes con sus pasiones, sus costumbres y sus tendencias...<sup>198</sup>

Sobre su propio relato histórico Pruneda puntualizaba al final de la “Introducción”:

[...] nos proponemos narrar en el transcurso de la obra, con el temor natural de quien sabe que tiene á su cargo una empresa superior a sus fuerzas. Sírvanos en parte de disculpa la premura del tiempo, que no permite compulsar noticias apasionadas y datos contradictorios [...] que no deja lugar para estudiarlos con detenimiento, analizarlos sin pasión, y abarcarlos en sus detalles y en su conjunto con ese criterio amplísimo y elevado que constituye el genio de la historia, y sin el cual no puede llenar su doble misión de maestra de la vida y mensajera de la antigüedad (p. 69).

<sup>197</sup> Edmundo O’Gorman, “Prólogo” a *Historia de la conquista de México...*, 1996, p. XI.

<sup>198</sup> Manuel Larrainzar “Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México especialmente la contemporánea, desde la declaración de Independencia, en 1821, hasta nuestros días”, estudio presentado en varias sesiones; el 26 de octubre de 1865, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; fue publicado por Ignacio Cumplido. Ver Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, 2001, p. 174.

Cabe señalar que Pruneda no era ajeno al papel que algunos de sus coetáneos atribuían a la historia. Por ejemplo el caso de Juan Rico y Amat, que en 1860 enfatizaba la necesidad de regresar a la antigua idea de la historia como “gran maestra del mundo que reflejando lo pasado en el espejo de la experiencia, aconseja en lo presente y profetiza en lo porvenir”.<sup>199</sup>

En lo que respecta a la “premura” mencionada por Pruneda no se explicita –quizá sea auténtico el término– si es en el sentido de terminar lo antes posible, o bien, sólo sea un gesto retórico, una especie de “disculpa” ante el lector. Lo que sí se puede deducir es que quería dar a los lectores europeos una narración histórica con la idea de mostrar un panorama que explicara las circunstancias que evidenciaran cómo al restaurarse la República se alcanzaba la independencia y autonomía política que daba entrada a la nación mexicana a la modernidad. Es posible también que influyera el tiempo en el cual se comprometió a entregar el trabajo para su publicación (recordemos que murió al año siguiente de la publicación del libro). Lo cierto es que en un tiempo muy corto escribió un texto que por sus ideas, estructura y estilo deja ver un autor preparado o, como en ese tiempo se decía, con “ilustración”. Pruneda supo que su texto podría tener fallas, pero lo suplió con una prosa llena de pasajes vívidos, en los cuales hay una clara defensa de los ideales liberales y republicanos.

### **Retrato de Cortés**

Se puede decir que de Cortés, Pruneda ponderó sobre todo su valor, así como su “habilidad y talento”, junto con la “dulzura de su palabra”, su “carácter generoso y libre”, y su “arrogante y esbelta figura” (p. 16), características que hacían de él un paladín *ad hoc* para la empresa. Asimismo, este retrato del conquistador se acerca al de

---

<sup>199</sup> Citado en Paloma Cirujano, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, p. 33.



Solís, en el que destaca su habilidad para convencer a los soldados españoles en las muchas veces que estos, cansados o abrumados, estaban prontos a claudicar: “compartía cuanto adquiría; con tal generosidad que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos [...] consiguió brevemente la opinión de valeroso”.<sup>200</sup> Según Pruneda las capacidades excepcionales hacían de Cortés un héroe que se va formando sobre la marcha de los propios acontecimientos, un personaje que supo sobreponerse al descalabro y sacar partido de las debilidades del contrario.

Hernán Cortés era, entonces, un hombre lleno de ambiciones y con el ánimo de trascender. El extremeño buscó afanosamente nuevas oportunidades y éstas se ven recompensadas cuando Diego Velásquez lo pone al frente de una expedición que daba continuidad a la anterior, capitaneada por Grijalva. En este punto, Pruneda acompañó la narración de los sucesos con pequeños matices para completar el carácter excepcional del personaje. Por ejemplo, después de que la expedición de los españoles llegara a Cozumel, sin importar que hubiesen sido bien recibidos, Cortés se aprovecha de que los naturales le mostraban el culto de sus dioses, y ordena que derriben los ídolos, amenazando de muerte a todo aquel que no adorase la Cruz, hecho que deriva en una breve lucha que ganan los españoles, quienes obligan a los sobrevivientes a aceptar el nuevo credo cristiano. En cambio, Solís no menciona lucha alguna, sólo señala que después de que los españoles destruyeron los ídolos, los indios “quedaron atónitos” de ver el destrozo “y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza, que esperaban, se fue convirtiendo en desprecio la adoración”.<sup>201</sup>

A pesar de que este hecho debió de haber sido traumático para los naturales, en el siguiente párrafo Pruneda señalaba: “La conducta que con los vencidos observó Cortés después de la victoria, fué tan humana” que “los mismos indios le ayudaron más tarde a

---

<sup>200</sup> Antonio de Solís, *Historia de la Conquista de México*, 1987, p. 32.

<sup>201</sup> *Ibid.*, p. 54. Del apoyo de estos naturales en la conquista de Tabasco no se hace mención.

la conquista de Tabasco” (p. 16). Así, a lo largo de toda la narración se puede advertir en la figura del conquistador un carisma y simpatía que lograba más por esta vía que por el miedo a la superioridad de las armas y tácticas militares europeas.

En la guerra de Conquista, el otro gran personaje histórico es el emperador Moctezuma, del que Cortés supo explotar no sólo las desavenencias que tenía con todos los pueblos tributarios de la zona de Tabasco y Veracruz, sino también su carácter, supersticioso y fatalista. De este modo, Moctezuma es presentado al lector en una semblanza que pone en contraste sus años de juventud, cuando era un “hábil político y simpático en extremo”, cualidades que con el paso de los años se tornarían en “un estremado orgullo y en un despotismo bárbaro y cruel” (p. 19).

Retomando la *Historia* de Solís, Pruneda citó un párrafo completo para retratar este brusco cambio en el emperador azteca, del que citaremos algunas líneas:

La primera acción, –dice Solís– en que manifestó su altivez, fue despedir toda la familia real, que hasta él se había compuesto de la clase media y plebeya, y bajo pretexto de mayor decencia y dignidad del imperio, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios menos decentes de los palacios. [...] Persuadióse de que podía mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlos á los demás. Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos (p. 19).

Un último hecho que vale la pena referir, ocurre en Zempoala, cuando a los españoles les son obsequiadas siete doncellas para que se conviertan en sus esposas. Cortés se niega bajo pretexto de que no pueden desposar a mujeres no cristianas, por lo que advierte que si éstas se convierten al cristianismo, ellos las aceptarían. Ante la negativa del jefe local, los españoles “impelidos unos del fanatismo religioso” y alentados por sus intereses, destruyen los ídolos y despiertan la ira de los naturales, pero antes de comenzar la batalla la “astuta y hábil Marina” les dice: “á la primera flecha que disparéis el Dios de los cristianos los reducirá a cenizas”, a lo que ellos quedan estupefactos y al oír los cánticos cristianos de los soldados españoles, “caen de

rodillas admirados y ofrecen a Cortés abrazar la religión cristiana” (p. 18). Estos sucesos, en cambio, eran narrados de forma diferente por Solís:

los zempoales se juntaron en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana [...] Vieron parte de este destrozo algunos españoles, que vinieron á Cortés con la noticia de su escándalo, y fue tan grande su irritación, que se le conoció luego en el semblante la piadosa turbación de su ánimo [...] los sacerdotes, que estaban ya recelosos del suceso, y a grandes voces empezaron a convocar al pueblo en defensa de sus dioses [...] *pero Hernán Cortés mando*, que doña Marina dijese, en voz alta, que a la primera flecha, que disparasen, haría degollar al cacique, y los demás zempoales [...]temblaron los indios al terror de semejante amenaza; y temblando como todos, el cacique, mandó, a grandes voces que dejasen las armas.<sup>202</sup>

La anterior comparación muestra que Pruneda narró algunos pasajes de la conquista, sobre todo en los que se distingue la figura de Cortés, siguiendo un estilo a veces cercano al de los historiadores románticos como Chateaubriand y Thierry que, según Juan Ortega y Medina, utilizaban:

[...] rebuscadas recreaciones y cifran casi todo su interés en darnos matizada y animada narración en lugar de asegurar la verdad de ésta. Escriben para narrar y no para probar [...] como lo aconsejara Quintiliano. La *Historia* no tenía, por consiguiente, que analizar con frialdad, sino emocionar como la poesía<sup>203</sup>

El personaje de Cortés construido por Pruneda se asemeja también a uno que reúne muchas de las características excepcionales del héroe y, por ello, cercano a la visión del personaje histórico construido por William Prescott en su *Historia de la conquista de México*. Esa convicción providencialista también estaba presente en el pensamiento del Cortés histórico. En su testamento (punto número 11) así lo señalaba:

[...] digo: que porque despues que Dios nuestro Señor Todo-poderoso tuvo por bien de me caminar é favorecer en el descubrimiento é conquista de la Nueva-España, é todas las provincias a ella sujetas, siempre de su misericordiosa mano yo he recibido muy grandes favores é mercedes, así en las victorias que contra los enemigos de su santa católica yo tuve é alcancé [...] <sup>204</sup>

<sup>202</sup> Antonio de Solís, *Historia de la Conquista de México*, 1987, México. p. 137 y ss. Cursivas añadidas.

<sup>203</sup> Juan A. Ortega y Medina, “Prólogo”, en William H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, 1970, p XIV.

<sup>204</sup> José María Luis Mora, “Testamento de Hernando de Cortés”, en *México y sus revoluciones*, edición facsimilar, t. 2, 1986, p. 389.

Prescott se acercaba a los historiadores que ven en la Conquista de México una empresa caballerescas:

El periodo que nos ocupa era todavía el tiempo de la caballería, esa emocionante y aventurera época, de la que nos podemos hacer nada más que una mala idea en los actuales días de sobria y práctica realidad. El español con su bello punto de honor, lleno de romanticismo, orgulloso valor y jactancia, era el verdadero representante de esa época [...] El nuevo mundo, con sus extraños y misteriosos peligros, proporcionaba un noble escenario para el ejercicio de su vocación y el español entró en él con todo el entusiasmo del paladín de las novelas.<sup>205</sup>

En la *Historia de la Guerra de Méjico...* de Pruneda, la empresa de Cortés se va formando con base en las decisiones que toma; aprende de los errores que comete y cuenta con el apoyo de personajes que, por momentos, lo someten en su, a veces excesivo, celo por la victoria. Era un héroe resultado de su circunstancia histórica, de la que se aprovecha para lograr sus propios planes personales y, al mismo tiempo, cumplir con los designios de la Providencia, como indica Ortega y Medina, en el Prólogo a la obra de Prescott.<sup>206</sup>

Se advierte entonces, que la caída del Imperio azteca es llevada a cabo por vía de las habilidades de un héroe seguro de su destino y con las ambiciones necesarias. Con el arribo de los españoles el orden del mundo azteca se rompe y está presto a desaparecer. El nuevo orden, representado por Cortés y la moral cristiana, son hechos que Pruneda consideró superiores al pensamiento azteca. Años después, en 1889, Vicente Riva Palacio, en la Introducción al “Virreinato”, en *México a través de los siglos*, concordaba con tal apreciación: “la superioridad de la civilización facilitó a los españoles la conquista de la Nueva España: la religión les aseguró el dominio de aquellas posesiones”.<sup>207</sup> Pruneda consideró que más que las armas y las técnicas de guerra europeas, lo que permitió el triunfo de los conquistadores fue su superioridad moral; el

<sup>205</sup> William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, 2004, p.459.

<sup>206</sup> Juan A. Ortega y Medina, “Prólogo”, William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, 1970, p XX.

<sup>207</sup> Vicente Riva Palacio, “Introducción a El virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, p. VII, versión electrónica.

cambio del Dios que exige sacrificios al Dios que se sacrifica por los suyos. Después de la conquista militar, el camino hacia la espiritual estaba a sólo a un paso.

### **La Colonia**

En la *Historia de la Guerra de Méjico...* el periodo colonial es presentado como una crónica de hechos, no se menciona a grandes figuras representativas y se advierte que Pruneda se esforzó por incluir juicios en la narración. La colonia se presenta como un proceso ininterrumpido que no logró borrar del todo la cultura indígena: “ni tres siglos transcurridos, ni la diversidad de creencias religiosas, ni la brusca transición de un régimen social á otro, han podido modificar por completo la índole y el carácter del pueblo mexicano” (p. 8).

El historiador afirmaba que el primer problema a resolver por parte de la Corona española, fue el relativo a la instauración de un solo credo. Así razonaba al respecto:

Las creencias de la Edad Media, que por ese tiempo absorbían el espíritu de los españoles; las victorias alcanzadas por ellos, merced en parte á esas mismas creencias, sobre los africanos [árabes] que por espacio de ocho siglos habían ocupado la Península; la reforma [protestante] que imponente y amenazadora se presentaba en el Norte, agitando violentamente el espíritu; el fanatismo, en fin, y el sentimiento caballeresco tan arraigado en España; todo esto, decimos fueron causas [...] de ese espíritu de crueldad y de intolerancia religiosa de los españoles...(p. 25).

Es decir, la superioridad espiritual de los conquistadores estaba más que avalada por la reconquista española de los territorios antes perdidos frente a los ejércitos musulmanes, a tal grado que para el historiador eran entendibles el fanatismo y la intolerancia. Por añadidura, surgieron medidas crueles como la instauración del “odioso” tribunal de la Inquisición. Ésta, junto a la conversión al cristianismo de las elites aztecas, y a “cierta analogía” (p. 26) entre las divinidades de aztecas y españoles, se convirtió en una estrategia exitosa por parte de los primeros misioneros que llegaron a estos territorios “propiedad de la corona de España en virtud de donación del papa” (p.

25). El tribunal de la Inquisición, “odioso”, en palabras de Pruneda, fue objeto de acerbas críticas por parte de algunos escritores liberales mexicanos del siglo XIX, uno de ellos es Vicente Riva Palacio; en el discurso que pronunció el 15 de septiembre de 1867, tres meses después del triunfo de la república, señalaba: “mil mártires desconocidos del pensamiento, del progreso y de la libertad, quedaron ahogados en las bóvedas de aquellos horribles calabozos”, procesos conocidos gracias a las leyes de Reforma.<sup>208</sup>

El poder del fanatismo religioso dio a los misioneros la fuerza necesaria para traer a estas regiones americanas la “cultura y civilización” y para extinguir “los sacrificios humanos”, práctica detestada por Pruneda. De este modo, llegaron al Nuevo Mundo las ideas de la Ilustración y los sentimientos “humanitarios, desconocidos” en aquellos lugares (p. 26). De acuerdo con el historiador la evangelización tuvo, como hecho positivo, el que todas las diferencias raciales y sociales fueron sustituidas por “lazos de igualdad y fraternidad” (p. 26) entre todos los grupos conquistados. No obstante, señalaba que hasta antes de la instauración de la encomienda: “los desgraciados indígenas eran ocupados, como si fueran bestias de carga” (p. 27).

La causa indígena fue defendida y promovida por Bernardino de Sahagún y Bartolomé de las Casas, quienes lucharon –con poco éxito– para evitar los abusos de los españoles hacia los naturales. Al respecto es pertinente apuntar que Isabel la Católica fue defensora de los indígenas; Vicente Riva Palacio, por ejemplo, en la “Introducción” a “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, reconoce que ella proclamó la “inalienable libertad de los indígenas; ella los declara vasallos y no esclavos”, y aún a

---

<sup>208</sup> En *El Monitor Republicano*, 20 de septiembre de 1867, incluido en las *Obras Escogidas*, t.X, 2002, pp. 133-146.

punto de morir “lega como una sagrada obligación a sus sucesores la protección y el dulce trato de los nuevos vasallos”<sup>209</sup>.

Pruneda señaló que será hasta la instauración de la Encomienda, cuando se alivie la situación de los indígenas, ya que se volvió una buena alternativa contra la esclavitud. Los soldados, convertidos en productores, abusaron de sus encomendados y se enriquecieron con “el sudor y la vida de esos pobres indígenas” (p. 27).

El panorama de la Nueva España a finales del siglo XVI era el siguiente:

La población de Méjico parecía caminar á pasos agigantados a una completa e inmediata ruina; pero los elementos de prosperidad de esta virgen tierra levantaron bien pronto el reino de Méjico de su postración y decaimiento [...] Apagado el sentimiento de nacionalidad, libre el clero con sus remedios inquisitoriales de toda clase de herejes, Méjico venia á ser ya nó aquel defensor entusiasta de sus derechos y de su libertad, sino un pueblo sometido por completo al elemento clerical, é influido por consiguiente, por la conducta de esta clase absorbente y poderosa (p. 29).

En este contexto, la situación de los indígenas en la Nueva España, a principios del siglo XVIII, no era para nada alentadora. La Iglesia era una institución que rivalizaba con el poder civil, había preeminencia del clero secular y regular, así como de otras corporaciones como “la milicia” o “el comercio, que gozaban de privilegios que se convertían en cargas que sufrían “principalmente los indígenas” (p. 31). Sobre este punto, Vicente Riva Palacio afirmaba que los mestizos eran los maltratados debido a que los españoles comenzaron “a temer más de ellos que de los mismos indios”.<sup>210</sup> Estos no participaban en ningún modo en la administración pública, por lo que aumentaba el odio y rencor contra los españoles. Empero, Pruneda también mencionó que “los abusos y grandes torpezas” que se cometieron en principio se debieron a la propia Corona española que, entre otras cosas, consideraba a sus posesiones de América no como colonias “sino como una propiedad de la corona” (p. 30). Es decir, que desde

---

<sup>209</sup> Vicente Riva Palacio, “Introducción” a “El virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, p. VII, versión electrónica.

<sup>210</sup> Vicente Riva Palacio, “Conclusión” a “El virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, p. 23, versión electrónica.

el punto de vista del autor español, la organización administrativa y social falló como “todo primer ensayo” (p. 30), sin embargo esto no era motivo para los errores posteriores.

Un último punto que destacó Pruneda se refiere a la difícil relación entre los españoles y los criollos que comenzaban a emerger como parte de la sociedad novohispana. Los criollos, al igual que los indígenas, no tenían acceso a empleos públicos, destinados en su mayoría para los españoles peninsulares:

Los españoles, por su parte, no odiaban menos ni miraban con menor desprecio á los [criollos] mejicanos, hasta el punto de que los hijos que [los españoles] tenían con una criolla, eran tratados por sus mismos padres con menos cariño y menos consideración (p. 32).

El grupo social que no mencionó Pruneda es el de los mestizos, del que Riva Palacio, como antes señalamos, consideraba como un grupo en ascenso y muy importante en ese periodo histórico, ya que junto con el criollo tendría un papel central en la independencia nacional:

Estaba muy lejos de creerse español [el mestizo], y aun cuando el padre, un abuelo o una abuela nacidos en la península le daban el derecho de ser registrado [...] la experiencia en la vida le venia probando que estaba lejos de ser considerado como tal [...] aquella clase muy numerosa ya en la sociedad, que ni era india ni podía ser española, tuvo necesidad de amalgamarse y reconocerse como mexicana.<sup>211</sup>

Pruneda se refería a la nula oportunidad de movilidad social, ya no solamente entre los indígenas, sino también entre el grupo de los criollos. Elemento que, junto a los continuos casos de corrupción y enriquecimiento de los peninsulares, trajo como consecuencia que algunos sectores criollos del bajo clero y del sector militar comprendieran la necesidad de comenzar la lucha por cambios y oportunidades sociales.

Esta apreciación se asemeja a la de Riva Palacio:

[...] los que se llaman criollos, pueblo nuevo y raza belicosa é inteligente, que formando una clase intermedia entre españoles é indios, ejerció de tal influencia en aquella naciente sociedad, que, a pesar de la prevención con la que se les miraba,

---

<sup>211</sup> *Ibid.*, p. 24.



comenzó por moderar los derechos de los encomenderos, por iniciar la idea de la igualdad, [...] y concluyendo por proclamar y consumir la Independencia.<sup>212</sup>

Pruneda señaló algunos de los beneficios económicos que ya existían en la Nueva España, de los que solamente gozaba la clase española peninsular. También observó que a finales del siglo XVIII,<sup>213</sup> junto al odio entre grupos sociales había un estado general de quebranto en las instituciones:

[...] un sistema de gobierno en que la igualdad no existe, en que la libertad desaparece por completo, en que las garantías, las consideraciones y las ventajas no son recíprocas entre los gobiernos y sus gobernados, tiene que venir necesariamente á tierra tan pronto como le falten cualquiera de los elementos de poder y de fuerza que le sostienen [...] el resultado no puede ser otro que sacudir un día los oprimidos el férreo yugo de sus opresores... (p. 34)

### **La Independencia, tiempo de héroes.**

En la segunda parte de la “Introducción” a su *Historia de la Guerra de Méjico...* Pruneda dedicó un capítulo a cada uno de los personajes que considera precursores del proceso de independencia; antes, señalaba los hechos que consideró relevantes de ese momento en la Nueva España. Menciona, por ejemplo, el vacío de poder que había dejado la abdicación de Carlos IV y la posterior invasión de las tropas napoleónicas en España. La debilidad en Europa trajo como consecuencia que el virrey Iturrigaray propusiera la creación de una Junta Central, como la de España, hecho que no ocurrió; como se sabe, el Virrey fue depuesto y la Asamblea Nacional lo sustituyó por el obispo Lizana. Por esta razón, amplios sectores criollos e indígenas de la población se dieron cuenta que al excluir al Virrey, ellos mismos estaban siendo excluidos. Este hecho detona, según Pruneda, un proceso sin retorno, clave para entender la lógica de su narración, ya que poco después menciona que ambos bandos, es decir, españoles y criollos, junto con los indígenas, se preparaban para la lucha.

---

<sup>212</sup> Vicente Riva Palacio “Introducción. El Virreinato” en *México a través de los siglos*, 2007, p. X, versión electrónica.

<sup>213</sup> Un cuadro general de la situación económica, política y social se encuentra en Vicente Riva Palacio, “Conclusión”, tomo II, “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*.

Por su parte, las medidas que España adoptó para controlar las ideas de independencia, tales como el dominio del poder en la Audiencia y la llegada del virrey Venegas, investido de plenos poderes, no funcionaron pues se quería corromper los movimientos de emancipación, pero no hubo éxito. De hecho, la delación de Iturrigaray no detuvo a los conjurados que, por el contrario, redoblaron sus esfuerzos. En un párrafo el historiador español señala el por qué no funcionaron esas medidas:

En pos de recompensas que infaman, así al que las dá como al que las recibe; en pos de sangrientos castigos que horrorizan por la precipitación con que se ejecutan, los descontentos se aumentan en número, los conspiradores proceden con mayor cautela, y al fin llega un día en que se escupe á los delatores en el rostro, y en que colmada la medida del sufrimiento, las conjuraciones parciales se amalgaman y convierten en una sublevación general, que aniquila y destroza, cual si fuera frágil caña, el cetro de hierro de los opresores (p. 37).

### **Los libertadores: Miguel Hidalgo y Costilla**

A una prosa tan vívida no puede más que seguir una descripción no sólo favorable, sino también panegírica del primer líder de la revolución de independencia. Según Pruneda, Hidalgo era:

Uno de esos hombres activos y llenos de recursos. Su elocuencia fascinaba á la multitud, y el predominio que ejercía en el ánimo de sus feligreses, reposaba en el vivo interés que demostraba por su bienestar y en el desarrollo de sus intereses materiales. Tan activo como inteligente, había establecido varias manufacturas que proporcionaron trabajo, bienestar y abundancia á los habitantes de su jurisdicción parroquial (p. 37).

Pruneda continúa relatando cómo el sacerdote se valió de sus relaciones con otros personajes que concordaban con sus ideas como Ignacio Allende, Juan de Aldama y Mariano Abasolo. Militares que desde el inicio del movimiento emancipador, dieron el soporte militar que Hidalgo no tenía. Todo el recorrido de los ejércitos de Hidalgo es narrado como un largo y a veces dramático proceso, en el cual se crean sobre la marcha las tácticas de guerra, en paralelo con el pensamiento del líder; él tenía “una instrucción poco común y un espíritu superior que sabe anticiparse a su época” (p. 40), como lo

muestra el hecho de haber decretado la abolición de la esclavitud, so pena de muerte. Estas cualidades de Hidalgo difieren de la opinión de José María Luis Mora, en su obra de 1836, *México y sus revoluciones*, ahí leemos: “[...] este hombre ni era de talentos profundos para combinar un plan de operaciones, adaptando los medios al fin que se proponía [...]”<sup>214</sup>

En contraste, y sobre las críticas a los excesos cometidos por las masas de indígenas, Pruneda aclaraba que fueron ciertos, pero los disculpa por las circunstancias que los rodearon. Al igual que Prescott, para el caso de Cortés sobre la matanza de Cholula,<sup>215</sup> el autor español explicaba y, en algún sentido, disculpaba las razones que tuvo Hidalgo para realizar acciones bajo la lógica de la rebelión. Así, en el caso de los abusos contra los españoles en el transcurso de la campaña de Hidalgo, se advierte:

Se ha increpado á Hidalgo por sus instintos sanguinarios y por no haber reprimido la afición al pillaje que mostraban sus indios; pero tales cargos, cuyo fundamento no negaremos, los han merecido casi todos los que se han encontrado en circunstancias análogas (p. 40).

Con este tipo de juicios concluye la parte de la rebelión que lideró Miguel Hidalgo, la cual no pudo llegar a su fin debido a que las fuerzas de voluntarios que se unieron al movimiento emancipador, no contaban con la disciplina militar necesaria, por lo que a pesar de su superioridad numérica, fueron derrotadas. La muerte de los principales caudillos, entre ellos Hidalgo, no fue sino un preámbulo en el camino de la liberación. A pesar de sus capacidades extraordinarias este líder no pudo concretar su tarea.

---

<sup>214</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, t. 3, edición facsimilar de la primera edición, 1986, pp. 8-9.

<sup>215</sup> Sobre los hechos sangrientos ocurridos en Cholula, Prescott pregunta: “¿Quién negará que pudo [Cortés] haber logrado el mismo objeto dirigiendo el golpe contra los jefes criminales, en lugar de descargarlo sobre el ignorante pueblo que sólo obedecía órdenes? Pero, por otra parte, ¿cuándo se ha visto que el miedo, armado de poder, sea escrupuloso en el ejercicio de éste?... Acaso se pronunciará un fallo más imparcial sobre la conducta de los conquistadores, si se compara con la que han observado nuestros contemporáneos en iguales circunstancias”. Ver William Prescott, *Historia de la conquista de México*, 2000, p. 238 y ss.

### **José María Morelos**

Como señaló Pruneda, la muerte de Hidalgo no sólo no detuvo a los grupos disidentes, sino que afianzó el sentir de la lucha en otros dirigentes aún libres y con fuerzas beligerantes. El que será un nuevo personaje excepcional, con mayor visión organizativa y un talento necesario para el movimiento insurgente fue, el también sacerdote, José María Morelos. Dicho personaje tuvo que ganarse el apoyo de los demás líderes dispersos en todo el territorio, a pesar de que el movimiento estaba un poco agotado. El historiador apuntó datos de su biografía:

Fue su padre un pobre carpintero, y su madre era hija de un maestro de escuela de la misma ciudad, y por ambos orígenes procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro. En la primera parte de su edad ejerció el oficio de vaquero, y á los treinta y dos años emprendió la carrera eclesiástica [...] Estaba en su parroquia, cuando supo que su antiguo Maestro se dirigía de Valladolid á Méjico [...] y el resultado de esta entrevista fué que Hidalgo lo nombrará su lugarteniente (p. 43).

El conocimiento entre Morelos e Hidalgo será determinante para que a fines de 1810, Morelos sea nombrado lugarteniente de Hidalgo. Del periodo de formación militar que tuvo el futuro jefe insurgente, Pruneda destacó su audacia y, sobre todo, su don de mando que le permitieron tener a su cargo un número cada vez mayor de hombres. De nuevo, al igual que Hidalgo, encontramos al lado de Morelos a hombres de valor y de genio. Sin embargo, es breve la mención de los principales triunfos y derrotas entre los años de 1812 y 1815. Más aún, los sucesos de 1811 quedan fuera de la narración, pues “solo podría interesar á los mejicanos” (p. 44), palabras que refuerzan que el público era principalmente el español y el europeo. No obstante, se narraban en tono épico, a la manera de las novelas de caballería, los hechos referentes a las principales batallas, como los sitios de Amilpas, Cuautla y Acapulco. Por ejemplo, acerca de sucesos relativos al sitio de Amilpas, refería un suceso poco común:

Intentó Calleja un asalto general y fue rechazado con pérdida de quinientos hombres. Viendo Galiana [sic], que mandaba la plaza, [le dijo] á un coronel enemigo [que] á poca distancia de los suyos, salió solo y desafió á singular combate: este duelo, que recuerda

las costumbres caballerescas de la Edad Media, se verificó en presencia de los dos ejércitos, el español quedó muerto, y el triunfo de Galiana redobló la energía de los sitiados (p. 44).

A pesar de lo anterior, el sitio de Amilpas finalmente se perdió para la causa insurgente, pero sirvió, como señalaba el historiador español, para que Morelos se hiciera de “admiradores y nuevos partidarios, poniendo de manifiesto la heroica bravura, la firmeza del alma” (p. 44). Sobre el final del sitio, agregó que fue rendido más por hambre que por falta de valentía por parte de los insurgentes: “un gato costaba seis duros, y dos una rata” (p. 44). Así, la ventura de Morelos decayó y sus triunfos se tornaron en derrotas que, finalmente, lo llevaron a ser hecho prisionero, no sin antes pronunciar estas palabras que Pruneda citó, sin mencionar la fuente: “Mi vida, –dijo– es de poca importancia; gustoso la perderé con tal que se salve el congreso. Mi misión ha concluido desde que hay un gobierno independiente” (p. 47).

Las últimas frases corresponden al Congreso de Chilpancingo que, dadas las circunstancias, se había convertido en itinerante. En este hecho, parece que el personaje toma conciencia de que su labor ha concluido y sabe también que muere sin haber finalizado su tarea, pero sabedor de que el proceso de liberación ya es irreversible.<sup>216</sup>

En la construcción del personaje de José María Morelos, Pruneda lo dotó de un halo de heroicidad al rescatar “sus” palabras. Sin embargo, pese a la admiración por el caudillo, no dejó de mencionar que fue un decidido militar que no dudó en utilizar mano dura, como lo demostró al fusilar a algunos centenares de prisioneros, a los que intentó, sin éxito, canjear para salvar la vida de su teniente, Matamoros. Es decir, Pruneda presentó a Morelos como un militar en su sentido más amplio.

---

<sup>216</sup> José María Luis Mora retrata a Morelos de forma parecida: “Morelos era hombre de educación descuidada y en razón de tal carecía de todas las prendas exteriores que pueden recomendar a una persona en la sociedad culta [...] el fué el primero que enseñó a los insurgentes a mantenerse sobre el campo aun cuando los primeros lances de una acción les fuesen desfavorables [...]”. Ver José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, 1836, edición facsimilar de la primera edición, 1986, t 3, p. 286.

### **El héroe olvidado: Iturbide y la consolidación de la Independencia**

Antes de proseguir con el análisis de los principales personajes de la Independencia, es oportuno señalar que pese a que la figura de Iturbide ya era víctima de ostracismo, a mediados del siglo XIX todavía era considerado en el panteón de héroes nacionales; por ejemplo José María Tornel pronunció un discurso en la Alameda de la ciudad de México, en 1850, en el que decía:

Iturbide, predestinado para redención de su patria, como lo fue Moisés [...] recibió del altísimo las sobresalientes cualidades que correspondía a su elevada misión [...] Iturbide, su mensajero en la nueva tierra, tres palabras dijo: Religión, Unión, Independencia; y una nación [...] nace con frente orgullosa.<sup>217</sup>

La cita anterior muestra que en la construcción de la memoria nacional, a escasos años de la promulgación de las Leyes de Reforma, los liberales y conservadores no se ponían de acuerdo. De hecho, al hacer una revisión de los algunos discursos septembrinos, encontramos diferentes maneras de referirse a Iturbide. Estaban quienes lo criticaban abiertamente como Luis de la Rosa, en un discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1840;<sup>218</sup> quienes lo alaban pero no se atrevían a llamarlo por su nombre, como Guillermo Prieto en un discurso de el 27 de septiembre de 1844;<sup>219</sup> y aquellos que lo ponían al mismo nivel que Hidalgo y Morelos, como José González Mendoza el 27 de septiembre 1848.<sup>220</sup> Aunque se debe de entender que la pugna iba más allá del lugar que merecía en la memoria de la Independencia el líder del ejército *trigarante*, la pugna era por los proyectos que cada grupo defendía.

Regresando al texto de Pruneda, éste afirmaba que con la muerte de Morelos el movimiento de Independencia perdió a su mejor líder, ya que después de haber

---

<sup>217</sup> José María Tornel, “Discurso del 27 de septiembre de 1850”, en *La conciencia nacional y su formación*, compilación y prólogo de Ernesto de la Torre, 1988, p. 306.

<sup>218</sup> Luis de la Rosa, “Discurso del 16 de septiembre de 1840”, pronunciado en el pueblo de Dolores, en *Ibid*, pp. 155-180.

<sup>219</sup> Guillermo Prieto, “Discurso pronunciado en la Alameda de México el 27 de septiembre de 1844”, en *Ibid*, pp. 219-224.

<sup>220</sup> José M. González Mendoza, “Discurso del 27 de septiembre de 1848”, en *Ibid*, pp. 267-274.

culminado “el más brillante periodo de la revolución” (p. 48), el caos y la desorganización alcanzaron a los otros jefes insurgentes en todo el territorio. Pero esto sólo fue una tregua, ya que al final las tropas criollas, antes fieles a la Corona española, fueron poco a poco imbuidas del espíritu de independencia, consiguiendo más “con la persuasión” que lo “alcanzado por las armas” (p. 51). En el argumento del historiador español parece que tienen mayor peso las ideas que los ánimos de venganza; es decir, que el pensamiento ilustrado de igualdad ya no era una simple aspiración como lo probaron las revoluciones en Estados Unidos y Francia. Las leyes que proclamaban una igualdad jurídica fueron un aliciente para los individuos que podían, en teoría, aspirar a mejores oportunidades que las que su origen les daba.

El gobierno de la Nueva España se debatía, entonces, entre obedecer la Constitución de 1812, vuelta a restaurar en 1820, y no hacerlo. Con esto el rumbo político del país estaba en duda creando un vacío en el que todas las posiciones se manifestaban, desde las que exigían la independencia y la salida de los españoles, así como la confiscación de sus bienes; pasando por los que abogaban por una monarquía constitucional; y aquellos que definitivamente buscaban una república federal. Debido a lo anterior, el virrey Apodaca:

[...] que era en el fondo de corazón furibundo realista se sometió al régimen constitucional, pero con el propósito de conspirar contra él, favoreciendo al partido contrario [...] Con la idea de restablecer la antigua forma de gobierno entabló negociaciones con algunos nobles mejicanos y altos dignatarios de la Iglesia. Para realizar su plan necesitaba el concurso del ejército, y sobre todo un jefe que tuviera bastante influencia para arrastrarlo en esta vía retrógrada (p. 52).

El personaje señalado para la misión no fue otro que el criollo Agustín de Iturbide. Pruneda lo consideró un oportunista inteligente que tuvo la visión de consumir lo que los clérigos combatientes habían comenzado. De Iturbide se destacó su origen criollo; la fortuna que poseía su familia; y sobre todo que desde temprana edad se dedicó a la carrera militar, no obstante hasta antes de la revolución no era “más que un oficial

subalterno” (p. 52). Pese a que el mismo Hidalgo le ofreció el grado de teniente general, Iturbide no aceptó y en cambio se dedicó a luchar contra los insurgentes, distinguiéndose en la batalla de Las Cruces, y la “fortuna le fué siempre favorable” (p. 52). Por eso no fue extraño que contribuyera decididamente al triunfo de los realistas en las batallas de Valladolid y de Puruarán, por lo que

llegó en pocos años a ser comandante general del ejército del Norte [...] permaneció en Méjico dedicado á negocios particulares, hasta que el virey Apodaca le llamó [...] Durante los cuatro años que pasó en la ociosidad y en el reposo, debió reflexionar sobre la situación de Méjico, y el resultado de sus meditaciones fue convencerse de la facilidad con que se podía sacudir el yugo español, si las tropas criollas se decidían á reunirse con los insurgentes. (pp. 52-53)

Finalmente los cálculos de Iturbide fueron correctos y gracias a los acuerdos con los jefes militares, entre ellos Vicente Guerrero, se consuma la Independencia el 24 de febrero de 1821, a través de la formulación del Plan de Iguala. En lo referente al tipo de gobierno, aclaraba que “el reino mejicano” establecía “una monarquía moderada” (p. 53), y llamaba al trono a Fernando VII, o en caso de negarse éste, a otro príncipe que garantizara la conservación única de la religión católica.<sup>221</sup> Lo que siguió, nos dice Pruneda, fue la instauración de un gobierno provisional o Regencia, que mantenía el poder ejecutivo encabezado por Iturbide. Ante el no reconocimiento de la Independencia de México por parte de España, se creó una ruta para que Iturbide y el grupo que lo apoyaba –frente a la amenaza de una vía al modelo republicano– aprovechara el caos y lo proclamarlo emperador. Con el fin de lograr lo anterior, se

---

<sup>221</sup> Es importante destacar que las intenciones europeas para instaurar una monarquía en la América libre, provienen de ese mismo periodo por parte de Francia; según Miguel Galindo y Galindo: “Creyendo la época oportuna, ya desde 1823, Mr. de Chateaubriand, trabajaba con ahínco para la implantación de una Monarquía franco-española [...]”, y particularmente para México, señala: “Habiendo abandonado el autor de *Atala* y *Los Mártires* su elevado puesto en el Gobierno de la Francia, lo sustituyó Mr. de Villéle, quien se propuso realizar el Plan de Iguala, comisionando para el efecto al Marqués Crouy Chanel para que negociara con Fernando VII, á fin de que éste consintiera en que fuera Emperador de México el Infante Don Francisco de Paula. El Monarca ibero no acepto la combinación”. Ver Miguel Galindo y Galindo, *La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano. 1857-1867*, edición facsimilar del original de 1904, 2006, t. 2, 1987, p. 10.



adoptaron ciertas medidas, como nombrar la orden de Guadalupe, y con el apoyo del Congreso, se determinara que la monarquía fuera hereditaria.

Aunque en este momento de la narración Pruneda no mencionó nada sobre la contradicción de proclamar una monarquía en México para consumir su independencia, un poco más adelante señaló que: “Tal estado de cosas era demasiado violento para durar” (p. 56), pues no obstante que el sistema instaurado era monárquico, había un Congreso que mantenía el poder legislativo. Ante la intención de Iturbide de lograr el derecho de *veto* sobre todos los artículos de la nueva Constitución, la lucha derivó en que él, no encontrando otra solución, asestó un golpe contra el Congreso para disolverlo, lo cual provocó la inconformidad de algunos militares dando con ello inicio a un periodo de insurrecciones. La más exitosa fue la que unió a los entonces generales Santa Anna y Guadalupe Victoria. Este nuevo ejército libertador logró rápidamente hacerse del apoyo de otros militares, antes insurgentes, como Nicolás Bravo y Vicente Guerrero. Al final, Iturbide trató de negociar, incluso, la instauración de un nuevo Congreso, suceso que no ocurrió y que a la postre derivó en la abdicación de Agustín I, en marzo de 1823. Sobre tales sucesos, apuntaba Pruneda:

[El Congreso] declaró igualmente nulos todos los actos del Gobierno imperial, así como el Plan de Iguala y el tratado de Córdoba, y acabó por proclamar el derecho de la nación á constituirse bajo la forma de gobierno que más le conviniera. Después [...] el Congreso se ocupó de la persona de Iturbide. La prudencia le aconsejaba desembarazarse de él, pero lo hizo mostrándose generoso: decretó el destierro del ex-emperador, concediéndole una pensión vitalicia [...] y aun después de su muerte se concedió una pensión de ocho mil pesos a su familia. Así concluyó el imperio de D. Agustín Iturbide, que por su corta duración, más bien puede llamarse sueño ó representación teatral que imperio (p.58).<sup>222</sup>

En las últimas frases de la cita anterior leemos el juicio de Pruneda sobre el primer ensayo monárquico en el México independiente y, aunque no lo señala claramente, todo parece indicar que su “corta duración” la atribuyó a factores tales como el desorden

---

<sup>222</sup> Una versión moderna, que puede ejemplificar el ambiente de “ensoñación” y algunas de las circunstancias del primer ensayo monárquico, nos la ofrece la novela histórica *La corte de los Ilusos*, de Rosa Beltrán, publicada en 1995.

imperante; a un proyecto de gobierno que se tornó insostenible económicamente, y la escasa sagacidad de éste frente a los grupos opositores al modelo monárquico. El juicio final sobre la actuación de Iturbide fue el siguiente: “Desconoció la gloriosa misión que podía realizar en bien suyo y de su patria: pudo ser el primero entre los mejicanos [...] quiso repetir en Méjico la audaz empresa de Napoleón, y sólo consiguió parodiar la catástrofe de Murat” (p. 60).

Entonces, se puede entender que para el historiador español el Primer Imperio fue un acto desesperado de una elite que ante la posibilidad de perder sus prerrogativas se alió a un líder que aprovechó su popularidad para instaurar un régimen monárquico que no se sustentó, por carecer de una tradición de este tipo:

Mientras fueron colonias [los pueblos americanos] vivieron como pueblo conquistado, sin condición alguna de nacionalidad. Cuando quisieron ser naciones y tener existencia propia, tuvieron que escoger una forma política, y eligieron la que era natural y necesaria consecuencia de su posición (p. X).

Si tres siglos de virreinato no pudieron, según Pruneda, crear una tradición monárquica, menos se lograría en el periodo de 1821 a 1861, anterior al Segundo Imperio: “Desde el primer momento, en 1824 como en 1867, las masas consideraron imposible el Imperio en Méjico” (p. 437). Además, considera que el gobierno de Maximiliano había sido impuesto desde fuera, con lo que se vio “amenazada” la “independencia” y la “libertad” de la nación (p. 70).

### **El gobierno republicano en México**

El cuarto y último capítulo de la segunda parte de la “Introducción”, Pruneda lo dedicó a presentar un panorama de los acontecimientos más importantes desde el fin del Imperio de Iturbide, hasta el periodo previo a la guerra de intervención en 1861, además de añadir unas breves conclusiones. El estilo de este capítulo es el mismo que los dos anteriores; no se refieren las fuentes, a excepción de la *Historia de Méjico*

*desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808 hasta la época presente* (1849) de Lucas Alamán, libro que considera importante, como se aprecia en nota a pie de página, en la que leemos: el autor “no disimula sus aficiones monárquicas, ni sus antipatías hacia el régimen republicano” (p. 62).<sup>223</sup>

Un dato que celebraba Pruneda fue la proclamación de la primera Constitución del país como nación independiente en 1824 al subrayar su carácter republicano y federal. Asimismo, apuntó que la nueva constitución “era en cierto sentido una imitación de la de los Estados Unidos” y “por imperfecta que fuere, encerraba el germen de un verdadero progreso” (p. 60). Sin embargo, aclaraba que la realidad norteamericana no era igual a la mexicana:

Para comprender las continuas revoluciones que han alterado la paz de la República hasta nuestros días [1868], debe considerarse que Méjico no estaba dispuesto á recibir tan bruscamente tal suma de libertad, tantos derechos políticos, completamente nuevos. Los principios que habían inspirado la Constitución no eran familiares a las masas, ni siquiera comprendidos (p. 60).

El pueblo mexicano –por el tipo de colonialismo español no comparable con el inglés– era incapaz de salir de la “rutina de la servidumbre para convertirse en una especie de soberano” (p. 60), juicio cercano al de Justo Sierra Méndez, a principios del siglo XX, 1905, en su libro *Juárez, su obra y su tiempo*: “Cuando la nación mexicana dejó de ser Nueva España no dejó de ser colonial [...] el gobierno dejó de sernos exterior, pero la organización fue la misma”.<sup>224</sup> Además, el nuevo gobierno carecía de una base económica capaz de sustentar cualquier plan económico que hiciera frente a los gastos del país. De este modo, Pruneda entendió que el paso del sistema monárquico al republicano era algo para lo que la nueva república no estaba preparada. En 1867, el

---

<sup>223</sup> La crítica a las posturas conservadoras no era muy diferente del que se vertía en el periódico *El Renacimiento* el 13 de febrero de 1869, en cuya sección “Boletín Bibliográfico”, se informaba la aparición del texto de José María de Liceaga *Apuntes y rectificaciones á la Historia de México* que escribió D. Lucas Alamán; obra que venía: “á rectificar numerosas aserciones de la Historia de Alamán que hasta aquí habían pasado sin contradicciones”. Ver “Boletín bibliográfico”, en *El Renacimiento. Periódico literario*, edición facsimilar de la original de 1869, 1993, t.I, p.88.

<sup>224</sup> Ver Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, 1971, p. 8

texto de Pruneda expresaba su espíritu republicano y celebraba la caída del Segundo Imperio y el consecuente triunfo de la república, un ferviente deseo de los liberales de entonces que se extendió años después. Algunos estudiosos del período señalan que la cimentación de la república era parte del imaginario de la unidad con la que se pretendía formar la nación.<sup>225</sup>

Debido a lo anterior, es fácil comprender que de 1824 a 1856 fue un largo periodo en el que los errores y los personajes políticos se imponían sobre los grupos. En este sentido, Santa Anna sobresale por representar los grandes errores y contradicciones de esta etapa que inicia con la caída del Primer Imperio y culmina en 1855. Este personaje se presenta como un hombre que busca –sin importar los medios– alcanzar el poder de la naciente República, motivado únicamente por el ánimo de lograr sus fines particulares. Por esto, Pruneda destacaba que “sus actos como hombre político” han sido “según el curso de los sucesos, las exigencias del momento o su propia veleidad” (p. 64). En lo que respecta a su modo de ser, decía: “tiene la movilidad de las olas y la inconstancia de los vientos”; para, al final, resaltar un talento “sin cultivo ni moral ni literario” (p. 64).

Del periodo posterior a la caída del Primer Imperio, Pruneda destacó un hecho que considera sobresaliente pues amplió la brecha entre los partidos políticos y derivó en su nominación: centralistas y federalistas. El hecho, ocurrido en 1836, consistió en agregar a los tres poderes –ejecutivo, legislativo y judicial– un cuarto, denominado poder conservador, el cual debía regular a los otros tres y tuvo influencia para el

---

<sup>225</sup> Por ejemplo, Fernando Escalante, *Ciudadanos Imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mejicana. Tratado de moral pública*, 2002.

establecimiento de la Constitución centralista “llamada *de las bases orgánicas*” (p. 65), hasta que en 1846 se restableció una Constitución de tipo federal.<sup>226</sup>

En lo que respecta al periodo presidencial de Anastasio Bustamante (1837-1839), el historiador español detalló algunos hechos relevantes, como el fusilamiento de Vicente Guerrero, un acto que era señal inequívoca de “a donde se dirigía la política reaccionaria de Bustamante y su gobierno” (p. 63). Para Pruneda este gobernante favoreció el sistema centralista con miras a convertirlo después en monarquía. Con esos cambios se logró que muchos de los sectores conservadores se adhirieran a ese modelo de gobierno, especialmente el clero, por lo que se le “concedieron privilegios y consideración”, ya que “siempre se había manifestado hostil al sistema federal” (p. 63), y proclive a la instauración de la monarquía.

De igual manera, el autor describió brevemente los periodos presidenciales de Santa Anna y destaca su papel en el desembarco español en 1829 en el puerto de Tampico, que culmina con la rendición de las tropas invasoras. También dio cuenta del conflicto en el territorio de Texas en 1836 y del papel de Santa Anna en 1838, cuando los franceses invaden Veracruz; además de narrar, brevemente, los golpes de Estado a los presidentes Bustamante en 1842 (segundo periodo) y José Herrera (1845). De 1846 destacando que Santa Anna fuera nombrado presidente por cuarta ocasión. Pero lo más importante será el inicio de la guerra con Estados Unidos, sobre la cual relataba de manera concisa las batallas más importantes como la de Angostura, la defensa “heroica” de Churubusco y la “gloriosa” de Molino del Rey, así como la defensa y captura del Castillo de Chapultepec (p. 65).

---

<sup>226</sup> Sobre este continuo cambio de modelo constitucional, véase “El Congreso y la formación del Estado-Nación en México, 1821-1855”, de Reynaldo Sordo Cedeño, en *La Fundación del Estado Mexicano*, 2000, pp. 135-178.

## La Reforma

De las breves páginas que Pruneda escribió sobre la Reforma, destaca la huida de Santa Anna después de la exitosa rebelión que estalló en su contra en 1855, mejor conocida como la rebelión de Ayutla. Así, este periodo se reduce a “una prolongada guerra civil entre los dos principales partidos de la República [...] entre los radicales y los conservadores” (p. 66). Del lado de los primeros, Pruneda colocó a los federalistas Comonfort, Álvarez y Juárez, mientras que en el de los conservadores o Partido Clerical, a Zuloaga, Miramón, Márquez y Almonte. Todo el análisis del historiador español se orienta al choque, final e inevitable, de dos grupos con diferentes ideologías.

Antes de terminar la extensa Introducción a su *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, Pruneda señaló de nuevo y desarrolla (ya antes en el Prólogo lo había mencionado) los motivos del rompimiento de la República con las potencias europeas, no sin antes elaborar una breve pero concisa defensa de la causa liberal, particularmente sobre lo que se decía en Europa. El propósito es reafirmar en el lector el mensaje de que lo verdaderamente importante está por describirse y, al mismo tiempo, reafirmar una postura contestataria ante las falsedades que desde el triunfo de la causa liberal habían llegado allende el mar:<sup>227</sup>

Méjico ha sido víctima de toda clase de denuestos, fundados algunos, inmerecidos los más [...] No hay baldon con que no se le haya injuriado; no hay mancha que no se haya pretendido arrojar sobre su frente; pero de este oprobio Méjico se verá libre[...] En Méjico hay un gran sentimiento por la virtud y la justicia; hay hombre previsores, pensadores concienzudos; tienen los mejicanos razon sana, imaginación de artista, criterio recto, entusiasmo por la patria, valor á toda prueba, ardiente amor a la libertad (p. 445).

Los juicios contra la causa y el gobierno republicano eran conocidos en México. Por ejemplo Francisco Zarco en reaccionaba en sus artículos en *El Siglo XIX*; en septiembre

---

<sup>227</sup> Este tipo de juicios que se hacían en Europa contra la causa y el gobierno republicano, eran práctica común desde el inicio mismo del conflicto bélico. Por ejemplo, Francisco Zarco en un artículo denominado “Calumnias francesas contra México...” del periódico liberal *El Siglo XIX* de septiembre de 1862 daba cuenta de este tipo de ataques, que. Ver Francisco Zarco, *Textos políticos*, 1994, p. 119.

de 1862, decía que “no merecían sino el más soberano desprecio [...] sus calumnias no deben hacernos abandonar una conducta que hace honor a la civilización de México, engrandece su causa”.<sup>228</sup>

En las conclusiones de la Introducción se advierte que las voces europeas que criticaban las reformas liberales en México, caían en la hipocresía, ya que algunas de las mencionadas reformas se habían establecido mucho antes en Europa. Por lo tanto, el rasero con el que se medían los sucesos en Europa era diferente para México. Por ejemplo:

El triunfo de los federales levantó un clamoreo universal en Europa: en sus libros, en folletos, en periódicos, se pintó con los más negros colores la situación del país mexicano; se abultaron sus desórdenes interiores, inevitables en todo pueblo que pasa por una crisis prolongada[...] las reformas liberales hechas por el nuevo presidente se calificaron de disolventes, olvidando que muchas de ellas se habían establecido mucho tiempo antes en Europa; la venta de los bienes del clero mejicano, pareció un despojo á los mismos que no estrañaban que desde 1840 se vendiera en España los bienes eclesiásticos; y la libertad de cultos, decretada por Juárez el 4 de Enero de 1861, fué tachada de abominable sacrilegio por los mismos que la veían practicar en Inglaterra, en Francia, en Suiza , en Bélgica y en los Estados escandinavos. (pp. 68-69).

Como se sabe, esos hechos sólo eran parte del proceso iniciado en 1857, con el primer intento por parte del gobierno mexicano de lograr la separación de la Iglesia y el Estado, y aunque Pruneda no los menciona, José María Vigil los cita íntegramente en el capítulo “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, para que el lector comprendiera el Decreto del presidente Benito Juárez relativo a la secularización de los bienes de la Iglesia.<sup>229</sup>

Como explica Martín Quirarte en *El problema religioso en México*, se trataba de una verdadera separación entre la Iglesia y el Estado, ya que los artículos promovían, entre otras cosas, el establecimiento del Registro Civil, la secularización de los cementerios, y un punto que la curia mexicana no podía permitir: la libertad de cultos. La repuesta del

---

<sup>228</sup> *Ibid.*,

<sup>229</sup> Ver *México a través de los siglos*, t. XV, 1984, p. 119 y Martín Quirarte, *El problema religioso en México*, 1967, p. 275.

alto clero llegó por medio de proclamas, en las cuales se desconocían los cargos que les imputaba el gobierno, así como su comportamiento en las diferentes crisis; incluso aquella que se tornaría paradigmática: la falta de patriotismo de la Iglesia en la invasión norteamericana de 1847. Así las cosas, añade Quirarte, la respuesta de la Iglesia desde Roma en la voz de Pío IX, acusaba:

Este gobierno [el mexicano] declaró desde luego cruda guerra a la Iglesia, a sus intereses y a sus derechos [además] tuvo la audacia de dar el 25 de junio de este año [1859] otro decreto, con el cual despojó absolutamente a la Iglesia de todos sus bienes y propiedades [...] Así es que, para que los fieles que allí residen sepan, y el universo católico conozca que Nos[otros] reprobamos enérgicamente todo lo que el gobierno mexicano ha hecho, y [declaramos] *írritos y de ningún valor*, los enunciados decretos y *todo lo demás que allí ha practicado la autoridad civil*.<sup>230</sup>

Así estaba la relación entre el gobierno mexicano y la Iglesia católica, la cual apoyaría al Partido Conservador durante la guerra de los tres años (1858-1861) y, también, durante la Intervención y el Segundo Imperio.

Por último y para finalizar la anterior y necesaria digresión, cabe aclarar que respecto a los grupos de mexicanos de ese periodo que apoyaban el establecimiento de la monarquía, Pruneda no abundó mucho en este tema, pero sí mencionó los movimientos políticos del Partido que ya denominaba “clerical”, por “constituir el clero su fuerza principal”, que logró “hacer estallar una insurrección en la misma capital” (p. 67), cuyo resultado fue la caída del presidente Comonfort. Destacó, además, que el mando del movimiento se le otorgara al general Zuloaga y que el mismo día Benito Juárez, desconociendo la rebelión y con base en la ley, se proclamó presidente de la República, y juró la Constitución de 1857. Quizás por no convenir al orden de su exposición el historiador español dejó de lado un análisis más detallado del conflicto entre liberales y conservadores del periodo que abarca desde el gobierno de Comonfort en 1856, al inicio del de Juárez en 1861.

---

<sup>230</sup> Martín Quirarte, *El problema religioso en México*, 1967, pp. 280-285.



Desde el punto de vista narrativo, la “Introducción” a la *Historia de la Guerra de Méjico* funciona como un cuadro general de los principales sucesos del devenir histórico, con énfasis en los debates entre liberales y conservadores. Podríamos afirmar que la extensión del texto de la Introducción es un fuerte apoyo a la narración de los hechos más importantes en México de los años 1861 y hasta 1867. Pruneda preparó al lector europeo, en el momento de la producción del texto para que comprendiera el tamaño de la hazaña que sobrevendría.

Finalmente, podemos destacar que Pruneda en su extensa Introducción mantuvo ideas cercanas a las del mexicano José María Vigil, en la “Introducción” a “La Reforma” en *México a través de los siglos*. Vigil analizó un periodo histórico extenso que narra hechos desde la Conquista hasta el triunfo de la Revolución de Ayutla en 1855; mientras que Pruneda relata desde los orígenes del Imperio azteca hasta los preámbulos de la guerra de Intervención francesa en 1861. En el caso de la Introducción, “La Reforma”, en *México a través de los siglos* está enfocada en resaltar el conflicto histórico entre la Iglesia y el poder político, incluso después de las Leyes de Reforma. Por su parte, la “Introducción” de la *Historia de la Guerra de Méjico...* es más amplia, seguramente porque Pruneda se dirigía al lector europeo, al que debía explicar el por qué los hechos recién ocurridos en 1867 –fusilamiento de Maximiliano, triunfo de la República– eran el resultado de un proceso que inicia desde la Independencia.

### **El cuerpo del texto: la narración de la *Historia de la Guerra de Méjico...***

En el cuerpo del texto se narran los acontecimientos más importantes entre los años de 1861 a 1867. En el Libro Primero de la *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867*, se hace un recuento de cómo fue orquestada la instauración de un régimen

monárquico en nuestro país, tanto por los conservadores mexicanos como por Napoleón III, el principal organizador según Pruneda. La existencia de un plan para instaurar el sistema monárquico en México no es una afirmación exclusiva del historiador español, sino que también aparece en *El Cerro de las Campanas*, de Juan Antonio Mateos, como lo señalamos en el capítulo anterior. Igualmente lo confirma José María Iglesias, en sus *Revistas históricas sobre la intervención francesa*, los “agentes” fueron Gutiérrez Estrada y José María Hidalgo<sup>231</sup> y, posteriormente, en 1889, José María Vigil en “La Reforma” en *México a través de los siglos*, señalaba que para la fundación de un imperio en México era necesario que las potencias europeas se decidieran a “favorecer la aventura”, siempre y cuando hubiera un “interés positivo para ellas”<sup>232</sup>

Pruneda estaba de acuerdo con los liberales mexicanos sobre el hecho de que Napoleón III quisiera imponer un príncipe europeo en nuestro país; craso error, como bien dice Martín Quirarte en la “Introducción” a las *Revistas históricas* de José María Iglesias,<sup>233</sup> ya que existían otros elementos a considerar. Uno de éstos era un futuro enfrentamiento con los Estados Unidos; apostar a que el conflicto que este país vivía en su propio territorio fuese indefinido era apostar en falso. Además, no era menor el alto costo de la expedición que Francia no podría sostener por mucho tiempo, ni la férrea resistencia de las fuerzas republicanas. Para Pruneda, el error de Napoleón III fue pensar en las posibilidades de instaurar la monarquía en México cuando él estaba en el apogeo de su poder y con las victorias recientes de Solferino y Magenta. Éstas lo animaron a poner “un valladar á los Estados Unidos”, soñando con que después de México, “toda América tuviera un ideal que imitar” (p. 87). Incluso, dentro del Parlamento francés,

---

<sup>231</sup> Ver José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, 1972, p. 18.

<sup>232</sup> José María Vigil, *México a través de los siglos*, t. XV, 1984, p. 209.

<sup>233</sup> Martín Quirarte, “Introducción”, en José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención en México*, 1972, p. XVII.

voces como la de Thiers –señaló Pruneda– denunciaban que existía un móvil secreto: “consolidar en el corazón de América un gran imperio” que “pusiera un límite al crecimiento y tendencias absorbentes de la raza anglosajona” (p. 87).<sup>234</sup> Dicho móvil, según el historiador español, era inadecuado para la realidad americana, pues equivalía a que la humanidad “regresase de su curso histórico” (p. 88).

Pruneda, como hemos señalado antes, destacó que para que pueda existir una monarquía debería de haber una tradición que, a través del tiempo y las generaciones, se fue consolidando pues “sin ésta, sin los elementos y fuerzas sociales que la constituyen, será siempre una creación ficticia [...] no se escoge, sino que existe, no es un hecho voluntario, sino espontáneo”. (p. X). La opinión del historiador se acercó a la de Ignacio Ramírez, que en el mismo año de 1867 afirmó: la tradición es “para nosotros es una quimera. ¿La tradición azteca? ¡No es posible pensar seriamente en restablecer la corte de Moctezuma ni el templo de Huitzilopochtli! ¿La tradición colonial? ¡Acabamos de atropellarle en sus iglesias y en los privilegios de clase!”<sup>235</sup> Años después, Riva Palacio, en la “Conclusión” del capítulo “El virreinato”, en *México a través de los siglos* reconocía la imposibilidad de reinstaurar el modelo de gobierno anterior a la conquista:

La independencia de México no podía ser proclamada y conquistada por los indios como la vuelta a su antigua autonomía y a sus viejas instituciones, porque dividido el país como lo estaba a la llegada de los españoles, hubiera sido preciso, que se hubieran vuelto a levantar como independientes del imperio de Moteczuma, la república de Tlaxcala, el reino de Michoacán....<sup>236</sup>

Regresando al análisis del texto de Pruneda, vale la pena citar algunos de los juicios en los que dejó ver su ideología liberal y la analogía que hace entre el caso europeo y

---

<sup>234</sup> Al respecto, Émile Ollivier, consideraba que el hecho de querer emparentar a los americanos con los latinos, era una falacia: “Fuera de Italia, ya no los había en Europa, y existían menos que cualquiera otra parte en México, cuya población está compuesta, en su gran mayoría de indios y de mestizos”. En *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano*, 1963, p. 23.

<sup>235</sup> Ignacio Ramírez, “¡Reforma!”, en *El Correo de México*, 10 de diciembre de 1867.

<sup>236</sup> Vicente Riva Palacio, “Conclusión. El Virreinato” en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, pp. 37-38, versión electrónica.

el de los siglos coloniales. Por ejemplo, consideraba como un progreso el modelo de monarquía constitucional que se instauró en algunos países de europeos, ya que ante todo había destruido “el feudalismo que se levantaba gigantesco entre los pueblos y la corona” (p. 84). También, señaló las diferencias entre el antiguo régimen hispánico de Felipe II y el nuevo que “hoy esta libre de los horrores de la Inquisición; no sufre ya la pesada influencia de aquel sinnúmero de comunidades religiosas, verdaderas plagas que inundaban el país” (p. 84). Punto muy parecido al de José María Vigil, para el caso mexicano, vertido en la Introducción a “La Reforma” de *México a través de los siglos* en 1889; refiere que en 1644 el Ayuntamiento de México suplicó a Felipe II que no se fundaran más conventos de monjas ni de religiosos porque se convertirían en “señores de todo”,<sup>237</sup> Sin embargo, Pruneda diferenció la situación en México respecto de la europea al señalar:

Pero de que de tantos y tan logrados beneficios sea la Europa deudora á la monarquía, no se deduce que pudiera serlo igualmente hoy á esa institución, las naciones del Nuevo Mundo [...] ¿Podría estarlo igualmente la República de Méjico y otras naciones de América? [...] no es posible la forma monárquica en aquellas regiones [...] La monarquía es entre las instituciones humanas la que depende de mayor número de condiciones y eventualidades ajenas á la voluntad de hombre ó a la de un grupo (p. 84)

Estas reflexiones coinciden con las que en Junio de 1862 vertió José María Iglesias en sus *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*:

Nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestra enseñanza, hasta nuestros instintos, todo, todo es enteramente republicano; un trono sería en México una planta exótica, de esas que sólo se conservan artificialmente en un invernadero; de esas que mueren al simple contacto con el aire y de la luz.<sup>238</sup>

Las *Revistas* de José María Iglesias se publicaron mensualmente en el folletín de *El Diario Oficial*, en plena Intervención francesa a partir de abril de 1862, con algunas interrupciones, y hasta 1866; el propósito era dar a conocer la versión mexicana en Europa, de ahí que sea muy probable que llegaran a manos de Pruneda; por haber sido

<sup>237</sup>. José María Vigil, “Introducción. La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. XIV, p. XII.

<sup>238</sup> José María Iglesias (1823-1891) *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, 1972, p. 16

escritas durante la guerra poseen valor testimonial y, en nuestro presente, son valiosos documentos historiográficos.

Pruneda refirió cómo fue tomando forma en Europa, paulatinamente, el complot contra la República mexicana; consideraba que la respuesta del gobierno de Juárez fue la más acertada valiéndose de documentos que el lector puede corroborar en dos apéndices: en el primero, se transcriben algunas partes del Tratado Mont-Almonte que el gobierno de Juárez se negó a ratificar; en el segundo, la parte medular del Convenio de Londres, junto con los despachos telegráficos entre los representantes de las tres potencias.<sup>239</sup> Los Apéndices permiten apreciar los apoyos documentales de Pruneda, lo cual da pie para suponer que desde México se los enviaban directamente y que, además, era un lector ávido e interesado de los asuntos políticos de nuestro país. Desafortunadamente, la muerte de Pruneda, a fines de 1869, no posibilita la localización de las pistas desde México, salvo acudiendo a archivos en España.

### **Los monárquicos mexicanos en Europa**

Entre los representantes del grupo conservador mexicano, destaca como villano –en esta forma de narrar la historia en blanco y negro– Juan Nepomuceno Almonte, hijo natural de Morelos, que por razones no esclarecidas por Pruneda, abrazó las consignas monárquicas y trabajó desde Europa con otros mexicanos, como José María Gutiérrez Estrada y Manuel Hidalgo, para llevar a cabo los sueños que perseguía el Partido Conservador desde años anteriores a la Intervención francesa. Como leemos en las *Revistas históricas...* de Iglesias, José Hidalgo decía que el plan de traer un príncipe

---

<sup>239</sup> En algunos artículos del periodo en la prensa liberal mexicana se explicaba la parte medular de la Convención de Londres y se acusaba a España, Francia e Inglaterra. Véase al respecto el artículo de Francisco Zarco, “La Convención de Londres, sobre los asuntos de México”, en *El Siglo XIX*, 6 de enero de 1862; artículo reproducido en *Textos Políticos*, 1994, pp. 65-77.

extranjero a México venía desde la “ominosa dictadura de Santa Anna” y retomada después por los gobiernos de Zuloaga y Miramón.<sup>240</sup>

Por su parte Conte Corti en *Maximiliano y Carlota* (1924) señaló que Santa Anna dio amplios poderes a Gutiérrez Estrada en 1864 para negociar en las Cortes de Londres, París, Madrid y Viena el establecimiento de una monarquía con algún príncipe de esas Cortes; añadía que los enviados mexicanos tuvieron mucho cuidado de pintar con negros tonos la situación que se vivía en la República desde la caída del último periodo de Santa Anna. Esto dio como resultado que se conjuntaran diferentes circunstancias que, aparentemente, hicieron propicia la Intervención. Una de éstas, fue la de haber logrado interesar a la esposa de Napoleón III, Eugenia de Montijo, por medio de Manuel Hidalgo, a quien ella tenía en gran estima e, incluso, le permitía que la tratara con gran familiaridad. Aunque la primera opción para la emperatriz de los franceses hubiera sido un príncipe español, “el más indicado”. Esta labor en Europa rindió sus frutos, y sería Gutiérrez Estrada quien pintaría con mejores colores la situación en México al futuro emperador –Maximiliano–, a través de misivas en las que lo animaba a aceptar la empresa. Pero el austriaco no estaba del todo convencido. No obstante lo anterior, sería Almonte el que logró ser considerado como “un hombre cabal”, inteligente y “digno de estimación”, por parte de Napoleón III y de su esposa Eugenia de Montijo. Esto no sin haber tenido antes roces con el mismo Gutiérrez Estrada, quien, incluso, le envió una misiva a Maximiliano advirtiéndole de los planes que “este antiguo ayudante de Santa Anna” tenía “para adueñarse de la situación”. La misiva no surtió efecto, y Napoleón III le envió otra a Maximiliano, en la cual el emperador de los franceses señalaba que Almonte era digno de tener “plenos poderes y en elegirlo para director de la empresa”.<sup>241</sup>

---

<sup>240</sup>. Ver *Revistas históricas sobre la Intervención francesa*, 1972, p. 18.

<sup>241</sup> Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, 2003, pp. 29, 72-88, 109-110. a enero de 1862.

El episodio que narra las primeras acciones de Almonte, nos muestra que tanto Pruneda como posteriormente Vigil en “La Reforma”, quizá utilizaron las mismas fuentes documentales, pues ambos refieren los hechos relativos a los tratados preliminares de la Soledad, en los cuales el gobierno trataba de dar salida diplomática a los reclamos de las potencias europeas. Lo mismo ocurre con el parecido que hay entre las narraciones de los dos autores, sobre una de las acciones de Almonte, que al estar bajo la protección de las armas francesas, según Pruneda:

[...] manifestó al conde de Reus [general Prim], que contaba con el influjo de las tres potencias para convertir el Gobierno de México en una monarquía y colocar su corona en la cabeza del archiduque Maximiliano de Austria, y que creía que este proyecto sería bien recibido en Méjico, y quizá realizado antes de dos meses (p. 129).

Por su parte, José María Vigil mencionó que, con base en el acta del 9 de abril, Almonte señalaba:

[...] sin ambages que contaba con el apoyo de las tres potencias para cambiar en monarquía el gobierno establecido en México, y colocar la corona en las sienas del archiduque Maximiliano de Austria; que él pensaba que este proyecto sería bien acogido en México, y que acaso antes de dos meses se realizaría.<sup>242</sup>

Tales palabras causaron alarma y descontento entre los plenipotenciarios de España, el general Prim y el enviado inglés Sir Charles Wyke. Actos que mostraron las verdaderas intenciones de Francia por la acción del Conde de Saligny que se negó a dar validez a su propia firma en los preliminares de la Soledad. Finalmente, ésta y otras acciones culminaron con la decisión de los representantes –español e inglés– de retirar sus tropas por considerar la actitud francesa como una intrusión en los asuntos internos de México, en alusión a las palabras de Almonte relativas a cambiar el modelo de gobierno republicano en México.

Los actos y proclamas de Almonte durante el tiempo en que éste se ostentó como jefe supremo de la nación, fueron narrados con detalle por Pruneda. Incluso se puede

---

<sup>242</sup> José María Vigil, “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. XV, 1984 p. 249.

observar que en una de estas proclamas se desconocía la autoridad de Juárez; del mismo modo, el hijo de Morelos llegó a imponer préstamos forzosos a los españoles residentes en los lugares de Veracruz, cuando casi se había agotado el poco dinero que trajeron de Francia. El juicio que Pruneda hizo sobre el conservador mexicano es muy crítico:

El hombre que abandonando su patria, había venido a Europa á mendigar un príncipe extranjero que fuese a Méjico a matar la libertad de su patria; el hombre que no se había dado un momento de reposo hasta llevar á su mismo país una invasión estrangera; [...] ese hombre, decimos, que acusaba de bárbaros y arbitrarios á sus compatriotas [...] se daba a sí mismo, apoyado por las fuerzas de su famosa espedicion, el título de liberal, de independiente, de un verdadero patriota (p.157).

Duros adjetivos del español sobre Almonte, pues ningún otro personaje recibe esta calificación, a excepción tal vez de Santa Anna. Almonte fue el representante más puro de los villanos, juicio esperablemente próximo al de los mexicanos. Por ejemplo, Ignacio Manuel Altamirano, en un discurso leído en Acapulco en pleno Segundo Imperio, 1865 y en conmemoración de la batalla del 5 de mayo de 1862, decía: “Conocéis bien a esos mounstros [...] el uno [Gutiérrez Estrada] corre a buscar a su soñado príncipe [...] el otro [Juan N. Almonte] es el infeliz ambicioso a quien el dedo del menosprecio popular ha apartado tantas veces de la silla de la presidencia [...] deshonorando las memorias de su heroico padre”.<sup>243</sup> Por su parte Iglesias lo llamó traidor en sus *Revistas sobre la intervención francesa*. La descalificación continuó en la historiografía posterior, por ejemplo en *La gran década nacional*, de Galindo y Galindo. El aciago papel que Almonte desempeñó en los primeros días de la Intervención, fue determinante y representará también el ejemplo más fidedigno del mexicano que traiciona a su patria en aras de un gobierno monárquico que para los liberales carecía de sustento.

---

<sup>243</sup> Ver Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas*, t. I, 1949, p. 73.



### **El Partido Conservador y la Iglesia mexicana durante la Intervención y el Segundo Imperio**

Como es sabido, la mayoría de los políticos del siglo XIX se asumían como creyentes católicos, independientemente de que fueran liberales o conservadores, hecho que no debe perderse de vista, ya que a pesar de los enconos, de la lucha de ideas y de proyectos de gobierno, la mayoría estaba en favor del dogma católico. El gran problema se centraba en los privilegios que las altas jerarquías de la Iglesia católica mexicana se empeñaban en mantener aún después de las leyes de Reforma, así como el control económico que se encontraba detrás de la venta de bienes de manos muertas.

En 1889, José María Vigil en el capítulo “La Reforma” en *México a través de los siglos* refería que la gran tragedia de México desde la Conquista, era que el poder de la Iglesia fue creciendo al lado del poder civil. El propósito de Vigil era denunciar las omisiones o deliberadas traiciones que, en su opinión, los jefes de la Iglesia hicieron contra la República desde su propia fundación, en 1821. Incluso, llegó a postular que la Independencia se logró no por la sagacidad de Iturbide para aprovechar el caos imperante en España, sino por la propia Iglesia, pues si la monarquía se instauraba en México, sería una medida que dejaba fuera las ideas liberales y al gobierno de tipo republicano, con lo cual no peligraba el *estatus quo*, el mejor medio para el clero fue “cortar los vínculos que unían a la Colonia con la madre patria [y evitar el] contagio liberal [...] Y este pensamiento se realizó con la proclamación del Plan de Iguala.” El triunfo del Plan de Iguala dio a los jefes de la Iglesia poder sobre Iturbide, quien se mostró desde los primeros momentos sometido a la influencia clerical.<sup>244</sup> El poder del clero era también considerado por Pruneda como trascendental para el fracaso del Segundo Imperio: “Encóntrese [Maximiliano] igualmente con un clero numeroso y avariento, que a todo trance quería con sus

---

<sup>244</sup> José María Vigil, “Introducción. La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. XIV, 1984. p. XXI.

fanáticas ó acomodaticias creencias dirigir los actos y la conciencia de pueblo mejicano” (p. 257).

El historiador español entendió que el conflicto de Maximiliano con la Iglesia mexicana fue de igual importancia que la reacción de los liberales ante su gobierno; para ejemplificar insertó en el texto una carta de octubre de 1864, en la cual el papa Pío IX transmitía su preocupación por las medidas adoptadas por el nuevo gobierno, así como los ataques contra el clero en los periódicos, no sin dejar de amenazar –según Pruneda– “con un castigo tremendo á Maximiliano I” si no ponía remedio eficaz para que el culto católico continuase “siendo la gloria y el sostenimiento de la nación mexicana” (p. 268).

Tal descuido, a ojos de El Vaticano, llevó a Maximiliano a quedarse aislado políticamente, junto con su primer gabinete, cuando decidió desligarse de algunos compromisos con el Partido Conservador. Pruneda va señalando las contradicciones y las acciones hipócritas de de los obispos mexicanos que en un principio y de manera servil se habían ofrecido en cuerpo y alma al Imperio, a sacrificarlo todo, “*sus vidas y sus haciendas* por el bien y la paz de la nación” (p. 272). Los obispos a los que hace referencia, principalmente, eran Labastida y Munguía que salieron de México, para hacer todo género de esfuerzos en aras de destruir “la obra que a costa de tanta sangre y de sacrificios acababan de levantar” (p. 272). La respuesta, de Maximiliano al Nuncio apostólico exponía una serie de medidas que pondrían orden los asuntos religiosos. Entre las más destacables están: el predominio de la religión católica y el respeto a los otros cultos; la independencia de la Iglesia en los asuntos del Estado; la abolición de todos los derechos de dispensa o diezmos y, por último, la cesión al Estado de todos los derechos que la Iglesia tenía sobre los bienes eclesiásticos (p. 310). Al no recibir una respuesta por parte del Vaticano, Maximiliano publicó en el *Diario Oficial* la misiva

con las medidas citadas, hecho que derivó en una acre respuesta de la alta curia mexicana que, incluso, ponía en duda la fe del Habsburgo, a lo que él respondió en otra carta: “Dudad, si queréis, por un momento de mi catolicismo: la Europa entera conoce há mucho tiempo mis sentimientos” (p. 311). Tan importante es para el análisis de Pruneda este punto que en el Apéndice al Libro IV incluye el Decreto de Secularización de los Bienes de la Iglesia, junto con otras notas y respuestas de Maximiliano a la alta curia mexicana,

Este conflicto entre monárquicos resulta de gran importancia, pues da sustento al punto de vista de Pruneda: Maximiliano fue víctima de un engaño por parte de los sectores conservadores, y por ésta y otras razones no se pudo sostener el Segundo Imperio. En su respuesta al Vaticano, Maximiliano decía:

[...] Decis que jamás la Iglesia mejicana ha tomado parte en las contiendas políticas. ¡Pluguiera á Dios que así fuese! [...] tenemos muchos é irrecusables testimonios, que prueban de manera evidente que los mismos altos dignatarios de la Iglesia se han lanzado á esas contiendas políticas, tomando parte activa en los combates, y desplegando una tenáz resistencia en la marcha regeneradora del Estado (p. 311).

En este papel tan desfavorable y vergonzoso del alto clero mexicano durante el Segundo Imperio, desde la visión de Pruneda no sobresalieron, sin embargo, muchas figuras. Sólo son citados los nombres de los prelados, antes mencionados, Munguía y Labastida.

Por último, cabe señalar que el espíritu de lucha del que dotó Pruneda a Maximiliano, será una constante en la narración de todo el periodo del Segundo Imperio. Junto con la figura de Juárez, el emperador es representado como un personaje excepcional. Si desde su perspectiva el grupo de conservadores y monárquicos de México no vieron las cualidades y apertura del gobierno del Habsburgo, desde España Pedro Pruneda sí las vio y las ponderó positivamente.

### **Hacia una conclusión**

Para el análisis de la *Historia de Méjico...* de Pruneda, se han incluido cada una de las partes del texto, así como los periodos y los principales sucesos del devenir histórico que antecedieron a la intervención francesa y la instauración del Segundo Imperio, con particular énfasis en los personajes que lucharon y lograron la independencia nacional; para resaltar diferencias y semejanzas con la perspectiva de Pruneda, echamos mano de otros textos historiográficos de antes y después de 1867, año de la publicación de la obra de Pruneda. La hondura, la precisión y la perspectiva de su texto nos lleva a la certeza de que la caída del Segundo Imperio y el consecuente triunfo de la república en 1867, era considerado por el historiador español como uno de los grandes sucesos tanto de México y América, como de Europa. Resalta el manejo de fuentes de primera mano, las que seguramente leía en España y, probablemente, las que le enviaban desde México, toda vez que Pruneda era liberal, como los mexicanos que luchaban por reestablecer el modelo republicano de Estado. Sobre este punto no llegamos a la entera comprobación, la cual implicaba la consulta en archivos de España.

Hemos reservado para el Capítulo 3, último de la tesis, un detenido análisis e interpretación sobre los recursos que para construir a Maximiliano de Habsburgo y Benito Juárez, los dos actores centrales del periodo histórico, en los dos discursos historiográficos objeto de estudio: *El Cerro de las Campanas*, de Juan Antonio Mateos, y la *Historia de Méjico...* de Pedro Pruneda.

## CAPÍTULO TRES

### **Los grandes personajes de la novela y de la historia: Juárez y Maximiliano**

El presente capítulo está dedicado al emperador Maximiliano de Habsburgo y a Benito Juárez, presidente constitucional de México, los dos personajes históricos de mayor relieve entre los años de 1864 y 1867, periodo en el que se intensificó la lucha por la instauración de uno de dos modelos de gobierno en nuestro país. El análisis pretende comparar la construcción de los personajes y sus acciones en las tramas narrativas de *El Cerro de las Campanas*, de Juan Antonio Mateos, y de *La Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, de Pedro Pruneda. Inicialmente haremos una breve reseña sobre la construcción de algunos héroes en el imaginario social, para después pasar al análisis, por separado, de Juárez y Maximiliano. Como en los capítulos 1 y 2, se integran al análisis comparativo textos de autores mexicanos y extranjeros cercanos y posteriores a los años 1867 y 1868, y también algunos de años posteriores e, incluso, del siglo XX. Después de los apartados dedicados a Juárez y Maximiliano, se incorpora otro sobre Napoleón III, uno de los personajes de relieve en los textos de Pruneda y Mateos; para finalizar, nos referiremos al proyecto de conformar una cultura nacional haciendo una sucinta enunciación de dos hechos de suma importancia para los ideales republicanos: la Ley de educación de 1868 y el positivismo, el nuevo paradigma histórico. Advertimos, por último, que las citas textuales o paráfrasis de pasajes de la novela de Mateos y de la historia de Pruneda se darán entre paréntesis mediante el título correspondiente y el número de página.

### **Los héroes: forjadores del nacionalismo**

Antes de hacer un breve recorrido por el camino que han seguido algunos de los héroes nacionales anteriores a la Intervención y al Segundo Imperio, conviene revisar someramente el concepto y el papel del héroe en el imaginario social de occidente, para luego pasar al caso mexicano. Como señala Víctor Mínguez, el concepto del héroe moderno es fruto del pensamiento posterior al periodo ilustrado que se consolidó en el periodo decimonónico, así como también en diversos sucesos históricos que permitieron a amplios sectores de la población, tradicionalmente fuera de la esfera del poder, intervenir de manera directa en acontecimientos que dieron como resultado la crisis del antiguo régimen monárquico.<sup>245</sup> Un ejemplo de ello fue la Revolución Francesa; como señaló Georg Lukács, en ésta los grupos que conformaban los ejércitos ya no eran pequeños grupos de individuos que recibían pagos, sino grandes sectores de la sociedad; civiles que necesitaban un símbolo de identidad que bien sería explotado en ese periodo por personajes como el propio Napoleón Bonaparte.<sup>246</sup>

Esas nuevas figuras heroicas eran diferentes a las que la literatura había retomado del mundo clásico. Según Mínguez, del Renacimiento retomó por ejemplo, los poemas de Homero, la valentía de Héctor, Aquiles, que lucharon por la patria y su honor, dejaron de ser exclusivamente reyes y príncipes, para comenzar a incluir a ciudadanos y patriotas. Al pasar de ser figuras míticas o casi míticas, en el periodo clásico, a hombres excepcionales en la época barroca, los héroes se concibieron primeramente como la figura más representativa del sistema imperante de dominación; es decir, el representante máximo del poder monárquico: el rey. El rey era, casi de facto, un héroe en ciernes y su faceta de heroicidad se la daba, en primer lugar, el modo en que había

---

<sup>245</sup> En Víctor Mínguez, “Héroes Clásicos y Reyes Héroes en el Antiguo Régimen”, en *La construcción de héroes en España y México, (1789-1847)*, 2003, pp. 51-52.

<sup>246</sup> Georg Lukács, *La Novela Histórica*, 1966, p. 20.

gobernado su reino. A mayor justicia y buen gobierno mayor categoría de héroe, sin dejar de lado las victorias militares que se lograban bajo su mandato<sup>247</sup>.

Ese proceso de heroicización y de posterior mitificación lo encontramos en varios periodos de la historia de México. En la época de la Conquista, sin duda el personaje que simboliza la resistencia ante el conquistador es Cuauhtémoc. El episodio que más ha sido elevado a la heroicidad es castigo al que se le sometió, después de la última batalla en Tenochtitlan, en un buen número de textos de historia y en obras literarias, así como en la iconografía, por mencionar algunos géneros. El episodio es el siguiente: Al caer prisionero de Cortés, se le pidió a Cuauhtémoc que rebelase el paradero de unos supuestos tesoros de Moctezuma. Esos momentos fueron así descritos, en 1889, por Vicente Riva Palacio:

Cuauhtémoc soportó en silencio y con gran dignidad aquel martirio; pero llegó un momento en que el señor de Tlacopan, no pudiendo ya contenerse, lanzó un gemido débil y volvió el rostro hacia su soberano. Cuauhtémoc le miró con altivez, y después de haberle contemplado un momento le dijo: *¡Hombre de poco corazón! ¿estoy yo acaso en algún baño o deleite?*<sup>248</sup>

Como se sabe, las figuras heroicas representativas de la conquista de México siguieron presentes en el imaginario social durante el periodo colonial, ya que en algún grado representaron actos de rebeldía contra algunos excesos cometidos por el poder virreinal; un ejemplo es la conjura de Martín Cortés en 1565, motivada por la recesión de la cláusula de perpetuidad de la encomienda.

### **El siglo XIX y los héroes de la independencia**

Durante el siglo XIX, algunos personajes de relieve serán identificados en el imaginario social con los héroes que lograron la emancipación nacional. Si en México se piensa en las figuras que representaron en el mismo siglo XIX iconos referentes

<sup>247</sup> Víctor Mínguez, “Héroes Clásicos y Reyes Héroes en el Antiguo Régimen”, en *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, 2003, p. 52.

<sup>248</sup> En: *México a través de los siglos*, tomo II, “El Virreinato”, 2007, p. 8. Versión electrónica.

del nacimiento de nuestra independencia y nacionalismo, vienen a nuestra mente las imágenes de Hidalgo y de Morelos de los libros de texto de la educación primaria; aunque, como se sabe, la imagen, sobre todo del primero, ha cambiado con el tiempo. Al respecto Fausto Ramírez señala que Fernández de Lizardi publicó, entre 1824-1825, un calendario histórico, en que se incluyeron miniaturas con imágenes de los héroes de la patria. De Hidalgo destacaba su postura casi militar, de pie, portando un escudo con la imagen del águila devorando a la serpiente sobre un nopal. Ésa imagen guerrera fue dejada de lado, y en 1831 surgió otra que lo mostraba más cercano al de párroco benevolente, más acorde a un pensamiento libertario e ilustrado, y no a una revuelta sanguinaria, se le mostraba rodeado de libros y una estampa de la guadalupana.<sup>249</sup> Vicente Quirarte señala que Hidalgo “pertenece a una nueva categoría de héroe” que en un lapso “asombrosamente corto cambia hábitos políticos, modas expresiones”.<sup>250</sup>

También ha habido voces que han criticado a Hidalgo, sobre todo por los excesos cometidos por sus huestes en Valladolid y Guadalajara, una de ellas es, por ejemplo, la del liberal José María Luis Mora; otra, la del conservador Lucas Alamán. Y, también autores que justificaron tales hechos como Ignacio Vallarta y otras que –según Carlos Herrejón– en sus discursos ya incorporan la imagen del anciano sabio y venerable, como Luis de la Rosa, en un discurso que pronunció en la Alameda de la ciudad de México el 16 de septiembre de 1845. Caso aparte es Ignacio Ramírez, quizá uno de los oradores que mejor plasmaron esa imagen mítica y arrasadora de Hidalgo, por ejemplo en sus discursos pronunciados el 16 de septiembre de 1863, en plena intervención, y el del 16 de septiembre de 1867, tres meses después del triunfo de la república, en el que

---

<sup>249</sup> En “Hidalgo y su estudio”, en “La ardua construcción de la imagen del Pater Patriae mexicano”, en *La construcción del héroe en España y México (1748-1847)*, 2003, p. 193.

<sup>250</sup> Vicente Quirarte, “La Formación de la Figura del Héroe” en *México en tres momentos: 1810-1910-2010...*, tomo II, 2007, p. 286.



junto al padre de la patria colocaba a los nuevos héroes de la Intervención francesa.<sup>251</sup> Discursos que sirvieron para fijar en el inconsciente colectivo, que ellos, los liberales de 1863 y de 1867 -que enfrentaron y derrotaron a la Intervención francesa- eran los herederos de la lucha del Padre de la Patria; además, a dos meses del fusilamiento de Maximiliano, los héroes de 1867 y entre ellos, implícitamente, Benito Juárez, estaban ya consagrados en el momento mismo del triunfo republicano. En su ensayo “La formación de la figura del héroe”, Vicente Quirarte señala la certeza que mantenía Juárez para continuar el camino Hidalgo.<sup>252</sup>

Las piezas oratorias de Ramírez y de otros liberales triunfantes formarían más tarde las lecciones de historia patria, pero también, textos de otros géneros del discurso lograron fijar la heroicidad, como las novelas históricas. Juan Antonio Mateos en *El cerro de las campanas* (1868), como referiremos más adelante; en su tercera novela histórica, *Sacerdote y Caudillo*, daba el siguiente retrato Hidalgo:

Una cabeza perfectamente modelada, la frente alta [...] los ojos claros, la nariz recta, los labios delgados, la faz morena [...] la mirada profundamente reflexiva, y todo el aquel rostro bañado de una calma concentrada [...] El rector de San Nicolás llevaba calzón corto negro, medias del mismo color, zapatos de cuero con hebillas, levita larga, y un cuellito que servía como arreo del traje talar.<sup>253</sup>

Si bien el “Padre de la Patria” era Hidalgo, otro sacerdote, José María Morelos, era reconocido como “Siervo de la nación”. Esta figura, menos citada en los discursos patrios de la primera mitad del siglo XIX, sí es incluida en *Libro Rojo* (1870); Vicente Riva Palacio narra el advenimiento de Morelos como “guerrillero”, “caudillo” y “mártir”.<sup>254</sup> De Morelos se conoció su valor y gran talento estratégico; se sabía de los elogios de Napoleón Bonaparte sobre su capacidad militar por la frase: “dadme

<sup>251</sup> En Ignacio Ramírez, discurso pronunciado el 15 de Septiembre de 1867, en *Ensayos*, 1994, p. 63 y 71-75.

<sup>252</sup> Ver “La Formación de la Figura del Héroe”, en *México en tres momentos: 1810-1910-2010...*, tomo II, 2007, p. 292.

<sup>253</sup> Juan A. Mateos, *Sacerdote y Caudillo, Memorias de la Insurrección*, 1986, p. 13.

<sup>254</sup> En el *Libro Rojo*, 1989, p. 336-342.

cinco Morelos y conquistaré el mundo”. Después del breve periodo victorioso liderado por Hidalgo, Morelos se convirtió en la figura más representativa y carismática del ejército insurgente; con él se logró lo que no se pudo con Hidalgo: mantener organizados y disciplinados a los contingentes rebeldes.

Uno de los historiadores que glorificó la figura del sacerdote estratega fue Carlos María de Bustamante; en su *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, escrito en 1843, en el cual dedicó su “Carta primera” -de la segunda parte- titulada “A la gloria de Morelos”, y de la misma manera en *Elogio histórico del General Don José María Morelos y Pavón*, de 1822 al “que contribuyó á dar libertad é independencia que hoy disfrutamos.<sup>255</sup> Para Carlos Herrejón, en ambos textos Bustamante elaboró “un modo peculiar de hacer historia”, en que se mezclaban testimonios de primera mano “con la expresión desbordada del sentimiento que le llega en ese momento, ya de alabanza desmesurada, ya de condenación vehemente”.<sup>256</sup> Tal estilo se asemeja al de Juan Antonio Mateos y al de Pedro Pruneda para narrar los hechos de la Intervención francesa.

Para nuestro análisis, es importante señalar que además de los textos históricos, Bustamante elaboró en 1836 una obra “alterna”, una narración histórica titulada, *Mañanas de la Alameda de México*, en dos tomos, que se publicaban “para facilitar a las señoritas la historia de su país”. Se trataba de un diálogo informal, entre una dama británica y varios interlocutores mexicanos:

*Myladi*. Tengo presente que en nuestra última conversación dejamos a Netzahualcóyotl campado en las inmediaciones de Tlaxcala, esperando la reunión de tropas que debía hacerse en aquel punto para venir a recobrar su imperio. *Doña Margarita*. [...] será preciso que por ahora dejemos allí a nuestro príncipe, pero no penando, ni haciendo

---

<sup>255</sup> En *Cuadro Histórico de la revolución mexicana*, 1961, t. I, p. 335. Bustamante, además de historiador fue periodista, Morelos lo nombró editor del periódico independentista *El Correo del Sur*; fue diputado en el Congreso de Chilpancingo y escribió el discurso inaugural que Morelos leyó en septiembre de 1813.

<sup>256</sup> Carlos Herrejón, “La Imagen Heroica de Morelos”, en *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, 2003, p. 244.

penitencia como los caballeros tecuhtlis, ni sufriendo empellones para probar su constancia y valor, sino formando planes alegres para hacer la felicidad de los texcocanos, después de restablecido en su trono. Demos entretanto un vistazo sobre lo que pasaba en México después de muerto en una prisión el desgraciado Chimalpopoca, y lo mismo en Tlatelolco.<sup>257</sup>

Como se nota los escritores mexicanos utilizaban cuanto formato estuviera a su mano para difundir los episodios históricos que ellos consideraban que la sociedad necesitaba saber. Respecto de nuestro tema es interesante verificar que durante el Segundo Imperio y bajo las órdenes de Maximiliano, se hayan tomado algunas acciones para reforzar el aspecto heroico de Hidalgo. Por ejemplo, en 1865 y por encargo del Emperador de México, el pintor Joaquín Ramírez elaboró el retrato que se convertiría en una de las imágenes más conocidas del iniciador de la guerra de Independencia, en nuestros días aparece en los billetes de mil pesos,<sup>258</sup> y se convertiría en una de las imágenes más conocidas de Hidalgo, y que junto a otras fue hecha con la intención de ser exhibidas en el salón Iturbide del Palacio Imperial de México.

Otro recurso para construir a los héroes lo encontramos en el ya referido *El Libro Rojo*, (1870) de Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre. En la obra hay episodios históricos, semblanzas biográficas y hechos notables. Ahí figuran: Moctezuma II, Cuauhtémoc, Jicotécatl y otros personajes que lucharon contra las fuerzas invasoras de España. Del periodo colonial Martín Cortés; y luego todos los personajes que en el siglo XIX fueron considerados como iniciadores del movimiento de independencia: Ignacio Allende, Primo de Verdad, Mariano Matamoros, Javier Mina, Vicente Guerrero, Miguel Hidalgo, José María

---

<sup>257</sup> La obra tuvo éxito a decir del autor en una nota de agradecimiento fechada en febrero de 1836 al Vizconde de Kigsborough, el que dice: “con agradable sorpresa los siete tomos de la espléndida obra que vuestra señoría ha publicado en esa capital con el título de *Antigüedades mexicanas*”. En Carlos María de Bustamante, *Mañanas de la Alameda de México*, Tomo II, 1836, “Preliminares”, pp. I y 4. Facsimilar y electrónica de Cervantes virtual, versión [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p0000001.htm#I\\_1](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p0000001.htm#I_1)

Morelos, y luego los que lucharon contra el Segundo Imperio: Leandro Valle, Santos Degollado, Nicolás Romero, José María Arteaga y Carlos Salazar. Cabe señalar que Juan Antonio Mateos escribió los episodios de Leandro Valle, Nicolás Romero y Santos Degollado.

En 1870 se avanzaba en la formación del panteón de héroes de la historia patria. Al *Libro Rojo* le siguieron otros episodios nacionales, por ejemplo las *Leyendas históricas*, de 1899, de Ireneo Paz, entre las que está una dedicada a Maximiliano y otra a Juárez. A principios del siglo XX, Victoriano Salado Álvarez publicó sus *Episodios nacionales*, entre 1902 y 1906, género del discurso apto tanto para enaltecer como para disminuir a las figuras históricas.

### **Maximiliano de Habsburgo en *El Cerro de las Campanas***

Antes de referir algunas de las descripciones y acciones del personaje histórico, es importante señalar que Mateos hizo puntualmente algunas de las acciones que Maximiliano efectivamente realizó en el ámbito público y, además, participa en el plano ficticio en algunos momentos de la intriga novelesca, rasgo genérico en la novela histórica, como señala Celia Fernández Prieto: “las entidades históricas (personajes, acontecimientos, espacios) no tienen una presencia escasa, sino que constituyen el soporte fundamental de la diégesis [mundo narrado]. La autora explica el concepto de novela histórica didáctica -que bien podríamos aplicar a *El Cerro de las campanas*- , apoyándose en Albert Halsall, quien define esa modalidad por cuanto coexisten personajes inventados con personajes y sucesos históricos: “pretend offrir une interpretation persuasive des éléments historiques traités”.<sup>259</sup> Celia Fernández Prieto añade que el novelista goza de plena libertad para inventar hechos o acciones de los personajes que hayan permanecido como “áreas oscuras” en la historiografía, sobre todo

---

<sup>259</sup> Celia Fernández Prieto, *Historia y Novela: Poética de la Novela Histórica*, 1988, p. 177.

cuando se trata de sucesos recientes. Además señala que la cercanía con el periodo aporta elementos que inciden en la recepción de la obra, por ejemplo: los datos que el lector comparte con el texto producen un mayor impacto emocional y, también, uno muy importante: el hecho de que el narrador haya sido testigo de algunos de los acontecimientos que narra.<sup>260</sup>

Retomando la caracterización de Celia Fernández Prieto, en este apartado se analizan las acciones públicas del Emperador Maximiliano y, particularmente, el episodio del fusilamiento. Correspondiendo al suceso histórico, el Emperador es el personaje central del drama humano de la Intervención; oye las voces y las señales, augurios que introduce Mateos en la trama narrativa. Tales señales, desde el punto de vista del narrador, mostraban el error de Maximiliano; como personaje trágico, acudía hacia un destino adverso e inexorable. Era presa de sus dudas, ambiciones y debilidades humanas. Pero el novelista no hizo del Emperador un simple juguete de los poderes europeos y mexicanos, ni de Napoleón III, ni de Pío IX, ni de la Iglesia mexicana, ni de los conservadores mexicanos, con los que finalmente no hace tratos. Tampoco modificó las leyes de Reforma, no cedió a los embates del clero para modificar las leyes y retornar al estado anterior. Por ejemplo, en la trama aparece una supuesta oferta del plenipotenciario de Napoleón III -el barón de Saillard- por la cual las tropas francesas no se retirarían de México:

Pues bien, señor, si V.M. Cede la Sonora y esa raquílica faja de la Baja California, la deuda quedará en saldo y acaso la Francia detendrá sus tropas en el territorio [...] – Señor barón, dijo el emperador, he jurado conservar ileso el territorio nacional, y estoy dispuesto a todas la eventualidades antes que vender un sólo palmo de tierra. (*El Cerro de las Campanas*, 195).

Mateos no presentó a Maximiliano como un hombre pusilánime o vencido por la voluntad de Carlota; era cautivo, en cambio, de sus pasiones. En él existían

---

<sup>260</sup> Celia Fernández Prieto, *Historia y ficción. Poética de la novela histórica*, 1997, pp. 186-188- 190.

sentimientos nobles, demostraba amor y comprensión por la emperatriz y su enfermedad. En lo político era proclive a las ideas liberales, no aspiraba al despotismo ilustrado o al absolutismo, razón por la cual se enfrentó a los conservadores mexicanos. Intentó formar un gobierno que incluía a algunos eminentes moderados y se declaró a favor de las Leyes de Reforma, situación que lo enfrentó de manera irreconciliable con el propio Vaticano y la poderosa Iglesia mexicana. Como se sabe, estos rasgos del personaje son auténticos y figuran en la historiografía. Pero en otros episodios de la novela, la imagen de Maximiliano no sale tan bien librada. Como ejemplo podemos citar el decreto del 5 de septiembre de 1865 sobre una ley que pretendía la colonización de algunas regiones de México, que implicaba la oferta de terrenos a los terratenientes esclavistas del sur de Estados Unidos. Esta acción debe haber sido desconocida por Mateos, ya que fue publicada por José María Iglesias desde Paso del Norte, en diciembre de 1865.<sup>261</sup> Pero, sin duda, lo que más se le criticó al Emperador fue el *Decreto del 3 de Octubre de 1865*, en el que se penalizaba a grupos y bandas armadas, no autorizadas; en el Artículo Segundo se lee la sentencia:

Los que perteneciendo á las bandas de que habla el artículo anterior, fueren aprehendidos en función de armas, serán juzgados por el jefe de la fuerza que hiciere la aprensión, el que en un término, que nunca podrá pasar las veinticuatro horas inmediatas siguientes á la referida aprensión hará una averiguación [...] De esta averiguación se levantará un acta que terminará con su sentencia, que deberá ser la pena capital, si el reo resultare culpable, aunque sea sólo del hecho de pertenecer á la banda...<sup>262</sup>

Sobre el decreto, Mateos señaló que primero Maximiliano dudó sobre la viabilidad del mismo, pero finalmente y siguiendo el consejo del Plenipotenciario francés Saligny, accedió y firmó “el decreto memorable, que vio con asombro el mundo

---

<sup>261</sup> Ver *Revistas Históricas sobre la intervención francesa en México*, 1972, p. 696. Puede consultarse también al respecto la correspondencia de la “Legación Mexicana” en Estados Unidos, en el Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Núm. 13, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México. 1865-1866*, México, 1961. Conviene aclarar que las cláusulas de la mencionada ley pueden ser poco claras por lo que es necesario revisar el texto, específicamente el reglamento de “operarios”, véase las páginas 90 y 91.

<sup>262</sup> Citado por José María Vigil en: “La Reforma”, t.XVI de *México a través de los siglos*, 1987, p, 148.

civilizado” (*El Cerro de las Campanas*: 184). Mateos señalaba como resultado del decreto, el fusilamiento de los militares republicanos aprehendidos con las armas, y lo incluyó en la novela como un ejemplo de abnegación patriótica por parte de las víctimas. También narró con detalles la aprehensión de Arteaga y Salazar, así como las peticiones de indulto que finalmente fracasaron, a pesar de que el general Vicente Riva Palacio había indultado a un contingente de soldados belgas unos meses antes. El juicio sobre las ejecuciones elevó a los personajes a la heroicidad:

No hubo misericordia, los defensores de la república quedaron diezmados; ¡pero la revolución se levantó más terrible y amenazante, juró venganza ante el cadalso de Arteaga! [quien] fue conducido al suplicio en una camilla; no podía andar a consecuencia de haber recibido una herida en las cumbres de Acutzingo, una herida cosechada en el campo de batalla, defendiendo a la patria contra la invasión francesa. (*El Cerro de las Campanas*: 186)

Después de ese hecho, la guerra tomó tintes más sanguinarios y la respuesta de desde el lado liberal no se hizo esperar, como lo señalaba José María Iglesias en sus *Revistas Históricas*: los militares, antes magnánimos con los prisioneros, ahora actuaban sin misericordia con los prisioneros.<sup>263</sup> Incluso, el guerrillero Pablo Martínez, personaje ficticio, se volvió el azote de los contingentes monárquicos.

En la novela, Maximiliano aparecía como el hombre que fue: buen esposo, amante de la naturaleza y enamorado, faceta que se abordó en el capítulo 1. En suma, Mateos lo presentó al lector sin rencor, pero sin miramientos; un hombre, a veces, temeroso y proclive a la abdicación; un ejemplo al respecto aparece en el capítulo séptimo de la tercera parte de la novela: después de que Maximiliano y Carlota se enteran de que las tropas francesas saldrán definitivamente de México -mayo de 1866- bajo presión de Estados Unidos, Maximiliano se mostraba temeroso y dubitativo, a lo que una Carlota desafiante le señalaba: “... ¡la muerte es preferible a esa evidencia ridícula de un rey

---

<sup>263</sup> En José María Iglesias, *Revistas Históricas sobre la intervención francesa en México*, 1972, p. 701.

destronado!”<sup>264</sup> La valentía y la entereza del Emperador se mostraban en los últimos momentos de su vida, cuando salió al patíbulo, en Querétaro:

[...] al llegar a la puerta [de la prisión] se detuvo un momento y pidió un pañuelo a pesar de que llevaba uno en la mano y otro en la bolsa [...] Los reos subieron a los coches y la comitiva partió rumbo al sitio de la ejecución. [...] Los carruajes hicieron alto, y los reos saltaron a tierra. Al poner pie en ella, Maximiliano vaciló; pero inmediatamente se agarró al sacerdote que iba a su lado y se repuso, recobró su espíritu [...] Repartió el oro que tenía, a los soldados que estaban en su frente, les recomendó que le tiraran al pecho, y con el pañuelo que había pedido en la puerta de la prisión se amarró la cara, para evitar que al hacerle fuego se le incendiara la barba [...] Maximiliano tendió su vista a la ciudad que tenía a su frente. Maximiliano la dirigió al cielo, murmurando con acento melancólico estas palabras: “en un día tan bello como éste quería morir”. El príncipe tenía la serenidad de la resignación. (*El Cerro de las Campanas*: 419-420).

Mateos no convirtió ese acto, la escena final de la vida de Maximiliano frente al pelotón de fusilamiento, como un acto vengativo sino uno que era necesario en lo político. El hecho de narrar detalles como el del pañuelo, el acto de momentánea vacilación del archiduque al descender del vehículo que lo transportaba y el envolver su barba con un pañuelo, son detalles que la historiografía de ese periodo no recoge; las últimas palabras de Maximiliano las reserva para el final de la trama. El novelista parece apegarse al suceso y entrega a sus lectores a un personaje digno, virtuoso, melancólico, un retrato cercano al personaje romántico. En el fragmento citado se puede apreciar que Maximiliano fue valiente al encarar su final, lo acepta y no se amedrenta ante él. Estos elementos de arrojo que dejan ver la fuerza interior del personaje son los que Mateos consideró más adecuados y, seguramente, conmovieron al lector de 1868 y, todavía, al de ahora.

En *El Cerro de las Campanas* Maximiliano no fue sólo víctima de las circunstancias. Mateos creó un personaje cercano al hombre de carne y hueso, con debilidades y aciertos como sucede en las novelas, el personaje es lo más vivo de la novela, “la lectura de éste depende básicamente de la aceptación de la verdad del

---

<sup>264</sup> Mateos, *El Cerro de las Campanas*, 1985, p. 239.



personaje por parte del lector.”<sup>265</sup> Sus peores momentos son en los que se muestra temeroso y con dudas, a las que enfrenta en parte gracias al valor y la seguridad que le da Carlota. Lo que pierde a Maximiliano fue la fatalidad, que provocó un destino trágico.

La función del personaje de Maximiliano en *El Cerro de las Campanas* se asemeja a una llave que abre y une los principales sucesos históricos narrados. Mateos reconoció el sentido trágico que se abatía sobre la vida y el destino del austriaco y de su esposa Carlota; supo llevar hasta el máximo ese destino aciago que para el novelista constituyó una prueba más de que la causa monárquica era una causa destinada al fracaso. Mateos fue, posiblemente, el primero -o uno de los primeros- en reconocer y plasmar en una novela histórica la culminación infausta del Segundo Imperio mexicano; tuvo la oportunidad de vivir los sucesos, de ser testigo, y de echar mano de los datos en el momento de escribir su novela, y poder así tejer una trama llena de hechos y sucesos que se vuelve trágica para muchos de los que pertenecían al lado conservador y promonárquico, lo cual nos permite verificar que *El Cerro de las campanas* corresponde al de novela histórica testimonial. Los sucesos narrados en la novela de Mateos, apenas acontecidos, se convirtieron en hechos históricos; por lo excepcional de algunos de ellos fueron llevados a las obras de historia, las crónicas y los episodios nacionales, a lo largo del siglo XIX, algunos de los cuales hemos referido. En el siglo XX también fueron foco de atención en textos literarios; por ejemplo, la obra de teatro *Corona de sombra* (1947), de Rodolfo Usigli; la novela histórica *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso (1987); y obras de historia, por ejemplo *El Segundo Imperio* (2005) de Erika Pani, entre otros.

---

<sup>265</sup> Antonio Cándido, “El personaje de novela”, traducción al español de Jorge Ruedas de la Serna, p. 2.

**Maximiliano de Habsburgo: el personaje histórico en la *Historia de la Guerra de Méjico...* de Pedro Pruneda.**

En la *Historia de la Guerra de Méjico...* de Pedro Pruneda, la construcción del personaje del emperador Maximiliano presenta algunas diferencias respecto de *El Cerro de las Campanas* de Mateos. El historiador mostró otra perspectiva, no obstante la documentación de primera mano que se allegó y/o le enviaban desde México. En opinión de Pruneda, Maximiliano fue engañado por los conservadores, desde el momento en que aceptó venir a México y hasta el desenlace en Querétaro, y también por el clero que, lejos de apoyarlo, se puso en su contra por temor a sus ideas liberales, señaladas en el siguiente fragmento:

[...] el joven monarca pudo comprender que estaba éste [el suelo mexicano] completamente absorbido por manos muertas que lo esterilizaban, y se propuso con mayor y más decidido empeño, no sólo aprobar la desamortización llevada a cabo por Juárez, sino hacerla estensiva en cuanto las circunstancias se lo permitieran [...] y reconocer importantes derechos personales, entre los cuales figuraba en primer término la libertad de creencias religiosas [...] á pesar de la oposición del clero y del despecho de todo el partido reaccionario... (*Historia de la Guerra de Méjico*, 269).

El afán de señalar cada una de las “trampas” o engaños que sufrió Maximiliano, van llevando al lector hacia un juicio que propone al Emperador como víctima de situaciones inesperadas o incongruentes con lo que le habían “pintado” los mexicanos en Miramar y los enviados de Napoleón III. Sin embargo, Pruneda refirió algunas acciones de Maximiliano orientadas a conocer él mismo el grado de aceptación de su persona, ya que no confiaba del todo en los monárquicos mexicanos: un ejemplo es el viaje que hizo por algunos estados del país en 1864, ocasión de comprender, “que no en todas partes era acojida con entusiasmo la idea que en México había ido á representar, sino por el contrario, que habria lucha y muy sangrienta contra los partidarios de la doctrina de Juarez [sic]” (*Historia de la Guerra de Méjico*, 261-262). (Los estados que no mencionó Pruneda son: Querétaro, Guanajuato, Estado de México y Michoacán)

No obstante lo anterior, un poco más adelante señalaba que Maximiliano regresó a la capital el 30 de octubre de 1864, fue recibido con afecto y entusiasmo, y él informó públicamente sobre las visitas y manifestó la “profunda y grata impresión que la habían causado los testimonios de adhesión a su persona de todos los mejicanos, tanto en la capital como en las demás poblaciones”. (*Historia de la Guerra de Méjico*, 262).

El informe positivo de las visitas lo extendió a la emperatriz Carlota en una carta que figura en la *Correspondencia de Maximiliano y Carlota*,<sup>266</sup> sobre su visita a Morelia, en la que le dice: “nunca había experimentado en toda mi vida algo semejante al recibimiento”, incluso lo compara con el que antes tuvo en Puebla y señalaba que no fue “nada en comparación con éste” De lo anterior se deduce que en el texto de Pruneda hay ambivalencias sobre el actuar de Maximiliano. Como es sabido, en algunas partes del país hubo muestras de apoyo para los emperadores y en otras no, por lo que era difícil tener tan claro el panorama. Por ejemplo, en el viaje que hace Carlota a Yucatán las demostraciones parecen sinceras; ella misma lo señaló en una misiva de noviembre de 1865 a Maximiliano: “El recibimiento fue excelente, me cubrieron de flores y todos los caciques rodeaban el carruaje, todos gritaban y vociferaban, miles de hombres llenaban las calles...”<sup>267</sup>

Aunque la “atmósfera” creada en el recibimiento en Mérida parecería cegar el criterio de Carlota, se puede afirmar que en su viaje hacia el sur de México, ella supo diferenciar cada uno de los lugares visitados. Unos días antes, le informaba a Maximiliano desde Orizaba: las “cosas no van bien aquí”; ella lo atribuía, en parte, a los “rumores” de que se iban del país.<sup>268</sup> Por el contrario, en la ciudad y puerto de Veracruz, antes de embarcarse para Mérida, le escribe a Maximiliano con optimismo que ahí “nunca se había visto tal entusiasmo” y que muchos de los “españoles” que

<sup>266</sup> 2003, p. 156

<sup>267</sup> Carta de Carlota a Maximiliano, fechada en Mérida el 23 de noviembre de 1865, en *Ibid.*, p. 238.

<sup>268</sup> Carta de Carlota a Maximiliano, fechada en Orizaba el 10 de noviembre de 1865, *Ibid.*, p. 225.

vivían en el puerto y antes “no eran partidarios del Imperio”, ahora le rinden su “devoción”.<sup>269</sup>

José María Iglesias, en sus *Revistas* de diciembre de 1865, informaba que el viaje al sur del país originalmente estaba planeado para la pareja imperial, pero la situación política lo impidió y, sobre todo, porque avivaría la idea de que se irían del país. Además señaló que en su recorrido, Carlota “fue recibida con la mayor frialdad”.<sup>270</sup> De lo anterior se desprende que Maximiliano se dio cuenta de que el “cuadro” que le habían pintado no era exacto y, a la vez, parece que se olvida pronto del hecho y prefiere confiar en que todo le saldrá bien. Habría que recordar que mexicanos avocados en Europa le habían descrito una situación en extremo favorable al modelo monárquico.

Años después, en 1889, José María Vigil consideraba que las visitas de Maximiliano a algunas ciudades fue un medio inadecuado para formarse una idea exacta de la situación y del “verdadero estado de la opinión pública”; el historiador negaba la influencia que sobre la administración y la política habían tenido los viajes, no obstante el entusiasmo de la gente, el recibimiento con música, cohetes y *Te Deum*, las visitas a las escuelas, cárceles e iglesias, “donde pronunciaba algunos brindis en que salía a relucir la independencia de *nuestro país*, corría algunos desaires á los conservadores y continuaba su marcha.”<sup>271</sup>

Pruneda refería la situación que imperaba en Europa respecto de los esfuerzos de mexicanos, como los de Gutiérrez Estrada, en las diferentes cortes europeas, y también, sobre la comisión que viajó a Miramar con la representación de los llamados “Notables”, lisonjeros y optimistas, que provocaron la desconfianza de Maximiliano sobre la situación que le presentaban. De hecho, Pruneda señala la negativa inicial del

<sup>269</sup> Carta de Carlota a Maximiliano, fechada en Veracruz el 16 de noviembre de 1865, *Ibid.*, p. 232-234.

<sup>270</sup> José María Iglesias, *Revistas Históricas sobre la intervención francesa en México*, 1972, p. 703.

<sup>271</sup> José María Vigil, “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. XVI, 1987, p. 84.

archiduque por aceptar el trono de México, porque sabía perfectamente que “sólo una cuarta parte de la República se había adherido á la decisión de los notables” (*Historia de la Guerra de Méjico*, 202). No se podía alegar, siguiendo la narración del historiador español, que Maximiliano no estuviera informado de la situación que podía encontrar en México.

Un ejemplo de algunas muestras de reprobación hacia las acciones del Archiduque, por parte de Pruneda, está en lo relativo al Decreto inclemente que Maximiliano firmó del el 3 de octubre de 1865, antes mencionado; reconocía que fue:

[...] inoportuno, porque precisamente se espedia en los únicos momentos en que la causa de la República parecía próxima á ser aniquilada; y fué torpe é impolítico, porque tan inusitado rigor no podía producir otro resultado que el que efectivamente produjo. (*Historia de la Guerra de Méjico*, 335)

No obstante, unos cuantos párrafos adelante, Pruneda matizaba afirmando que Maximiliano debió de haber firmado el decreto: “cediendo a las apremiantes indicaciones de sus consejeros, que como de costumbre lo engañaron” (*Historia de la Guerra de Méjico*, 336). Es decir, restaba responsabilidad al emperador. Sin embargo, concluía que fue un exceso y, sobre todo, mencionaba los fusilamientos de los generales republicanos José María Arteaga y Carlos Salazar, así como un contingente de combatientes mexicanos. Calificó el acto de sanguinario y lo ilustra citando las últimas palabras que escribió Arteaga a su madre: “Hoy he caído prisionero y mañana seré fusilado. Muero a los 33 años de edad. En esta hora suprema, es mi consuelo legar un nombre sin tacha” (*Historia de la Guerra de Méjico*, 336). Suceso que no sólo impactaba al lector, sino que además subrayaba el martirio de los combatientes republicanos, así como también la reprobación por el fusilamiento, como lo señalaría en 1870, Vicente Riva Palacio en *El Libro Rojo*, en el que incluye el episodio “Arteaga y Salazar”.

Con el afán de comparar más a fondo el episodio del fusilamiento de los militares republicanos, consideramos oportuno citar la opinión que sobre el hecho dio Francisco de Paula y Arrangoiz en los *Apuntes para la historia del Segundo Imperio*, impresa en Madrid, en 1869.<sup>272</sup> El monárquico mexicano citó el Decreto con todos sus artículos, algo que no hacen ni Pruneda ni otro reconocido historiador del acontecimiento, Egon Corti, quien sólo señaló que fue un “fatal” decreto, pero en lo que sí se explayó es en señalar que Napoleón III urgió a Maximiliano para que acabara con el “bandidaje” usando la “mayor energía” en la represión.<sup>273</sup> Arrangoiz, en cambio, calificó al decreto de “impolítica y bárbara ley”<sup>274</sup> señalando que Maximiliano no podía alegar inocencia u omisión en los hechos, pues sabía lo que el decreto significaría para los grupos armados republicanos:

Los que defienden al Emperador han dicho que su objeto no era aplicarlo más que a los bandidos, a los asesinos; pero el artículo primero está [sic] bien terminante: ‘proclamen o no algún principio político, *cualquiera que sea el número de los que formen la banda*’, etc. Y que se había dictado contra los jefes, oficiales y soldados republicanos, está probado con haberlo puesto inmediatamente en ejecución en Uruapan [...] a los generales Arteaga y Salazar; a los coroneles Díaz, Villagómez, Pérez, Miliena y Villada; todos fueron pasados por las armas inmediatamente.<sup>275</sup>

Pruneda se mostró tolerante respecto a la responsabilidad que tuvo el Emperador de México con el tan citado decreto; destaca, en cambio la opinión muy crítica del monárquico Arrangoiz. Ésta es una muestra de que historiador español manifestó simpatía y algunas veces admiración, no sólo por Maximiliano, sino también por la institución monárquica. Otro ejemplo de simpatía se dio cuando Pruneda se sirvió de

---

<sup>272</sup> Aunque la primera edición de *México desde 1808 hasta 1867* es del año 1871, la precede una versión del periodo imperial más breve, denominada *Apuntes para la Historia del segundo Imperio mejicano* impresa en Madrid en 1869 por la Imprenta Rivadeneyra. Arrangoiz señala en su Introducción: “agotados los pocos ejemplares que se imprimieron y excitado por personas muy respetables, me he resuelto a publicar una segunda edición de los Apuntes, aumentada con documentos importantes”, en edición de Porrúa, 1996, p.7. A principios de 1865, Arrangoiz renunció a la representación del Imperio en las legaciones de Bruselas y Londres, y en una carta le reprocha a Maximiliano el no haber seguido las políticas conservadoras. En *México y el mundo, Historia de sus relaciones exteriores*, tomo III, 1990, p. 190, Patricia Galeana, et al.

<sup>273</sup> Egon Corti, *Maximiliano y Carlota*, 2003, p. 385.

<sup>274</sup> Francisco de Paula y de Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, 1996, p. 719.

<sup>275</sup> *Ibid*, p. 720.

una fuente monárquica para describirlo, un “folleto” que antes había publicado en México el monárquico mexicano Gutiérrez de Estrada, un documento que sólo encomiaban al austriaco, trasladado así:

El archiduque Fernando Maximiliano, tiene un personal que previene en su favor de modo irresistible...Dotado de una disposición natural para las artes, las ciencias y las letras, las cultiva con valor y lucimiento. Su actividad y laboriosidad son prodigiosas [...] Hermano de un emperador ilustre, gran almirante del imperio, colocado muy cerca del trono, objeto del respetuoso amor y admiración de todas las clases de la sociedad, conocido y estimado en toda Europa. (*Historia de la Guerra de Méjico*, 211).

Aunque Pruneda dio muestra de imparcialidad al incluir el “folleto” de fuente monárquica, en otros casos el historiador español se mostró doctrinario, por ejemplo, el no considerar como fuente válida la *Historia* de Lucas Alamán.

Otro acto que Pruneda señaló como una muestra de la habilidad política y buena voluntad del Emperador es el trato hacia Benito Juárez:

Cuando Maximiliano fué a Méjico, uno de sus primeros actos fué ofrecer a Juárez un alto puesto en el imperio á cambio de su sumisión; pero el presidente de la República, con la energía propia de su carácter de hierro, rechazó la proposición. Un año más tarde, dió un público testimonio del alto concepto en que tenía a Juárez; otro ménos franco, ó de sentimientos ménos elevados, se hubiera callado alabanzas que debían aumentar el prestigio del que al fin era su mortal enemigo, y el único á quien verdaderamente podía temer [...] (*Historia de la Guerra de Méjico*, 211).

Por lo tanto, Pruneda entregó al lector un Maximiliano que en momentos clave es víctima de las circunstancias, engañado por los conservadores en Europa y México, distanciado del clero que, como ya se señaló antes, lejos de apoyarlo se volvió en su contra. El historiador presentó a Maximiliano como un gobernante con dotes políticas mas insuficientes para lidiar con los grupos de conservadores y liberales que conformaron su gabinete.<sup>276</sup> Por ejemplo, de sus ideas liberales cita textualmente los artículos del Decreto, fechado en febrero de 1865, que contenía disposiciones por las

---

<sup>276</sup> El número de participantes en cada Ministerio fue diferente; los más importantes son: *De Estado*, José Fernando Ramírez; *De la Casa Imperial*, Juan N. Almonte; *Negocios Extranjeros*, Martín del Castillo; *Gobernación*, José María Esteva; *Justicia y negocios eclesiásticos*, Pedro Escudero y Echánove; *Justicia*, Teodosio Lares; *Instrucción pública y cultos*, Francisco Artigas; *Fomento*, José Salazar Ibarregui; *Guerra*, Juan de Dios Peza; *Hacienda*, José María Lacunza y Santiago Vidaurri.

que los liberales mexicanos habían luchado: la desamortización de los bienes eclesiásticos, para facilitar el “paso de la propiedad de manos del indolente ó descuidado á las del hombre laborioso”; la católica, como religión del Estado, y la libertad de cultos -señal de tolerancia- pese a las amenazas de El Vaticano. (*Historia de la Guerra de Méjico*, 269).

Aunque podría parecer incongruente la admiración de Pruneda por el austriaco, no es tal, sino, más bien, una muestra de que sabía diferenciar bien las condiciones de su patria, España, y las de nuestro país, como señala José María de Jaime Lorén, en un artículo reciente (2006), Pruneda tenía una “personalidad rotundamente liberal, siempre en defensa de los valores democráticos y republicanos”;<sup>277</sup> fue miembro del grupo que, entre 1866 y 1868, logró el encumbramiento del general Juan Prim y la abdicación de la reina de España Isabel II. Participó en actividades a favor del derrocamiento del régimen dirigido por O’Donnell que buscaba crear una:

Asamblea constituyente por sufragio universal, señalando, una vez más, como era la vía insurreccional la única posible. Con la salvedad de que ahora ya no se buscaba sólo un cambio de orientación política, sino la misma caída de la monarquía. La intervención de Pedro Pruneda en las intentonas revolucionarias de Junio de 1866 fue muy activa...<sup>278</sup>

Pruneda se alineaba con el liberalismo que representaba ese grupo en España, y al parecer así como estaba convencido que para el caso mexicano el modelo republicano era el más adecuado, él luchaba por uno parecido en España, a pesar de que, como él mismo señala, contaba con uno de los elementos básicos para la monarquía: la tradición. Sin embargo, en México el sentir de una parte de la población se decantaba por el lado conservador. Un ejemplo al respecto lo encontramos en la opinión del monárquico Arrangoiz, que bien pudo ser el propósito o la pretensión de un sector conservador en México. Desde Europa, a la que emigró en 1871, escribía:

---

<sup>277</sup> De Jaime Loren José María, *et al*, “Pedro Pruneda Martín (El Poyo del Cid, 1830-1869): escritor y político republicano, autor de la primera historia de Teruel” *Xiloca*, núm. 34, 2006, p. 53.

<sup>278</sup> *Ibid*, p. 54.



[...] ese partido y esos hombres son los que llevaron al trono a Maximiliano, porque prometió lo que se quería ante todo: la reparación del santuario, la conservación del principio católico, y con ella el establecimiento sobre base firmísima del poder civil; pues no hay que dudar: la restauración de 1863 fue una obra de aspiraciones católicas, como lo fue la proclamación de la independencia en 1821[...] Los hijos y los descendientes de los que en 1821 llamaban al trono de México a Fernando séptimo, son los que llevaron al trono de México a Maximiliano; fue el mismo partido, el conservador, al cual ningún otro, en ningún país, le ha llevado ventaja en consecuencias y abnegación.<sup>279</sup>

Con el panorama español en la época de Isabel II, que referimos en el capítulo 2, resulta consecuente que el historiador español apreciara a un hombre con las cualidades liberales del emperador Maximiliano, una figura que se convertía en una opción deseable para imponer orden en un país que lo necesitaba de manera inminente, pero, señala: “Maximiliano era demasiado bueno y demasiado liberal, y estas dos nobles cualidades que hubieran afirmado su trono y su dinastía en Europa, no le sirvieron de nada en Méjico” (*Historia de la Guerra de Méjico*, 211).

Esta opinión se asemejó a la expresada tres años después por Rafael Martínez de la Torre, abogado liberal<sup>280</sup> y uno de los defensores del Archiduque durante el proceso judicial de Querétaro, quien más tarde, en 1871, se preguntaba: “¿Por qué causa vino a morir a Querétaro, en el cerro de las Campanas, quien pudo ser rey en Europa?”<sup>281</sup> y él mismo respondía aludiendo el estado crítico en que México se encontraba:

---

<sup>279</sup> Nota de 1871 de Francisco de Paula y de Arrangoiz: *México desde 1808 hasta 1867*, “Introducción” 1996, p. 8.

<sup>280</sup> La militancia liberal de los cuatro abogados defensores de Maximiliano: Mariano Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre, Jesús Vázquez y Eulalio Ortega, no fue impedimento para que su trabajo y reputación fueran puestas en duda tanto por liberales como por miembros cercanos al propio emperador. Así se expresaba, por ejemplo, su médico Samuel Basch en 1868: “Por lo que toca a las personas de los cuatro abogados [de la defensa], la elección no puedo ser más acertada. Eran republicanos, de reconocido talento, y gozaban de reputación como jurisconsultos”, en *Recuerdos de México, Memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, 2003, p. 302.

<sup>281</sup> *El Libro Rojo* fue publicado en 1870, aunque el apartado final que incluye el episodio de Maximiliano, tiene al final una fecha de Julio de 1871. Carlos Montemayor, autor del prólogo a la edición de 1989: los autores ya podían creer “que el yugo había terminado, que era el momento de volver a mirar el camino recorrido, hacer un recuento de los muertos, de los sacrificios, de los reveses. *El Libro Rojo* aparecería como un registro singular de la muerte que México vivió durante ese proceso de civilización.” p. 12.

Las instituciones eran todo y eran nada; porque ellas servían de bandera de libertad y de apoyo de gobierno. Eran nada, porque en la práctica no regían [...] Las reformas religiosa y política habían sacudido de raíz aquel árbol secular a cuya sombra la sociedad se forma de una aristocracia de fueros y privilegios notables en el clero y en el ejército. [...] El antagonismo de clase, condenado por los principios políticos, era una nueva ocasión de guerra. [...] Los gobiernos de Europa, que presentían las consecuencias de un triunfo glorioso de la democracia, pensaron que México pudiera ser un punto de apoyo, un arsenal inmenso, un cuartel general para ulteriores operaciones; y aprovechando las disensiones apasionadas de sus hijos, ofrecieron crear una monarquía...<sup>282</sup>

La simpatía y la admiración de Pruneda por Maximiliano son una constante en su *Historia de la guerra de Méjico*, a diferencia -comprensible- de algunos historiadores liberales, como Vigil, que años después, en 1889 y valiéndose de la opinión del historiador francés Masseras, en *Un essai d'empire au Mexique*,<sup>283</sup> citaba la descripción desfavorable que éste hace del archiduque:

Ligero hasta la frivolidad, versátil hasta el capricho, incapaz de encadenamiento en las ideas como en la conducta, á la vez irresoluto obstinado, pronto á las aflicciones pasajeras, sin apegarse á nada ni á nadie, enamorado sobre todo del cambio y del aparato, con grande horror á toda clase de molestias, inclinado a refugiarse en las pequeñeces para sustraerse á las obligaciones serias, comprometiendo su palabra y faltando á ella con igual inconstancia, no teniendo por último más experiencia y gusto de los negocios que sentimiento de las cosas graves de la vida, el príncipe encargado de reconstituir á México, era, bajo todos aspectos diametralmente opuesto á lo que habrían exigido el país y las circunstancias.

Como se podrá advertir en el fragmento citado Vigil no criticó directamente a Maximiliano, sino que, con el fin de mostrar neutralidad como historiador; describía al emperador a través de los juicios del historiador francés.

Para finalizar este apartado sólo resta señalar que en la historia de Pruneda, las acciones de Maximiliano siguen el camino que lo había llevado al trono de México. Por el contrario, en la intriga de su novela, Mateos recrea el breve diálogo entre el futuro Emperador de México y el enviado del gobierno de Juárez, Don José de Jesús Teherán; éste le explicó al austriaco algunos hechos que debieron de ser señales del error de

<sup>282</sup> Rafael Martínez de la Torre, et al, *El Libro Rojo*, 1989, p. 445-446.

<sup>283</sup> *Un essai d'empire au Mexique*, capítulo II, citado por José María Vigil, *México a través de los siglos*, 1987, t. XVI, p. 33-34

instaurar una monarquía en México, algo que seguramente dejó de lado por la delicada situación económica del entonces archiduque.<sup>284</sup> Pruneda mencionó la entrevista pero no el asunto económico; destacó en Maximiliano sus buenas intenciones y consideró que fue engañado y traicionado tanto por los mexicanos conservadores como por los Emperadores franceses. Dado lo anterior, en la perspectiva de Pruneda, Maximiliano fue víctima y mártir, por haber sido fusilado; murió sin haber renunciado a las ideas de libertad que pregonaba tener, pero que no fueron eficaces para mediar con los conservadores que lo habían traído a México.

### **Maximiliano: ¿víctima, mártir, héroe?**

Para terminar el análisis de la construcción del personaje de Maximiliano, revisaremos en los conceptos de víctima y mártir, para interpretar si la doble caracterización figura en la *Historia de Méjico...* de Pruneda, apoyándonos en estudiosos de tales categorías y su desarrollo en México. Antonio Rubial señala que el desarrollo, la concepción del martirio y su manifestación durante la época colonial en nuestro país, inicia con tres niños que a mediados del siglo XVI serían las primeras víctimas de conciencia en Tlaxcala, murieron por creer en la religión católica. Después de esos primeros laicos considerados mártires, siguieron una cantidad importante de religiosos de las diferentes órdenes que fueron muertos al predicar el Evangelio en zonas habitadas por etnias que, esperablemente, no se sometían a la conquista española. En algunos casos los misioneros no fueron muertos con todas las exigencias que marcaba el precepto católico.<sup>285</sup> En la concepción católica, el martirio era un

---

<sup>284</sup> En: *México y el mundo, historia de sus relaciones exteriores*, se refiere así el hecho: “La misión confidencial de Jesús Terán en Europa tenía varias facetas, con discreción había logrado concertar una entrevista con Maximiliano antes de que éste aceptara la Corona de México. le hizo ver el error que cometería viniendo a gobernar un país que tenía autoridades legales y establecidas”, En Patricia Galeana, *et al*, tomo III, 1990, p. 178-179.

<sup>285</sup> Antonio Rubial, *El héroe entre el Mito y la Historia*, 2000, p. 75-70-79 79.

primer paso a la santidad y obedecía a puntos esenciales, que, por supuesto, no son aplicables a Maximiliano, ya que no se cumplen dos condiciones que menciona Rubial: “la persecución de un tirano que odiara a los cristianos” y la “aceptación voluntaria de la muerte por la fe”, sin entregarse abiertamente a los verdugos, ya que el martirio debía ser aceptado con gozo cuando llegara, pero no podía buscarse afanosamente.<sup>286</sup>

Así entonces, la muerte de Maximiliano no se ajusta al martirio en el concepto católico del término. Como es sabido, Maximiliano murió siendo cabeza de un proyecto que representaba a diversos sectores conservadores que incluía a la Iglesia Católica, pero las ideas liberales del austriaco no se conciliaron con las ideas de los conservadores. Al respecto, Jorge Adame señala que el establecimiento del imperio había sido “aun mientras éste duraba, un fracaso para sus promotores”, ya que éstos querían “un gobierno que respetase los derechos de la Iglesia Católica y los principios morales de la doctrina cristiana”.<sup>287</sup>

Y en lo que respecta a la persecución del tirano, los detractores y enemigos de Juárez veían que Maximiliano no quería instaurar una sola religión, como pedían los conservadores, sino la libertad de culto, que buscaban los liberales, por ejemplo, en una carta de Juárez a Clemente López, en agosto de 1867, dos meses después de la restauración de la república; ahí reafirmaba:

Queremos la libertad completa de cultos; no queremos religión de Estado, y debemos, por lo mismo, considerar a los clérigos –sea cual fuere su credo religioso- como simples ciudadanos, con los derechos que tienen los demás.<sup>288</sup>

Como se sabe, habría parecido quimérico que el presidente mexicano o los miembros de su gobierno lucharan contra el nutrido culto cristiano nacional, entre otros

---

<sup>286</sup> Ibid, p. 76.

<sup>287</sup> Jorge Adame, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914*, 1981, p. 15.

<sup>288</sup> Carta de Benito Juárez al señor Clemente López fechada en la Ciudad de México, 30 de agosto de 1867. En: *Flor y látigo, Ideario político liberal*, 2005, p.85.

motivos porque el propio Juárez y la mayoría de los funcionarios de su gobierno, no sólo eran creyentes, sino que, incluso, algunos eran practicantes de la religión católica, como lo señaló posteriormente Justo Sierra Méndez en su libro *Juárez, su obra y su tiempo*:

Juárez, como la inmensa mayoría de los liberales de su tiempo (y ése podía ser el elemento irreductible de su alma, que en esto se identificaba con su raza [etnia]), era un hombre de espíritu profundamente religioso; su religión era, inútil decirlo, la católica...<sup>289</sup>

La imagen del mártir y el sentido heroico y trágico del archiduque se encuentran en obras literarias del siglo XX. Por ejemplo, la obra de teatro *Corona de sombra* de Rodolfo Usigli, en cuyo prólogo, el autor destacaba el sentido trágico y casi heroico del Archiduque:

Maximiliano es, por lo demás, el último príncipe europeo que muere por procedimiento jurídico [...] Es el último príncipe heroico de Europa [...] Su originalidad consiste en que con él muere un símbolo a la vez que nace otro. En él muere la codicia europea; en él nace el primer concepto cerrado y claro de la nacionalidad mexicana [...]<sup>290</sup>

Ése destino trágico llevó a Usigli a otorgar la heroicidad a Maximiliano, al menos por su muerte.

La denominada “aventura en México” y su desenlace en el fusilamiento del archiduque en Querétaro fueron atractivos también para las novelas, por ejemplo en *Noticias del Imperio* (1987), de Fernando del Paso, obra en la que la muerte de Maximiliano se aproxima al martirio; leemos las palabras que la emperatriz Carlota le escribió en 1868 a la Condesa de Hulst: “En verdad, me es difícil imaginar un fin más noble y más cristiano; podría compararlo al sacrificio ofrecido en el Calvario”, al que sigue el comentario: “en esa época, como en muchas otras, no era raro el afán de comparar un martirio con el Calvario”.<sup>291</sup> Será la pluma de Del Paso,<sup>292</sup> sin embargo,

<sup>289</sup> Justo Sierra, “Reflexiones previas”, en *Juárez: Su obra y su tiempo*, 2004, pp. 4.

<sup>290</sup> Rodolfo Usigli, Prólogo a *Corona de Sombra*, 2002, p. 12-13. .

<sup>291</sup> Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, 1987, p. 586.

la que a través de la locura del personaje de Carlota, se exprese, de una manera irónica, lo que Maximiliano de Habsburgo fue:

El prometió [Juárez] que la historia los juzgaría a los dos y tendrá que entender que si lo fuiste todo: Maximiliano el impávido, Maximiliano el digno, Maximiliano el magnánimo, el bondadoso, el sordo, el inmisericorde, el inflexible,[...] Maximiliano el ciego y el abandonado, el testarudo y el ignorante Maximiliano, el mediocre y el aventurero, el mentiroso, el ilustrado, el comprensivo, el iluso y el orgulloso Maximiliano, le diré que si fuiste todo eso: el valiente, el hipócrita Maximiliano, el filósofo, el artista, el heroico, el ingenuo, el deportista, le llevaré flores a su tumba, el desprendido, el romántico, el paciente, el agradecido, el atento, el cultivado Maximiliano, rezaré cada noche por su alma con tal de que se lo diga a México, Maximiliano el memorioso, el generoso, el sabio, el liberal, el mecenas, el sibarita, el elegante, para que no se le olvide y te perdone, para que comprenda que si tuviste todos los vicios y todas las virtudes [...] no una sola cosa siempre, para siempre usurpador e impostor como te quieren los que no te quieren, o, como yo y porque tanto te quiero te quisiera , para siempre víctima y mártir.<sup>293</sup>

Rodolfo Usigli y Fernando del Paso, escritores del siglo XIX, muy distantes ya del episodio de Querétaro en 1857, consideraron víctima a Maximiliano y, por ello, parecen elevarlo a la categoría de mártir, acaso por la distancia de los sucesos y la representación que ha tenido en diferentes géneros del discurso desde el momento mismo del fusilamiento. De ahí que podemos señalar que el Maximiliano de *La Historia de México...* de Pruneda y el de *El cerro de las campanas* de Matos fueron quizá las primeras obras que mostraron la ambivalencia: ¿héroe o mártir? Si comparamos el episodio de Querétaro con el del Castillo de Chapultepec durante la guerra de 1847, siguiendo el modelo del ensayo de Vicente Quirarte, sobre la historia-mito de los “Niños Héroe”, tanto el historiador como el poeta cuentan una *historia* basada en un suceso histórico, uno de cuyos episodios llegan al punto en que se puede cambiar la disyuntiva entre realidad histórica y la leyenda poética por una “conjunción copulativa”, en la cual un suceso es al mismo tiempo realidad histórica y mito

---

<sup>292</sup> En *Noticias del Imperio* de Fernando Del Paso es reconocible la investigación histórica que realizó. Al respecto, puede consultarse “La visión omnipotente de la historia”, de Vicente Quirarte, en *El Imperio de las voces, Fernando del Paso ante la crítica*, 1997, p. 128-134.

<sup>293</sup> Este párrafo final del capítulo XXI es el antepenúltimo de la novela y penúltimo de la serie de capítulo que trata la visión de una Carlota loca; todos titulados “Castillo de Bouchout, 1927” *Noticias del Imperio*, 1987, p. 601-616.

poético<sup>294</sup> A la luz de lo anterior: ¿es posible, desde la concepción de Pruneda, considerar mártir en algún grado a Maximiliano? La respuesta sólo podría ser afirmativa, si consideramos el término bajo el significado que tiene la segunda o tercera acepción según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*:<sup>295</sup> alguien que muere al luchar por una causa en la cual cree. Como hemos expuesto el personaje de Maximiliano en la historia de Pruneda es generoso, bueno, idealista y, sobre todo, adelantado en ideas a muchos de los miembros de su propio gobierno, en especial, a los conservadores y, por supuesto, a los que pertenecían al alto clero católico de México.

Pruneda narró así los últimos momentos de Maximiliano:

El oficial que mandaba el pelotón que debía acompañarlos al lugar de la ejecución, pidió perdón á Maximiliano, diciéndole que no aprobaba la sentencia: « Pero soy soldado, añadió, y debo obedecer las órdenes que he recibido. » Y cuentan que Maximiliano respondió: « Un soldado debe siempre obedecer á su consigna. » [...] el capitán González entró en la capilla con las banderas [pañuelos]. Miramón se dejó tapar los ojos sin hacer movimiento; Mejía se resistió, é intentando el capitán vencer su resistencia, el obispo dijo algunas palabras por lo bajo al general, que se sometió tranquilamente. El Emperador, adelantándose, manifestó que en manera alguna consentiría que le tapasen los ojos. [...] A cada uno de los soldados encargados de disparar, dió el archiduque un maximiliano de oro, moneda de veinte pesos. Abrazó á sus compañeros de infortunio y dijo con voz sonora: «Voy a morir por una causa santa, la de la independenciam y libertad de Méjico. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva Méjico! » [...] Maximiliano se desprendió dulcemente de las manos del obispo, y dando un paso, dijo sonriendo al oficial que mandaba la escolta « A la disposición de Vd. » A una señal del oficial la escolta apuntó; y murmurando algunas palabras en alemán, Maximiliano cayó envuelto en una nube de humo. » (*Historia de la Guerra de Méjico*, 435-436).

Recordemos los últimos momentos del emperador en *El Cerro de las Campanas*:

[...] Maximiliano vaciló; pero inmediatamente se agarró al sacerdote que iba a su lado y se repuso, recobró su espíritu [...] Repartió el oro que tenía, a los soldados que estaban en su frente, les recomendó que le tiraran al pecho, y con el pañuelo que había pedido en la puerta de la prisión se amarró la cara, para evitar que al hacerle fuego se le incendiara la barba [...] Maximiliano tendió su vista a la ciudad que tenía a su frente. Maximiliano la dirigió al cielo, murmurando con acento melancólico estas palabras: “en un día tan bello como éste querría morir” (*El Cerro de las Campanas*, 420).

<sup>294</sup> Vicente Quirarte, “Los otros niños Héroe” en *Vergüenza de los Héroe, Armas y Letras de la guerra entre México y Estados Unidos*, 1999, p. 58.

<sup>295</sup> DRAE, 2007 versión electrónica, Voz, Mártir.

Como podrá notarse en el fragmento anterior, el novelista cerró la escena con una reflexión del personaje, que lo acerca a la resignación. Tanto la descripción de Pruneda como la de Mateos seguramente conmovieron a sus lectores, ya fueran mexicanos o europeos. Las dos narraciones, con mayor o menor rigor respecto de los últimos momentos de la vida del austriaco, muestran un gesto de respeto que puede ser entendido como un homenaje que incidirá después en el imaginario colectivo y, por su puesto, en textos historiográficos y literarios posteriores a la caída del Segundo Imperio.

Las últimas palabras del Archiduque fueron también recogidas en 1889, por José María Vigil, en el capítulo XXX del último tomo de *México a través de los siglos* (1889): “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia de la y de la libertad de México”,<sup>296</sup> y son las mismas que tomó el monárquico Arrangoiz, en *México desde 1808 hasta 1867*.<sup>297</sup> Sólo el Conde Corti difiere, sobre todo al inicio de la famosa frase: “Perdono a todos, ruego que también me perdonen a mí y ojalá que mi sangre beneficie al país”, contra la: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México” de los demás autores citados. Aunque tardía -1924 es el año del libro- parece necesaria la aclaración de esas palabras finales, por lo menos para algunos miembros de la todavía reinante Casa de Austria. En la novela de Mateos y en la *Historia de Méjico...* de Pruneda se nota un respeto y el afán por presentar esos momentos últimos del Habsburgo como un hombre que muere con dignidad.

Tres años después, en 1870, hay ya una reinterpretación por parte de algunos liberales como Martínez de la Torre en *El Libro Rojo*,<sup>298</sup> que narraba así el último momento de Maximiliano:

---

<sup>296</sup> José María Vigil, *México a través de los siglos*, t. XVI, cap. XXX, p. 279

<sup>297</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, p. 873.

<sup>298</sup> Aunque la primera edición de *El Libro Rojo* es de 1870 fecha impresa en la primera página de la edición de Díaz de León y White, el apartado que cierra es el titulado “Maximiliano” que escribió Martínez de la Torre y no obstante lo anterior está firmado con fecha de 1871 por lo que cuando me



Ni un solo pensamiento de odio, ni un sentimiento de disgusto, ni una palabra de rencor se le oyó a Maximiliano; y su alma y corazón, su memoria del pasado y su pensamiento del porvenir, formaban una corriente incesante de votos por la paz de la república y su libertad y su independencia. Estas fueron sus últimas palabras: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!”<sup>299</sup>

Rafael Martínez de la Torre narra de manera sucinta los momentos finales del Emperador y recogía detalles como el de las monedas entregadas a los soldados del pelotón, y otros en los cuales se nota que no hay gran diferencia con lo descrito por Mateos y Pruneda. *El libro Rojo* muestra una reinterpretación de la imagen de Maximiliano que acerca al personaje más a los ideales republicanos que a los monárquicos, en 1870, cuando se buscaba afanosamente la reconciliación y la unidad nacional. Otra opinión era la vertida, en 1871, por Hilarión Frías, en las *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, donde señalaba: “aun respetando aquel noble carácter de Maximiliano y admirando su alta inteligencia, y su noble corazón”, también “era preciso inclinarse ante la forzosa catástrofe que *él mismo provocó*”,<sup>300</sup> comentario sobre los errores del emperador, otra cara de la moneda que, no obstante, muestra que las acciones del personaje seguían en la escena nacional.

### **Benito Juárez: héroe áureo en *El Cerro de las Campanas***

Tanto para Pruneda como para Mateos, Benito Juárez fue un personaje excepcional y heroico. Siguiendo el mismo orden de la parte anterior dedicada a Maximiliano, primero analizaremos cómo construye el personaje el texto histórico de Pruneda y la novela de Mateos, cada uno por separado, para después hacer un análisis comparativo de las dos obras.

---

refiera al *Libro Rojo* lo haré con la fecha de edición de 1870 y cuando cite el apartado de Martínez de la Torre lo haré con la fecha de 1871.

<sup>299</sup> Rafael Martínez de la Torre, *et al*, *El Libro Rojo*, 1989, p. 469.

<sup>300</sup> Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, 2003, p. 445. *Cursivas añadidas*

Para Juan Antonio Mateos no hubo otro personaje en la década de 1857 a 1867 que el presidente Benito Juárez. Éste se elevaba sobre todos los demás hombres que lucharon por la causa republicana. Las virtudes que Mateos otorgó al oaxaqueño muestran la admiración que le provocaron sus acciones. En *El Cerro de las Campanas*, la figura de Juárez aparece ya en un pedestal del que no bajaría, por lo menos en lo que respecta a la historia contada por los liberales y que sería la base para la posterior historia patria.<sup>301</sup> Juárez está, aparentemente, siempre en segundo plano de la intriga en la novela, con la intención de cuidar al personaje, aunque es el primer personaje que aparece en la novela. Sólo una vez se le ve, cuando establece el gobierno en Paso del Norte; así se le describe: “Vestía todo de negro, y conservaba la misma serenidad y reposo que en los días de su poder” (*El Cerro de las Campanas*, 164). En dicha escena Juárez sostiene un breve diálogo con su secretario y se entera de la muerte de Abraham Lincoln; aunque el hecho era grave, dado el apoyo del presidente norteamericano al gobierno republicano de México, sólo se le notaba momentáneamente preocupado.

Juárez es descrito a través de sus acciones por el narrador y por algunos personajes que a él aluden, como Pablo Martínez, el guerrillero, que representa la voz del pueblo. Los aciertos del presidente fueron señalados con detalle y en tono triunfalista, pero sobre todo se resaltaba esa ‘suerte’ que siempre lo acompañaba y lo convertía en un ser excepcional. En la trama de la novela Juárez aparece como entre bambalinas, como gran orquestador que dirige con sabiduría a los hombres y a los contingentes

---

<sup>301</sup> Por ejemplo, en 1889 Vigil señalaba: “Necesitábase durante aquella prueba, en extremos peligrosa, de un hombre de extraordinario temple [...] Ese hombre fué Juárez. [...] es una de esas figuras colosales que se agrandan y brillan más y mas en proporción que transcurren los años, porque desvanecidos los odios de bandera, aparecen en toda su plenitud los servicios prestados á la patria y á la humanidad.” En “Conclusión”, en *México a través de los siglos*, t. XVI, p. 284. O, la de Justo Sierra, quien señalaba sobre Juárez en 1905: “¡Gran padre de la patria, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe; en ese triunfo te dejamos; en esa luz de apoteosis perdurará tu memoria! [...] quisiste fundar una administración y vencer para siempre los elementos de la guerra civil, por tus armas primero, luego por leyes de sabiduría y justicia; y trataste de levantar al pueblo mexicano...”. *Juárez su obra y su tiempo*, 2004, p. 542.

militares; está siempre cuidado por el narrador, interesado en que no se mancille su figura por ser el representante máximo de los ideales republicanos.

La figura heroica del presidente Juárez será vuelta a enaltecer por Mateos seis meses después, en 1868, en una segunda novela sobre la Intervención: *El sol de mayo*, y muchos años después en *Memorias de un guerrillero* de 1897, tercera novela que cierra el ciclo histórico que comienza con la Guerra de los Tres Años y culmina con el periodo de la Reforma y la Intervención. En su última novela y con el proyecto de 1868 ya cumplido, el escritor narró el inicio del conflicto liberal-conservador, con lo que parecía cerrar un ciclo histórico iniciado en 1855 con la escapatoria de Santa Anna hacia Saint Thomas, que cierra con la muerte de Maximiliano en Querétaro, en 1867.

Para entender cómo construyó Mateos el personaje de Benito Juárez en 1868, es necesario citar de manera breve un par de episodios sobre algunos momentos que se volverían paradigmáticos en la vida del ilustre oaxaqueño. Por ejemplo, el conocido suceso del 13 de marzo de 1858, en el cual Juárez casi muere en Guadalajara, a causa de una traición, hecho del que sale ileso, entre otros motivos por la famosa frase de Guillermo Prieto en el último instante a los soldados: “Los valientes no asesinan”<sup>302</sup> cuando están a punto de abrir fuego sobre el presidente mexicano, y que ellos en un instante de comprensible confusión, respeto o temor, se niegan a llevar a cabo. Este episodio, someramente enunciado en *El Cerro de las Campanas* (p. 45), es narrado en *Memorias de un Guerrillero* de 1897 y Juárez aparece en la escena:

-¡Cumpla usted con su palabra! [Dijo un clérigo] –Señor –dijo Landa- he cumplido. – No; usted debe fusilar inmediatamente a Juárez y a su ministerio. En manos de usted esta el éxito de la revolución. Tenga usted valor. –Me sobra –dijo Landa- , pero no me creo autorizado para esta matanza [...] -Pues yo sí- dijo el clérigo, y corriendo a donde estaba el oficial Filomeno Bravo, le dijo: -Su porvenir de usted está hecho [...] Bravo entró con la guardia al salón, donde encontró en pie al señor Juárez. -¡Fuego! –gritó con voz insegura. Los soldados tendieron los fusiles. El señor Juárez quedó impassible. Oyóse entonces una voz tremenda que dijo con un terrible acento: -¡Alto!...Guillermo

<sup>302</sup> Ralph Roeder, corrobora las palabras de Prieto, y en lo general lo descrito por Mateos: “– ¡Levanten esas armas!- ¡Los valientes no asesinan!”. En: *Juárez y su México*, 1995, p. 250-253.

Prieto se interpuso, y con acento profético, inspirado sobre humano, les dijo –Soldados valientes del 5to, sois valientes; disparad vuestras armas en el campo de batalla, no contra los indefensos...”<sup>303</sup>.

Este y otros episodios como el referente a la sencillez y valía de Juárez, cuando se pone a las órdenes -como uno más- del caudillo Juan Álvarez,<sup>304</sup> son sucesos descritos a fondo en esa tercera novela histórica de 1897, seguramente con el propósito de que una nueva generación de mexicanos conociera la mística que rodeaba algunos de los sucesos de la vida de Juárez. La presencia de Juárez antes señalada nos permite suponer que luego de treinta años, Mateos ya no cuidaba la imagen del presidente pues ya era un héroe consagrado por la historia de bronce.

Resulta lógico que al ser Mateos cercano -desde el punto de vista generacional e ideológico- a Juárez, sustentara al mismo tiempo el triunfo militar de 1867 y empujara el proyecto liberal que para ellos había triunfado en 1868, al encumbrar las acciones del presidente mexicano en sus tres novelas sobre el conflicto liberal-conservador. Además, a esos liberales también les interesaba formar el imaginario de una “nueva” época. En 1868 Mateos consideraba necesario narrar sólo algunos episodios del entonces presidente de la nación para cuidar su imagen. Sin embargo, esos episodios le pueden servir al lector actual para entender algunos de los motivos que llevaron a toda una generación de liberales a rendir tributo a Juárez, y al lector del momento de la publicación de *El Cerro de las Campanas*, Mateos le enviaba mensajes doctrinarios para asegurar el triunfo ideológico y, además, rendir no sólo un homenaje a Juárez, sino atribuirle el calificativo de héroe mayor, a la altura de Miguel Hidalgo.

---

<sup>303</sup> *Memorias de un guerrillero*, 1909, p. 200. Este suceso es narrado también por José María Vigil en: *México a través de los siglos*, Tomo XV, 1987, p. 32.

<sup>304</sup> Este pasaje, es también descrito tanto en: *ibid.*, p. 22-24; como en *Juárez y su México*, 1995, p. 178-179.

Para llegar a tal categoría, en *El Cerro de las Campanas* la figura de Juárez está provista de capacidades políticas y estratégicas a través de las cuales la república en su hora más amarga mantiene, a pesar de la difícil situación, esperanza en la victoria:

El gobierno iba en retirada; mientras él existiera se conservaba el pensamiento y la unidad; era necesario salvarlo a todo trance. El presidente Juárez sabía prácticamente cuánto vale esta verdad, porque tres años antes, atravesando por grandes peligros [...] había logrado situarse en Veracruz desde donde dirigió la revolución de 1861. (*El Cerro de las Campanas*, 45)

Juárez se elevaba sobre los demás liberales y es él quien mejor sabe aplicar las medidas necesarias para que la república no sucumba, por eso y porque él representaba al modelo republicano tenía que ser, contra todo obstáculo, protegido y enaltecido. Él se puso a la cabeza de un gobierno itinerante, perseguido hasta los confines del país, que parecía condenado a una derrota total; sin embargo ésta no llegó, gracias a Juárez; utilizando figuras bíblicas, Mateos lo caracterizaba:

¡Juárez, rodeado de los hijos de la república, que le habían seguido a las apartadas regiones del Norte, como los guardianes de la arca de oro en que estaban depositadas las *Tablas de la Independencia*, es más grande que Napoleón I atravesando el desierto de las Pirámides... (*El Cerro de las Campanas*, 164)

El presidente Juárez no sólo era un hombre necesario por su liderazgo en un gobierno legítimo, sino porque representa un ideal, el liberal y republicano. Este deambular del gobierno finaliza el 15 de mayo de 1867, en San Luís Potosí, cuando se conoce la caída de Querétaro a manos de las fuerzas republicanas. En ese momento el autor-narrador interviene y emite un juicio de las acciones del personaje; sobre la trascendental decisión de Juárez, en relación a la vida del emperador Maximiliano señalaba:

Juárez, al frente de la Europa que lo debía juzgar a su vez de una manera implacable, estaba en la obligación de obrar resueltamente y apoyado en esa base indestructible del derecho, ante la cual se prosternan las sociedades, pronunciar un fallo irrevocable que hiciera descubrir la frente con respeto del mundo civilizado. (*El Cerro de las Campanas*, 391)

Mateos presentó a Juárez como el primer respetuoso de la ley; nunca dudará ante las peticiones de los países europeos, o ante los ruegos de la atrevida princesa Salm Salm para indultar a Maximiliano, ya que como señalaba el novelista:

El perdón de Maximiliano perpetuaría la guerra civil, el partido de la intervención quedaba en pie, dejando el germen de las revueltas intestinas [...] Los hombres que huyendo del castigo nacional buscarán refugio en el extranjero [...] Era necesario desarraigar para siempre ese árbol cuya sombra ha sido el fatalismo de la República. (*El Cerro de las Campanas*, 413-414)

Además de este mensaje doctrinario, en otras situaciones ocurridas en la intriga novelesca y a través de varios personajes,<sup>305</sup> Mateos iba señalando una a una las razones que tenían Juárez –y los liberales– para no ceder en el perdón del archiduque, ya que: “Los hombres tienen que dar cuenta al mundo y a las civilizaciones de sus acciones como gobernantes” (*El Cerro de las Campanas*, 390-391). Otro ejemplo de lo anterior lo encontramos en las respuestas de Lerdo de Tejada a las súplicas emitidas por el representante del rey de Prusia, el barón Magnus, en las cuales el ministro mexicano va negando la posibilidad del gobierno republicano para indultar a Maximiliano. Lerdo explica y niega toda posibilidad de obsequiar el perdón presidencial, aparte de las razones que el derecho le otorgaba, -ya que era del conocimiento del archiduque la ley preexistente por la cual se le juzgaba- ; el ministro mexicano destacaba además el carácter variable de Maximiliano, hecho que podría dar esperanzas a los miembros del Partido Conservador para volver a intentar instaurar a Maximiliano o a cualquier otro príncipe en México, por lo que al final de esa entrevista señalaba Lerdo:

[...] es preciso que la existencia de México como nación independiente, no la dejemos al libre arbitrio de los gobiernos de Europa: es preciso que nuestras reformas, que nuestra libertad, no se detengan ante la voluntad de un soberano de Europa, que pudiera apadrinar a quien llamándose emperador de México, pudiera aspirar a se regulador del

---

<sup>305</sup> En todo el episodio ocurrido entre la Princesa Salm Salm y Pablo Martínez, el personaje ficticio, señala más razones para aplicar la sentencia de muerte a Maximiliano. Ver *El Cerro de las Campanas*: 390-391. Si a estas alturas de la trama no le habían quedado claras al lector las razones de la condena, el autor las vuelve a señalar y de paso refuerza el mensaje doctrinario.

grado de libertad o servidumbre, que conviniera. La vida de Maximiliano podía ser la tentativa de un virreinato, y esa esperanza alimentar las recriminaciones de partido. (*El Cerro de las Campanas*, 394)

En la parte final de *El Cerro de las Campanas* se percibe más puntualmente el mensaje doctrinario para el lector: la necesidad de divulgar por todos los medios que la nación no podía permitirse el lujo de perdonar a Maximiliano, porque de hacerlo, en vez de ganar respeto como nación independiente, podía existir el riesgo de una nueva intervención apoyada por alguna potencia europea. La muerte del archiduque ya no era simplemente un acto vengativo, sino un acto necesario para la subsistencia de la república, y si alguien debía hacerse responsable del hecho, ese era Juárez:

El Presidente Juárez aceptó ante el mundo la responsabilidad de este acontecimiento. Quien había afrontado la convención de Londres, la intervención francesa y el imperio, todo en el meridiano de su grandeza, en el auge de su prosperidad, sin abatirse ante la desgracia, sin sobrecogerse en la derrota, sin abdicar ante el infortunio, no era extraño afrontarse también el desbordamiento de los intereses monárquicos en el asombro de esa *profanación al derecho divino*. (*El Cerro de las Campanas*, 414)

De este modo el acto de ajusticiar al archiduque no aparecía como un acto de barbarie o un acto de simple revancha; era un acto valeroso, político y dolorosamente necesario. Mateos no dejó otra opción al lector: si hubiera habido clemencia la nación entera hubiese peligrado. La muerte de Maximiliano sería una barrera para futuras intentonas monárquicas europeas; pero también un mensaje para otros poderes enquistados en los asuntos del gobierno de México: La iglesia mexicana y el propio Vaticano. En el desenlace, de nada sirvieron algunas misivas que solicitaba a Juárez el indulto del emperador, incluidos insignes personajes europeos afines al gobierno republicano, como el italiano Giuseppe Garibaldi, que le escribía a Juárez desde Castelleti, el 5 de junio de 1867: “tú que no desesperaste de la salvación de tu pueblo, para vergüenza de la multitud de traidores [...] te suplicamos por la vida de Maximiliano, como un ejemplo de la generosidad del pueblo que vence al fin, pero que

perdona”.<sup>306</sup> Y, también, la carta del escritor Víctor Hugo, firmada en Hauteville House, el 20 de junio de 1867, el mismo día de la ejecución del emperador y, por ende póstuma, al hecho: “Escuchad, ciudadano presidente de la república Mexicana: Acabáis de abatir las monarquías con la democracia. Les habéis demostrado su poder, ahora mostrad su belleza [...] Que el violador de los principios sea salvaguardado por un principio.”<sup>307</sup> Otra importante carta fue la del hermano de Maximiliano, el Emperador Francisco José.<sup>308</sup> Mientras unos pedían clemencia desde Europa, otros distinguidos liberales mexicanos, como Matías Romero “apuraban” a Juárez para le aplicara la justicia a Maximiliano; en una carta del 8 de junio de 1867, desde Washington le decía: “Nada hemos sabido respecto de lo que se haya hecho con Maximiliano. Es necesario que lo juzguen, lo condenen y que no lo perdone el gobierno. No habría justicia en castigar a Márquez, Miramón y a los demás, si Maximiliano ha de quedar impune.”<sup>309</sup>

En contra de la opinión de Mateos sobre el juicio y fusilamiento de Maximiliano, sí hubo liberales mexicanos que a pocos meses de la ejecución, elevaron su voz para reaccionar por la medida. Entre ellas, destaca la calificada voz de Ignacio Ramírez, quien en octubre de 1867, en un artículo de *El Correo de México*, señalaba:

[...] Pero, ¡matar un hombre con las formalidades de un juicio! [...]¿buscaron venganza? Eso es indigno. ¿Quisieron imponer un castigo? La primera de las leyes, la Constitución, protegía la cabeza del reo. ¿Procuraron impedir un nuevo crimen por parte de Maximiliano? ¿Sabían por ventura, que volvería al trono de México? *La Europa y el criminal no les merecían ningunas consideraciones*; pero debieron respetar la Constitución que les ha concedido las armas para salvarla y no para romperla.<sup>310</sup>

---

<sup>306</sup> Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, versión electrónica en CD ROM, 2006, tomo 12, capítulo CCXIX, p. 1.

<sup>307</sup> En *Ibid*, p. 2.

<sup>308</sup> En *Ibid*, p. 3.

<sup>309</sup> Carta de Matías Romero a Juárez del 8 de Junio de 1867 escrita en Washington, *Benito Juárez, Documentos, discursos y correspondencia*, versión electrónica en CD ROM, 2006, tomo 12, capítulo CCXVI, p. 51.

<sup>310</sup> Ignacio Ramírez, *Obras Completas*, t, I, 1985, p. 71, cursivas añadidas.



En su artículo, Ramírez comenzaba defendiendo a la nación contra las voces que desde Europa la insultaban, voces que no recordaban algunos de los comportamientos poco éticos de los monarcas europeos que accedían al trono por medio de la prostitución y ejercían su gobierno de manera frívola. El distinguido liberal mostraba su desacuerdo por el juicio y condena de Maximiliano y sobre todo por que se esgrimieron motivos legales para poder condenar al paredón al archiduque austriaco. Si la nación era republicana y liberal, los principios jurídicos no deberían de hacerse “elásticos”, ya que eso mismo podría derrumbar lo que tantas vidas había costado. Pero en 1868, otras voces de ilustres liberales, como la de Francisco Zarco, seguían justificando el fusilamiento de Maximiliano.<sup>311</sup>

En *El Cerro de las Campanas*, Mateos narró la historia que él, desde su horizonte ideológico, vio. La historia de gran un suceso en una novela que alcanza el grado de histórica no porque narre un hecho auténtico, ni tampoco porque incluya un gran número de citas y fragmentos de fuentes oficiales; se vuelve histórica, desde nuestro punto de vista, porque intenta explicar el proceso histórico mexicano de ese momento, como un proceso en el cual intervienen diferentes actores sociales. No es solamente una historia de héroes iluminados que guían por medios casi mágicos a las masas ignotas y dóciles; no es la historia de la voluntad providencial. Es el conjunto de tres factores: voluntad popular, hombres excepcionales –del pueblo y de las elites–, y en la lógica de la novela, de la voluntad divina. El autor une de manera verosímil en la novela un destino histórico -accesible solo *a posteriori* al conocimiento humano- junto a la voluntad de un pueblo por ser libre, guiados, como señalaba Altamirano, por un

---

<sup>311</sup> Francisco Zarco el 11 de agosto de 1868 en *El Siglo XIX*, en un artículo denominado “La ejecución de Maximiliano”, señalaba : “Cuando sentencien con calma y sin pasión todos los acontecimientos de que México ha sido teatro, se conocerá que el fusilamiento del usurpador no sólo fue un acto de estricta justicia, sino que la reclamaban de una manera tan imperiosa como inevitable[...] Era preciso que la República [...] hiciera comprender a los príncipes de Europa que no es empresa sencilla subvertir las instituciones de América y levantar sobre sus ruinas imperios y reinos”. *Obras Completas*, tomo XV, 1993, p. 603-608.

“círculo de inteligencias superiores”.<sup>312</sup> Y que aunque la postura de Mateos por momentos parece obnubilada por un patriotismo desmedido, no obstante, es en esa parte del grupo liberal que estaba representada la república, como señalaba Ignacio Ramírez en otro artículo de *El Correo de México* de diciembre de 1867: “y si no existiese, la inventaríamos unos pocos, como hemos inventado la Independencia y la Reforma”.<sup>313</sup>

### **Benito Juárez: el hombre necesario en la *Historia de la Guerra de Méjico...* de Pedro Pruneda**

Benito Juárez representa ese liberalismo que Pruneda admiraba, de hecho es el personaje mayor en el Prólogo a la *Historia de la guerra de Méjico*. El historiador español consideraba al presidente republicano como la encarnación necesaria para instaurar, por fin, un modelo de gobierno liberal, cercano al de la república americana, representativo de la posibilidad exitosa y alterna al modelo monárquico europeo, a pesar del conflicto interno que sufría —la Guerra de Secesión—. De hecho, Pruneda señalaba que Juárez supo encontrar en el gobierno de Lincoln “recursos inesperados para continuar la resistencia” (*Historia de la guerra de Méjico*: VIII), pero que rápidamente volvería con más fuerza y reclamar su papel de potencia hemisférica.

En su *Historia de la guerra de Méjico*, Pruneda dio relieve a la personalidad del presidente mexicano sirviéndose de sus proclamas. Un ejemplo es el siguiente: después de que las tropas intervencionistas avanzan hacia la capital de la república, el historiador resaltaba la fe y el entusiasmo de Juárez: “la causa que tantos años venía defendiendo en Méjico” no “le hacían temer que el ejército invasor se acercara hasta las puertas de la capital” (*Historia de la guerra de Méjico*, 45); hombre tocado por el destino, añade, comprendía que su lucha será larga y difícil.

---

<sup>312</sup>Ignacio Manuel Altamirano, *Revistas Literarias de México*, Obras Completas, 1949, p. 40.

<sup>313</sup>Ignacio Ramírez, *Obras Completas*, t. I, 1985, p. 154.

Del siguiente tipo de descripciones sobre la personalidad de Juárez, es posible comprender su proceder al evacuar la ciudad de México y al inicio de su gobierno itinerante en San Luis Potosí, en Junio de 1863:

¿Quedó señor de España Napoleón I porque tomó Madrid y á muchas de las ciudades de aquel reino? [...] Creedme compatriotas; bastarán vuestro valor, vuestra perseverancia, vuestros sentimientos republicanos, vuestra finísima unión en torno del gobierno que elejisteis como depositario de vuestra confianza, de vuestro poder y de vuestro glorioso pabellón, para que hagáis morder el polvo á vuestros injustos y pérfido enemigos. Olvidad vuestras querellas...Unámonos, pues y no escusemos sacrificios para salvar nuestra independencia y nuestra libertad. (*Historia de la guerra de Méjico*, 217).

Juárez era el primer patriota que con el mismo tono de anteriores proclamas no desfallecía; Pruneda mostraba admiración:

El tono de sus palabras es arrogante y decisivo; habla, no como quien ha sido vencido, sino como quien ha sufrido un descalabro que puede repararse; y con esa mirada perspicaz, propia de quien comprende su situación y la situación ajena, predice con una seguridad pasmosa la impotencia de las armas extranjeras y el triunfo definitivo de la República. (*Historia de la guerra de Méjico*, 216)

De forma parecida, José María Vigil, unos años más tarde, en 1889, mencionaría acerca del mismo suceso:

El vivísimo sentimiento del alto papel que representaba jamás abandonó á don Benito Juárez, que inspirándose en la fe robusta de la causa que defendía, nunca mostró debilidad ó vacilación en la marcha que debía seguir<sup>314</sup>.

Contadas son las veces en todo su texto, en que Pruneda consideró una acción errónea por parte del presidente mexicano, siempre lo apoyaba con sus comentarios otorgándole sustento a las proclamas, que explicaba al lector para que comprendiera la grandeza de las acciones y de la táctica que sería su mejor arma; por eso todas las medidas que tomó el presidente después de la citada evacuación fueron calificadas como “llenas de vigor varonil”, e incluso podía parodiar “a Luís XV” diciendo “la patria soy yo” (*Historia de la guerra de Méjico*, 219). Nada detuvo al oaxaqueño, ni las intrigas del clero, ni las de algunos miembros de su propio partido:

---

<sup>314</sup> José María Vigil, *México a través de los siglos*, tomo XVI, Cap. X, 1987, p. 16.

La energía de Juárez no desmayó nunca: con una fé ciega en los destinos de la República [...] Después de la derrota, volvía con más vigor al combate. Cuando más desalentado se le creía [...] Hallábase en las fronteras estremas de la República, en el Paso del Norte, sin generales, casi sin soldados, inquietado por la rivalidad del general González Ortega [...] Otro ménos audáz hubiera dado por perdida su causa (*Historia de la guerra de Méjico*, VIII).<sup>315</sup>

Pruneda destacaba del personaje el valor, la energía y su capacidad de resistencia ante la adversidad, pero Juárez tuvo menos espacio que Maximiliano, sin embargo lo relativo al liberal mexicano no deja dudas sobre la superioridad, la firmeza y la inteligencia, que en opinión del historiador español, sobrepasaba a los militares de fama y éxito de ese entonces, por ejemplo el general González Ortega, y por supuesto de sus contrincantes tanto en México como en Europa.

Pruneda construyó el personaje del presidente mexicano como un hombre dotado de características excepcionales, guiado siempre por los fines republicanos. Juárez se sobreponía los imponderables o a las derrotas militares. Además sabía reagruparse inteligentemente, era un hombre tocado por la Providencia; sabiendo que el destino de la patria estaba en sus manos, hizo lo necesario para que la causa liberal triunfara. De hecho, Pruneda no le reclamó el fusilamiento del Archiduque, ni mencionó que éste había dado antes la orden a Miramón de asesinar a Juárez, en el caso de ser apresado.<sup>316</sup> El fusilamiento del Emperador era casi un designio providencial, como lo fue el de Iturbide: “Los designios de la Providencia se cumplen fuera de toda previsión posible. Dos patíbulos lo revelan; el primero se levantó el 19 de Julio de 1824 para el gran Iturbide; el segundo el 19 de Junio de 1867 para el Archiduque de Austria (*Historia de la guerra de Méjico*, 437).

<sup>315</sup> A este respecto coincidente es la opinión del francés Ollivier: “Había ciertamente desfallecimientos y cobardías en el partido liberal: algunos jefes subalternos se pasaban al enemigo y otros vacilaban y se negaban a obedecer; pero Juárez, que, solo, representaba á la Patria, no se doblegaba, y nada podía decirse terminado, mientras él permaneciese inquebrantable.” *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano*, 1963, p. 122.

<sup>316</sup> Jorge Magallón dice que “Podría reflexionarse si el autor de esa misiva [Maximiliano solicitando el perdón] habría anticipado su texto, cuando ordenaba al general Miramón que aprendiese al presidente Juárez y lo ejecutara de acuerdo con la ley de 3 de octubre de 1865”. En *Proceso y ejecución vs Fernando Maximiliano de Habsburgo*, 2005, p. 389. Nota a pie de página (332).

El fusilamiento de Maximiliano sería el fin del segundo ensayo de gobierno imperial. Consecuente con su ideología liberal y en consonancia con sus propias ideas republicanas, Pruneda justificó la actitud del presidente después de las ejecuciones en el cerro de las Campanas:

Después del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía, fueron contadas las víctimas; los vencedores no se ensañaron con los vencidos, como algunos pretendieron propalar por Europa, con el objeto de hacer odiosos á los republicanos. Satisfecho Juárez con su victoria, no se entregó á sangrientas y estériles venganzas, dando un alto ejemplo de clemencia y demostrando que si grande fué el esfuerzo de su corazón en la adversidad, no es ménos grande la magnanimidad de su alma en los días prósperos. (*Historia de la Guerra de Méjico*, 439)

Al mismo tiempo que refiere uno a uno los hechos y las situaciones que le parecen injustas, Pedro Pruneda defendió la causa mexicana sustentando las decisiones del presidente Juárez ante las voces europeas que juzgaban el episodio mexicano. Elaboró, además, un balance final de los acontecimientos y subrayaba el futuro de México:

...Méjico no ha gozado de un momento de reposo. Necesítase gran tacto, mucha prudencia, y más que todo una viril energía para que ese país tan favorecido por la naturaleza, vea afirmadas las instituciones democráticas, normalizada su existencia, y en condiciones de poder desarrollar sus elementos de prosperidad. Tal es á no dudar la misión de Juárez, la más alta capacidad política de Méjico, como es también su carácter más enérgico y perseverante (*Historia de la guerra de Méjico*, 445).

Entonces y de lo anterior, se puede suponer que el hecho de “elevar” la imagen de Juárez, casi al mismo tiempo que su triunfo en la elecciones de 1868, para Pruneda era una manera de hacerlo más accesible a sus conciudadanos en Europa, ya que, como sabemos, los liberales y, específicamente Juárez, no practicaban lo que hoy podría llamarse publicidad política fuera del país, pero sí una propaganda muy efectiva la hacían los corresponsales mexicanos a los periódicos de España; un ejemplo al respecto, lo hemos mencionado, fueron *Las Revistas Históricas* de José María Iglesias. Maximiliano y Carlota eran conocidos, aun antes de su arribo a México, como lo prueba la importante cantidad de fotografías que se vendieron de ellos, incluso, señala

Arturo Aguilar.<sup>317</sup> Será hasta la muerte de Juárez cuando se despierte el interés por su imagen fotográfica que venderá miles de retratos del presidente mexicano.

Mateos y Pruneda elevaron la heroicidad de las acciones de Juárez, que sirvió para difundir un hecho grandioso en la historia nacional y coadyuvar a la cimentación de la imagen de “bronce” que aun subsiste y, como apunta Vicente Quirarte, comienza justamente desde el fin del Segundo Imperio:

El liberalismo concedió al presidente el título de consumidor de la Segunda Independencia. Otro tipo de héroe era el que encarnaba, pero con él se cerraba el ciclo iniciado por Hidalgo. Si éste es un héroe ígneo, exaltado en el momento de arengar a sus fieles o de romper las cadenas de la esclavitud, Juárez encarna la prudencia valerosa, la espera paciente, la fe de la letra llevada a la práctica. Son extremos del proceso libertario de México, y a cada uno de ellos corresponde a un tipo distinto de héroe: el sacerdote ilustrado que llama al pueblo a las armas, en el primero; un indio zapoteca, profesionista laico, forjado con base en su esfuerzo personal, en el segundo [...] Con Hidalgo, México inicia su doloroso nacimiento; con Juárez alcanza su madurez de Estado.<sup>318</sup>

### **Napoleón III, el gran culpable**

Resta sólo destacar al personaje que en las obras de Mateos y Pruneda señalan como culpable. El historiador español aludió poco directamente a la figura del Emperador de los franceses, pero dio cuenta de algunos hechos relevantes, como el siguiente: cuando recibió con beneplácito los esfuerzos de Gutiérrez de Estrada para apoyar la instauración de la monarquía en México; muy participativo en lo relativo a las negociaciones que tuvo la familia real de Austria, especialmente en lo tenía que ver con la renuncia a los derechos de sucesión de Maximiliano; o aconsejando a éste para que después de un año aceptara el trono. Y aunque no culpó a Napoleón III directamente, sí detalló algunos de sus errores de juicio sobre la causa mexicana. Por ejemplo, narró que al inicio de 1865, el gobierno de Maximiliano estaba en franca

<sup>317</sup> Arturo Aguilar, *La fotografía durante el Imperio de Maximiliano*, 1996, p. 25.

<sup>318</sup> Vicente Quirarte, “La formación de la figura del Héroe”, en: *México en tres momentos: 1810-1910-2010...*, tomo II, 2007, p. 297.

pugna con el partido conservador en México; o cuando Napoleón se vanagloriaba de sus victorias conseguidas en América. Otro hecho, no erróneo, pero significativo fue dar cuenta de la conferencia que tuvo el Emperador de los franceses con el representante de Estados Unidos y en la cual Napoleón, presionado, aseguraba que “no daría un franco más para sostener al Emperador Maximiliano” (*Historia de la Guerra de Méjico*, 90). Pruneda es cauto en cuanto a sus juicios en contra de Napoleón

III, pero uno que emitió en el capítulo III del Libro Primero fue muy crítico:

Tales son las contrariedades y desengaños que ha sufrido Napoleón III desde su malhadada expedición a Méjico. Cuando en ellos piense el Cesar francés, cuando considere el juicio severo que la Europa ha formado sobre esta empresa [...] cuando, finalmente reflexione sobre las complicaciones por que atraviesa su imperio y en los inminentes peligros que lo amagan por todas partes, no hay duda de que la imagen y el recuerdo de Méjico, se presentará en su pensamiento como la causa fundamental de todos esos males, que si hasta hoy le han valido solamente la vergüenza y el desprestigio del mundo, pudieran mas adelante ocasionarle otro género de desastres. (*Historia de la Guerra de Méjico*, 90)

Esta única opinión y el recuento de hechos que hizo Pruneda sobre el actuar de Napoleón III, así como el rigor que puso en todo su texto, lo acerca a lo que Benedetto Croce consideraba el quehacer histórico: “el acto de comprender y entender”.<sup>319</sup>

Mateos, en cambio, fue más directo al asentar un juicio sobre el emperador francés en el “Epílogo” a *El Cerro de las Campanas*, ya que además de responsabilizarlo del fracaso de la Intervención francesa, le echó en cara el final de la malograda pareja imperial Mexicana; para ello se valió de una escena que se desarrolló durante la ceremonia de premiación en la Exposición de París de 1867:

Cuando Mr. Hugues, al tocar la mano imperial [de Napoleón III], puso en la palma de ella un pedacito de papel que contenía el último mensaje recibido por el cable, e impreso por la misma máquina que se premiaba en ese momento. El mensaje contenía estas frases: “Maximiliano está fusilado”: sus últimas palabras fueron: “¡Pobre Carlota!” La majestad imperial leyó el telegrama e inmediatamente se notó en ella una profunda agitación. Su semblante palideció, sus manos temblaban [...] En medio de esa multitud alegre y encantada, en medio de tanto esplendor y de tanta pompa, estaban para

---

<sup>319</sup> Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, 2005, p. 17.

Napoleón las víctimas de su bastarda ambición, de su abuso de poder. (*El Cerro de las Campanas*. 422-423)

Mateos cerró la trama de *El Cerro de las Campanas* señalando a Napoleón III, como el gran culpable, que desde Europa con sus recursos y su ejército planificó y sostuvo la intervención de un país europeo. Con ese final, el autor pretendía que el lector supiera quién fue el gran orquestador, que en ese momento aún no sabía que su propio Imperio estaba a unos meses del desastre militar y del fin de su gobierno.

Otro punto de vista liberal y cercano, lo podemos encontrar en el discurso pronunciado por Gabino Barreda inmediatamente después de la restauración del gobierno republicano, el 15 de septiembre de 1867; la *Oración Cívica*, señalaba:

Hay en Europa, para mengua y baldón de la Francia, un soberano cuyas únicas dotes son la astucia y la falsía [...] Este hombre meditaba, de tiempo atrás el exterminio de las instituciones republicanas en América, después de haberlas minado primero y derrocado por fin en Francia [...] A este hombre recurrieron, de este soberano advenedizo se hicieron cómplices los mexicanos extraviados que, en el vértigo del despecho, no vieron tal vez el tamaño de su crimen; en manos de ese verdugo de la república francesa entregaron una nacionalidad, una independencia y unas instituciones que habían costado ríos de sangre y medio siglo de sacrificios y de combates.<sup>320</sup>

Juicios que años después serían aceptados en narraciones consideradas paradigmáticas del periodo, como la de José María Vigil, en las conclusiones al periodo de La Reforma, en *México a través de los siglos*:

Traspassando los límites de una cuestión internacional, el pensamiento napoleónico se dirigía nada menos que á desviar de su *natural curso el desenvolvimiento social y político de las naciones hispano-americanas*, [...] so pretexto de ponerlas a salvo de la influencia absorbente de los Estados Unidos. El plan era tan claro que todo el mundo lo comprendió. [...] Acostumbrados á ver a la nación mexicana con el más profundo desprecio, creyeron los gobiernos europeos que la real estirpe del archiduque era un escudo que le ponía á salvo de todo peligro: para ellos nada significaban los torrentes de sangre derramada por la más inicua de las causas.<sup>321</sup>

<sup>320</sup> Gabino Barreda, *Estudios*, 1992, p. 87.

<sup>321</sup> José María Vigil, "Conclusiones" a *La Reforma*, t. XVI, de *México a través de los Siglos*, 1987, p. 284. Cursivas añadidas.



### **Hacia la construcción de la memoria nacional.**

Las reflexiones anteriores nos llevan a afirmar que tanto Mateos como Pruneda elaboraron sus respectivos textos, con la intención de narrar y defender la causa liberal mexicana, y lo hicieron en un tono triunfalista. Utilizaron el poder de la palabra escrita para defender y persuadir, pero igual de importante, para divulgar que nuestro país no era ya una nación en la cual los políticos europeos podían traer sus ejércitos cada vez que quisieran. Los dos escritores, sin tenerlo como consigna directa de Juárez, parecen seguir esa idea que el presidente mexicano le externara en una misiva a Andrés S. Viesca en enero de 1866: “Haga lo posible por tener una imprentita, pues ya sabe usted cuánto importa hacer la guerra con la pluma”.<sup>322</sup> Muy importante fue para los liberales mexicanos el peso y la importancia de ganar la guerra “propagandística”, y no escatimaron esfuerzos por apoyar cualquier género del discurso; no obstante el maniqueísmo en sus obras y, por ende su parcialidad, al final sirvieron para apuntalar el triunfo. Pero semejante empresa no sólo fue atendida por los liberales, los conservadores también echaron mano de la escritura, ellos entregaron excelentes muestras de su ideología en todos los géneros del discurso que, desde nuestro presente nos permiten corroborar que en el debate sobre las formas de Estado para México, los contendientes sabían exponer y debatir sus ideas.

En Juan Antonio Mateos y Pedro Pruneda, además de lo antes señalado, subsistió el afán por explicar a sus lectores de 1867 y 1868, que esa guerra no era un hecho de menor importancia. Se esforzaron por dar a conocer que la caída del Segundo Imperio era un referente definitivo de la historia nacional y en la historia europea, juicios arriesgados, ya que nada garantizaba que el proyecto liberal se afianzaría. En *El Cerro de las Campanas* y en la *Historia de la Guerra de Méjico*, se representó un episodio

---

<sup>322</sup> Benito Juárez, *Flor y látigo, ideario político liberal*, 2005, p. 70.

que es narrado como un hecho grandioso, excelso, el fin de un periodo, que ellos consideraban, había interrumpido el proceso de la independencia, un proceso iniciado en 1810, del que Mateos y toda aquella generación de liberales se sentían parte. La novela y el texto histórico podían cimentar la obra político-militar, que no perduraría por sí misma en la conciencia colectiva.

Como señala Nicole Giron, después de 1868 importaba encontrar el camino que llevaría a la “cultura nacional”, a la que aludía Ignacio Manuel Altamirano -aunque no utiliza este término-,<sup>323</sup> cimiento del discurso político. Esta aspiración no era extraña, ya antes se había llevado a cabo después de la independencia, por parte de historiadores y literatos, como señalaba Altamirano: “el principio político conquistado” era sólo “nube” y como nube necesitaba “la vulgarización”, o diríamos hoy la popularización, que era la “lluvia”;<sup>324</sup> así lo reconocería años después, en 1883, en su *Revista Literaria*<sup>325</sup>: El camino no fue fácil, habría que librar y ganar una guerra de propaganda, a la cual le seguiría una necesaria labor educativa con el propósito de formar esa nueva generación de mexicanos que aspiraran al progreso y al pensamiento moderno y liberal:

[...] es preciso oponer a esas numerosas escuelas que hay hoy México en las que en lugar de moral se enseña el Ripalda, y en las que se habitúa a la niñez a luchar a odiar el progreso, [que] se enseñe a practicar la virtud, a amar la patria, a adorar la libertad y a preparar el porvenir de este país...<sup>326</sup>

Como sabemos, se necesitaron años para que las condiciones se dieran, como señalaba el propio Altamirano, el 27 de abril de 1887, en un artículo de *El Diario del*

---

<sup>323</sup> Nicole Giron, *En torno a la cultura nacional*, 1976, p. 57.

<sup>324</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Revista literaria*, en “La Literatura Nacional”, tomo 2, 1949, p. 52

<sup>325</sup> “Para nosotros, los hombres de 1810 se completaban con el doctor Cos, con Quintana Roo, con Zavala, con Ramos Arizpe, con el doctor Mier, con Bustamante, con “El pensador Mexicano, con Villavicencio y con otros diez escritores populares, más o menos oscuros, que sembraban por dondequiera en su folletos, en sus novelas, en sus versos, las ideas de emancipación y de igualdad”, *Ibid*, p. 52

<sup>326</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas*, citado por Nicole Girón, en *En torno a la cultura nacional*, 1983.

*Hogar*, en el que ya reseñaba el avance gracias a las buenas condiciones que la “paz porfiriana” había traído<sup>327</sup>.

### **Reflexiones finales**

Poco después de la elección de Juárez como presidente de la república,<sup>328</sup> en diciembre de 1867, hubo signos para apuntalar ese nivel ideológico-formativo, con la creación de la Biblioteca Nacional, la de la Escuela Nacional Preparatoria (y su programa positivista)<sup>329</sup> y la promulgación de la Ley de Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal: Leyes que serían los primeros pasos en la anhelada y necesaria difusión popular de los principios liberales, anhelo que años antes había planteado el propio Juárez.<sup>330</sup> Actos que venían apoyados por una nueva manera de entender el devenir histórico, como lo señalaba Gabino Barreda en *Oración Cívica* del 16 de septiembre de 1867:

[...] para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás [las ciencias naturales], a leyes de la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado.<sup>331</sup>

Para finalizar este trabajo y antes de hacer un breve comentario sobre el nuevo modelo de escritura de la historia que comenzaba a asentarse en el México de la República Restaurada, resta señalar que el novelista Mateos y el historiador Pruneda,

---

<sup>327</sup> Altamirano decía: “los libros nacionales se venden mejor ya; el círculo de lectores se va ensanchando cada vez más”. Además, el nivel de vida de los escritores había mejorado, ya no padecían como Ramírez o Payno, quienes “escribían por veinticinco pesos en casa de [Ignacio] Cumplido”. En Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XIII*, 1988, p. 90-91.

<sup>328</sup> Respecto de la reelección de Juárez, Francisco Zarco señala las vicisitudes que aparecieron; véase *Benito Juárez, documentos, discursos y correspondencia*, versión electrónica en CD ROM, 2006, tomo 12, capítulo CXLVI, p. 20-25.

<sup>329</sup> Ver: Jorge Hernández Campos, *Texto Introductorio* a “La instrucción Pública en México”, 1993, p. 22.

<sup>330</sup> La ley contemplaba la educación primaria, secundaria, preparatoria y la educación profesional. Véase “Texto Introductorio” a *La instrucción pública en México...*, 1993, p. 23. Jorge Hernández,

<sup>331</sup> Gabino Barreda, “Oración Cívica” en *Estudios*, 1992, p. 70.

narran, cada uno *una historia* y la *Historia* de la Intervención francesa y el Segundo Imperio, en una forma que se vuelve innecesario el querer separar lo histórico concreto de lo poético imaginado. En una se aprecia la forma *narrativa*, característica del género novela histórica y en otra las marcas del texto histórico. Y aunque lo “narrativo” en el discurso histórico ha sido criticado desde diferentes perspectivas, como Hayden White señaló en *El contenido de la Forma*, de ahí resalta un punto que conviene abordar: la crítica que se ha hecho a la narrativa histórica por ser una “representación ideológica” que “dramatiza” los hechos (crítica derivada del grupo de los *Annales*), a lo que White responde, y nosotros nos unimos a esta idea:

Se puede normativizar sin dramatizar, según demuestra toda la literatura modernista, y dramatizar sin teatralismo, como deja muy claro el teatro moderno desde Pindarello y Brecht. Por lo tanto, ¿cómo se puede condenar la narrativa debido a sus efectos «noveladores»? Se sospecha que de lo que se trata no es de la naturaleza dramática de las novelas sino del disgusto hacia el tipo de literatura que sitúa en el centro del interés a agentes humanos en vez de procesos impersonales.<sup>332</sup>

Además, aquí no hemos planteado que toda obra histórica mantenga en su estructura la forma narrativa. Lo que sí se puede sostener es que al comparar *El Cerro de las Campanas* con *La Historia de la Guerra de México*, inmediatamente surgen paralelismos en la forma en que se construyen los sucesos, en la visión de los escritores. Por ejemplo Hayden White, señala que la labor del historiador se acerca a la del literato:

Los acontecimientos son *incorporados* en un relato mediante la supresión y subordinación de algunos de ellos y el énfasis en otros, la caracterización, la repetición de motivos, la variación del tono y el punto de vista, las estrategias descriptivas alternativas y similares; en suma, mediante todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en el tramado de una novela o una obra.<sup>333</sup>

El pasado inmediato, apenas acontecido, a que aluden Mateos y Pruneda, esta presente en un espacio de experiencia: “un pasado presente, cuyos acontecimientos han

<sup>332</sup> Hayden White, *El Contenido de la Forma*, 1992, p. 50.

<sup>333</sup> Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, 1992, p. 113.

sido incorporados y pueden ser recordados”, como señala Koselleck<sup>334</sup> y, además, sigue dentro de un horizonte de expectativas que ellos considera único, el progreso a nuevos modelos de gobierno democráticos e igualitarios, al republicanismo soñado por los liberales. Así como también en la manera emotiva de adherirse a algunos personajes o sucesos, que, incluso, podrían ser considerados muestra de los “Principios dominantes”, presentes no sólo en los discursos narrativos de Mateos y de Pruneda, sino también presentes en muchos de los liberales mexicanos que hemos destacado. Estos principios dominantes serían un:

tipo de concepto que marca culturalmente, como perteneciente a una época, y en tanto autocomprensión de una sociedad en un momento determinado [Además] Marca la idea del pensamiento histórico de un momento dado, en una cultura político-social determinada.<sup>335</sup>

Apoyándonos en White, quizá podemos señalar que las obras del siglo XIX exhiben una forma de narrar, de argumentar y explicar<sup>336</sup> el discurso histórico decimonónico como una “estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa”, y podemos afirmar que la *Historia de la Guerra de México*, de Pruneda, se adhiere a tales características, que se revelan aún más comparándola que con la novela *El Cerro de las Campanas*, de Mateos; en tal dimensión se ha ubicado el presente estudio.

---

<sup>334</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado*, 2003, p. 113.

<sup>335</sup> Sylvia Pape, “Principios Dominantes” en *Historiografía crítica, una reflexión teórica*, 2001, p. 47.

<sup>336</sup> Hayden White, “Prefacio” a *Metahistoria*, 2005, p. 9.

## CONCLUSIONES

Podemos señalar, como primera conclusión, que el contexto, social y personal, y los antecedentes literarios de Juan Antonio Mateos, sobre todo las obras de teatro que escribió junto a Vicente Riva Palacio entre 1861 y 1867, fueron el punto de partida para la escritura de *El Cerro de las Campanas* y de toda su posterior obra novelística, en un momento, 1868, en que hacía falta cimentar la idea de México como nación. Se pretendía alcanzar, después de décadas de guerras y rebeliones derivadas de la proclamación de independencia en 1821, una literatura nacional (por ejemplo en las “Veladas Literarias”) pero también se pensaba en lo mexicano, lo nacional y se proponían visiones que compartían un pasado común. Esas “veladas” o reuniones de intelectuales, junto a las novelas que se escribían en 1868, nos permitieron comenzar a reconocer el horizonte enunciativo de Mateos.

En el caso de Pruneda, del contexto social y político en el cual vivió, algunos antecedentes de su vida, así como conocer el grupo liberal al que se adhería, pudimos argumentar que pese a la distancia geográfica respecto de México, el historiador español escribió su *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867...* con una convicción liberal y republicana tan fuerte como la de Mateos, y se valió de una cantidad de fuentes históricas mexicanas, que permitieron no sólo conocer su horizonte enunciativo, sino que posibilitaron el comenzar a precisar algunas similitudes con el perfil, horizonte y tradición de Mateos, y de los liberales de su generación.

Además, y como resultado del análisis de cada una de las partes del texto de Pruneda y la comparación con los juicios y con los diferentes paradigmas históricos presentes en España en esos años, se puede afirmar que Pruneda es cercano en su

manera de entender el devenir histórico al de algunos mexicanos, como por ejemplo, Manuel Larrainzar. Asimismo, destacar las semejanzas con el horizonte enunciativo de otros historiadores mexicanos y extranjeros del periodo, en su adscripción al romanticismo y al liberalismo. Sin dejar de señalar que tanto en España como en México se vivían procesos de lucha interna, en los cuales se enfrentaban visiones opuestas, y tanto Mateos como Pruneda consideraron la escritura de una historia y de una novela histórica, como formas narrativas adecuadas para llevar agua a su molino.

Una segunda conclusión, sólo aplicable a la novela *El Cerro de las Campanas*, fue que Mateos introdujera al personaje histórico Nicolás Romero, ya que pudo permitir al lector del momento de la producción e, incluso, al contemporáneo, considerar al guerrillero ficticio Pablo Martínez como un personaje “vivo”; su actuar es más profundo y complejo que el de Nicolás Romero, por lo tanto, de éste último, sólo permanece el valor, el martirio y el liderazgo sobre los chinacos. Igualmente, es de resaltar que este tipo de personaje es representante de la voz del pueblo, elemento de gran importancia, ya que el concepto pretendía corresponder a la idea de unidad contra el Segundo Imperio, puntos muy sensibles en la restauración de la república. Además, Pablo Martínez encarna al patriota, por eso al novelista le interesa ubicarlo al lado de los héroes y mártires históricos, como Ignacio Zaragoza y Santos Degollado, que representaban la causa republicana y a los que dedica un homenaje, en un momento en que la consolidación del proyecto liberal era todavía endeble. También, y como apoyo de todo lo anterior, en la trama de *El Cerro de las Campanas* se advierte una gran cantidad de fuentes históricas para sostener la defensa de la causa liberal y dar soporte a la verosimilitud, en el sentido literario. También e igual de importante, es señalar que como Mateos en *El Cerro de las Campanas* sigue un estilo testimonial como el

propuesto en por Alfred de Vigny, pese a sus preferencias personales, prefiere darle más foco a los hechos históricos.

La tercera conclusión que deriva de la construcción de los personajes históricos de Mateos y Pruneda, es el papel que ambos otorgan a las figuras relevantes como instrumentos del devenir histórico. En el caso de Benito Juárez, Mateos tomó, también, la idea de los grandes hombres que se tornan en héroes al haber posibilitado la continuación del devenir histórico en un momento en que se necesitaría para empujar el proyecto republicano, lo cual cabría perfectamente en la concepción liberal de la historia.

En el texto de Pruneda se nota que apoya su narración en el modelo histórico romántico, y de ahí destaca también el papel que tienen las grandes figuras históricas. Algo que nos remite a lo planteado por Hyden White que considera al individuo como el “único agente” eficaz en el proceso histórico del pensamiento romántico. Entonces el gran héroe que surge es Juárez, como parte de una circunstancia histórica específica, en este caso el periodo de la guerra de intervención y del Segundo Imperio, y responde a una necesidad social y, sobre todo, surge para resolver las grandes crisis.

Benito Juárez aparece en la novela de Mateos en un segundo plano, ya que sólo una vez se le da la voz narrativa, por breves momentos; el novelista lo presenta como el heredero de Hidalgo, el cual inicia la Independencia, pero quien la lleva a su triunfo definitivo es Juárez; por ello es ya un héroe áureo. Podemos decir que el personaje de Juárez en *El cerro de las campanas*, pudo haber sido uno de los primeros textos que contribuyeron a la construcción de la heroicidad y la mitificación que le otorgaron poco después toda una generación de mexicanos y que aún hoy está presente. La novela de Mateos fue quizá una de las primeras fuentes para la construcción de la



historia patria y la historia oficial, sobre el episodio de la Intervención y el Segundo Imperio que aún persiste.

Para Pruneda, Juárez era un hombre dotado de cualidades excepcionales, se eleva sobre todos los otros personajes y es un elemento necesario para el proceso del devenir histórico. Al igual que Mateos, Pruneda resaltó sólo los hechos positivos o acertados de Juárez para enfrentarse a los distintos problemas durante la Intervención y el Imperio. El historiador español narró los sucesos señalando al lector que el genio de Juárez se hacía presente en cada episodio en que la patria republicana estaba en peligro. El presidente mexicano era defendido a través de las decisiones que toma y por sus propias palabras, que frecuentemente Pruneda introducía a su texto, sobre todo, las proclamas; no duda en señalar que Juárez era el máximo representante del Estado republicano en México. En suma, el estado –liberal y republicano- como representación ideal, para el historiador español, era encarnado por Juárez.

Por lo que respecta a Maximiliano, Mateos, a diferencia de lo que hace con Juárez, entregó al lector un personaje que no sólo se muestra actuando en el nivel público, sino también en algunas situaciones de la vida íntima; por ejemplo, inventa una relación amorosa con la hermana del guerrillero Pablo Martínez. El novelista tuvo algunos gestos que para algunos serían rasgos de simpatía con el Archiduque y que, por lo menos, pueden considerarse como una intención de comprenderlo. Mateos se mostró mesurado en los juicios que directamente emite en la novela; de hecho prefería primero presentar, ya sea a través de los personajes o por medio de sus propios juicios, los hechos y las “pruebas”, para después criticar o señalar, con la intención de ser ponderado, del mismo modo que los historiadores. Hecho destacable en un novelista que pretendía convencer de que la verosimilitud literaria de su narración alcanzaba, por momentos, la veracidad del historiador.

En la *Historia de la Guerra de Méjico...* de Pruneda, Hernán Cortés fue un héroe para la causa española, para la Independencia de la Nueva España los héroes eran Miguel Hidalgo y José María Morelos, y para la Intervención y el Segundo Imperio, Benito Juárez. En lo que respecta al personaje de Maximiliano, éste alcanzó mayor relieve en la *Historia de la guerra de Méjico, desde 1861 a 1867...* Pruneda dio muestras de simpatía y comprensión hacia el Emperador de México, por ejemplo en los episodios sobre el decreto del 3 de octubre de 1865, o el pasaje en el que se da cuenta del “engaño” del que fue objeto Maximiliano en Europa por parte de los conservadores, que le presentaron un panorama diferente al que se encontró cuando llegó a México. Además, en el texto se aprecia el papel significativo del “héroe” en el devenir histórico de México.

Una cuarta conclusión sobre el texto histórico de Pruneda es que subsiste la idea ciceroniana, presente en algunos mexicanos, de considerar a la historia como maestra de la vida, de ahí que enuncie que su texto es útil para entender la historia de México. Además, y específicamente del análisis del capítulo 2, se puede señalar que Pruneda mostró adhesión por la causa republicana de México, y de la vehemencia con que lo hizo se entiende que escribir un texto histórico que retoma sucesos contemporáneos no fue un hecho aislado ni fortuito, ya que en España el hacer historia de sucesos inmediatos era uno de varios paradigmas históricos que coexistían; por ejemplo, la historia erudita, la historia medieval, la historia cristiana, la historia nacional, etc., prueba de ello está el ensayo histórico de Fernando Garrido sobre el periodo de Isabel II, *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y*

*fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón.*<sup>337</sup>

Una quinta conclusión que vale la pena señalar, es la relativa a la importancia que le dieron Mateos y Pruneda a la defensa de la causa republicana en México y en España, que hacen a través del discurso escrito. Ambos señalaron que la causa era la mejor para la nación: Pruneda desde el Prólogo, como inmersa en un proyecto mayor que buscaba afanosamente la constitución de un ser de lo nacional, particular e independiente, en el cual cupieran todos los mexicanos para lograr una necesaria reconciliación nacional. Sobresale también que Mateos haya escogido a la novela histórica como el mejor formato para continuar con la difusión del triunfo de la república, porque le permitió destacar la gran cantidad de datos que tuvo a la mano, que fundamentaron su labor de investigación y documentación, y también coadyuvaron a cimentar la memoria histórica y la de los héroes, ya que, como señaló el prologuista de la primera edición en volumen de 1868 de *El Cerro de las Campanas*, José Rivera y Río, los mexicanos “necesitamos más que ningún otro pueblo del auxilio de la historia y de los monumentos literarios que la reflejan”.<sup>338</sup>

En el caso de Pruneda lo destacable no sólo es el apego a la causa republicana de México, sino que él mismo como español la asumiera como propia, sin importar que él era miembro de la nación que siglos antes conquistó y colonizó América. Él supo diferenciar bien las épocas y los contextos, y en su narración reconoce los excesos y las equivocaciones de aquellos españoles, pero también reconocía que en ese periodo, 1861 a 1867, las “jóvenes repúblicas americanas”, entre ellas México, tenían derecho de elegir libremente el tipo de gobierno que mejor les pareciese, el cual como hemos

---

<sup>337</sup> Garrido, Fernando. *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón*. Madrid, Editorial de Salvador Manero. 1868.

<sup>338</sup> José Rivera y Río, *El Cerro de las Campanas*, 1868, p. IV.

visto fue el republicano y liberal, modelo al que aspiraban. *La Historia de la Guerra de Méjico...* es ejemplo de cómo los preceptos liberales se situaban por encima de los nacionalismos como fue *Napoleón le petit*, escrito por Victor Hugo.

Finalmente, una última conclusión derivada de postulados analíticos de White o Gadamer, es que podemos señalar que el análisis comparativo de la novela histórica de Juan Antonio Mateos, *El Cerro de las Campanas* y *la Historia de la Guerra de México, desde 1861 a 1867...* de Pedro Pruneda, de finales de 1867 y principios de 1868, son muestras de que el discurso literario y el discurso histórico se acercan en sus horizontes enunciativos, en los prejuicios de sus autores y en la labor de selección, organización y construcción de una narrativa que no sólo pretendía contar sucesos, sino que, además, perseguía emocionar y convencer de que la causa republicana y liberal era la única posible en el devenir histórico de México. Lo anterior muestra que los dos autores se afiliaban a la misma matriz intelectual, aunque en competencia pero en la cual se nutria la neoclásica y la romántica que muestra una tradición, en el sentido positivo que señala Gadamer: aquella a la que se le reconoce como tal por respeto al conocimiento que representa.

Con respecto a los alcances de nuestra tesis, exponemos algunos problemas que avizoramos pero que no fueron objeto de estudio. No pudimos comprobar quién y cómo le hicieron llegar a Pruneda los textos desde México y cuáles fueron los compromisos, y de que tipo, que pudo haber adquirido el autor español. No se agotó el análisis de la recepción de los textos, sobre todo el de Pruneda por el impedimento de consultar archivos en España. Una posibilidad de análisis del texto de Pruneda, es considerar desde la perspectiva de ausencia o presencia de los cortes histórico-temporales que maneja en su texto y que ahí aparecen como encadenados.

Aunque nos basamos en dos principios analíticos, y resaltamos algunos puntos de la hermenéutica de Gadamer y de la perspectiva histórica de White, sin duda queda por analizar los textos incorporando perspectivas como la de Paul Ricoeur. Con respecto a las posibles líneas de investigación que deja abiertas la tesis, está la línea historiográfica en un texto literario, concretamente las novelas históricas, para reconstruir el horizonte de enunciación, la tradición y los prejuicios del autor. También, la relativa al análisis desde otras perspectivas diferentes, por ejemplo desde la historia cultural, concretamente el papel que tienen las figuras heroicas populares, presentes en *El Cerro de las Campanas*, desde la perspectiva de Peter Burke en *La cultura popular en la Europa Moderna*, y la de Carlo Ginsburg en *El queso y los gusanos*, la cual da relevancia a la cultura popular como parte destacada y en continua competencia con la cultura hegemónica, y que podría servir en el análisis del guerrillero ficticio de *El Cerro de las Campanas*, Pablo Martínez, y del guerrillero histórico, Nicolás Romero.

Finalmente, una línea que no se agotó fue la consulta de otros textos de 1867 de autores mexicanos y europeos, para conocer una visión “contraria” a la liberal, por ejemplo: una comparación de la novela de Mateos, con la de José María Roa Bárcena, *La Quinta Modelo*, de 1857, ya que es una acerba crítica a la república como forma de gobierno que permite reconocer y analizar el mensaje doctrinario desde una novela y, por lo tanto, la presencia de convicciones ideológicas en dos periodos específicos de la historia mexicana del siglo XIX. Asimismo, buscar en textos históricos y literarios posteriores a la caída del Segundo Imperio, versiones de los antagonistas, por ejemplo, los franceses. Finalmente, destacamos que la hemerografía que consultamos para la tesis es la base para un rastreo posterior y un análisis comparativo entre la prensa mexicana y la española sobre el Segundo Imperio.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

**Adame Goddard, Jorge.** *El pensamiento político social de los católicos, 1867-1914.* México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1981.

**Aguilar, Arturo.** *La fotografía durante el imperio de Maximiliano,* México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1996.

\_\_\_\_\_. “El mundo del impresor Ignacio Cumplido” en *Historia de la vida cotidiana en México, tomo IV, Bienes y vivencias en el siglo XIX.* Tomo coordinado por Anne Staples y dirigida por Pilar Gonzalbo, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2005.

\_\_\_\_\_. “Benito Juárez y la fotografía” en *Los mil rostros de Juárez y del liberalismo mexicano,* México, Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca/Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 2007.

**Alamán, Lucas.** “Carta de Lucas Alamán a Santa Anna” en *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental, tomo primero (1810-1859),* introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 313-316.

\_\_\_\_\_. “Prólogo” a *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente,* México, Edición Facsimilar, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1985.

**Algaba, Leticia.** *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico.* México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, serie Literatura, 1997.

\_\_\_\_\_. “Prólogo” a *Novelas y Cuentos* de José María Roa Bárcena, México, Factoría Ediciones, 2000.

**Altamirano, Ignacio Manuel.** *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografía y Prólogos.* Edición y prólogo de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949. (Escritores Mexicanos núms., 52, 53, y 54).

\_\_\_\_\_. *El Renacimiento, periódico literario,* Edición facsimilar de los dos tomos de 1869. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

\_\_\_\_\_. “Revistas literarias de México (1821-1867)”. En *La literatura Nacional.* Prólogo de José Luis Martínez. México, Editorial Porrúa, 1949.

\_\_\_\_\_. *Escritos de literatura y Arte. Obras completas.* Selección y notas de José Luis Martínez, vol. XIII, México, Secretaría de Educación Pública, 1988.

\_\_\_\_\_. *Clemencia.* México, Editorial Porrúa 1980. (Sepan cuantos núm. 62)

\_\_\_\_\_. “El cinco de Mayo”. En *Discursos, Obras completas,* México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 70-81. Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1865 en Acapulco. T.I.

\_\_\_\_\_. “Glorificación de los héroes”. En *Discursos, Obras completas,* tomo I, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 100-106.

Discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1867 en la Alameda de la ciudad de México.

\_\_\_\_\_. “Arteaga y Salazar, Mártires de la república”. En *Discursos*, Obras completas, México, Secretaria de Educación Pública, 1949, p. 107-120. Discurso pronunciado por encargo del Poder Ejecutivo de la Unión el 17 de julio de 1869 en el panteón de San Fernando al depositarse las cenizas de los generales Arteaga y Salazar. T.I.

\_\_\_\_\_. “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, novela histórica*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868.

\_\_\_\_\_. “Juicio crítico” a *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, tradiciones, etc.* México, Imprenta de J. Fuentes, 1868.

\_\_\_\_\_. “Boletín bibliográfico”. En *El Renacimiento, periódico literario*, México, Edición facsimilar de la original de 1869, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

**Arango y Escandón, Alejandro.** “Discurso a Bazaine”. En *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental, tomo segundo (1860-1926)*, introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, p. 119-122.

**Aristóteles,** *Retórica*, Madrid, Editorial Gredos, 2000, (Biblioteca Básica Gredos núm. 31).

**Arrangoiz, Francisco de Paula de.** *México desde 1808 hasta 1867*, México, Editorial Porrúa, sexta edición con base en la primera de Madrid de 1871-1872, 1996. (Sepan cuantos núm. 82).

**Artola, Miguel.** *Partidos y Programas políticos, 1808-1936*, 2 tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

**Balzac, Honoré de.** “Proemio” a *La comedia Humana*, Obras Completas, Barcelona, edición facsimilar de Aguilar bajo el sello RBA, 2003. T.I.

**Baptiste, Jean (Molière),** *El Tartufo*, Barcelona, RBA, 2002.

**Barragán, José.** *Juan A, Mateos, Periodista Liberal.* México, Departamento del Distrito Federal, 1983, (Colección: Distrito Federal núm. 3).

**Barreda, Gabino.** *Estudios.* Selección y prólogo de José Fuentes Mares, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 26).

**Basch, Samuel.** *Recuerdos de México, Memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano.* México, Editorial México Universitario, segunda edición en México, 2003.

**Beezley, William.** “Cómo fue que el Negrito salvó a México de los franceses: las fuentes populares de la identidad nacional”. En *Historia Mexicana*, Núm. 26, octubre-diciembre 2007, México, El Colegio de México.

**Beltrán Rosa.** *La corte de los ilusos*, México, Editorial Planeta, 2007.

**Brading, David.** “Clemente de Jesús Munguía: Intransigencia ultramontana y la reforma mexicana”. En *Memoria del I Coloquio Historia de la Iglesia en el siglo XIX*, Miguel Ramos, coordinador. México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/CONDUMEX, 1998. pp. 13-46.

**Brushwood, John.** *México en su novela, una nación en busca de identidad*. México, traducción de Francisco González, Fondo de Cultura Económica, 1973, (Breviarios núm. 230).

**Bulnes, Francisco.** *Páginas escogidas*. Selección y prólogo de Martín Quirarte, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 89).

**Calderón, Fernando.** *A ninguna de las tres*. Estudio preliminar de Francisco Monterde, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 47).

**Carlyle, Thomas.** *Los héroes, el culto de los héroes y de lo heroico en la historia*, México, Editorial Porrúa, 2000 (Sepan cuantos núm. 307).

**Chateaubriand, René de.** *El genio del cristianismo*. México, segunda edición, Editorial Porrúa, 1990, (Sepan cuantos núm. 382).

**Chávez, Luis.** “Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México 1865-1866”. En: *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*, Núm., 13. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961.

**Cicerón.** *Sobre el orador*, Madrid, Editorial Gredos, 2002.

**Cirujano, Paloma; Sisinio Juan; Elorriaga, Teresa Planes.** *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid, Editores: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985.

**Corti, Egon Caesar (Conte).** *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

**De Aguiar e Silva, Vítor.** “Pre-romanticismo y Romanticismo”. En *Teoría de la Literatura*, Madrid, Gredos, 1986.

**De Bustamante, Carlos María.** *Mañanas de la Alameda de México*, México, Imprenta de la testamentaria de Valdez, 1836.T.II, 1836. Edición facsimilar y electrónica.

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p0000001.htm#I\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p0000001.htm#I_1_)

**De Gortari, Eli.** “Prólogo” a *Obras Completas, Polémicas religiosas*, México, Ediciones El Caballito, 1978, p. 24-31. T. I.



**De Jaime Loren, José y De Jaime Gómez José**, “Pedro Pruneda (el Poyo del Cid, 1830-1869): Escritor y político republicano, autor de la primera historia de Teruel”. En *Xiloca*, Núm. 34, noviembre de 2006, Centro de estudios del Jiloca, España, p. 45-58.

**De Keratry, Emile**. *La contra guerrilla francesa en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

\_\_\_\_\_. *Elevación y caída del Emperador Maximiliano, Intervención francesa en México, 1861-1867*, México, Editora Nacional, 1973.

**De la Rosa, Luis**. “Utilidad de la literatura en México”. En *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección Ida y regreso al siglo XIX).

**De la Torre, Ernesto**. “La política americanista de Fray Servando y Tadeo Ortiz”. En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, v. 8, 1980, p. 67-84.

\_\_\_\_\_. *La conciencia nacional y su formación, discursos septembrinos (1825-1871)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1988.

\_\_\_\_\_. “Prólogo” a *Historia de la guerra de Méjico, desde 1861 a 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*. Edición facsimilar de la edición de 1867, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica (1996)/Fundación Universidad Nacional Autónoma de México/Fundación Miguel Alemán, 1994.

**De la Villa, Rocío**, “Introducción” a *Ciencia Nueva*, Madrid, Editorial Tecnos, 1995.

**De Solís, Antonio**. *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, México, Miguel Ángel Porrúa, edición facsimilar, 1988.

**De Zavala, Lorenzo**. “Prólogo del autor”. En *Ensayo Histórico sobre las revoluciones de México*, México, Imprenta de Hacienda, 1918.

**Del Valle, Guillermina**. “El apoyo financiero del clero al gobierno de Agustín de Iturbide”. En *Memoria del I Coloquio Historia de la Iglesia en el siglo XIX*, Miguel Ramos, coordinador. México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/CONDUMEX, 1998. pp. 113-126.

**Del Paso, Fernando**. *Noticias del Imperio*, México, Editorial Diana, 1996.

**Díaz y de Ovando, Clementina**. “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas*, México, Porrúa, 1985, (Sepan cuantos 193).

**Díaz Covarrubias, José.** *La instrucción pública en México, estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República*, México. Edición facsimilar de la publicada en 1875, Miguel Ángel Porrúa, 1993.

**Díaz Covarrubias, Juan.** “Al lector”. En *Gil Gómez el insurgente*, México. Editorial Porrúa, 1991, (Sepan cuantos núm. 604).

**Esparza, Xavier.** *El coronel Nicolás Romero Benemérito del Estado de México*. Villa Nicolás Romero, Comunicación, 1991.

**Fernández Cuesta, Nemesio.** “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 1 de Junio, 1862, p. 1.

\_\_\_\_\_. “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 29 de septiembre, 1862, p. 1.

\_\_\_\_\_. “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 25 de mayo, 1862, p. 1.

\_\_\_\_\_. “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 28 de junio, 1862, p. 1.

\_\_\_\_\_. “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 29 de junio, 1862, p. 1.

\_\_\_\_\_. “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 17 de abril, 1864, p. 1.

\_\_\_\_\_. “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 6 de agosto, 1865, p. 1.

\_\_\_\_\_. “Revista de la Semana”. En *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 31 de diciembre, 1865, p. 1.

**Fernández de Lizardi, José Joaquín.** *El periquillo sarniento*, México, 1987, (Sepan cuantos núm. 1).

**Fernández de Castro, Ignacio.** *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo 1808-1966, ensayo de interpretación política de la España Contemporánea*. Madrid, Ruedo Ibérico, 1968.

**Fernández Prieto, Celia.** *Historia y Novela: Poética de la Novela Histórica*, Pamplona, segunda edición de la Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del Rilce Núm. 23).

**Forster, Edward.** *Aspectos de la novela*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1961, (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras).

**Fuentes Mares, José.** “Prólogo” en Gabino Barrera, *Estudios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 26).

**Frías y Soto, Hilarión.** *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*. México, Editorial México Universitario, 2003.

**Escalante, Fernando.** *Ciudadanos imaginarios, Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mejicana –Tratado de moral pública*, México, El Colegio de México, 2002.

**Escobedo, Mariano.** “Orden de fusilamiento del 3 de febrero de 1867”. En *México a través de los siglos*, “La República”, capítulo XVII, p. 236. T. XVI.

**Gadamer, Hans-Georg.** *Verdad y Método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Editorial Sígueme. 1988.

**Galeana, Patricia; Torres, Blanca; Vázquez, Josefina; Aguirre, Rogelio; Lajous, Roberta; Ulloa, Berta; Meyer Lorenzo; Rico, Carlos.** *México y el mundo, Historia de sus relaciones exteriores*. México, Senado de la República, LIV legislatura, 8 volúmenes. 1990. T. III.

**Galindo y Galindo, Miguel.** *La gran década nacional, o relación histórica de la Guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano. 1857-1867*. Edición facsimilar de la original de 1904, México, Fondo de Cultura Económica/ Instituto Cultural Helénico, 2006. 3tt.

**Garrido, Fernando.** *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón*. Madrid, Editorial de Salvador Manero. 1868.

Tomo I

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01305020833804846978802/index.htm>

Tomo II

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01715852548925034110035/index.htm>

Tomo III

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01048852096708339660035/index.htm>

**Genette, Gérard.** *Umbrales*, México, Editorial Siglo XXI, 2001.

**Giron Nicole.** “La idea de ‘Cultura Nacional’ en el siglo XIX”. En: *En torno a la cultura nacional*. México, Instituto Indigenista, 1976.

\_\_\_\_\_. “Historia y Literatura: dos ventanas hacia un mismo mundo”. En *El historiador frente a la historia, Historia y Literatura*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie divulgación 2000.

**González Acosta, Alejandro.** *Miscelánea, periódico crítico y literario, José María Heredia*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007. (Colección ida y regreso al siglo XIX).

**González Acosta, Alejandro.** *El enigma de Jicotencatl. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Tlaxcalteca de Cultura, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1997|.

**González, Aníbal.** “Arte poética” en *Aristóteles, Horacio*, Madrid, Editorial Taurus, 1992.

**Gutiérrez de Estrada, José María.** “Carta a Bustamante”. En *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental, tomo primero (1810-1859)*, introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 209-217.

**Guerra Francois-Xavier (coordinador).** *Inventado la nación, Iberoamérica, siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

**González Obregón, Luis.** *Semblanza de Martín Cortés*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

**Hale, Charles.** *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, Editorial Siglo XXI, 1999.

**Hernández, Jorge.** “Texto introductorio” a *La instrucción pública en México, estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República*, México. Edición facsimilar de la publicada en 1875, Miguel Ángel Porrúa, 1993.

**Heródoto,** *Historia*, Madrid, Editorial Gredos, 2005. T.I. (Biblioteca Clásica Gredos núm. 3).

**Herrejón, Carlos.** “Construcción del mito en Hidalgo”. En *El héroe entre el Mito y la Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro francés de estudios mexicanos y centroamericanos, 2000.

**Herrejón, Tarsicio.** “Introducción” en Quinto Horacio Flaco, *Arte poética* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970, (BSGRM)

**Hugo, Víctor.** “Prefacio” en *Cromwell*. Drama en cinco actos. *Obras Completas*, España, edición facsimilar de Aguilar bajo el sello RBA, 2005. T.IV.

\_\_\_\_\_. “Napoleón el pequeño”. En: *Obras Completas*, España, edición facsimilar de Aguilar bajo el sello RBA, 2005. T. III.

**Iglesias, José María.** *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, México, Editorial Porrúa, 1972, (Sepan cuantos núm. 47).

**Jiménez Rueda, Julio.** “Prólogo” a: *Muñoz visitador de México*, de Ignacio Rodríguez Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 67).

\_\_\_\_\_. “Prólogo” a *Relatos*, de José María Roa Bárcena, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario 28).

**Koselleck, Reinhart.** *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos modernos*, Barcelona, Paidós básica, 2003.

**Juárez, Benito.** *Flor y látigo, ideario político liberal*. Selección de textos de Andrés Henestrosa, México, Chanti Editores, 2005.

\_\_\_\_\_. *Documentos, discursos y correspondencia*. Selección y notas de Jorge L. Tamayo, versión digitalizada y coordinada por Cuauhtémoc Hernández, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/El Colegio de San Luís Potosí, 2006.

**Larrainzar, Manuel.** “Algunas ideas sobre la Historia y manera de escribir la de México”. En *Polémicas y Ensayos mexicanos en torno a la Historia*. Selección, introducción, estudio y notas de Juan A. Ortega y Medina, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

**León-Portilla, Miguel.** “El historiador Pedro Pruneda y su olvidada obra sobre la guerra de Intervención”. En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, volumen 2, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967. pp. 139-145.

**Lesbre, Patrick.** “Nezahualcoyotl, entre historia, leyenda y divinización”. En *El héroe entre el Mito y la Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro francés de estudios mexicanos y centroamericanos, 2000.

**Luna, María.** “La escritura de la historia y la tradición retórica, (1834-1885)”. En *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2004, (Cuadernos de debate núm. 3).

**Lores, Vicente.** *Liberales y Románticos, una emigración española en Inglaterra*, Madrid, Editorial Castalia, 1968.

**Magallón, Jorge.** *Proceso y ejecución vs Fernando Maximiliano de Habsburgo*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

**Martínez, José Luis.** “México en busca de su expresión”. En *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2002. T.II.

\_\_\_\_\_. “Introducción” a *Poesía Romántica*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 30).

**Martin Vivaldi, Gonzalo.** *Curso de redacción; del pensamiento a la palabra: teoría y práctica de la composición y el estilo*. Paraninfo, Madrid, 1974.

**Mata, Carlos.** “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”. En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15).

\_\_\_\_\_. “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)”. En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15).

**Mateos, Juan Antonio.** *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, novela histórica*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868.

\_\_\_\_\_. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, México, tercera edición, Editorial Porrúa, 1985, (Sepan cuantos núm. 193).

\_\_\_\_\_. *El Cerro de las Campanas, versión condensada*, México, Secretaria de Educación Pública-PROMEXA, 1981.

\_\_\_\_\_. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, tres tomos, México, Secretaria de la Defensa Nacional 1983. 3tt. (Biblioteca del oficial mexicano)

\_\_\_\_\_. *El Cerro de las Campanas. Versión condensada en audiocasete, y para invidentes*, México, Comité Internacional Pro-Ciegos, 1996.

\_\_\_\_\_. *El sol de mayo, Memorias de la intervención*, México, Editorial Porrúa, 1993, (Sepan cuantos núm. 197).

\_\_\_\_\_. *Memorias de un guerrillero*, Buenos Aires- México, Maucci Hermanos é Hijos, 1900.

\_\_\_\_\_. *Sangre de niños, (una página de Chapultepec), Novela Histórica*. México, Imprenta de los periódicos “El Mundo” y “El Imparcial”, 1901.

\_\_\_\_\_. *Sacerdote y Caudillo, Memorias de la insurrección*, México, Editorial Porrúa, 1986, (Sepan cuantos núm. 514).

\_\_\_\_\_. *Los Insurgentes, continuación de Sacerdote y Caudillo*, México, Editorial Porrúa, 1988, (Sepan cuantos núm. 573).

\_\_\_\_\_. *La majestad caída*, México, Secretaria de Educación Pública, colección, 1982, (La Matraca núm. 10).

\_\_\_\_\_ y **Vicente Riva Palacio.** *Las liras hermanas (Obras dramáticas)*, Obras escogidas, tomo III, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997.

\_\_\_\_\_. “Leandro Valle”. En *Mártires de la Reforma*, México, Secretaria de Educación Pública/Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970, p. 18-26 (Cuadernos Mexicanos). Episodio ilustrado con reproducciones pictóricas de batallas así como imágenes de Miguel Miramón y Tomás Mejía. Tomado integro de *El Libro Rojo* de 1870.

\_\_\_\_\_. “Santos Degollado”. En *Mártires de la Reforma*, México, Secretaria de Educación Pública-Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970, p. 27-32 (Cuadernos Mexicanos). Episodio ilustrado con imágenes de Santos Degollado y Valentín Gómez Farías. Tomado integro de *El Libro Rojo* de 1870.

**May, Georges.** *La Autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, (Breviarios núm. 327).

**Mazín, Oscar.** *Una ventana al mundo hispánico, Ensayo Bibliográfico*. México, El Colegio de México, 2006.

**Matute, Álvaro.** *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.

**Mínguez, Víctor.** “Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen”. En: *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Universitat de València, El Colegio de Michoacán, Universidad Veracruzana, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. 2003.

**Miranda, Celia.** “Estudio preliminar”. En: *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, ensayo de Jorge Ruedas de la Serna. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998.

**Montemayor, Carlos.** “Prólogo” a *El Libro Rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, (Cien de México).

**Mora, José María Luis.** *México y sus revoluciones*, facsimilar en tres tomos de la edición de 1856, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1986.

\_\_\_\_\_. “Advertencia preliminar” a *México y sus revoluciones*, facsimilar de la edición de 1856, México, Fondo de Cultura Económica/ Instituto Cultural Helénico, 1986. 3tt.

**Ocampo, Melchor.** “Proyecto de ley sobre Reforma de obvenciones parroquiales”. En: *Obras Completas, Polémicas religiosas*, México, Ediciones El Caballito, 1978, p. 24-31. T.I.

**O’Gorman, Edmundo.** *La supervivencia política Novo-Hispana*, México, Universidad Iberoamericana, 1974.

\_\_\_\_\_. “Prólogo” a *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1996, (Sepan Cuantos núm. 89).

\_\_\_\_\_. *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana, 1960.

**Ortega y Medina, Juan A.** *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana (Guillermo de Humboldt-Leopoldo Ranke)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

\_\_\_\_\_. “Prólogo” a *Historia de la conquista de México*, México, Editorial Porrúa, 2000, (Sepan cuantos núm. 150).

**Ortiz Ayala, Tadeo.** “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”. En *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección, ida y regreso al siglo XIX).

**Ortiz Monasterio, José.** *México Eternamente, Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004.

\_\_\_\_\_. “Patria”, *tu ronca voz me repetía...biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999.

**Ortiz Monasterio, José.** “Las novelas históricas de Vicente Riva Palacio”. En *Secuencia*, núm. 21, septiembre-diciembre, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 1991, pp. 29-30.

**Olea, Rafael.** “José María Roa Bárcena: literatura e ideología”, en *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Galería de escritores. Edición a cargo de Belem Clark y Elisa Speckman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. V. III (Colección ida y regreso al siglo XIX).

**Ollivier, Emile.** *La intervención francesa y el imperio*, México, Ediciones Centenario, traducción y selección de Manuel Puga y Acal, 1963.

**Palti, Elias.** *El tiempo de la política, el siglo XIX reconsiderado*, Argentina, Siglo XXI editores, 2007.

\_\_\_\_\_. *La nación como problema, los historiadores y la cuestión nacional*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2003.

**Pani, Erika.** *El Segundo Imperio, Pasados de usos múltiples*, México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1987.

\_\_\_\_\_. “El liberalismo que no fue de Juárez. Las razones de los imperialistas”. En *Revista Fuentes Humanísticas*, núm. 33, México, Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2006.

**Payno, Manuel,** *Cuentas y gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervención francesa y del imperio de 1861-1867*. México, Editorial Porrúa/Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Edición facsimilar, 1981.

\_\_\_\_\_. “Melchor Ocampo”. En *Mártires de la Reforma*, México, Secretaría de Educación Pública/Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970. p. 3-15. (Cuadernos Mexicanos). Episodio tomado de *El Libro Rojo* de 1870.

**Paz, Ireneo.** *Los hombres prominentes de México, Les hommes éminents du Mexique, The prominent men of Mexico*, edición trilingüe, México, Imprenta de Ireneo Paz, 1888. 2 vols.

**Pi-Suñer, Antonia.** “La cuestión mexicana en el ambiente político español de mediados del siglo XIX: la obra de Pedro Prunedá”. En *Secuencia* Núm. 12, septiembre-diciembre, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, pp. 16-28.

**Perales, Alicia,** *Asociaciones literarias mexicanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Literarios, 1957.

**Picard, Roger.** *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

**Pimentel, Luz Aurora.** *El relato en perspectiva, estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI editores, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005.



**Prescott, William.** *Historia de la conquista de México: con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernando Cortés*, México, traducción de José María González de la Vega; anotada por Lucas Alamán, notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez, prólogo, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina. Editorial Porrúa, 2000, (Sepan cuantos núm. 150).

\_\_\_\_\_. *Historia de la conquista de México*, México, Editorial Océano, 2004.

**Prieto, Guillermo.** “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura”. En *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección, ida y regreso al siglo XIX).

**Pruneda, Pedro.** “Prólogo” a *Historia de la guerra de Méjico, desde 1861 a 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*. Edición facsimilar de la edición de 1867, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica (1996)/Fundación Universidad Nacional Autónoma de México/Fundación Miguel Alemán, 1994.

**Pruneda, Víctor.** “Editorial” del primer número de la segunda época de *El Centinela de Aragón, periódico republicano*, Teruel, 1 de Noviembre de 1868, p.1.

**Quirarte, Martín.** *El problema religioso en México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967.

\_\_\_\_\_. “Prólogo” en *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México* de José María Iglesias, México, Editorial Porrúa, 1972 (Sepan cuantos núm.47).

\_\_\_\_\_. “Prologo” en *México desde 1808 hasta 1867* de Francisco de Paula de Arrangoiz, México, Editorial Porrúa, 1996, sexta edición en Porrúa con base en la primera de Madrid de 1871-1872, 1996, (Sepan cuantos núm. 82).

\_\_\_\_\_. “Prologo” en *Calvario y Tabor, Novela Histórica y de Costumbres*. Obras escogidas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mexiquense de Cultura/ Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997. T. VI.

\_\_\_\_\_. *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, 1970, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, sección de Historia Moderna y Contemporánea: 9, 1970.

**Quirarte, Vicente.** Vergüenza de los héroes, Armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos, problema religioso en México, México, Libros del Umbral, 1999.

\_\_\_\_\_. “La formación de la figura del Héroe”. En *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*. Coordinación de Alicia Mayer, prólogo de Juan Ramón de la Fuente, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2007. T.II.

**Rangel, Armando.** “Prólogo” en René de Chateaubriand *Atala-René*, México, séptima edición, Editorial Porrúa, 1987, (Sepan cuantos núm. 524).

**Ronzón, José, et al.** *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea, Objetos, Fuentes y Usos del pasado.* México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2002.

**Ramírez de Aguilar, Fernando.** *Nicolás Romero, un año de su vida, 1864-1865*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929.

**Ramírez Ignacio.** *Ensayos.* Selección y prólogo de Manuel González Ramírez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 28).

\_\_\_\_\_. “La muerte de Maximiliano”. En *Obras Completas, escritos periodísticos*, México, Centro de Investigación científica Jorge L. Tamayo, A.C., p. 69-71, 1985. Artículo publicado en el periódico “El Correo de México”, el 16 de octubre de 1867. T.I.

\_\_\_\_\_. “En el aniversario de la victoria de Puebla en 1862”. En *Obras Completas, discursos, cartas, documentos, estudios*, México, Centro de Investigación científica Jorge L. Tamayo, A.C., p. 46-52, 1985. Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1864 en Mazatlán. T.III.

\_\_\_\_\_. “Discurso Cívico”. En *Obras Completas, discursos, cartas, documentos, estudios*, México, Centro de Investigación científica Jorge L. Tamayo, A.C., p. 53 y ss, 1985. T.III. Discurso pronunciado en el Teatro Nacional el 15 de septiembre de 1867 en la ciudad de México, por encargo de la junta patriótica.

**Ratz, Konrad.** *Querétaro: fin del Segundo Imperio mexicano.* México, Gobierno del estado de Querétaro/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección 2005. (Cien de México).

**Ratz, Konrad.** *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

**Remolina, Enrique.** “Juan Antonio Mateos, parlamento del siglo XIX”. En *Enciclopedia parlamentaria de México, Historia y desarrollo del poder legislativo, Vida parlamentaria y obra de Juan A. Mateos.* México, Instituto de Investigaciones Legislativas, 1997, p. 124-241.

**Reyes de la Maza, Luis.** “El lugar de Juan A. Mateos en el teatro mexicano”. En *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Universidad Nacional Autónoma de México 1957. p. 67-76.

\_\_\_\_\_. *El teatro en México durante el Segundo Imperio 1862-1867*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957. p. 67-76.

\_\_\_\_\_. “De la intervención francesa al canacán”. En *Cien años de teatro en México 1810-1910*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 48-72.

**Riva Palacio, Vicente; Martínez de la torre, Rafael; Mateos, Juan Antonio; Payno, Manuel.** *El Libro Rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, (Cien de México).

**Riva Palacio, Vicente.** *Las liras hermanas (Obras dramáticas)*, Obras escogidas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997. T. III.

\_\_\_\_\_. *Clavario y Tabor, Novela Histórica y de Costumbres*. Obras escogidas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997. T. VI.

\_\_\_\_\_. “Introducción” y “Conclusión” a el Virreinato de: *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*. México, primera versión electrónica de la imprenta y publicada de 1884 a 1889, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Instituto Nacional de Astrofísica Óptica y Electrónica, El Colegio de Jalisco, 2007. T. II.

\_\_\_\_\_. *Periodismo, primera parte, varios periódicos. Obras escogidas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2002. T. X.

\_\_\_\_\_. “Discurso que pronunció en la Alameda de la ciudad, el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la junta patriótica el 16 de septiembre”. En *Periodismo, primera parte, varios periódicos. Obras escogidas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2002. p. 133-146. T. X.

\_\_\_\_\_. “Juan A. Mateos”. En *Los Ceros, galería de contemporáneos*. Obras escogidas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996, p. 219-231.

**Rivera y Río, José.** *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, tradiciones, etc.* México, Imprenta de J. Fuentes, 1868.

**Roeder, Ralph.** *Juárez y su México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

**Rodríguez, Jaime.** “De súbditos de la corona a ciudadanos republicanos: el papel de los autonomistas en la independencia de México”. En *Interpretaciones de la independencia de México*. Coordinación de Josefina Vázquez, México, Nueva Imagen, 1997.

**Roa Bárcena, José María.** “La Quinta Modelo”, *Novelas y Cuentos*. México, Factoría Ediciones, 2000.

**Ruedas de la Serna, Jorge.** “Presentación” de *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección, ida y regreso al siglo XIX).

**Ruiz, Eduardo.** *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1940.

**Salado Álvarez, Victoriano,** “Capítulo III, Nicolás Romero”. En *Episodios Nacionales, Santa Anna-La Reforma-El Imperio*, México, Editorial Porrúa, 1985,

(Sepan cuantos núm. 468).

**Santacilia, Pedro.** *Del movimiento literario en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1868.

**Santamaría, Francisco.** *Diccionario de Mejicanismos*, México, séptima edición, Editorial Porrúa, 2005.

**Spang, Kurt.** “Apuntes para la definición de la novela histórica”. En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15).

**Schiller, Federico.** *Los Bandidos, Dramas*, Barcelona, Editorial Iberia, 1960. T. I.

**Sierra, Justo.** *Juárez su obra y su tiempo*, México, séptima edición, Editorial Porrúa, 2004, (Sepan cuantos núm. 146).

**Solórzano, María Teresa.** “Juan Antonio Mateos (1831-1913)”. En *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Galería de escritores, Edición a cargo de Belem Clark y Elisa Speckman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. Vol. III (Colección ida y regreso al siglo XIX).

**Soto, Mónica.** *La España Isabelina*, Madrid, Altalena Editores, 1978.

**Souto, Arturo.** “Introducción” en René de Chateaubriand, *El genio del cristianismo*. México, segunda edición, Editorial Porrúa, 1990, (Sepan cuantos núm. 382).

**Stendhal** (Henry Beyle). *Rojo y Negro*, Barcelona, CREDSA, 1972.

**Tavera, Xavier.** “Introducción” en Francisco Zarco, *Textos políticos*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 75).

**Tucídides.** *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid, Editorial Gredos, 2002, T.I. (Biblioteca Clásica Gredos 149).

**Usigli, Rodolfo.** *Corona de Sombra*, México, segunda edición, Editorial Porrúa, 2002, (Sepan cuantos núm. 237).

**Valadés, José.** *El pensamiento político de Benito Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

**Vázquez, Josefina.** *Historia de la historiografía*, México, Ediciones Ateneo, 1980.

**Vázquez, Josefina; Carmagnani, Marcello; Hamett, Brian; Di Tella, Torcuato; Sordo, Raymundo.** “De la difícil constitución de un Estado”. En *La fundación del Estado Mexicano, 1821-1855*, Coordinación de Josefina Vázquez, México, Editorial Patria, 1994.

**Vico, Gianbattista,** *Ciencia Nueva*, Madrid, Editorial Tecnos, 1995.

**Vigil, José María.** “La Reforma”, *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual.* México, Editorial Cumbre, 1987. Tt. XIV-XVI.

\_\_\_\_\_. “Introducción” a “La Reforma”, *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual.* México, Editorial Cumbre, 1987. T. XIV.

**Villoro, Luis.** *El proceso ideológico de la revolución de independencia,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

**White, Hayden.** *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX.* México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

\_\_\_\_\_. *El artefacto histórico como artefacto literario y otros escritos,* Barcelona, Paidós, 2003.

\_\_\_\_\_. *El contenido de la forma, narrativa discurso y representación histórica* Paidós, Barcelona, 1992.

**Yurrieta, José.** “Prólogo” en Nicole Giron, *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca,* Instituto Guerrerense de Cultura, Instituto Mexiquense de Cultura e Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1993, p. 23.

**Zavala, Iris.** *El texto en la historia,* Madrid, Editorial Nuestra Cultura, 1982.

**Zavala Iris.** *Ideología y política en la novela española del siglo XIX,* Madrid, Anaya, 1972.

**Zarco, Francisco.** *Textos políticos.* Selección e introducción de Xavier Tavera Alfaro, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 75).

\_\_\_\_\_. “El libro secreto de Maximiliano”. En *Periodismo político y social. Obras Completas,* México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1993. Artículo del periódico *El Siglo XIX* del 5 de Enero de 1868, p. 212-215. T. XV.

\_\_\_\_\_. “Las noticias de México en Europa”. En *Periodismo político y social. Obras Completas,* México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1993, p. 564-598. Artículo del periódico *El Siglo XIX* del 6 de agosto de 1868. T. XV.

\_\_\_\_\_. “La ejecución de Maximiliano”. En *Periodismo político y social. Obras Completas,* México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1993. Artículo del periódico *El Siglo XIX* del 11 de agosto de 1868, p. 603-608. T. XV.

\_\_\_\_\_. “Fin del ensayo monárquico”. En *Artículos periodísticos desde el exilio. Nueva York, 1865-1867, 2. Obras Completas,* México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1993, p. 34-41. T. XIV. Artículo enviado desde Nueva York el 11 de octubre de 1866 al redactor de *El Nacional* de Lima, Perú.

**Zaragoza, Ignacio.** *Correspondencia y Documentos,* México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, Consejo editorial del gobierno del estado de Puebla, 1979.

**Zea, Leopoldo.** *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, Secretaria de Educación Pública, 1985, (Lecturas mexicanas núm. 81).

## **Fuentes Hemerográficas**

### **Revistas**

#### **Mexicanas**

*Secuencia*, México. Núm. 12, septiembre-diciembre, 1988.

*Historia Moderna y Contemporánea*. México, Volumen 2, 1967.

*Historia Mexicana*, México. Núm. 26, octubre-diciembre 2007,

#### **Españolas:**

*Xiloca*. Teruel. Núm. 34, noviembre de 2006,

### **Periódicos mexicanos**

*El Siglo XIX*. México. De julio de 1867 a julio de 1868

*El Monitor Republicano*. México. Febrero de 1856.

### **Periódicos españoles**

*El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid. De junio de 1861 a enero de 1865.

*El Centinela de Aragón, periódico republicano*, Teruel. Noviembre de 1868.

*El Amigo Verdadero del Pueblo, periódico católico*, Aragón. Noviembre de 1868.